

QUIVERA

REVISTA DE ESTUDIOS TERRITORIALES



Universidad Autónoma del Estado de México
UAEM

Año 21
2019-1
enero-junio
E-ISSN 2594-102X

Año 21, Número 2019-1, enero-junio

E-ISSN 2594-102X



© QUIVERA REVISTA DE ESTUDIOS TERRITORIALES, Año 21, número 21 (1), enero-junio 2019, es una publicación semestral científica y arbitrada, editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, a través del Centro de Investigación y Estudios Avanzados en Planeación Territorial de la Facultad de Planeación Urbana y Regional. Calle Mariano Matamoros s/n esq. Paseo Tollocan, colonia Universidad, C.P. 50130, Toluca de Lerdo, Estado de México, México. Teléfonos: clave del país 52, clave del área 722, números 2121938, 2129246 y 2194613, ext. 223. <http://quivera.uaemex.mx>, correo electrónico: quivera@uaemex.mx. Editor responsable Carlos Alberto Pérez-Ramírez. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2018-020709141100-01, E-ISSN 2594-102X, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de Título No. 10563, Licitud de Contenido No. 8563, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación.

Fotografía de portada: Brigitte Lamy.

Diseño de portada: Rubén Amado Serrano Gonzaga.

El contenido de los artículos es responsabilidad absoluta de los autores, por lo cual no necesariamente refleja el punto de vista de la institución.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización del Instituto Nacional del Derecho de Autor.

Quivera se encuentra indizada en Latindex-Catálogo, Redalyc, Clase, Biblat, Elektronische Zeitschriftenbibliothek (EZB), Zeitschriftendatenbank (ZDB) y Libris.

Año 21, Número 2019-1, enero-junio

E-ISSN 2594-102X



© QUIVERA REVISTA DE ESTUDIOS TERRITORIALES, Año 21, número 21 (1), enero-junio 2019, es una publicación semestral científica y arbitrada, editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, a través del Centro de Investigación y Estudios Avanzados en Planeación Territorial de la Facultad de Planeación Urbana y Regional. Calle Mariano Matamoros s/n esq. Paseo Tollocan, colonia Universidad, C.P. 50130, Toluca de Lerdo, Estado de México, México. Teléfonos: clave del país 52, clave del área 722, números 2121938, 2129246 y 2194613, ext. 223. <http://quivera.uaemex.mx>, correo electrónico: quivera@uaemex.mx. Editor responsable Carlos Alberto Pérez-Ramírez. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2018-020709141100-01, E-ISSN 2594-102X, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de Título No. 10563, Licitud de Contenido No. 8563, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación.

Fotografía de portada: Brigitte Lamy.

Diseño de portada: Rubén Amado Serrano Gonzaga.

El contenido de los artículos es responsabilidad absoluta de los autores, por lo cual no necesariamente refleja el punto de vista de la institución.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización del Instituto Nacional del Derecho de Autor.

Quivera se encuentra indizada en Latindex-Catálogo, Redalyc, Clase, Biblat, Elektronische Zeitschriftenbibliothek (EZB), Zeitschriftendatenbank (ZDB) y Libris.

Año 21, Número 2019-1, enero-junio

E-ISSN 2594-102X



© QUIVERA REVISTA DE ESTUDIOS TERRITORIALES, Año 21, número 21 (1), enero-junio 2019, es una publicación semestral científica y arbitrada, editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, a través del Centro de Investigación y Estudios Avanzados en Planeación Territorial de la Facultad de Planeación Urbana y Regional. Calle Mariano Matamoros s/n esq. Paseo Tollocan, colonia Universidad, C.P. 50130, Toluca de Lerdo, Estado de México, México. Teléfonos: clave del país 52, clave del área 722, números 2121938, 2129246 y 2194613, ext. 223. <http://quivera.uaemex.mx>, correo electrónico: quivera@uaemex.mx. Editor responsable Carlos Alberto Pérez-Ramírez. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2018-020709141100-01, E-ISSN 2594-102X, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de Título No. 10563, Licitud de Contenido No. 8563, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación.

Fotografía de portada: Brigitte Lamy.

Diseño de portada: Rubén Amado Serrano Gonzaga.

El contenido de los artículos es responsabilidad absoluta de los autores, por lo cual no necesariamente refleja el punto de vista de la institución.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización del Instituto Nacional del Derecho de Autor.

Quivera se encuentra indizada en Latindex-Catálogo, Redalyc, Clase, Biblat, Elektronische Zeitschriftenbibliothek (EZB), Zeitschriftendatenbank (ZDB) y Libris.

Equipo Editorial

Director: Carlos Alberto Pérez-Ramírez

Editora en Jefe: Gabriela Mañón-Romero

Anallely Ríos Morán, Asistente Editorial

Traducción: Jeime Rodríguez-Macedo

Consejo Editorial

Alejandro Rafael Alvarado Granados, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Ciro Alfonso Serna Mendoza, Universidad De Manizales, Colombia

Gustavo Álvarez Arteaga, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Juan Roberto Calderón Maya, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Juan José Gutiérrez Chaparro, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Julio Soria Lara, Universidad Politécnica de Madrid, España

Luis Miguel Valenzuela Montes, Universidad de Granada, España

María Elina Gudiño, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

María Geralda de Almeida, Universidade Federal de Goiás, Brasil

Mirosława Czerny, Universidad de Varsovia, Polonia

Norma Hernández Ramírez, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Pedro Leobardo Jiménez Sánchez, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Salvador Adame Martínez, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Comité Científico

Alfonso Iracheta Cenecorta, Centro Eure, Estudios Territoriales y Políticas Públicas, México

Alicia Ziccardi Contigian, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Ana María Giménez, Universidad Nacional de Santiago del Estero, Argentina

Blanca Rebeca Ramírez Velázquez, Universidad Autónoma Metropolitana, México

Carlos A. de Mattos, Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile

Diego Jaramillo Salgado, Universidad del Cauca, Colombia

Enrique Leff, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Francisco Javier Aguilar García, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Horacio Roldán López, Universidad Autónoma de Sinaloa, México

Javier Delgadillo Macías, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Jorge Inzulza Contardo, Universidad de Chile, Chile

María Eugenia Castro Ramírez, Universidad Autónoma Metropolitana, México

Roberto Eibenschutz Hartman, Universidad Autónoma Metropolitana, México

Ryszard Rozga Luter, Universidad Autónoma Metropolitana, México

CONTENIDO

	Pág.
Editorial: Pensando la ciudad: las disciplinas de lo urbano/la ciudad de todos <i>Natalia García-Cervantes y Brigitte Lamy</i>	5

Artículos de investigación

Sociología urbana: evolución y renacimiento <i>Urban sociology: evolution and revival</i> <i>Brigitte Lamy</i>	9
La ciudad bajo el lente de la antropología <i>The city under the lens of anthropology</i> <i>Claudia Teresa Gasca-Moreno y Miguel Ángel García-Gómez</i>	27
La ciudad: una visión desde la psicología ambiental <i>The city: a view from environmental psychology</i> <i>Joel Martínez-Soto</i>	43
Filosofía y ciudad. Aproximaciones al momento inaugural de una relación persistente <i>Philosophy and city. Approximations to the inaugural moment of a persistent relationship</i> <i>Diego Eduardo Guzmán-Sandoval</i>	59

Reseñas de libros

Planeación urbana: crítica y tendencias emergentes desde el campo de la teoría. La experiencia planificadora en el Estado de México <i>Juan Ángel Demerutis-Arenas</i>	77
--	----

Editorial**Pensando la ciudad: las disciplinas de lo urbano/la ciudad de todos**

Natalia García-Cervantes
Brigitte Lamy
Universidad de Guanajuato, México
E-mail: brigittetgo@hotmail.com

Hace ya dos décadas que el mundo se volvió predominantemente urbano; en México, más del 70 por ciento de la población vive en ciudades y adentrada en lo que ha sido llamada “la era urbana”; nos encontramos frente a lo que parece un buen punto de inflexión en la generación de nuevas ideas y pensamientos en relación con “la teoría urbana” y con ello la cavilación acerca de quien piensa y hace las ciudades. La intención de esta edición especial es resaltar que se necesita ampliar la injerencia y reconocer aportes a los estudios de la ciudad más allá de las disciplinas tradicionalmente asociadas a eso, como la planeación y la arquitectura (y el urbanismo), lo cual nos permite ensanchar nuestra visión y ofrecer explicaciones más matizadas a una variedad de problemas tanto teóricos como empíricos de nuestra realidad urbana compartida.

Si consideramos la multitud de procesos que se dan en la ciudad, como centros económicos, financieros, culturales, sociales, de intercambio, el telón de fondo del crecimiento de familias, la influencia del espacio urbano en el desarrollo del individuo y cómo esto refleja nuestro rol innegable como ciudadanos, podemos argumentar la importancia de los aportes de diferentes disciplinas.

Este reconocimiento a otras disciplinas no es nuevo; muchos autores han señalado desde hace tiempo la importante labor que otras disciplinas ofrecen al servicio del campo de la “teoría urbana” y a los estudios de las ciudades. El fenómeno de la ciudad ha sido documentado por diversas disciplinas, donde se considera que la ciudad es un objeto de estudio intrínsecamente complejo y que requiere un enfoque interdisciplinario. Esta edición especial busca evidenciar el valor del aporte de disciplinas, tales como historia, antropología, sociología, demografía, psicología e, incluso, filosofía al estudio de la ciudad. Una apertura a otras disciplinas en la teorización de las ciudades, y en las formas en que pensamos las ciudades y como tratamos de entenderlas tiene el potencial de permitirnos ofrecer mejores explicaciones a fenómenos urbanos y a la urbanidad en sí. Permitirá, por ejemplo, reconocer las implicaciones de la teoría urbana en la dicotomía de lo micro/macro y sus implicaciones, de lo más abstracto a lo más empírico.

La teorización acerca de la ciudad se basa generalmente en el enfoque singular de una disciplina, lo que ineludiblemente nos presenta con una visión parcial y fragmentada. Como señala Friedman hace dos décadas (1998), “uno siempre puede conseguir que un estadístico realice otro pronóstico de población o un arquitecto para diseñar mobiliario urbano, y hay muchos economistas e ingenieros para realizar estudios de factibilidad”. Pero la planeación urbana (que no implica sólo a los planeadores) y los encargados de supervisar la producción del espacio urbano “deben tener una base en el conocimiento de los procesos socio-espaciales que, en interacción entre sí, producen el hábitat urbano [espacio urbano]” (Friedmann, 1998). Por ejemplo, los sociólogos y teóricos urbanos han tenido a la ciudad como su objeto de estudio por décadas, concentrándose en las interacciones sociales, mientras que los planeadores o planificadores se concentran más en dinámicas territoriales como los usos de la tierra y zonificaciones. Los arquitectos e ingenieros civiles, como lo señala Friedman, tienden a ocuparse de las partes físicas de la ciudad, como edificios e infraestructura urbana.

La interdisciplinariedad permite resaltar e intentar capturar/reflejar el dinamismo de la forma urbana, dado que “uno de los pilares del pensamiento urbano es el concepto de forma urbana”, donde el término forma no se refiere a la apariencia externa del fenómeno, sino a la materia: “a los elementos que configuran su existencia, su acción o su manifestación” (Méndez, 2006).

Es innegable que el análisis de la forma sea fundamental para los estudios urbanos, puesto que esta forma materializa las necesidades de la gente que la produce. Sin embargo, las formas no son autónomas; sólo las podemos entender tomando en cuenta el contexto social y cultural. El único método para lograrlo es intentar entender cómo se cruzan y se articulan lo social con lo espacial.

La importancia de reconocer la multidisciplinariedad de la cuestión urbana en el contexto de México nos ayuda a mirar lo urbano más allá de lo físico, de la arquitectura y de la planeación urbana; mirar más allá de la planeación del territorio se vuelve crucial, pues las ciudades comprenden procesos sociales, económicos, políticos, culturales y tecnológicos que no siempre están ligados a una manifestación física de la ciudad. Esto implicaría ineludiblemente mejores explicaciones a fenómenos urbanos y mejores respuestas a dichos fenómenos. Entonces, estudiar las ciudades desde otras disciplinas permite abrir la puerta a una variedad de respuestas a problemas urbanos como el cambio climático, la violencia, la migración, entre otros.

Nuestra labor está centrada precisamente en cómo se transforman los debates teóricos y cómo se traducen para informar a responsables políticos y profesionales y en general a los tomadores de decisiones clave a fin de que se puedan hacer elecciones informadas y en pro de cambios positivos para las ciudades y las vidas de los habitantes de dichas ciudades.

Tal como lo decía Ledrut (1974), la ciudad no es una suma de cosas...; tampoco un conjunto de edificios y calles, sino una reunión de seres humanos que mantienen relaciones diversas. Y Rizo (2006), agrega, “no puede pensarse la existencia de un ámbito social urbano sin reconocer la interacción de los grupos sociales. La experiencia urbana se desarrolla en la convivencia de los grupos, en una comunicación ideal basada en la negociación, el diálogo y el entendimiento”.

Nadie pensará que conoce una ciudad, aunque tuviera todas las cifras acerca de ella, porque la ciudad es durable y contradictoria a la vez; está sujeta a procesos complejos, a hechos excepcionales, a acontecimientos inesperados, a los vaivenes de la historia, de la cultura, del arte, de la economía, de la demografía, etcétera, porque en la ciudad vive gente y ésta posee atributos... Las calles son algo más que un espacio útil, como las casas, algo más que superficies que se pueden medir y la gente algo más que propietarios o inquilinos (Piñón, 1996).

Según Rizo (2006), “comprender el entorno urbano, la ciudad, requiere en la actualidad una mirada abierta. No debemos abordar el espacio urbano sólo como la dimensión física de la ciudad, sino que es fundamental incorporar la experiencia de quienes habitan en ella”. Entonces, la apertura a la teorización de “lo urbano” y “la ciudad” invita también a un cambio de pensamiento en los procesos de planeación en donde se cuenta con una ciudadanía más informada y los tomadores de decisiones son capaces de entender las posturas de diferentes disciplinas. Esto a su vez implica repercusiones positivas para la forma en que los ciudadanos piensan la ciudad y, consecuentemente, la forma en la que se vive la ciudad por medio de una apropiación de los procesos y el espacio.

Una apertura a otras disciplinas da cabida a un rol más activo de la ciudadanía, en donde puedan ser activos, críticos y partícipes de las implicaciones teóricas acerca de quién piensa y cómo se piensa la ciudad, quién planea la ciudad, cómo se planea la ciudad, quién (es) hace (n) la ciudad y para quien se hace. Esto permite un análisis más crítico acerca del rol de la planeación urbana en el desarrollo de las ciudades, así como de cuál es el rol de los “expertos” de “la ciudad y lo urbano” y ser más críticos y exigentes en cuanto al rol de los ciudadanos mismos.

La ciudad está tanto fuera como dentro de nosotros, en la forma en que la pensamos, concebimos y recordamos, en la forma en que armamos nuestra imagen mental individual y luego colectiva acerca de ciertos lugares. Es por eso que la filosofía es un campo que debe tener una consideración importante en el estudio de lo urbano.

Nuestra meta es común y conocida, todos estamos en busca de un futuro urbano común más justo, más accesible, más comprensivo y más sensible.

Referencias

- Friedmann, J., (1998). Planning theory revisited. *European Planning Studies* 6(3), 245-253.
doi:10.1080/09654319808720459
- Méndez, A. (2006). *Estudios urbanos contemporáneos*. México: Miguel Ángel Porrúa
- Piñon, J. (1996). Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana. En Sambricio, C. (ed.), *La historia urbana*. Madrid: Marcial Pons
- Rizo, M. (2006). Conceptos para pensar lo urbano: el abordaje de la ciudad desde la identidad, el habitus y las representaciones sociales. *Bifurcaciones*, 1(6), 1-13 Recuperado de http://www.bifurcaciones.cl/006/bifurcaciones_006_Rizo.pdf
- Ledrut, R. (1968). *Sociologie urbaine*, Paris: P.U.F.

Artículos de investigación

Sociología urbana: evolución y renacimiento***Urban sociology: evolution and revival***

Brigitte Lamy

Universidad de Guanajuato, México

<https://orcid.org/0000-0002-6201-1114>Correo electrónico: brigittego@hotmail.com

Recibido: noviembre 14 de 2018

Aceptado: marzo 21 de 2019

Resumen

En este texto tratamos de definir la sociología urbana, sus orígenes, su mirada hacia la ciudad como objeto de estudio y cómo la define, cómo la estudia, a partir de qué temas. Se trata de ver la importancia de esta disciplina para estudiar la ciudad. La sociología urbana o de lo urbano ofrece una mirada complementaria a otras disciplinas que también se interesan por el fenómeno urbano; va mucho más allá del aspecto físico-espacial, pues la definición de ciudad para los sociólogos urbanos se encuentra precisamente en la intersección entre lo social y lo espacial. Con el apoyo de contribuciones de especialistas del área, se presenta lo que podría ser una agenda de trabajo, sus temas privilegiados de investigación y su forma de acercarse para estudiarla. El campo es inmenso y complejo, ya que consta de una gran variedad de puntos de vista a través de épocas, continentes y dentro de la misma disciplina.

Palabras clave: sociología urbana, ciudad, temas, método.**Abstract**

This paper presents an approximation to a definition of urban sociology considering its origins, its look towards the city as an object of study, how the city is defined and studied by sociology and from which themes. It is about seeing the importance of this discipline to study the city. Urban or urban sociology offers a complementary perspective to other disciplines that are also interested in the urban phenomenon; it goes far beyond the physical-spatial aspect, because the definition of a city for urban sociologists is precisely at the intersection between the social and the spatial. Supported by the contributions of specialists in the area, this could be a working agenda within the discipline, its privileged research topics, its approach to study it. The field is immense and somehow complex, since it consists of great variety of perspectives throughout eras, continents and within the same discipline.

Keywords: urban sociology, city, themes, method.

Introducción

La sociología urbana representa seguramente una rama de estudio que está totalmente acorde con las nuevas dinámicas sociales, pues más del 50% de la población vive en ciudades. Efectivamente, los debates actuales acerca de los estudios urbanos tienen algo que ver con las nuevas reconfiguraciones de lo social.

La sociología urbana muchas veces se relaciona con la Revolución Industrial, sin embargo, la preocupación por las cuestiones urbanas es mucho más antigua. Las preocupaciones sociales acerca de las ciudades se daban mucho más en el mundo occidental, cuando todavía la distinción “campo-ciudad” tenía su razón de ser o estaba más marcada. Hoy en día, esta demarcación se debilita; la urbanización tiende a afectar al conjunto de las actividades sociales, de las poblaciones y de los espacios; es un fenómeno en vía de generalización que afecta condiciones, maneras de vida, mentalidades y hasta las comunidades rurales; la urbanización llegó hasta el campo.

Tomando en cuenta lo anterior, nos faltaría dar un paso para preguntarnos ¿cómo lo hizo Castells en un momento dado?, ¿hay una sociología urbana?, ¿es todavía pertinente hablar de sociología urbana? Ya no podemos justificar más la existencia de la sociología urbana solamente con base en la división campo-ciudad. Como lo dice Grafmeyer (1994), la ciudad está en todas partes, en su materialidad, por lo menos, como hecho de sociedad. La duda está en el aire. ¿Dónde está o qué queda de la sociología urbana?

Con todas las transformaciones urbanas, las disciplinas científicas interesadas en lo urbano se multiplicaron, ya que la interdisciplinariedad se volvió indispensable y, además, el estudio de lo urbano se debe pensar integrando ciencia, técnica y sociedad. La urbanización y las mutaciones urbanas interpelan la sociología, la cual debe compartir con otras disciplinas, nociones y conceptos para un entendimiento más completo de la situación y realidad urbana. Están en el panorama de los estudios urbanos la geografía, la arquitectura y el urbanismo, las ciencias políticas, la economía, el urbanismo y las ingenierías.

La participación o la implicación de la sociología en los estudios urbanos se ha vuelto necesaria para favorecer la integración social, estudiar las representaciones sociales y los modos de vida que muchas veces dejan de lado los aspectos técnicos, políticos y económicos. En el contexto de la globalización, la ciudad se vuelve un verdadero laboratorio de las relaciones de poder, por ejemplo, en lo político y lo económico, ya que el poder público le deja demasiado o cada vez más espacio o latitud al poder privado (sector privado), dejando siempre a un lado los modos de vida; lo que termina por ocasionar más situaciones de estratificación, segregación o exclusión social. Vemos entonces a continuación lo que nos aporta y nos deja la sociología urbana para estudiar y entender la ciudad.

¿Para qué estudiar la ciudad?

En el ámbito internacional, asistimos a una cierta revolución urbana, obviamente más acentuada en unas partes del mundo que en otras. La urbanización es parte de las transformaciones más visibles y más profundas de la sociedad moderna (Montigny, 1992). Hace 100 años, 9% de la población mundial vivía en una ciudad y en la actualidad es la mitad de la población mundial, es decir, 50% de la gente vive en un entorno urbano.

En México, se estima que alrededor de 75% de la población vive en una ciudad; lo que se compara con las tasas de urbanización de los países occidentales. Yves Étel (2009) en su artículo nos recuerda que en 2007 la población urbana rebasó por primera vez a la población rural (en términos de porcentajes). También hace observar que el fenómeno de crecimiento demográfico urbano se enfatizará en los próximos años: para 2030, se prevé llegar a 62% de la población mundial, para 2050, se estima llegar a 68%. Este crecimiento, según el autor, afectará más a las ciudades medias que a las grandes aglomeraciones urbanas. Esta situación se relaciona estrechamente con dos fenómenos aún poco estudiados en este contexto: la migración y la pobreza; este último considerado por Étel como el problema más importante y más explosivo políticamente hablando.

Históricamente, la gente venía a la ciudad con la espera de realizar sus sueños y aumentar su nivel de vida, pero habrá que preguntarnos si siempre ha sido cierto. Durante siglos, las ciudades fueron asociadas a las civilizaciones; estuvieron en el corazón de los grandes acontecimientos económicos, políticos, sociales o artísticos. En las ciudades encontramos tanto el triunfo como la tragedia humana. Estudiar la ciudad es estudiar la sociedad; entender la ciudad es crucial para entender a la sociedad; como elegimos estudiarla, es también muy importante.

Se habla de explosión urbana (Paquot, 1990); la ciudad se convierte en el típico entorno de vida para la mayoría de la gente del mundo. Como hecho de sociedad, la ciudad está por todos lados. Quizás no haya otro tema que invite más a la reflexión sobre la relación entre el espacio y la conducta social que el estudio urbano. Según Touraine y Giddens (en Lezama, 1993), el objeto de estudio de la sociología son las instituciones y las conductas sociales; el contexto que une estos dos conceptos existe: es la ciudad.

Las ciudades, presentes desde los inicios de las civilizaciones, no han dejado de desarrollarse y de concentrar una parte cada vez más importante de la población, de la actividad económica, del prestigio y del poder bajo todas sus formas para llegar a ser hoy en día la expresión misma de nuestras sociedades, de sus potencialidades y de sus límites (Bailly y Huriot, 1999). El hecho urbano y particularmente la metropolización son fenómenos mayores de nuestra época. Ya llegó la "era de las ciudades". Las ciudades han existido, sin duda alguna, desde mucho tiempo; sin embargo, se convirtieron en un modo de vida generalizada; vivir en una ciudad es casi una norma de los miembros de nuestra especie (Bailly y Huriot, 1999).

Últimamente, y tal vez sobre todo en América Latina y en México, la sociología urbana ha sido la sociología de la urbanización como producto de los cambios importantes hacia y dentro de las ciudades. Podemos pensar en las migraciones rural-urbanas o más recientes en las urbana-urbanas, en los nuevos procesos sociales, políticos y económicos, en los fenómenos de adaptación, asimilación o persistencia de las identidades, etcétera.

Parece que la sociología urbana podría definirse como la observación, en un medio privilegiado, de las transformaciones sociales y económicas como resultado del proceso de modernización. Para Clavel (en Ostrowetsky, 1996), la sociología urbana es un sector de la sociología ocupado por los investigadores cuyo campo de estudio es la ciudad.

En Europa, la ciudad no se opone más al campo (que debería ser definido también) y por lo tanto está perdiendo una de sus características esenciales que justificaba la discusión entre lo que era o no “urbano”. Por esta razón, algunos autores de este continente hablan más de sociología de los espacios habitados, ya que casi toda la población vive en una ciudad o tiene un modo de vida urbanizado. La situación se presenta de manera distinta en América Latina y en México donde todavía la demarcación campo-ciudad está presente en varios aspectos de la vida de la población.

La “revolución urbana”, anunciada por Henri Lefebvre en 1970, se está realizando en la mayoría de los países en desarrollo mientras que en la mayoría de los países industrializados y postindustrializados se está terminando (Paquot *et al.*, 2000).

La urbanización que se está llevando a cabo a nivel planetario se realiza con una gran diversidad morfológica y cultural y constituye un reto de la civilización difícil de comprender, pero que no puede dejarnos indiferentes.

Para mayor entendimiento, vamos a precisar lo que distingue los campos disciplinarios a fin de definir mejor la contribución de la sociología en el acercamiento de los fenómenos urbanos y así manifestar su atención a las aportaciones de las otras disciplinas que participan al conocimiento del mundo urbanizado. Se dijo que lo más valioso para el estudio de un fenómeno se encuentra a las fronteras de las disciplinas que lo pueden observar.

La sociología de lo urbano se distingue de las otras disciplinas de las ciencias sociales porque los sociólogos subordinan sus métodos de observación y los examinan a un cuestionamiento, a un problema. Los sociólogos, a diferencia de los etnólogos, ubican al grupo estudiado en un conjunto más amplio, institucional, jerárquico, cultural, etcétera, dentro del cual está inserto (Clavel, 2002). Los estudios sociológicos actuales favorecen las encuestas empíricas, descriptivas y sobre objetos limitados. Se enfocan a entender las repercusiones en los modos de vida (en el **pensar lo urbano**).

La práctica del urbanismo consiste en **pensar la ciudad**, el espacio urbano como espacio para ordenarlo, modificarlo. El objetivo no es el conocimiento, sino la acción, la realización. La sociología, por su parte, ofrece un saber y unas técnicas para contribuir al estado del conocimiento, mientras que el urbanismo propone esquemas de

transformaciones posibles para el espacio existente. La sociología aporta los conocimientos y el urbanismo sintetiza los datos tomando en cuenta los elementos humanos, geográficos, técnicos, políticos, financieros y legislativos, e imagina proyectos de ordenamiento realizables. La dificultad podría llegar cuando se transforma el espacio urbano sin tomar en cuenta lo que ahí pasa en todas las otras dimensiones de la ciudad.

Las mutaciones del capitalismo tienen repercusiones en los modos de vida y en los modos de pensar; es una dimensión de la civilización urbana y no hay que confundir entre pensar lo urbano y pensar la ciudad, ya que podría resultar un desastre (Paquot *et al.*, 2000).

¿De dónde viene la sociología urbana?

Los historiadores actuales de la sociología urbana atribuyen su origen a Georg Simmel (1858-1918), quien se dedicó principalmente al estudio de las consecuencias sociales de la urbanización (Escuela culturalista). Según él, la ciudad tiende a sustituir las formas tradicionales y cohesivas de la sociedad por un mundo anónimo, complejo y de distanciamiento entre individuos (Montigny, 1992).

La sociología urbana no es la sociología de todo lo que pasa en la ciudad. Transversal a otros campos de la sociología (familia, trabajo, educación, etcétera), la sociología urbana se centra en la dimensión propiamente urbana de los diversos aspectos de la vida social y se pregunta cómo los elementos que estructuran de forma específica las relaciones entre actores, instituciones y grupos sociales constituyen la ciudad como entorno y cómo la ciudad como entorno es constituida de elementos estructurando de manera específica las relaciones entre actores, instituciones y grupos sociales.

Para un sociólogo, la ciudad es primeramente un lugar donde viven los grupos sociales, donde trabajan, donde crían a sus familias y donde interactúan o no con otras personas. Estos grupos sociales se distribuyen geográfica, demográfica, económica, política y culturalmente formando un sistema social, el cual es el objeto primero de los sociólogos urbanos; es decir, les interesa el conjunto de relaciones entre los espacios construidos y las sociedades. La ciudad es una forma social y espacial; la sociología de lo urbano no disocia los fenómenos sociales de los espacios donde se realizan o se llevan a cabo, sino que hace de la imbricación de lo social con lo espacial la condición y el eje de sus análisis.

Aparece claramente que es imposible estudiar la ciudad solamente a partir de la perspectiva sociológica; estudiar la ciudad implica la contribución de otras disciplinas para llegar a una comprensión de los diferentes aspectos de la realidad urbana. Raymond Ledrut (1968) describe muy bien lo que sería el programa de la sociología urbana:

(Ella) se cuestiona a cerca del orden que es propio a las colectividades urbanas y sobre las formas que puede tomar ese orden. El análisis de las condiciones y de los tipos de estructuración colectiva de los complejos urbanos es una tarea importante; se relaciona naturalmente al examen de las modalidades, de las causas y de los efectos de la organización del espacio social urbano (Ledrut, 1968).

Foto 1. La ciudad para un sociólogo

Fuente: archivo personal.

Precisamente la relación entre desigualdades/territorios constituye la discusión fundamental de la sociología urbana de hoy que, a la diferencia de los otros campos de la sociología, no puede dejar de considerar las dimensiones espaciales. Se trata entonces de ver cómo los cambios sociales y espaciales se articulan y se inscriben en el territorio para entender las realidades urbanas de hoy.

Según Montigny (1992), estamos en presencia de una verdadera sociología urbana en la medida en que se busca comprender un segmento de la vida social, llevado a cabo en las grandes ciudades. Para Simmel la sociología de la ciudad no sólo debe considerarse como una contribución a la edificación de una sociología general (como lo veía Durkheim), sino como una rama especializada de la disciplina (Montigny, 1992). También así pensaba Halbwachs, ya que para él el fenómeno de urbanización era lo suficientemente importante, extendido y presente como para considerar la sociología urbana como un campo de pleno derecho.

La sociología urbana de hoy se interesa en las desigualdades sociales a partir de los estudios sobre la segregación social, es decir, en la inscripción en el tejido urbano de las desigualdades empezando por la posición social y el origen étnico. La segregación no se

aborda sólo por el territorio, sino socialmente a través de las redes sociales; la segregación puede ser también el cierre de las redes.

Podemos decir entonces que la sociología urbana se encuentra en la intersección entre lo social y lo territorial; se interesa y se cuestiona sobre la manera que tienen los seres humanos de vivir juntos en un espacio dado. Ejemplo de los espacios públicos como lugar de sociabilidad: uso y significado para la población, ¿espacio de integración, cohesión o distanciamiento social? ¿Favorecen el desarrollo social sustentable en las ciudades?

Foto 2. Espacio público



Fuente: archivo personal.

La dinámica urbana constituye el objeto de investigación central de la sociología urbana. Lo urbano no es una realidad estática sino una realidad dinámica caracterizada por la movilidad en su sentido más amplio. La llegada de los sociólogos al estudio de la ciudad es reciente. Sin embargo, algunos temas se perfilan de más interés en el estudio del mundo urbano en sociología (según Bassand *et al.*, 2001):

1. La dinámica urbana es reveladora de fenómenos más globales; la ciudad es la inscripción en el suelo de la sociedad, y la sociedad a su vez influye en la ciudad. El fenómeno urbano es incomprensible e inexplicable sin referencia a la sociedad que lo envuelve, y esta última constituye una llave para entenderlo. Sólo hay que pensar en la globalización y en los actores en los actores económicos que se involucran a

nivel mundial y no nacional. La crisis del medio ambiente, los conflictos sociales: más desigualdades, exclusión social, movimientos sociales, etcétera. De esta nueva dinámica societal nace una nueva dinámica urbana, y necesita nuevas herramientas; ¿les corresponderán ahora a los mercados regular el funcionamiento colectivo?

2. Las ciudades y la vida urbana varían según las épocas y el lugar, pero no desaparecen; la ciudad ha evolucionado mucho desde que existe y también según los lugares, los países y las culturas. La dinámica urbana actual se construye sobre las bases de diferentes épocas o regímenes; existe una superposición y subsisten huellas anteriores.
3. La importancia creciente del sector privado da forma a la dinámica urbana y a la metropolización: privatización de servicios públicos, poder de las multinacionales sobre el estado, ejercicio de la ciudadanía... cuestionando el papel de los poderes públicos: gobernanza. ¿Capitulación/rendición del poder político frente al poder económico? Con todas sus consecuencias en términos de desigualdad social y espacial.
4. La dinámica urbana contemporánea se construye alrededor de la trilogía: concentración-centralización-competencia. Pone en evidencia la importancia del aspecto económico y de la movilidad para sacar provecho de la situación.
5. La relación de los actores a la cuestión ESPACIO-TIEMPO es un revelador privilegiado de la dinámica urbana. Las temporalidades no se enmarcan en UN territorio, sino más bien en diferentes lugares según temporalidades que están siempre en recomposición: la jornada de hoy no es sólo trabajo-casa, sino un movimiento entre el domicilio, el trabajo, lugares de compras, ocio, sociabilidad, deberes cívicos, etcétera. El fraccionamiento, colonia o barrio no es el territorio exclusivo de estas actividades, sino que están dispersas en toda una aglomeración urbana entera y a veces hasta fuera. Y si lo vemos a nivel de una vida entera: los actores realizan itinerarios migratorios interregionales o internacionales que terminan marcando su identidad y las dinámicas urbanas.
6. La dinámica urbana debe analizarse como un sistema de lugares y flujos: la movilidad espacial es una componente fundamental de lo urbano y de la metropolización. Para algunos, la ciudad se puede resumir a un sistema de flujos de personas, de mercancías y de informaciones. Y siempre está en recomposición. La movilidad espacial implica un conjunto complejo de redes técnicas y territoriales (vías, plazas, red de energía, agua, redes de transportes, comunicaciones, etcétera) y que implica también redes sociales: construcción de proximidades socio espaciales y co-presencia en la ciudad (dimensión fundamental para la sociología urbana).

7. Quien dice dinámica urbana, dice funcionamiento social. Le Corbusier había propuesto cuatro funciones urbanas: habitar, trabajar, recreación y circular. Hoy en día, los sociólogos prefieren hablar de seis campos y retos sociales:

- Economía: producción de la riqueza y su repartición.
- Población: reproducción y equilibrio con el resto de la sociedad.
- Territorio: y el medio ambiente en función de un desarrollo durable.
- Político: regular las relaciones entre los diferentes actores y que define el acceso democrático al poder.
- Cultura: intenta definir el significado de la existencia de cada actor.
- Confianza (trust)/urbanidad: busca las modalidades de un “vivir juntos”.

La reflexión sobre la dialéctica entre dinámica urbana y funcionamiento social es interesante, pues insiste sobre la delicada alquimia entre estabilidad –necesaria al funcionamiento– y cambio –necesario a las adaptaciones–.

1. Los potenciales de los actores producen la dinámica urbana: lo urbano no surge espontáneamente, sino que se construye continuamente por cuatro tipos de actores: los económicos, los políticos, los profesionales del espacio (arquitectos, urbanistas e ingenieros) y los habitantes-usuarios-ciudadanos, que muchas veces son olvidados. Cada uno de ellos juega uno o varios roles sociales, pero dispone también de una autonomía que su posición social va a amplificar o a reducir. Cada actor puede jugar con las relaciones sociales como un recurso.
2. La dinámica urbana debe estudiarse por sus diferentes niveles en profundidad del análisis sociológico. La noción de “niveles en profundidad” permite dividir la realidad urbana en tres niveles y se superponen en función de su materialidad.
 - Nivel de la morfología: incluye el entorno construido y natural, la población, las técnicas; es muy concreto y medible con instrumentos.
 - Nivel de las prácticas sociales generadas por organizaciones, roles, normas, entre otras: van de la movilidad a diversas prácticas domésticas relativas al trabajo, a la política, a la cultura, etcétera; así como a prácticas en torno a la vida social (vecindario, amistades, parentesco, colonia...), al ciclo de vida (alimentación, descanso, etcétera). Son concretas, pero mucho menos medibles que los elementos del primer nivel.

- Nivel de las representaciones colectivas: es el imaginario, las ideas, los símbolos, las ficciones, las aspiraciones, las identidades. A veces toma formas concretas de obras culturales: la imaginación colectiva puede tomar forma de novelas, películas, textos periodísticos, proyectos, etcétera; la mayoría de las prácticas sociales primero fueron representaciones ocultas que se tradujeron después en comportamientos sociales y que se concretizaron en morfología. Por tanto, es un nivel muy importante, ya que es como el sueño de un arquitecto que se convierte en proyecto y luego en construcción.
3. La dinámica urbana se debe analizar micro y macrosociológicamente; el fenómeno urbano es particularmente propicio a la articulación de estos dos polos de estudio. No podemos ignorar las causas que relacionan lo micro y lo macro, pero además los conocimientos que generan son indispensables a la acción.

Definición de ciudad

Aunque parezca fácil hablar y escribir sobre ciudades o identificarlas, cuando llega el momento de definirlas, la tarea se vuelve un poco más compleja. ¿Qué es una ciudad? Más de una disciplina se interesa; incluso, dentro de la misma sociología, los puntos de vista son numerosos según el acento que se ponga sobre una u otra dimensión social, por lo que hay definiciones y entendimientos distintos. Sin embargo, de forma general, las ciudades siguen presentando elementos que las caracterizan y que fueron señalados por las diferentes escuelas de sociología moderna:

- La supremacía de la ciudad sobre el campo que provoca esta desigualdad y ambivalencia, producto de la división del trabajo (Marx).
- El proceso de racionalización, verdadera naturaleza de la vida urbana (Weber) y la ciudad, territorio que simboliza el poder del estado y de la burocracia.
- En la ciudad se intensifica el contacto social; ésta provoca la ansiedad y la angustia por la densidad del orden moral presente desde las primeras formas urbanas (Durkheim) (Lezama, 1993).

Como configuración socio-espacial, la ciudad sigue correspondiendo esencialmente a las imágenes fuertes:

- Concentración de población
- Primacía del entorno construido sobre el entorno natural

La ciudad no sólo se entiende como territorio espacial y socialmente diferenciado, sino como una búsqueda de libertad y de creatividad (Lezama, 1993). Sin embargo, la urbanización tiende a afectar de forma mucho más amplia al conjunto de las actividades y de las poblaciones. Paquot habla de explosión urbana: “en el año 2000 uno de cada dos habitantes del planeta vivirá en una ciudad” (Paquot, 1990).

Foto 3. La ciudad



Fuente: archivo personal.

La ciudad es entonces tanto territorio como población, entorno material y unidad de vida colectiva, configuración de objetos físicos y nudo de relaciones entre sujetos sociales. Podemos decidir interesarnos por uno u otro de esos dos órdenes de realidades, sin embargo, siguen siendo inseparables, porque es en su interacción donde se encuentra la definición de la ciudad, en sus elementos más significativos y constantes. Grafmeyer (1994) propone cinco figuras de la ciudad:

A) El encuentro

La proximidad física dentro de la ciudad permite a las personas entrar en relación. Es dentro de este medio que se pueden iniciar, amplificar o deshacer las relaciones sobre las cuales se basa la vida social. Aunque no hayamos llegado a una conclusión en las discusiones sobre el tamaño que debe tener una ciudad para poder ser designada con este término, la noción

de aglomeración da una buena idea del doble aspecto del fenómeno urbano. La ciudad es a la vez el proceso por el cual la gente se acerca y se conoce; y, por otro lado, es el resultado estabilizado de este movimiento. Por lo tanto, está hecha de proximidades deseadas, sufridas o inopinadas.

B) El mosaico

La ciudad junta actividades y poblaciones que se distribuyen de forma no uniforme sobre el territorio. Este proceso de aglomeración se demultiplica en procesos locales más pequeños de agregación que inscriben en la ciudad, líneas divisorias más o menos herméticas. Estos procesos locales podrían parecer yuxtapuestos en el espacio urbano como un mosaico.

C) La centralidad

La ciudad no es solamente este mosaico; dispone las actividades y los grupos que son, en la mayoría de los casos, interdependientes. La ciudad organiza esta diversidad. La polarización de los flujos humanos, de mercancías y de información la relaciona con otros espacios y otras ciudades. En este sentido, se encuentra como centro.

D) La ciudad y sus instituciones

No cabe duda de que la ciudad representa la función política: ejerce funciones administrativas hacia un territorio y participa en la delimitación territorial. Administra también sus propios asuntos. Es el lugar de expresión, de difusión de ideas, de lucha; organiza dominaciones y cobija revoluciones (Roncayolo, 1990). Max Weber subrayó la importancia de la dimensión política e institucional de la ciudad.

E) Personalidad urbana o culturas ciudadanas

Con esta definición de la ciudad, con esta diversidad humana que se junta dentro de la ciudad, ¿podría generar formas de ser y de actuar que puedan ser consideradas como características propias del ciudadano? Varios sociólogos se interesaron por esta pregunta; entre ellos, Louis Wirth, quien propuso un modelo de personalidad urbana: el urbanismo como modo de vida. Pero hay distintas formas de vivir en la ciudad; no habría una, sino varias culturas urbanas.

Estas diversas figuras de la ciudad nos dan una visión de un mismo objeto desde perspectivas distintas que nos permiten definirlo, conocerlo mejor, explicarlo y entonces entenderlo. A partir de estos elementos, diferentes enfoques en sociología urbana (como en otros campos de estudio) se han desarrollado para traernos “aclaraciones”.

Los temas

Como disciplina científica, la sociología está confrontada a las preguntas que se hacen las sociedades. La extensión de la urbanización a una escala, hasta el momento, nunca alcanzada, la generalización de las sociedades ya urbanas en sus manifestaciones sociales y las consecuencias de esta situación sobre la organización del espacio de vida ha generado un campo específico de estudio (Clavel, 2002).

La sociología de lo urbano se da a la tarea de describir las ciudades en su movimiento, como espacios producidos, como prácticas múltiples de poblaciones diversas que construyen cada día una urbanidad común. La ambición es entender mejor las relaciones entre la sociedad y sus espacios, actualizar el significado que se dan a estos espacios, tomando en cuenta la sociedad actual, sus valores y sus perspectivas.

La sociología desarrolla un campo específico con la sociología urbana, debido a que la urbanización nunca había conocido tal extensión, a que las sociedades se volvieron urbanas en sus manifestaciones sociales y a las consecuencias que esta situación tiene sobre la organización de un espacio de vida común. Se retoman los cinco grandes temas, objeto de atención por parte de los sociólogos urbanos, como los presenta Clavel (2002):

1. La centralidad

La noción de “centralidad” manda muchas veces a “centro” (de ciudad), sin embargo, la definición de lo que es un “centro” no es uniforme ni compartida. Y tampoco todas las ciudades tienen un centro o tienen uno solo, pues a veces tienen varios.

- a. El centro de la ciudad
- b. Lugares centrales
- c. La centralidad cuestionada
- d. ¿Centros o periferias?

2. La segregación

Es la concentración espacial duradera, impuesta por decisiones políticas o por mecanismos económicos de una población homogénea, muchas veces pobre, lo que contribuye también a su estigmatización. Es un tema recurrente de la sociología urbana. Conciérne a grupos apartados y su separación está aceptada o deseada por el grupo mayoritario.

- a. Segregación y repartición diferenciada en el espacio
- b. La segregación es primero una partición
- c. La segregación es una “puesta a distancia”
- d. La segregación es una discriminación
- e. El gueto

3. La territorialidad

Bajo este término están agrupados los comportamientos relacionados con el territorio, el espacio habitado o utilizado y considerado como lugar, como espacio de identificación social. No siempre se presentan con la misma intensidad.

- a. El territorio
- b. El barrio como territorio
- c. Territorialidad y apropiación

Foto 4. La territorialidad



Fuente: archivo personal.

4. La urbanidad

En los diccionarios, la urbanidad está definida por las cualidades de la persona que vive en la ciudad, su educación, sus maneras cordiales, afables. La urbanidad insiste sobre la calidad de las relaciones, pero también sobre el conocimiento y la práctica de las convenciones o códigos en uso en la ciudad. También se relaciona con los espacios de la ciudad, la manera en que se facilita la vida de los ciudadanos y su gusto por estar en la ciudad.

- a. La urbanidad según la Escuela de Chicago
- b. La movilidad de los ciudadanos
- c. La urbanidad es también espacial
- d. La urbanidad como escena
- e. La urbanidad versus incivilidad y violencia

5. El espacio público

El espacio abierto a todos, es un tema de investigación reciente en la sociología urbana. Viene del interés por lo construido y de la necesidad de pensar de otra manera la ciudad demasiado grande y fragmentada alrededor de polos espaciales y sociales privilegiados. La relación que se quiere privilegiar es la existente entre el espacio público y la cultura urbana en sus múltiples expresiones y así constituir nexos simbólicos para reestablecer la comunicación entre pedazos de ciudad o grupos aislados. Los espacios públicos aquí están considerados y utilizados como “integradores” en la ciudad. Estas diferentes concepciones del espacio público quieren romper con las simplificaciones que tienden a reducirlo a un lugar descriptivo, soporte de las prácticas.

- a. Espacio urbano, espacio público
- b. El espacio público de Goffman
- c. El espacio público y la indiferencia compartida

Foto 5. La urbanidad



Fuente: archivo personal.

Los métodos

La ciudad es el laboratorio de tamaño natural de la vida social y, por lo tanto, dio lugar a una larga tradición de experimentación metodológica; de la ecología urbana a la antropología de lo imaginario, de la sociología de los modos de vida a la semiología del espacio, numerosos acercamientos al trabajo de campo fueron aplicados –e inventados– en el campo de la investigación. Citando a algunos ejemplos, podemos decir que los relatos o las historias de vida, los mapas mentales, la observación participante y el análisis de redes encontraron en la ciudad un terreno o campo de predilección. Asistimos, en la investigación urbana, a la cruzada de dos movimientos (Clavel, 2002):

El **primer movimiento** se relaciona con la evolución del objeto de estudio: el espacio urbano. La ciudad está en plena mutación y da lugar a nuevos problemas. La reflexión sobre la ciudad no es muy reciente; se renovó en los últimos años por razones sociopolíticas y pragmáticas.

1. Razones sociopolíticas: el renacimiento de grandes proyectos arquitectónicos, la situación de los suburbios, la preocupación cada vez más importante por la calidad de vida, la comodidad y la eficacia de los servicios, particularmente servicios al público.
2. Las razones pragmáticas son también importantes. Durante mucho tiempo, el espacio urbano fue abordado según dos modos: una perspectiva arquitectónica que se interesa a las cualidades formales del espacio, a la construcción material del marco construido, y una perspectiva sociológica orientada hacia los modos de vida de los ciudadanos. En el mejor de los casos, la articulación de estas dos dimensiones fue pensada en términos de traducción (el espacio urbano como reflejo de la estructura social) o de determinación (efectos del espacio construido sobre los comportamientos). Actualmente, el problema no consiste en reducir lo espacial a lo social o de abatir una de estas dimensiones en la otra, sino de pensar la relación de “doble naturaleza” entre las formas construidas y las formas sociales, de poner en evidencia el trabajo de configuración recíproca del espacio y de las prácticas respetando la irreductibilidad de cada una de ellas. A partir de eso, el establecimiento estricto de las fronteras disciplinarias y los acercamientos unidimensionales no son más admisibles o apropiados.

El **segundo movimiento** trata de la emergencia de nuevas perspectivas teóricas. Después de los grandes paradigmas unificantes que balizaron el desarrollo de las ciencias sociales, asistimos desde los años 80 a la emergencia de una nueva configuración intelectual que renovó los modos de cuestionamiento de la ciudad moderna. Este cambio de perspectivas en ciencias sociales puede resumirse en tres puntos:

1. La importancia acordada al contexto.
2. La idea de que los ciudadanos dispongan de competencia/conocimiento.
3. El apoderamiento de las cuestiones de espacio a partir del punto de vista de los habitantes.

A los grandes modelos explicativos que integran la totalidad de los hechos sociales sigue un proceso más localizado; pone en el centro del propósito el carácter situado de los fenómenos observados. Pasa por una contextualización de los fenómenos. El investigador llevará a privilegiar modos de observación *in situ*. En lugar de buscar las causas o las determinaciones, se tomarán en serio las condiciones, las formas y las modalidades de emergencia de los fenómenos.

Se trata de considerar al ciudadano como dotado de recursos y de competencias y como coproductor del espacio público. Se reconoce o se favorece una actitud condescendiente a la experiencia “ordinaria” (en oposición al conocimiento científico). Permite rebasar la oposición tradicional entre objetividad y subjetividad y hacer del espacio público uno de los temas privilegiados de investigación.

Un lugar importante está otorgado a los aportes de la fenomenología. El espacio urbano no es pensado entonces desde un punto de vista neutro, indiferenciado, pero sí como un espacio para alguien, es decir, desde el punto de vista de los que se muevan en la ciudad, desde el punto de los que sueñan, actúan, hablan... Sensibles al estatus de la expresión, estos pasos abren un abanico muy amplio de preguntas: ¿qué es lo que está percibido, qué señala, qué evoca el lugar, qué moviliza como comportamientos, como encuentros, como tipos de sociabilidad, como imaginario? Para contestar esas preguntas, las investigaciones tuvieron que tomar conceptos y teorías de diversas disciplinas, entre otras: la psicología de la percepción, la semiología, la estética, la etología, la antropología y la sociología. Hay que referirse a las bibliografías para entender lo difícil que es respetar las fronteras disciplinarias de manera rígida.

Conclusiones

La investigación urbana es intrínsecamente interdisciplinaria. Es importante tomar en cuenta la pluralidad de las lógicas en la dinámica urbana. La ciudad en su dimensión espacial no es otra cosa que la proyección de la sociedad sobre el territorio y una matriz que la estructura; por eso es tan importante tomar en consideración estas dos facetas en el estudio de la ciudad y de lo urbano.

El objetivo de este texto es presentar la sociología urbana, sus orígenes, su mirada hacia la ciudad como objeto de estudio, cómo la define, cómo la estudia, a partir de qué temas, etcétera. Tratamos de hacer ver la importancia de esta disciplina para estudiar la ciudad. La sociología urbana o de lo urbano ofrece una mirada complementaria a otras

disciplinas que también se interesan por el fenómeno urbano; va mucho más allá del aspecto físico-espacial, pues la definición de la ciudad para los sociólogos urbanos se encuentra precisamente en la intersección entre lo social y lo espacial. Apoyándonos en contribuciones de especialistas del área, presentamos lo que podría ser una agenda de trabajo dentro de la disciplina, sus temas privilegiados de investigación, su forma de acercarse para estudiarla. El campo es inmenso y algo complejo, ya que consta de una gran variedad de puntos de vista a través de épocas, continentes y dentro de la misma disciplina.

Referencias

- Bailly, A. y Huriot, J.M. (1999). *Villes et croissance. Théories, modèles et perspectives*. París, Francia: Antropos.
- Bassand, M. Kaufmann, V. y Joye, D. (2001). *Enjeux de la sociologie urbaine*. Lausana, Suiza: Presses polytechniques et universitaires romandes.
- Clavel, M. (2002). *Sociologie de l'urbain*. París, Francia: Anthropos.
- Étel, Y. (2009). *La folle croissance des villes. L'Atlas des migrations*. Paris: Ed. Le Monde.
- Grafmeyer, Y. (1994). *Sociologie urbaine*. París, Francia: Nathan, collection 128.
- Ledrut, R. (1968). *Sociologie urbaine*. París, Francia: Presses universitaires.
- Lezama, J.L. (1993). *Teoría social, espacio y ciudad*. Ciudad de México, México: El Colegio de México.
- Montigny, G. (1992). *De la ville a l'urbanisation*. París, Francia: L'Harmattan.
- Ostrowetsky, S. (1996). *Sociologues en ville*. París, Francia: L'Harmattan.
- Paquot, T. (1990). *Homo Urbanus*. París, Francia: Du Félin.
- Paquot, T. Lussault, M. y Body-Gendrot, S. (2000). *La ville et l'urbain; l'état des savoirs*. París, Francia: La découverte.
- Roncayolo, M. (1990). *La ville et ses territoires*. París, Francia: Gallimard.

La ciudad bajo el lente de la antropología

The city under the lens of anthropology

Claudia Teresa Gasca-Moreno
Miguel Ángel García-Gómez
Universidad de Guanajuato, México
E-mail: claugasca@yahoo.com.mx

Recibido: octubre 31 de 2018
Aceptado: marzo 20 de 2019

Resumen

Este artículo es una primera aproximación a la relación entre antropología y ciudad; su objetivo es recuperar algunos momentos clave en la historia de la disciplina, así como las definiciones sobre ciudad que han imperado, las coordenadas teóricas y los métodos que la han orientado en los últimos años para delinear una especificidad disciplinar que se encuentra en construcción frente a los retos de la vida urbana. Más que trazar una cronología del camino andado, proponemos reflexionar en torno a las posibilidades teóricas y metodológicas que nos exigen fenómenos diversos y complejos acontecidos en las urbes; su análisis demanda la puesta en marcha de estrategias y la ayuda de otras disciplinas que desencadenan nuevas preguntas y requieren repensar los objetos y métodos clásicos de la antropología sin poner en riesgo su condición y especificidad.

Palabras clave: ciudad, antropología urbana, metodología, habitar.

Abstract

This article is a first approximation to the relationship between anthropology and the city; its objective is to recover some key moments in the history of the discipline, as well as the definitions of the city that have prevailed, the theoretical coordinates and the methods that have guided it in recent years to delineate a disciplinary specificity that is under construction against the challenges of urban life. Rather than drawing a chronology of the path traveled, we propose to reflect on the theoretical and methodological possibilities presented in diverse and complex phenomena in urban areas. Its analysis demands the implementation of strategies and the help of other disciplines that trigger new questions and require rethinking the classic objects and methods of anthropology without jeopardizing its condition and specificity.

Keywords: city, urban anthropology, methodology, diversity.

Presentación

En las últimas dos décadas la discusión sobre la importancia de las cuestiones urbanas ha tomado un papel medular en el análisis antropológico. Uno de los debates más procurados ha sido justamente el que tuvo la naciente antropología urbana en torno al abordaje de las prácticas e interacciones de nuevas alteridades sin prestar atención y poner el foco en la complejidad del nuevo escenario donde éstas se manifiestan: la ciudad.

En este trabajo recuperamos algunas reflexiones de textos y autores que pueden ser referentes en la comprensión y definición de la antropología urbana. El objetivo es retomar la discusión sobre la situación actual de la disciplina antropológica en contextos urbanos lo que supone una revisión crítica de lo que se ha entendido como ciudad, desde donde ha sido abordada, así como sus perspectivas de desarrollo teórico metodológico. La intención no es presentar un análisis cronológico del desarrollo de la disciplina, como ya lo han hecho otros autores (Signorelli, 1999; Canclini 2005; Giglia, 2012), sino recuperar el hilo de la discusión sobre cómo el estudio de las nuevas alteridades en escenarios urbanos demandan un diálogo interdisciplinar y estrategias particulares de investigación sin debilitar la capacidad de la antropología de dejar hablar a los interlocutores que emergen desde espacios que se caracterizan por dinámicas transitorias con múltiples conexiones entre local y lo global, lo individual y lo colectivo que revelan promesas pero también dilemas de la sociedad actual. Este trabajo recupera esos caminos ya avanzados y reflexiona sobre el papel de la antropología en la comprensión de los procesos que se gestan en las ciudades.

La ciudad como lugar antropológico

La ciudad es un contenedor de hechos sociales, de cultura, de prácticas cotidianas (Signorelli, 1999); sin embargo, todo este contenido no bastaría para una comprensión totalizadora si partimos de la idea de que el espacio de la urbe se convierte en lugar cultural (antropológico) a partir de las prácticas cotidianas de sus habitantes (urbanitas).¹ Certeau *et al.* (2000) afirma que es el lugar practicado por estos; coincide con Signorelli (1999: 53) cuando dice que el espacio se define en relación con los seres humanos que lo usan, que lo disfrutan, que se mueven en su interior, que lo recorren y lo dominan. Por esto, la ciudad, más que un escenario, es la puesta en escena de la vida social, del habitar. Desde las distintas ciencias y disciplinas del espacio, de la sociedad y de las prácticas sociales, se convierte en un objeto de estudio en tanto lugar de las prácticas cotidianas de los urbanitas.

Como referencia para intentar situar la base de la reflexión sobre la ciudad como lugar antropológico, se puede pensar, entre muchas otras aproximaciones, en cómo la

¹ Para esta reflexión, el urbanita sería, retomando a Rivera (1987), quien nace, crece y vive en el ámbito urbano, en la ciudad, en sus calles y plazas, en el orden o desorden urbano que lo forma en su naturaleza; es quien tuvo una familia o tal vez él mismo vivió en el campo, pero que en su vida en la ciudad ha olvidado (si bien en sus actividades, en su gastronomía, persisten lazos con aquel ámbito de vida), o ha tenido que aprender a vivir como urbanita.

fundación de muchas de las ciudades novohispanas² en el siglo XVI fue el proceso de puesta en escena de una forma de vida sincrética a partir de dos universos culturales: el europeo encarnado en los conquistadores españoles; y, el natural encarnado por los grupos nativos que, sometidos a la servidumbre, pusieron en escena la vida colonial.

Este sincretismo se encuentra en el urbanismo resultante que, según Chanfón (1997), sería un fenómeno eminentemente americano en el que las ciudades novohispanas resultantes, no tenían límites físicos, se extendían hasta el horizonte, siempre podían crecer, no tenían murallas, porque la vida de los naturales transcurría históricamente en espacios abiertos, amplios, y no podían ser sometidos a ser confinados al interior de murallas, o al mínimo espacio como el burgo europeo al que estaban acostumbrados los españoles conquistadores. De hecho, los espacios de la evangelización tuvieron que incorporar nuevas espacialidades para las prácticas en las que participaban los naturales, como la capilla abierta, creada para que éstos recibieran la palabra en el espacio abierto, no confinados por los muros del templo, como hacían los españoles.

Así, la ciudad novohispana es la puesta en escena de su propio proceso histórico y social que le va dando forma y que, a su vez, modifica la forma de vida de los habitantes: las capillas abiertas, los atrios o caminos procesionales dejaron de ser construidos una vez que los naturales, en los cambios generacionales, habían olvidado sus prácticas al exterior, adoptando las formas españolas del culto intramuros. La ciudad novohispana es un espacio antropológico en la medida en que es el espacio material en donde se encuentran dos formas culturales distintas derivadas en el mestizaje, una emergencia antropológica que genera sus propios lugares de práctica, sus propias ciudades.

En la ciudad actual podemos tener la posibilidad de lectura de la misma ciudad del pasado, sobre la base de prácticas que permanecen (el culto de la Virgen de Guadalupe; los rituales, danzas y fiestas populares, etcétera) en espacios en partes de ciudad que aún remiten a esas prácticas (los edificios virreinales: los conventos; Izamal; Pátzcuaro, etcétera). En este contexto, el lugar antropológico, de acuerdo con Augé (1992), es histórico, es relacional, es formador de identidad. La ciudad actual sigue teniendo esa posibilidad en tanto es historia (Castells, 1974), y es también contenedora de la historia.³ La antropología urbana puede tener en el estudio de la historia de las ciudades un primer motivo de interés investigativo si consideramos que el lugar, la ciudad, los mismos edificios que la constituyen son cuanto queda de la sedimentación de intenciones y tramas diversas (Calvi, 2003).

² Se deja a salvo la puntualización de que no todas las ciudades novohispanas tuvieron el mismo proceso fundacional; sabemos que en el proceso convivieron tanto la fundación de villas para españoles como la de pueblos de indios, mineros, a partir de presidios, guarniciones, misiones, etc. La reflexión para este artículo, por conveniencia metodológica en la construcción del discurso reflexivo, se centra en el proceso de sincretismo resultante del encuentro cultural entre españoles y naturales, con independencia del tipo de fundación o de área geográfica.

³ Al no ser la intención de esta reflexión el abordaje de todo el proceso histórico, para el salto a la actualidad, en la reflexión se incorporan estos autores que desde su propia perspectiva analizan la ciudad o el lugar antropológico con una mirada actual; se considera que su aproximación puede ser útil no sólo para la lectura de las ciudades latinoamericanas de hoy (por demás influidas por procesos globalizadores), sino que, como referencia teórica, se puede trasladar a la reflexión sobre las ciudades históricas o lugares antropológicos del presente, que son finalmente una suma de tiempos.

Las ciudades, en tanto producto cultural, anticipan que los nuevos habitantes encuentren materialidades urbanas producidas en otros tiempos: calles, barrios, monumentos. Es decir, reproducen en los nuevos habitantes el sentido de pertenencia que ha estado presente a partir de la construcción del monumento o de la calle. Por ejemplo, el arco de la calzada de León, Guanajuato, ciudad mexicana del Bajío, cuyo monumento construido a principios del siglo XX representa para los leoneses un elemento urbano que define en algunos sentidos lo que llamamos identidad, que en principio no significa otra cosa más que ser habitante de León y no de otra ciudad;⁴ el mismo efecto generaría la glorieta de Minerva en Guadalajara, el Coliseo en Roma o la Torre Eiffel en París. Son elementos de la ciudad construidos en otro tiempo del que la ciudad deviene, pero que tiene un significado para los habitantes. Por otra parte, tanto el Coliseo de Roma como la Torre Eiffel, al ser elementos reconocidos por habitantes de prácticamente todo el mundo, dan cuenta de una escala distinta de significado que posiblemente no logran los dos primeros ejemplos de ciudades mexicanas, pues tal vez sólo sus propios habitantes reconozcan.

En el caso mexicano, tal vez la ciudad que se construyó en el siglo XVI es hoy solamente un fragmento material de la ciudad expandida hasta el límite metropolitano que hoy presentan muchas de ellas: dispersas, difusas, formadas en 400 años de historia; en el actual marco metropolitano, la ciudad histórica (el centro, las calles y barrios) es la materialidad de una urbe que ha sido testigo (marco también) de las prácticas de los habitantes y la ciudad metropolitana es el efecto de la aceleración actual de los tiempos, que se pueden medir en los miedos, las incertidumbres, las desesperanzas de los urbanitas metropolitanos.

Hoy reconocemos en las leyes al patrimonio histórico en México como toda producción cultural realizada entre la llegada de los españoles y el siglo XX. De la misma forma, consideramos como patrimonio arqueológico las aportaciones realizadas por la cultura del territorio mexicano antes de la llegada de los españoles o patrimonio artístico a la producción del siglo XX. La ciudad de hoy es la suma de tiempos, en la que conviven elementos de materialidad del tiempo de su fundación o de los primeros cuatro siglos de su existencia (los centros históricos tienen la misma estructura urbana del siglo XVI, y contienen edificios de otro tiempo, barrocos, neoclásicos, siglo XIX y XX); pero también, elementos emergentes cuya construcción es reciente, cuyo espacio material es vivido por los ciudadanos de distinta forma.

El sentido de vivir la ciudad en la convivencia, en la politización, en la dimensión económica, en el conflicto ha sido la construcción de una nueva “cultura urbana”; Castells (1974) le confiere un sentido antropológico como el “sistema de valores, normas y relaciones sociales que poseen una especificidad histórica y una lógica propia de organización y de

⁴ De la misma forma, como otras ciudades en el mundo seguramente cuentan con sus propios referentes identitarios, este ejemplo que bien podría intercambiarse con la experiencia de otras ciudades del mundo, da cuenta de cómo los elementos urbanos pueden convertirse en referentes simbólicos y ordenadores de identidad urbana.

transformación”; en el caso de las ciudades, de transformación urbana. El centro histórico y las periferias urbanas son en la ciudad de hoy puestas en escena de distintas experiencias de la cultura urbana formadas en el tiempo. En el centro se puede tener el apego a la nostalgia de su propia historia, a la memoria, al patrimonio edificado o a lo intangible, a los pobladores con una forma de comportamiento que remite a los habitantes a otras épocas. En la ciudad metropolitana actual, la experiencia misma de habitar la ciudad del pasado genera fenómenos como la gentrificación; y la vida en las periferias provoca la segregación o la fragmentación (desconexión) de las materialidades y las prácticas relacionales entre los distintos grupos sociales; la movilidad, la precariedad, la elitización y la desigualdad son sólo algunas de las variables emergentes en los estudios de la ciudad que las distintas disciplinas que la abordan emprenden desde sus propios marcos de teoría y de método.

Si en el centro histórico la antropología urbana puede tener motivos de indagación en la identidad, en las prácticas tradicionales, en el patrimonio cultural, en los imaginarios, en las periferias puede tener un campo de trabajo muy importante: los procesos de segregación, las condiciones de desigualdad en términos de dotación de servicios e infraestructura urbana, los barrios residenciales cerrados y los asentamientos precarios, irregulares, además del conflicto que genera en la experiencia de ciudad, o todo lo anterior en función de la disputa por el territorio de distintos actores y grupos sociales, que constituyen una realidad de esa puesta en escena que es la ciudad como espacio antropológico, y “semejante realidad ofrece al antropólogo motivos de reflexión y de investigación de notable importancia” (Signorelli, 1999).

Historia, forma y estructura de ciudad como antropología urbana

El siglo XX fue de la consolidación de la vida en ciudades para un gran número de habitantes en el mundo si consideramos que hacia 1900, solamente dos de cada 10 personas habitaban en ciudades, mientras que al final del propio siglo lo hacían más de la mitad, hasta llegar hoy día a cifras que llegan en algunos países al 70%; municipios mexicanos como León, actualmente, tienen índices de urbanización de más del 90%, lo cual significa que la vida en el campo ha cedido paso a la vida en el ámbito urbano para nueve de cada 10 personas; en las ciudades habitan los urbanitas, habitantes cuyas prácticas cotidianas individuales o colectivas constituyen un universo de estudio amplio para las ciencias que tienen en el espacio, la sociedad y la cultura sus ejes de atención.

La migración campo-ciudad fue una de las primeras aproximaciones de las ciencias sociales para estudiar los cambios no sólo en las condiciones de vida, sino en las actitudes y formas de interrelación emergentes en las personas que cambiaban la vida del campo por el nuevo escenario urbano, con lo cual se enfrentaban a condiciones de entorno distintas a las que habían estado hasta entonces habituados: la quietud del campo, la comunidad rural, la cercanía de los contactos interpersonales; esta migración se dio progresivamente,

principalmente durante la primera mitad del siglo XX para el caso de las ciudades mexicanas.

Esta forma de vida fue sustituida por la vida en la ciudad, en la cual los contactos interpersonales se hicieron diferentes en función del tamaño de la ciudad y sus sistemas de transporte y movilidad; la posibilidad de vivir en un lugar y otro de la ciudad dependía de los niveles de ingreso; el acceso a satisfactores como vivienda, salud y educación, comenzaron a diferenciarse en función del lugar de la ciudad en el que vivían, del nivel de sus ingresos o de la pertenencia a los distintos estratos socioeconómicos que fueron también configurándose en las ciudades. La emergencia del urbanita se consolidó hasta que finalmente, la vida en el campo se convirtió en un referente nostálgico, lejano a la nueva realidad de las ciudades que crecían a medida que el siglo XX avanzaba y se convertían en metrópolis hacia el final de éste.

Ciudad del pasado y ciudad del presente, centro histórico y periferias urbanas significan la mirada en retrospectiva y en prospectiva, respectivamente, que la antropología urbana puede tener como objetos de observación a partir de sus propios instrumentales teóricos y metodológicos. Los lugares de la ciudad del pasado pueden estar asociados con algún momento determinado de la vida de los habitantes de la ciudad; pueden remitir al recuerdo de sus padres, a los olores o sabores de la infancia o a la memoria de la propia ciudad, un hecho definitorio del carácter cultural, una catástrofe que modificó o no la vida de las familias.

Los significados de la ciudad del pasado y del presente tienen distintas perspectivas de abordaje en los estudios urbanos; un lugar simbólico, como el arco de la calzada de León,⁵ utilizado como ejemplo anteriormente, puede tener para sus habitantes una carga identitaria importante; incluso, puede definir a muchos de ellos; sin embargo, la presencia del arco y el león que lo remata se convierte en un punto de referencia en la ciudad. De esto se desprende que los elementos materiales de la ciudad, los artefactos edificados en los distintos lugares de las ciudades tienen diversas cargas de sentido en función del momento en el que fueron construidos, o en la forma en la que se incorporaron a las diferentes formas de vida en las ciudades: donde ocurrió un acontecimiento, donde habitó algún personaje, donde ocurrió un hecho histórico; los lugares de la ciudad recibieron un nombre, tienen una localización en la geografía de la ciudad y, en las referencias culturales de las personas, su condición material les confiere distintas posibilidades de uso y, a partir de éstas, pueden ser estudiadas.

Sendas, bordes, barrios, nodos, hitos son nombres dados en los estudios del espacio a los elementos de legibilidad en las ciudades (Lynch, 1984); son representaciones que de

⁵ La recuperación de ejemplos de una ciudad del bajo mexicano es sólo de orden ilustrativo. Las ciudades mantienen similitudes en distintos ámbitos de la vida urbana que desde la perspectiva local, regional o local pueden dar cuenta del mismo sentido aunque con significados distintos. Con ello no pretendemos diluir las especificidades ni dejar de reconocer que cada ciudad tiene su propia lógica y dinámica.

forma individual o colectiva los habitantes de las ciudades hacen de sus cotidianidades urbanas. “Las calles son los corredores del alma y de las oscuras trayectorias de la memoria” (Virilio, 2006), así como los monumentos son los puntos de referencia (hitos) que el transeúnte identifica para no perder la memoria de su ciudad, pero también para no “perderse” en la ciudad. Pero los ejes viales de la Ciudad de México, o los *grand boulevards* de París, por ejemplo, además de ser referentes de la historia de estas grandes ciudades, de ser sendas de las cotidianidades de sus habitantes, son también vías de conexión entre distintas zonas de la aglomeración metropolitana para la distribución de mercancías o de personas (en el sentido más impersonal), de la misma forma que los monumentos o hitos referenciales construidos en otros tiempos se convierten en puntos de encuentro multicultural para el turismo y el intercambio comercial que pueden convertir también a la cultura local y a la memoria cultural en meras mercancías.

Los barrios pueden ser una organización colectiva de trayectorias individuales (Certeau, *et al.* 2006), pero son al mismo tiempo el abrigo que da sentido de pertenencia. En ciudades como León, Guanajuato, no significa lo mismo “ser del Coecillo”, que “ser de San Miguel”;⁶ el barrio define la individualidad, pero también el sentido de colectividad. Nuevamente, desde el punto de vista urbano, el barrio tiene una localización espacial, una determinada densidad poblacional y condiciones de estructuración económica o social; su caracterización puede ser abordada por distintas disciplinas, pero el antropólogo puede acercarse desde la perspectiva de lo que hace “otro” al habitante del Coecillo respecto del de San Miguel o de otras partes de la ciudad, pero en otras escalas que es lo que hace distinto al habitante leonés del tapatío, regiomontano, parisino o bonaerense, por ejemplo.

Toda ciudad puede ser reconocida en su estructura urbana por sus barrios, sus monumentos, sus nodos (Plaza de Mayo en Buenos Aires, Zócalo en Ciudad de México, Calzada de los Héroes en León), por sus sendas (Paseo de la Reforma, Campos Eliseos, Av. 9 de Julio); en las prácticas urbanas, la vida hizo posible el surgimiento de un tipo de espacio y no otro o que se reproduce a partir de la existencia de los distintos elementos de la ciudad (el uso reivindicativo del espacio público del Zócalo en Ciudad de México, por ejemplo). Toda mirada dirigida a observar lo anterior, desde la perspectiva antropológica, dará cuenta de la multiplicidad de significados, de las formas emergentes de ciudadanía, de las distancias o diferencias entre los grupos sociales en los distintos barrios, en el espacio público, en las formas de construir los nuevos barrios o los grandes proyectos metropolitanos (la regeneración en el centro histórico como sostenimiento de la memoria identitaria o como posibilidad económica por el turismo; el gran proyecto de infraestructura cultural como generador de desarrollo para los habitantes o como fin “competitivo” generador de mercancías culturales, etcétera). “La diversidad, la diferencia, la alteridad han

⁶ Nuevamente se puntualiza en el ejemplo de una ciudad poco conocida, pero que da cuenta de procesos más amplios: los barrios de esta ciudad de León fueron originalmente pueblos satélites de indios que, participando del proceso fundacional, constituían espacios diferenciados para sus habitantes: León, villa para españoles; El Coecillo y San Miguel, pueblos de indios. La existencia de este tipo de organización espacial se dio en muchos lugares no sólo en Nueva España, sino en todo el orbe novohispano.

sido objetos explícitos de la antropología” (Signorelli, 1999), por lo que toda mirada sobre los lenguajes (lo que se hace en la ciudad, los planes y proyectos urbanos; lo que se dice en y desde la ciudad), sobre las formas de vida (la gentrificación, la segregación socioespacial, la desigualdad), todo, puede ser motivo de análisis antropológico.

La búsqueda de coordenadas teóricas de la antropología urbana

Hasta aquí hemos referido al amplio objeto de investigación de la antropología urbana, entendida de manera amplia como la disciplina que estudia la vida en la ciudad con todo lo que ello conlleva: el análisis de la diversidad en un entorno caracterizado por su dinamismo y constante movimiento. Lo anterior nos exige redefinir qué entendemos por ciudad y cómo podemos estudiarla. En el caso de América Latina, resulta un grave error aislar a la antropología urbana de las otras formas en que se ha producido conocimiento sobre lo que acontece en las ciudades; evitar el diálogo inter o transdisciplinario con sociólogos, comunicólogos y los especialistas en los estudios culturales es negar el pasado de la disciplina (Canclini, 2005). La ciudad latinoamericana y específicamente la mexicana se desarrolla bajo lógicas que aún no terminan por escudriñarse y para lo cual resulta necesario ubicarnos en coordenadas teóricas que nos orienten en el camino recorrido y en el que debemos trazar para explicar las nuevas alteridades que se gestan, reafirman y se abren brecha en la realidad urbana actual.

Canclini (2005) establece tres grandes movimientos teóricos que nos dan un norte en el abordaje de las ciudades. El primero consistió en oponerlas a lo rural; se trata de un enfoque que insiste en la ruptura tajante de las relaciones comunitarias que vincula estrechamente con el campo. En este movimiento destaca la propuesta de Gino Germani para quien la ciudad es el núcleo de la modernidad donde se rompen las relaciones de pertenencia y los contactos intensos que parecieran exclusivos del campo y los entornos pueblerinos.

Un segundo enfoque encontró motivos para su desarrollo principalmente en la Escuela de Chicago desde donde se emprendieron novedosas exploraciones sobre distintos fenómenos sociales que tuvieron como escenario los barrios de la ciudad. Los precursores de esta naciente antropología urbana centraron sus exploraciones en el estudio de pequeñas comunidades y guetos (Hannerz, 1986). En su etapa temprana, la antropología urbana se enfocó en escudriñar lo “extraño” en las ciudades. Varios años más tarde, una de las principales críticas sería referida a que esas exploraciones encontraron enclaves étnicos como tipos ideales para estudiar, pero acotaron la mirada en la ciudad como escenario sin desarrollar una batería teórica que pusiera el ojo en lo urbano y la interconexión de las dinámicas, relaciones, prácticas y significados de sus habitantes. Definieron a la ciudad como la localización permanente relativamente extensa y densa de individuos socialmente heterogéneos sin dar cuenta de los procesos históricos que originaban las estructuras urbanas que remarca Castells (1974) como la dimensión, la densidad y la heterogeneidad.

Un tercer campo teórico lo conforman las reflexiones desde criterios económicos, la definición de las ciudades a partir del desarrollo industrial y la concentración capitalista da lugar a los trabajos de Harvey. La crítica que hace Canclini a este enfoque es que al priorizar elementos económicos en la definición de la urbe deja al margen aspectos culturales, las

experiencias del habitar y las representaciones que los habitantes hacemos de las ciudades. Para este autor, ninguno de los enfoques mencionados brinda una respuesta satisfactoria sobre lo que es la ciudad desde un punto de vista teórico, sino apenas bosquejan las coordenadas para entender la vida en las ciudades (Canclini, 2005).

Delgado (2008) ha cuestionado el objeto de la antropología urbana y la necesidad de una batería teórica para aproximarse a configuraciones sociales escasamente orgánicas, sometidas a una oscilación constante y destinadas a desvanecerse enseguida. Para este autor, la antropología urbana debe ser entendida como una antropología de lo inestable, de lo que se está estructurando continuamente,⁷ de lo que es sorprendido en el momento justo de ordenarse pero que nunca podamos ver finalizada su tarea (Delgado, 2008). De acuerdo con Delgado, la distinción entre una antropología de o en la ciudad resulta un tanto compleja porque obliga a abordar lo urbano y hacer una diferencia entre esta noción y la de ciudad: esta última entendida como un gran asentamiento de construcciones estables, habitada por una población numerosa y densa mientras que la urbanidad como un tipo de sociedad que puede darse en la ciudad o no.

Por tanto, para Delgado, una antropología urbana en el sentido de lo urbano sería una antropología de configuraciones sociales nada solidificadas con relaciones poco estructuradas y vacilantes, que encuentran en el espacio público un escenario propicio para su proyección y reproducción (Delgado, 2008). Ello obliga al antropólogo a irse a “tientas” conformándose con distinguir apenas leves brillos de la realidad actual que acontece en dichos espacios que se hacen y deshacen de un momento a otro. Si bien la apreciación de Delgado resulta un poco tajante, también es cierto que nos proporciona pistas de cómo abordar teóricamente los fenómenos sociales en las ciudades.

En ese sentido, Licona (2007) propone emprender investigaciones sobre los espacios públicos de forma etnográfica sobre todo cuando no existen trabajos previos a fin de aproximarse a las formas de habitar y significar la ciudad que ha sido una tarea pendiente en los movimientos teóricos anteriores. Para él, la noción de espacio brinda la oportunidad de emprender estudios sin perder la profundidad de la experiencia urbana.

Lo anterior nos conduce a extraer una pista teórica desde la relación entre el habitante y el espacio; representa una novedosa salida para entender el dinamismo que caracteriza a las ciudades más allá de su dimensión física como espacios donde se manifiestan un conjunto de fenómenos desbordantes de expresiones y experiencias. Una propuesta teórica que añade esta discusión a la comprensión de la vida en las ciudades es la de Ángela Giglia (2012), la cual consiste en la relación entre habitar y cultura, que suma un punto en el sistema de coordenadas teóricas entre antropología y ciudad. Plantea que el estudio del habitar es otra forma de pensar lo cultural como facultad humana elemental. La idea principal es que el habitar es sinónimo de relación con el mundo que está mediada por el espacio.

⁷ Esto se puede evidenciar en la actualidad en el análisis de los procesos metropolitanos y en la velocidad de los cambios urbanos actuales que incorporan emergencias como la movilidad, que desde el urbanismo puede ser el traslado de personas de un lugar a otro, mientras que para la antropología resulta un conjunto de relaciones vinculadas al habitar con interacciones y temporalidades que pueden ser breves o tener sólidos anclajes.

Se trata de una concepción operativa y la más comprensiva de un conjunto de fenómenos socio-espaciales imbricados entre sí. Se nutre de autores que han explorado incansablemente la relación espacial como Ernesto de Martino, Bachelard, Radkowski, Marc Augé, entre otros; plantea que el habitar está relacionado con la manera en la que la cultura se manifiesta en el espacio mediante la intervención humana. Por lo tanto, habitar es un fenómeno cultural enmarcado en el tiempo porque es una actividad incesante e inagotable que se reproduce continuamente (Giglia, 2012).

Las posibilidades que brinda esta mirada teórica abarcan un conjunto de temas que son fundamentales en la dinámica de las relaciones sociales y culturales que acontecen en los contextos urbanos y que parecían escaparse a las otras propuestas teóricas. Entender a la ciudad desde la noción de habitar implica el reconocimiento de prácticas y representaciones que hacen posible que el sujeto se coloque en un orden que puede establecer y reconocer. Así, esta noción recupera una premisa teórica clave que ya advertía Signorelli (1999) cuando señaló que los actores sociales (colectivos o individuales) son siempre sujetos localizados; complementariamente, los sitios de la vida humana son lugares subjetivados (no existen seres humanos que no estén en algún lugar y no existe ningún lugar que no esté humanizado, aún por haber sido solamente pensado (Signorelli, 1999).

Esta propuesta permite la aproximación a temáticas tan diversas que siempre se sujetan a un marco espacial tangible o intangible, como es el caso de los espacios virtuales. La desigualdad, la sociabilidad, los efectos de procesos económicos globales, la diversidad, el poder, entre otras expresiones que envuelven la dinámica de las ciudades, se plasman en los espacios que habitamos en la medida en que suelen expresar en su forma y funcionamiento las intenciones de sus autores, sus visiones de mundo y vida cotidiana, asociados a ideas de orden social y cultural (Giglia, 2012).

La antropología urbana pasó de considerar a las ciudades como meros contenedores de grupos y relaciones a entenderlas como un ente en continua construcción que se reconfigura a partir de fenómenos expresivos de los sujetos que las habitan. Probablemente estas coordenadas teóricas resulten insuficientes para ubicar y brindar explicaciones de lo urbano en la medida en que ofrecen miradas desde enfoques disímiles o poco compatibles; no obstante, brindan instrumentos más o menos operativos que permiten escudriñar partes de esa realidad que queremos explicar y, por tanto, nos obliga a sumar a esta batería teórico-conceptual que hemos bosquejado, cuya discusión no sólo busca explicaciones sino interpretaciones y definiciones que por ahora derivan en una serie de incertidumbres que se acrecientan en la reconstrucción cotidiana de lo urbano.

Objeto y método: los antropólogos urbanos y la ciudad

Sin duda, la Escuela de Chicago es precursora en cuanto al uso del método etnográfico en de la ciudad; en sus trabajos concedieron un valor especial a la metodología antropológica y al análisis de los modos en que diversos grupos de inmigrantes, pandillas, bailarinas y otros segmentos con cierto grado de exotismo se relacionaban con la ciudad; estas exploraciones se caracterizaron por el estudio de fenómenos específicos dentro del contexto citadino, pero como hechos aislados de los procesos generalizados de la ciudad. Aunque los

estudiosos de esta escuela fueron pioneros en el abordaje de estos “otros”, relegaron la discusión sobre lo urbano en la antropología y qué era lo antropológico en ella, lo cual indujo a un desinterés sobre lo urbano como estilo de vida y reforzando el enfoque de la ciudad como escenario y no como un objeto de estudio en sí mismo⁸ (Licona, 2007).

La especificidad de la reflexión antropológica radica en la cercanía que sostiene con los grupos de personas que estudia, cuya relación es distinta a la que los sociólogos, geógrafos o arquitectos establecen; y aunque en la última década también advertimos a éstas y a otras disciplinas aventurándose en el trabajo de campo que hasta hace poco era una práctica casi exclusiva del antropólogo, sigue siendo el distintivo de la disciplina. No obstante, hacer campo en la ciudad demanda otra lógica, no sólo por el ritmo que marca la propia urbe, ya que la inseguridad, los costos de traslado, la desconfianza, entre otros aspectos externos al investigador, modifican el ejercicio en el terreno.

Aunque el uso del video o las grabadoras digitales son de gran ayuda para capturar una imagen más nítida de las interacciones de los grupos, existen limitantes de otro orden, cuyos efectos en la relación del investigador con los estudiados han conducido a una sobrestimación de los aspectos culturales y al análisis del discurso en muchos trabajos antropológicos (Canclini, 2005). Sin duda, el método etnográfico es el predilecto para explorar las ciudades desde una dinámica distinta a la que estaba acostumbrado el antropólogo: encuentros acordados con límite de tiempo o exceso de ocupaciones de sus informantes en el marco de la desconfianza y la rapidez con la que se caracterizan las interacciones en las ciudades. Aunque en muchas ocasiones no resulta necesario trasladarse a otro lugar o realizar estancias prolongadas en una comunidad alejada, el reto radica en lograr acostumbrar a la gente a la presencia del investigador y entrar a sus espacios y dinámicas; de no superarse estas dificultades, existe el riesgo de buscar en “la interacción simbólica” la identificación con los valores y las aspiraciones de la población que estudia (Durham en Canclini, 2005).

Los retos metodológicos para el estudio de la metrópoli van desde superar el remordimiento por los fines utilitaristas de las relaciones hasta lograr establecer relaciones en contextos de la indiferencia hasta la violencia. Para la antropología urbana, el trabajo interdisciplinario es imperioso y debe entretenerse con el trabajo etnográfico para incentivar la comprensión y traducción de la actuación de sujetos localizados en la ciudad y del sentido que dicha actuación toma para ellos en circunstancias dadas y que perseguimos en este ejercicio de la ciudad y en la ciudad. La entrevista, la observación directa, los grupos focales, la historia de vida, entre otras herramientas, no pueden citarse aquí de manera aislada como si fueran independientes. Angela Giglia enfatiza que es imposible usar una metodología sin adoptar también una posición teórica; es decir, los métodos también construyen al objeto.

⁸ En esta reflexión se introduce la idea (vid supra) de que, más que escenario, la ciudad es la puesta en escena de las cotidianidades del urbanita; desde este posicionamiento, podemos introducir la noción de que, más que tener a la ciudad como objeto de estudio, las prácticas que en ella acontecen y la puesta en escena de la vida del urbanita son el objeto de atención.

El reto se torna aún más complejo frente a los dos enfoques que debe hilvanar todo aquel que se jacte de estudiar la urbe: desde la práctica y como objeto de estudio (Giglia, 2012).

La especificidad de la mirada antropológica radica en que el investigador cede el micrófono a la ciudad; la deja hablar a través de sus usuarios, habitantes, vecinos, jóvenes, amas de casa, estudiantes y otros actores cuyas observaciones minuciosas y experiencias individuales y colectivas permiten reunir un conjunto de voces que al unísono revelan algo que la ciudad quiere –tiene que– decir.

Así, lo que diferencia a la antropología de otras disciplinas es su capacidad de vincular en su reflexión sobre la urbe planos distintos y distantes de la realidad social a través de las distintas voces de quienes la conforman, pero también de quien investiga; de ahí que sea tan importante que el antropólogo revele la relación frente al fenómeno que explora no sólo como investigador sino como habitante de la ciudad; y aunque a veces no comparte plenamente las condiciones de existencia de los grupos con los que trabaja, hay trayectos, calles, espacios públicos que son inherentes a la experiencia urbana que moldean las representaciones de quienes habitan la ciudad.

Por consiguiente, el antropólogo urbano trata de explicar las dinámicas que rodean a un objeto saturado de discursos, producto de una multiplicidad de miradas y que sólo puede explicarse con la puesta en marcha de estrategias y reflexiones interdisciplinarias para asir todas sus dimensiones: desde lo individual hasta lo colectivo. Lo anterior ha puesto en duda la profundidad y la mirada “desde adentro” que han forjado la especificidad antropológica. Pero, ¿cómo lograrlo en el contexto urbano?, ¿cómo superar el dinamismo de la urbe sin afectar a los actores que estudiamos?

Los tiempos de investigación en los contextos urbanos son cortos y fragmentarios; aún no se logra el ejercicio que alcanza a los investigadores de contextos rurales a establecer relaciones prolongadas con los sujetos y espacios de estudio; sin embargo, el antropólogo urbano tiene la posibilidad de mirar simultáneamente aristas, capas, actores desde diversos ángulos y usar herramientas distintas a las tradicionales para ampliar los horizontes de la comprensión y que en el afán de lograr esa comprensión desde adentro, como en los estudios clásicos, permitimos que esta posibilidad se diluya, a pesar de la riqueza de mirar desde otro lugar realidades cada vez más diversas.

El riesgo es perder la profundidad en la mirada de los fenómenos; sin embargo, también hay certezas que abren brecha en caminos que la antropología no esperaba. Es probable que estemos presenciando una ruptura en el ejercicio antropológico impulsado por el dinamismo que se gesta en la urbe. La etnografía no pierde su lugar en el campo de lo urbano; por el contrario, dado que la ciudad se ha vuelto inabarcable y se expande con gran habilidad, demanda una combinación de enfoques, métodos y herramientas para acercarnos y reunir ideas de primera mano a fin de explicar lo que ocurre en ella y entre sus habitantes.

Implica un estrecho diálogo con la dimensión socioeconómica, pero también con la simbólica para recuperar un análisis de tránsito continuo: de ida y vuelta, es decir, de adentro hacia afuera sobre todo si pensamos que la vida en las ciudades se caracteriza por su multiculturalidad e interconexión a procesos económicos globales; de esta manera, se recupera la “esencia” antropológica, pero al mismo tiempo se complejiza su labor.

La etnografía digital, el trabajo de campo combinado en espacios virtuales y públicos, los documentos visuales, los registros sonoros y los recorridos a la deriva son sólo algunas estrategias que algunos investigadores han piloteado recientemente (Cadena, 2017; Valeriano, 2017) para explorar, desde el enfoque antropológico, las relaciones de género, los usos y los procesos de apropiación del espacio, las relaciones de parentesco, los imaginarios, las interacciones, los rituales, entre otros fenómenos que acontecen en el día a día de las ciudades y que no alcanzan a cubrirse mediante las herramientas tradicionales, por lo que se complementan con apoyo de otras disciplinas, como geografía, comunicación, sociología o historia, sin dejar de estar con la gente, escucharla y recuperar sus voces para lograr que la ciudad hable a través de sus narrativas, experiencias, historias y sentires.

Consideraciones finales: la ciudad y sus posibilidades

La antropología, cuando se orienta a partir de su propuesta teórica y metodológica al estudio de la ciudad, se convierte en un objeto de estudio y entonces se abre la posibilidad de estructurar su método a la comprensión de las prácticas de los urbanitas en sus ámbitos, como una antropología de la ciudad, como antropología urbana. Se observan las prácticas de la ciudad, las trayectorias o recorridos de los urbanitas, el reconocimiento que éstos hacen de los hitos, las sendas, los nodos y los bordes urbanos, o la ritualidad de reconocerse habitantes de un barrio, de una calle, como signo de identidad, pero a la vez declararse un habitante de una ciudad como una persona particular, un urbanita que está en esa ciudad y no en otra, que ha materializado sus espacios simbólicos y materiales de una manera que lo diferencia de otra ciudad, como una realidad espacial y social que genera y condiciona actitudes y comportamientos (Signorelli, 1999).

Las ciudades, que se diferencian entre sí en la medida en que han constituido lugares antropológicos a partir de las prácticas de sus habitantes, se convierten también en lugares de semejanzas y similitudes que pueden ser abordadas desde la antropología en la medida en que las prácticas de sus habitantes se realizan también con materiales culturales compartidos, como el uso del automóvil, la materialización de tipologías similares de barrios y viviendas, los fenómenos de segregación espacial, la gentrificación y todos aquellos asociados a la vida en la urbe como ámbitos de estudio antropológico. La diversidad que caracteriza a las ciudades es el resultado de diferentes procesos económicos, sociales y culturales que detonan nuevas formas de usar, apropiar y controlar el espacio urbano, cuyos efectos se acrecientan con la movilidad, la heterogeneidad de los usuarios y las relaciones de desigualdad de las que hemos sido testigos en la última década.

En ese sentido, la antropología tiene un gran reto frente a la ciudad que va más allá de superar el viejo problema de estudiarla sólo como el escenario en el que distintos grupos

habitan; es prioridad lograr la tan afamada mirada integral para escudriñar las nuevas diversidades que derivan del estilo de vida urbano. Para lograrlo, es necesario promover, ensayar y desechar herramientas teóricas y estrategias metodológicas ex profeso para acercarse a la urbe desde sus actores y sus trayectorias, sus historias, sus recorridos, sus significados, entre otras expresiones que se desbordan y diluyen en una dinámica efímera a simple vista, pero que conforme pasa el tiempo nos revela una urdimbre que ya hemos empezado a desenredar.

La antropología tiene un importante camino recorrido en esta exploración que la proyecta como una disciplina con la capacidad de mirar detalles que se le escapan a otras ciencias en la dinámica cotidiana. Nos atrevemos a señalar que la especificidad de la antropología urbana radica justamente ahí, en enfocar esas expresiones que se diluyen en el día a día y que hay que examinar para entender procesos más amplios de la vida en las ciudades. No es de extrañarse que la lupa antropológica puesta en la ciudad abra vetas tan interesantes como una antropología de la noche (Hernández y Guérin, 2016) o de las nostalgias a partir de procesos de renovación urbana (Téllez, 2017). Esta nueva mirada coloca a la ciudad en el centro de una reflexión que contempla su relación con espacialidades y fenómenos surgidos desde lo rural hasta lo virtual, así como otras expresiones para quienes aún no tenemos una batería teórica conceptual y herramientas para aproximarnos a ellas; no obstante, la revisión realizada hasta aquí demuestra que este camino está en construcción.

Referencias

- Augé, M. (1992). *Los "no lugares", espacios del anonimato. Una antropología de la Sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa
- Calvi, E. (2003). Proyecto y relato: la arquitectura de la narración. *Revista Arkitectonics, Mind, Land & Society* ediciones, 4, 53-69, Universitat Politècnica de Catalunya. Recuperado de: <https://upcommons.upc.edu/bitstream/handle/2117/120790/9788498800104-06.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Cadena P. (2017). Representaciones, imaginarios laborales y espacios de trabajo en la producción del espacio en la Ciudad de México. En P. R. Kuri, *La erosión del espacio público en la ciudad neoliberal*, 263-293. Ciudad de México: UNAM.
- Castells, M. (1974). *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI
- Certeau, M., Girard, L. y Mayol, P. (2000). *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana, ITESO. México.
- Certeau, M., Girard, L. y Mayol, P. (2006). *La invención de lo cotidiano. 2 Habitar, cocinar*. Universidad Iberoamericana, ITESO. México.
- Chanfón, O. (coord.) (1997) *Historia de la arquitectura y urbanismo mexicanos*. Vol. II. El periodo virreinal, t. I. El encuentro de dos universos culturales, México, Fondo de Cultura Económica, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Delgado M. (2008). *El animal Público*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Canclini, G. (2005). *La Antropología urbana en México*. FCE- UAM
- Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana
- Hannerz, U. (1986). *Exploración de la ciudad hacia una antropología urbana*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

- Hernández, E. y Guérin, F. (2016). La experiencia de la caminata urbana durante la noche. *Alteridades*, 26(52), 35-50. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-70172016000200035&lng=es&tlng=es
- Licona V. (2007) "Introducción y cap. Espacio y cultura: un acercamiento al espacio público" En: Licona, V. (Coord.). El zócalo de la ciudad de Puebla. Actores y apropiación social del espacio. Puebla: BUAP-CONACYT- UAM.
- Lynch, K. (1984) *La imagen de la ciudad*. España: Gustavo Gili
- Rivera, F. (1987). *El urbanita*. Política y urbanismo. México: SEP
- Signorelli, A. (1999). *Antropología Urbana*. México: Antropos-UAM-I.
- Téllez C. (2017) Renovación urbana, nostalgia y habitar en el Centro de la ciudad de México. En: Giglia A. (Coord.) *Renovación urbana, modos de habitar y desigualdad en la ciudad de México*. México: UAM
- Valeriano R. (2017) Mismo espacio, habitantes diferentes. Jóvenes creativos en la colonia Santa María La Ribera. En: Giglia A. (Coord.) *Renovación urbana, modos de habitar y desigualdad en la ciudad de México*. México: UAM
- Virilio, P. (2006). *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*. Buenos Aires: Libros el Zorzal

La ciudad: una visión desde la psicología ambiental

The city: a view from environmental psychology

Joel Martínez-Soto

Universidad de Guanajuato, México

Correo electrónico: masjmx@yahoo.com.mx

Recibido: octubre 22 de 2018

Aceptado: febrero 28 de 2019

Resumen

El presente artículo examina un enfoque psicoambiental para el estudio de las ciudades. En una primera sección, se analizan las raíces históricas relacionadas con los orígenes de la psicología ambiental y su participación en temáticas urbanas. Posteriormente, se expone una revisión de algunas conceptualizaciones teóricas sobre psicología ambiental y la ciudad. En un tercer plano, se emplea el modelo de Stokols (1978) sobre las tipologías transaccionales ambiente-persona para ilustrar los temas urbanos de interés en el área psicoambiental. Por último, se exponen algunos métodos cuantitativos y cualitativos empleados en el campo de la psicología ambiental para el estudio de los problemas urbanos.

Palabras clave: psicología ambiental, urbanización, percepción ambiental.

Abstract

The present paper examines a psycho environmental approach to the study of cities. In a first section the historical roots related to the origins of environmental psychology and its participation in urban issues are analyzed. Subsequently, a review of some theoretical conceptualizations about environmental psychology and the city is presented. In a third plane, the Stokols model (1978) of transactional typologies environment-person is used in order to illustrate the urban themes of interest in the psycho-environmental area. Finally, some quantitative and qualitative methods used in the field of environmental psychology for the study of urban problems are exposed.

Keywords: environmental psychology, urbanization, environmental perception.

Antecedentes

En 1800 sólo 3% de la población mundial habitaba en ciudades (Hauser & Schnore, 1965) y en 1950 el 29%, mientras que en 1975 un 37%. El 23 de mayo de 2007 los 3'303'992,253 habitantes urbanos excedieron a los 3'303'866,404 habitantes de zonas rurales (Science Daily, 2007), esperándose que para el 2050 un 66% de la población mundial sea urbana (United Nations, 2014). Actualmente existen más de 421 ciudades con una población de un millón o más de habitantes, la mayoría de ellas no existían hace 200 años y aparecieron hace 75 años (Population Reference Bureau 2014). Este acelerado crecimiento ocurrirá en la mayoría de los países que presentan menores índices de desarrollo: África, sur de Asia y Latinoamérica.

Huttler (2016) refiere la existencia de tres revoluciones urbanas. La primera aconteció hace 10,000 años con el origen de las ciudades; la siguiente, 11,800 años después (1,800 d.C.) con la Revolución Industrial y la Colonización. La tercera surge de una era postindustrial (la actual) y se caracteriza por un crecimiento urbano masivo en ciudades no occidentales y con efectos de expansión en todo el planeta. Precisamente esta etapa se caracteriza por una mayor preocupación de parte de las ciencias sociales por el impacto del entorno urbano en el bienestar y el comportamiento humano.

Las influencias psicológicas de la ciudad han estado presentes en la mente de la sociología, la arquitectura y el urbanismo (se define a este último como el estudio de las consecuencias psicológicas y sociales que tiene la urbanización en la población; Huttler, 2016). En general, los sociólogos y planificadores urbanos están de acuerdo con que la ciudad no sólo influye en el comportamiento social, sino que también refleja los valores y las actitudes de los ciudadanos. Hace más de 100 años el sociólogo alemán George Simmel publicó su ensayo "La metrópolis y la vida mental" (Simmel 1995), el cual indagaba el impacto de la vida en la ciudad en la psicología de las personas y las relaciones sociales sin tomar en cuenta las influencias físicas del ambiente. En contraste, Robert E. Park, pionero en estudios urbanos y fundador de la Escuela de Chicago, refería que las experiencias de las personas con las ciudades no sólo tenían un referente moral y actitudinal, sino que también una dimensión física.

Su propuesta de un modelo ecológico de la vida en la ciudad rescataba precisamente la interacción entre las personas y el ambiente físico. Esta aproximación, que ejerció una influencia considerable en el desarrollo de la psicología ambiental, partía de un determinismo ecológico que proponía a los factores de densidad poblacional, heterogeneidad y concentración como elementos generadores de ruido, contaminación, hacinamiento y otras formas de sobreestimulación, aspectos que a su vez tenían un impacto en la psicología y el comportamiento social de los habitantes urbanos (Wirth, 1938). Por otra parte, Kevin Lynch, urbanista que también tuvo una notable influencia en la psicología ambiental, describió a las ciudades modernas en términos de espacios con una gran

concentración de actividades, aludiendo a dicho fenómeno en términos de una “colonización” de la ciudad (término empleado por Lynch para referirse al gigantismo de la ciudad). Desde su punto de vista, el “coloso urbano” produce desajustes y problemas que tienen su origen en cuatro grandes causas. La primera se refiere a un tipo de carga de tensión perceptiva impuesta por la urbe, en la que las sensaciones que se experimentan van más allá de los límites de la resistencia humana. La segunda de las fuentes de patología descritas por Lynch es la carencia de identidad visual, la cual propicia una sensación de enajenación con el ambiente citadino. La tercera de las causas se refiere a la angustia que se experimenta en la ciudad por la imposibilidad de comprender su lenguaje, ya que se presenta la ambigüedad, la promiscuidad, la confusión y la discontinuidad. Finalmente, la cuarta causa consiste en la rigidez de la ciudad, su falta de sinceridad y de franqueza (Lynch, 1965).

Podría decirse que las contribuciones formales de la psicología al entendimiento de la vida en la ciudad pueden ubicarse desde un punto de vista científico, como menciona el psicólogo Stanley Milgram. En su escrito *La experiencia de vivir en ciudades* (Milgram, 1970) pretendía entender, desde un enfoque no intuitivo, empírico y experimental, las experiencias individuales con las circunstancias demográficas de la vida urbana. Uno de los conceptos centrales en su investigación es el de sobrecarga de información, el cual alude a una incapacidad de un sistema de procesar las entradas sensoriales del ambiente debido a que éste es incapaz de lidiar con demasiada información a la vez. Cuando esto ocurre, acontecen fenómenos de adaptación.

De forma análoga y de acuerdo con Milgram, la vida en la ciudad representa una serie continua de encuentros sobrecargados de información que resultan en diversas adaptaciones conductuales con un impacto en la vida diaria; por ejemplo, en la ejecución de tareas, la evolución de las normas sociales, el funcionamiento cognitivo, la calidad de las relaciones interpersonales y ciertos comportamientos específicos (contacto visual; Newman & McCauley, 1977).

El concepto de sobrecarga de información ha estado presente en diversas teorías relacionadas con la experiencia urbana (Lynch, 1965; Simel, 1995; Wirth, 1938). Otros estudios pioneros respecto al tema de la experiencia psicológica de la vida en la ciudad se vinculan con el estrés ambiental proveniente de la vida urbana. En este sentido, destacan los estudios de Glass & Singer (1972) sobre las reacciones fisiológicas (respuesta galvánica de la piel, tensión muscular), psicológicas (tolerancia a la frustración en tareas post estrés) y conductuales asociadas con diversas fuentes de estimulación auditiva respecto a diferentes ruidos urbanos; así como la investigación sobre el efecto del hacinamiento y temperatura en la conducta interpersonal y la investigación antropológica sobre la proxémica de Hall (1966). En cuanto a la psicología ambiental, la larga tradición del abordaje de las cuestiones urbanas se remonta al traspaso del siglo XIX al XX con Willy Hellpach, discípulo de Wilhelm Wundt; este último fundador de la psicología experimental.

Se le atribuye a Hellpach acuñar por vez primera el término de psicología ambiental. En 1939, Hellpach se dio a la tarea de estudiar ciertos fenómenos urbanos, tales como el hacinamiento, la sobre estimulación, la prisa y el estado de alerta, concluyendo que el esquema perceptual de los habitantes urbanos es diferente al de los habitantes rurales (Pol, 2006). A partir de los estudios incipientes de Hellpach, el desarrollo histórico de la psicología ambiental se ha caracterizado en dos grandes etapas. La primera, la de la psicología arquitectónica, se da en los años 60 y 70 del siglo pasado y presta atención al impacto del ambiente físico construido (arquitectura, tecnología, ingeniería) en el comportamiento humano y bienestar (Bonnes & Bonaiauto, 2002); buscaba evaluar y mejorar el diseño de los espacios construidos.

La siguiente etapa comienza a finales de los años 60 cuando empieza a percibirse la conexión del actuar humano frente a los problemas ambientales. Aunque su objeto de estudio, la interrelación persona-ambiente, no se modifica y se traslada el énfasis desde el ambiente hacia la persona, así como del medio ambiente construido al natural, hasta el punto de que muchos autores llegaron a hablar de una nueva subdisciplina, a la que bautizaron como psicología ambiental verde o psicología de la conservación (Myers, 2001). Lo anterior dio pie al estudio de una serie de temáticas relacionadas con el cambio de actitudes ambientales, por una parte, y con el análisis de los efectos de los problemas generados por el hombre en la salud humana y el bienestar, por otra. Respecto a los entornos urbanos, se identifica que los primeros estudios en el área se centraban en la contaminación del aire (De Groot, 1967; Lindvall 1970), ruido urbano (Griffiths & Langdon, 1968) y la evaluación de la calidad ambiental (Craik & Zube, 1976).

Concepciones de la psicología ambiental sobre la ciudad

La psicología ambiental es una disciplina que estudia el interjuego entre los individuos y su escenario natural y construido. Se pretende examinar la influencia del entorno en la experiencia humana (Steg, van den Berg & de Groot, 2013). Desde una óptica psicoambiental, no existe un consenso particular de concebir a la ciudad, pero sí existen diversas aproximaciones teóricas y conceptuales para definir, representar y analizar lo que constituye un ambiente (preocupación primordial de la psicología ambiental; Canter, 2016) y por extensión lo que podría representar la ciudad para la psicología ambiental. A partir de lo anterior, pueden citarse como ejemplos las diferentes concepciones psicoambientales sobre la ciudad considerando la conducta y los valores humanos (Barker, 1968), la identidad con el lugar (Proshansky, 1978), la cognición y la percepción ambiental (Ittelson, 1978) y el procesamiento de información compatible con las necesidades de las personas (Kaplan, 1983).

Asimismo, es de destacarse un intento por comprender los fenómenos de la experiencia en la ciudad en términos de la interdependencia de los diversos escenarios que enlazan la vida cotidiana de las personas (Zeisel, 2006). Barker (1968) define a la ciudad como un agregado de escenarios conductuales. Un escenario conductual es un lugar diseñado y equipado adecuadamente para permitir determinadas actividades sociales; es decir, un lugar y el comportamiento que ahí acontece se encuentran intrínsecamente asociados. En el caso de una ciudad, la conducta de los habitantes y las influencias culturales están muy vinculados; la conducta de cierta clase tiene lugar en cierto lugar físico o ambiente construido de la ciudad de acuerdo con lo estipulado por las concepciones, las costumbres, los valores y las creencias de la cultura (Mercado, Terán, & Landázuri, 2007).

Para Proshansky (1978), uno de los fundadores de la psicología ambiental contemporánea, la ciudad es una amplia colección de personas y actividades concentradas en una zona geográfica determinada y destinada a facilitar los aspectos de la vida humana que representan una sociedad organizada. Proshansky describe al ambiente urbano en términos de numerosas y variadas fuentes de placer, estrés, frustración, que se reflejan caleidoscopicamente en la cognición de las personas. Es decir, para el urbanita (habitante urbano) no existe una simple imagen de la ciudad, sino un patrón de imágenes interrelacionadas que guían y determinan las respuestas apropiadas del mundo físico (Sadalla & Stea, 1978). Ittelson (1978) examina la naturaleza de la experiencia urbana a través de la cognición y percepción ambiental.

Dentro de este marco, define al estudio de dicha experiencia como aquella que involucra tres aspectos: el análisis de la ciudad como fuente de información, los procesos psicológicos implicados en la extracción y la utilización de dicha información, y la fenomenología resultante de las variedades evocadas por la experiencia urbana. Continuando con el análisis psicológico de la ciudad, de acuerdo con Kaplan (1983), las nuevas formas de experiencia del espacio en la ciudad presentan múltiples síntomas de incompatibilidad entre el individuo y el ambiente. Ésta se produce por la contradicción entre las metas e intenciones de acción de los individuos y los recursos y posibilidades que ofrece el entorno urbano.

La presión de las condiciones ambientales se traduce entonces en una sintomatología compleja cuyas más importantes manifestaciones son el estrés ambiental, la activación, la sobrecarga informativa y el sentimiento de falta de control. Para algunos psicólogos, el estudio de las interrelaciones persona-ciudad comprende una relación particular frente a un escenario particular; por ejemplo, la influencia de la densidad residencial en los nexos sociales de un vecindario en particular. Para quienes acuden a una aproximación holística, retoman el estudio de la ciudad en términos de un sistema de lugares interdependientes en donde acontecen las transacciones persona-ambiente (Bonnes, Manetti, Sechiaroli, & Tanucci, 1990).

En este sentido, Zeisel (2006) concibe al ambiente citadino tomando en cuenta los niveles interdependientes: micronivel (viviendas individuales), nivel intermedio (vecindarios) y macronivel (ciudades). Otra aproximación más para la comprensión de las ciudades es la aportación de Moser (2012), quien caracteriza a las ciudades en términos de cinco dimensiones, tres de ellas de naturaleza psicosocial: a) física: edificios e infraestructura urbana; b) funcional: cada espacio construido tiene una función específica; c) cognitiva: los ambientes construidos proporcionan esquemas de comportamiento a seguir; d) afectiva: el medio ambiente como elicitador de emociones; y, e) social: la capacidad del ambiente para ser compatible con las necesidades de los individuos.

En esta concepción, se aprecia la relación entre el ambiente físico de las ciudades y la vinculación con las personas. En síntesis, para la psicología ambiental, las ciudades no son solamente escenarios delimitados geográficamente, sino espacios donde acontecen determinadas experiencias, percepciones y significados. Más que definir los parámetros de lo urbano, el centro de estudio de la psicología ambiental radica en explorar diversos aspectos de la vida urbana; esto es la experiencia de vida en la ciudad (Manzo, 2017).

Aproximación psicoambiental de temáticas urbanas

Las diversas aproximaciones que han existido en psicología ambiental constituyen una reflexión de la complejidad de las interrelaciones persona-ambiente (Gieseeking & Mangold, 2014; Manzo, 2017). En el presente escrito, algunas temáticas representativas de los estudios urbanos en el área psicoambiental serán abordadas a través del modelo de las tipologías transaccionales ambiente-persona propuesto por Stokols (1978). Bajo este modelo, se aborda el fenómeno de la transacción como el estudio de las relaciones dinámicas de los aspectos psicológicos y ambientales; se consideran éstas dentro de un contexto holístico, en el cual se asume que existe una interdependencia de contextos, factores temporales y eventos físicos y psicológicos (Altman & Rogoff, 1987).

Dicho esquema hace énfasis en cuatro procesos de transacción: orientación, operatividad, afectación y evaluación. El primero toma en cuenta que las personas tienden a orientarse frente a su entorno en términos de la información existente, así como de sus propias metas y expectativas. El segundo alude a que los individuos actúan sobre el entorno para satisfacer sus metas procurando mantener niveles adecuados de satisfacción y el tercero se refiere a que pueden ser afectados por diversas circunstancias ambientales. Por último, se propone que las personas también son capaces de evaluar la calidad del ambiente en función de la compatibilidad que éste le proporciona. Estos procesos ocurren a nivel individual, grupal y comunitario. Los procesos anteriores pueden ser categorizados en términos de dos dimensiones básicas: a) cognitiva o simbólica *vs.* conductual, y b) activa *vs.* reactiva. En su conjunto, estas dimensiones resultan en cuatro modos de transacción:

interpretativa, que involucra las representaciones cognitivas del ambiente físico; evaluativa, que considera algunas predisposiciones personales o estándares ambientales; operativa, que refiere al estudio comportamental de las personas respecto a su entorno; y responsiva, que incluye los efectos del escenario en el comportamiento humano y bienestar (Wicker, 1979). El cuadro 1 presentan los tipos de transacción relacionadas con las áreas de investigación psicoambiental y tópicos de investigación de interés en temáticas urbanas.

Las dimensiones aludidas en el modelo de Stokols destacan los procesos psicológicos y formas de conducta hacia el ambiente. Al retomarse una definición transaccional se pone en juego que es importante tomar en cuenta también el comportamiento ambiental como un todo, comprendiendo tanto los aspectos psicológicos como los sociales, físicos y temporales. Un ejemplo de lo anterior es el estudio de Werner (2003) sobre la implementación de un programa de educación ambiental para la reducción del uso y desperdicio de productos tóxicos en el hogar. En dicho estudio se tomó en cuenta el contexto físico (vivienda y vecindario) y social de ocurrencia de la conducta, sus aspectos temporales (mantenimiento de comportamientos proambientales a largo plazo) y los procesos psicológicos implicados (actitudes, normas) a modificar en el programa. En términos de la cognición ambiental, Heft (2013) plantea un abordaje transaccional de las influencias individuales (e.g. memoria, experiencia) y culturales (influencias culturales en la formación de relaciones espaciales) en la elaboración de mapas cognitivos (representaciones mentales de configuraciones espaciales) a lo largo del desarrollo de las personas.

De la misma forma, un tipo de transacción responsiva con el ambiente puede involucrar las cualidades del contexto sociofísico que inhiben o que promueven la conducta humana. Por ejemplo, Collado, Staats & Sorrel (2016) refieren un estudio sobre las variables personales y contextuales que influyen en la percepción del potencial restaurador de zonas rurales en población infantil. Aunque estas zonas representan espacios naturales a simple vista y que en apariencia podrían ser percibidas como restauradoras, resulta que ciertas influencias contextuales (llevar a cabo actividades de agricultura por los niños) pueden inhibir su potencial de restauración. El esquema de organización de Stokols (1978) es de utilidad para entender el impacto del ambiente en distintos procesos psicológicos básicos de transacción (incluyendo los componentes de ésta) con el entorno urbano. No debe olvidarse que estos procesos van de la mano también con la existencia de otras variables (e.g. sociodemográficas, situacionales, físicas, etc.) que en su conjunto son relevantes para tratar de entender los diversos retos relacionados con los problemas urbanos contemporáneos. El lector interesado en conocer un repertorio más amplio de los problemas de la ciudad y su abordaje comportamental puede consultar el reporte de la Asociación Psicológica Americana sobre psicología urbana (APA, 2005) así como algunas de las revistas de mayor visibilidad en psicología ambiental: *Journal of Environmental Psychology* y *Environment and Behavior*.

Cuadro 1. Tipos de transacción y áreas de influencia del abordaje psicoambiental de algunas temáticas urbanas

Tipo de transacción	Áreas de investigación	Tópicos generales de investigación	Ejemplos de temas urbanos asociados
Interpretativa	Representaciones cognitivas del ambiente físico	Mapas cognitivos, descripciones ambientales, semejanzas entre situaciones juzgadas por los sujetos, etc.	Estructura de los mapas cognitivos urbanos (Aragones, & Arredondo, 1985).
		Relaciones entre personalidad y ambiente: se intenta relacionar variables de los sujetos (rasgos, valores, estilos cognitivos) con aspectos específicos ambientales (preferencias geográficas, juicios de calidad ambiental, elección de lugares de ocio).	Memoria topográfica en la ciudad (Campbell, Hepner, & Miller, 2014). Colectivismo e identificación urbana (Rubin, et al., 2017). Satisfacción residencial urbana y personalidad (Oshio & Urakawa, 2012).
Evaluativa	Actitudes ambientales	Atributos ambientales, disposiciones cognitivas, etc.	Apego, identificación y percepción ambiental urbana (Rollero & De Piccoli, 2010). Influencias culturales en las actitudes ambientales (Sarigöllü, 2008).
	Evaluación ambiental	Percepción ambiental.	Percepción ambiental de escenarios urbanos (Ittelson, 1978) Evaluación de la calidad residencial urbana (Zube, Vinning, Charles, & Bechtel, 1985).
Tipo de transacción	Áreas de investigación	Tópicos generales de investigación	Ejemplos de temas urbanos asociados
Operativa	Análisis experimental de conductas ecológicamente relevantes	Comportamientos proambientales	Aquellas relacionadas con ahorros energéticos de agua, limpieza en la ciudad u otros lugares
	Proxémica	Conducta espacial humana.	Comportamientos de reciclaje (Schultz, Oskamp, & Mainieri, 1995). Regulación de la privacidad y hacinamiento (Robson, 2008).
Responsiva	Impacto del ambiente físico	Estrés ambiental	Estresores urbanos (Moser, 1988). Restauración psicológica ambiental (Ulrich, et al., 1991).
	Psicología ecológica	Escenarios conductuales	Densidad residencial (Wiesenfeld, 1987). Efectos de la interdependencia de los escenarios en la conducta y bienestar humano (Von Lindern, 2017).

Fuente: elaboración propia.

Métodos para el estudio psicoambiental de la ciudad

La psicología ambiental es una ciencia empírica, es decir, se fundamenta en investigación cuyas hipótesis son puestas a prueba usando diversas observaciones (Abrahamse, Schultz, & Steg, 2016). Tres diseños de investigación suelen emplearse de forma predominante en el área: experimentales, cuasi experimentales y correlacionales. Un diseño experimental incluye la variación sistemática de una o más variables independientes y se caracteriza por la asignación aleatoria de los participantes a una serie de condiciones o grupos. En un diseño cuasi experimental, una o más variables independientes varían sistemáticamente, pero no existe asignación aleatoria de los participantes a las condiciones experimentales.

Un estudio que emplea un diseño correlacional describe la relación entre la variable independiente y dependiente sin una variación sistemática de estas variables o asignación aleatoria de los participantes (Pelham & Blanton, 2007). Diferentes técnicas de evaluación psicoambiental caracterizan la investigación en el área. Entre ellas las de evaluación observacional, mapeo conductual, recolección de información a través de encuestas, evaluación de actitudes ambientales y de evaluación de respuestas psicofisiológicas (Parsons & Tassinary, 2002).

De manera reciente, destaca el interés del uso de la metodología neurocientífica para documentar fenómenos perceptuales asociados a la percepción ambiental y procesos psicológicos subyacentes (e.g. Gould van Praag *et al.*, 2017; Martínez-Soto, Gonzales-Santos, Pasaye, & Barrios, 2013, Williams *et al.*, 2018).

El cuadro 2 ilustra el abanico y la diversidad de métodos y técnicas de evaluación psicoambiental y se observa el empleo de algunas metodologías cualitativas. Asimismo, como se advierte en la tabla, los psicólogos ambientales emplean un amplio repertorio de métodos que van desde diseños cuasiexperimentales hasta el empleo de sistemas de información geográfica (GIS), y del uso de encuestas y entrevistas fenomenológicas. Estos métodos proporcionan la flexibilidad necesaria para estudiar los fenómenos urbanos, los cuales en sí son por naturaleza complejos y diversos (Manzo, 2017).

Cuadro 2. Métodos de investigación en psicología ambiental

Método	Definición	Tipologías de técnicas	Ejemplos de medición	Técnicas/tecnologías empleadas
Observacional	Se parte de la observación como la recepción de información a través de uno de los cinco sentidos humanos.	Directa: requiere que los investigadores aprendan sobre las interacciones persona ambiente empleando alguno de los cinco sentidos.	Medición de características físicas del ambiente: olor, temperatura, sonido, etc.	Mapas conductuales (Ittelson, Rivlin, & Proshansky, 1970) Registros activados electrónicamente (Mehl & Pennebaker, 2003)
		Indirecta: involucra el empleo de diarios personales, informantes clave, etc.	El registro de interacción de Rochester (Wheeler & Nezlek, 1977), Inventarios de Conducta Social (Moskowitz, 1994).	
		Activa: puede ocurrir en condiciones de laboratorio o de o en situaciones de campo. Busca establecer relaciones de causalidad entre los comportamientos de las personas dado un escenario determinado.	Observar los usuarios de un parque en una condición de señalamientos o sin señalamientos para ver si esta variación incide en las conductas de consumo de cigarrillos.	
		Pasiva: observación naturalista, escenario natural del comportamiento; no requiere la intención de interferir con alguna conducta.	Observar las personas dentro de un espacio realizando ciertas actividades.	
Método	Definición	Tipologías de técnicas	Ejemplos de medición	Técnicas/tecnologías empleadas
Mapas conductuales	Técnica para el registro sistemático de los comportamientos y movimientos de las personas en determinados lugares	Centrados en los lugares: muestra la ubicación de las personas en escenarios específicos dentro de un tiempo y actividades particulares.	Se busca evaluar el uso de un área en particular (e.g. cafetería).	GPS, smartphones, y otras tecnologías portátiles para el registro y rastreo de conductas (Oswald et al., 2010, Simpson, 2007).
		Centrados en las personas: registro de los movimientos y actividades en un escenario o escenarios a lo largo del tiempo.	Se desea saber acerca de las actividades de algún grupo o personas en particular en relación con algún lugar o tiempo.	
Encuestas	Método para la recolección de auto reportes de datos relacionados con valores actitudes, creencias y conductas.	Transversales	Documentar la prevalencia de valores, actitudes, creencias o conductas en una población, comparar estas variables entre grupos, y/o investigar la asociación entre estas variables.	Cuestionarios con respuestas cerradas o abiertas
		Encuestas transversales repetidas	Evalúan los cambios en el tiempo de una variable (e.g. estado de la economía) dentro de una población que esta asociada con cambios en otras variables (e.g. preocupación ambiental).	
Método	Definición	Tipologías de técnicas	Ejemplos de medición	Técnicas/tecnologías empleadas
Encuestas	Método para la recolección de auto reportes de datos relacionados con valores actitudes, creencias y conductas.	Panel	Cómo es que los participantes cambian a lo largo del tiempo, y si estos cambios en ciertas variables están asociados con los cambios en otras variables.	Entrevistas y cuestionarios
			Actitudes relacionadas con espacios construidos, (e.g. Escala de Molestias Ambientales Percibidas en sitios urbanos; Robin, Matheu, Ploce, & Couty, 2007).	
Evaluación de actitudes ambientales	Tendencias psicológicas a evaluar el ambiente tanto natural como construido con algún grado de agrado o desagrado.	Pueden ser mediciones explícitas (e.g. escalas) e implícitas (e.g. registros fisiológicos)	Actitudes relacionadas con espacios construidos, (e.g. Escala de Molestias Ambientales Percibidas en sitios urbanos; Robin, Matheu, Ploce, & Couty, 2007).	Entrevistas y cuestionarios
Evaluación Post ocupacional	Una evaluación ambiental de un espacio previamente desocupado. Se refiere a la evaluación sistemática de uno o más espacios ocupados (recientemente utilizados).	Comparativa: realiza comparaciones entre escenarios con el propósito de crear normas o para el entendimiento de los cambios en la operación antes y después de que se implemente un nuevo diseño.	Evaluación de la funcionalidad, efectividad, eficiencia, controlabilidad, satisfacción y confort. Su aplicabilidad varía desde una simple unidad/ edificio hasta un vecindario. Evaluación de la iluminación confort térmico, niveles de ruido, y calidad del aire en la percepción de los ocupantes de hospitales y escuelas primarias (De Guilí, Zecchin, Salmaso, Coraín, & De Carli, 2012).	Requiere el empleo de métodos objetivos, tales como cuestionarios estandarizados. Métodos estandarizados. Observación informal Mapas conductuales
Método	Definición	Tipologías de técnicas	Ejemplos de medición	Técnicas/tecnologías empleadas
Evaluación Post ocupacional		Generativa: identifica problemas para soluciones y mejora.		Utiliza técnicas más flexibles y abiertas (e.g. cuestionarios abiertos).
Basado en la teoría fundamentada	Considera que las experiencias y situaciones específicas dentro del mundo real son fuente de conceptos teóricos robustos, de estructuras y esquemas conceptuales más amplios (Gordon-Finlayson, 2010)	Muestreo teórico: los participantes son seleccionados progresivamente para examinar los patrones y temas implicados en los datos que están siendo analizados	Se pretende examinar las experiencias de las personas dentro del mundo real, considerando los lugares, situaciones y significados, pretendiendo con ello facilitar de forma inductiva un retrato integrado de aquellas experiencias, lugares, situaciones y significados	Entrevistas formales, informales.
Basados en la fenomenología	Refiere un esfuerzo por describir la experiencia humana, situaciones y significados a profundidad.	Análisis fenomenológico en primera persona: es el mismo investigador quien usa su propia experiencia con el fenómeno en cuestión como base para examinar sus características específicas y cualidades	En el dominio ambiental esto implica el análisis de las experiencias del lugar, la personificación ambiental, encuentros intensos con la naturaleza. Análisis de las experiencias de un contexto particular (e.g. vecindario), actividades y eventos.	Mapas narrativos, una combinación de dibujos, y entrevistas en profundidad, biográficas y cuestionarios abiertos

Fuente: elaboración propia con datos de Gifford (2016).

Comentarios finales

Los seres humanos han pasado miles de años habitando en ambientes naturales y menos de 0.4% de su existencia en el planeta ha acontecido en entornos urbanos (Davis, 1995; Gullone, 2000; Takooshian, 2005). Esta rápida transición y expansión ha sido vista como uno de los alcances más significativos en el desarrollo de las especies (Sadalla, & Stea, 1978), siendo el siglo XXI una época sin precedentes para el crecimiento poblacional urbano.

A diferencia de otras áreas disciplinarias, la psicología ambiental se ha presentado como un área de estudio joven frente a los problemas urbanos emergentes (Fernández & Vidal, 2008; Stokols, 1995). Pese a lo anterior, existen preocupaciones recientes sobre el poco entusiasmo de la psicología para el abordaje de temáticas ambientales y urbanas (Oishi & Graham, 2010; Stokols, 1995; Takooshian, 2005).

Desde la psicología ambiental no existe una forma única de definir a la ciudad (Fernández & Vidal, 2008), como tampoco hay una manera simple de definir a un ambiente. Es decir, un escenario puede definirse tanto en función de sus cualidades percibidas (psicológicas o subjetivas) como en términos de ciertos atributos físicos (objetivos) (Canter, 1977). Ya sea mediante el estudio de las conductas respecto a los espacios urbanos (aproximación centrada en el lugar) o a través del rol de la identificación de las categorías especiales de ambientes urbanos (centrada en las personas) podría considerarse que una aproximación psicoambiental para el estudio de la ciudad comprende en su conjunto las diversas facetas funcionales y de interacción de los escenarios físicos (geográficos) del comportamiento, los procesos psicológicos (e.g. percepción y cognición ambiental, afecto) y socioculturales de transacción con el entorno que median la relación entre el ambiente y sus efectos individuales y colectivo a lo largo del tiempo (Werner, Brown & Altman, 2002).

Hoy en día pueden observarse algunos efectos adversos de la urbanización caótica y descontrolada en sectores de la población menos favorecidos: pobre calidad de vivienda, sistemas sanitarios deplorables, problemas de hacinamiento, escasez de áreas verdes urbanas y desde el punto de vista social un incremento en la criminalidad, delincuencia juvenil, violencia, explotación sexual, suicidios, depresión e incremento en el número de divorcios (Funmilayo, 2012; Gold, 2002; Helbich, *et al.*, 2017; Marques, & Lima, 2011; Nor, Corstanje, Harris, & Brewer, 2017), sin olvidar también su impacto en la biodiversidad, el funcionamiento de los ecosistemas urbanos (Pena *et al.*, 2017). Partiendo de una perspectiva de sustentabilidad, la psicología ambiental y disciplinas asociadas tendrán en común el desarrollo de una agenda compartida para la atención y entendimiento de dichos problemas y la promoción de aspectos positivos de las ciudades asociados a una mejor calidad de vida (Kirst, Schaefer, Hwang, & O'Campo, 2011).

Una mirada psicoambiental al estudio de la ciudad hace suyo el empleo de diferentes metodologías y técnicas provenientes de varias disciplinas científicas. Esta diversidad es tan robusta como la necesidad de entender el comportamiento humano asociado a numerosos problemas de la vida urbana.

Referencias

- Abrahamse, W., Schulz, P. W., & Steg, L. (2016). Research designs for environmental psychology: Research Methods for Environmental Psychology. In R. Gifford (Ed.), *Research Methods for Environmental Psychology*, 53-71. USA: Wiley-Blackwell.
- Altman, I. & Rogoff, B. (1987). World views in psychology: trait, interactional, organismic and transactional perspectives. In D. Stokols and I. Altman (Eds.), *Handbook of Environmental Psychology*, 7-40. USA: John Wiley & Sons.
- APA (2005). *Task Force on Urban Psychology, Toward an Urban Psychology: Research, Action, and Policy*. Washington D.C.: American Psychological Association. Recuperado de <https://www.apa.org/pi/ses/resources/publications/urban-taskforce.pdf>
- Barker, R. (1968). *Ecological Psychology: concepts and methods for studying the environment of human behavior*. Stanford: Stanford University Press.
- Bonnes, M., Manetti, L., Sechiaroli, G., & Tanucci, G. (1990). The city as a multiplace system: an analysis of people-urban environment transactions. *Journal of Environmental Psychology*, 10, 37-65. [https://doi.org/10.1016/S0272-4944\(05\)80023-4](https://doi.org/10.1016/S0272-4944(05)80023-4)
- Bonnes, M., & Bonaiauto, M. (2002). Environmental Psychology: From spatial physical environment to sustainable development. En R. Bechtel & A. Churchman (Eds.), *Handbook of Environmental Psychology*, 28-54. New York: Wiley.
- Canter, D. (1977). *Psychology of place*. London: Architectural Press.
- Canter, D. (2016). Revealing the conceptual systems of places. In R. Gifford (Ed.), *Research Methods for Environmental Psychology*. 137-159. London: Wiley Blackwell.
- Craik, K., & Zube, E. (1976). *Perceiving environmental quality: research and application*. New York: Plenum Press.
- Collado, S., Staats, H., & Sorrel, M. A. (2016). A relational model of perceived restorativeness: Intertwined effects of obligations, familiarity, security and parental supervision. *Journal of Environmental Psychology*, 48, 24-32. doi:10.1016/j.jenvp.2016.08.004
- Davis, K. (1955). The Origin and Growth of Urbanization in the World. *American Journal of Sociology*, 60, 429-437.
- De Groot, I. (1967). Trends in public attitudes toward air pollution. *Journal of the Air Pollution Control Association*, 17, 679-681. <https://doi.org/10.1080/00022470.1967.10469056>
- Fernández, B., & Vidal, T. (2008). *Psicología de la Ciudad*. Barcelona: Editorial UOC.

- Funmilayo, A. (2012). Urbanization, housing quality and environmental degeneration in Nigeria. *Journal of Geography and Regional Planning*, 5(16), 422-429. doi: 10.5897/JGRP12.060
- Gieseeking, J., & Mangold, W. (2014). *The people, place and space reader*. New York: Routledge.
- Gifford, R. (2016). *Research Methods for Environmental Psychology*. London: Wiley Blackwell.
- Glass, D. C., & Singer, J. E. (1972). *Urban stress: Experiments on noise and social stressors*. New York: Academic Press.
- Gold, H. (2002). *Urban Life and Society*. New Jersey: Prentice Hall.
- Gould van Praag, C., Garfinkel, S., Sparaci, O., Mees, A., Philippides, A., Ware, M., Ottaviani, C., & Critchley, H. (2017). Mind-Wandering and Alterations to Default Mode Network Connectivity When Listening to Naturalistic versus Artificial Sounds. *Scientific Reports*, 7, 45273. doi: 10.1038/srep45273
- Griffit, W., & Veitch, R. (1971). Hot and crowded: Influence of population density and temperature on interpersonal affective behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 17(1), 92-98. doi:10.1037/h0030458
- Griffiths, I., & Langdon, F. (1968). Subjective response to road traffic noise. *Journal of Sound and Vibration*, 8, 16-32. [https://doi.org/10.1016/0022-460X\(68\)90191-0](https://doi.org/10.1016/0022-460X(68)90191-0)
- Gullone, E. (2000). The biophilia hypothesis and life in the 21st century: Increasing mental health or increasing pathology? *Journal of Happiness Studies*, 1, 293-321. <https://doi.org/10.1023/A:101004382>
- Hall, T. (1966). *The hidden dimension*. New York: Doubleday.
- Heft, H. (2013). Environment, cognition, and culture: Reconsidering the cognitive map. *Journal of Environmental Psychology*, 33, 14-25. doi:10.1016/j.jenvp.2012.09.002
- Hauser, P., & Schnore, L. (eds.). (1965). *The Study of Urbanization*. New York: Wiley.
- Helbich, M., Blüml, V., de Jong, T., Plener, P. L., Kwan, M.-P., & Kapusta, N. D. (2017). Urban-rural inequalities in suicide mortality: a comparison of urbanicity indicators. *International Journal of Health Geographics*, 16, 39. <http://doi.org/10.1186/s12942-017-0112-x>
- Hutter, M. (2016). *Experiencing cities*. New York: Taylor and Francis.
- Ittelson, W. (1978). Environmental Perception and Urban Experience. *Environment and Behavior*, 10(2), 193-213. <https://doi.org/10.1177/0013916578102004>
- Kaplan, S. (1983). A Model of Person-Environment Compatibility. *Environment and Behavior*, 3(15), 311-332. <https://doi.org/10.1177/0013916583153003>
- Kirst, M., Schaefer, N., Hwang, S., & O'Campo, P. (2011). *Converging Disciplines A Transdisciplinary Research Approach to Urban Health Problems*. New York: Springer.
- Lindvall, T. (1970). On sensory evaluation of odorous air pollution intensities. *Nordisk Hygienisk Tidskrift*, 2, 1-181.
- Lynch, K. (1965). The City as Environment. *Scientific American*, 213(3), 209-221.

- Manzo, L. (2017). Environmental Psychology. Views of the urban from environmental psychology. En D. Iossifova, C. Doll., A. Gasparatos (Eds.), *Defining the Urban: Interdisciplinary and professional perspectives*, 84-93. London: Routledge.
- Marques, S., & Lima, M. L. (2011). Living in grey areas: Industrial activity and psychological health. *Journal of Environmental Psychology*, 31(4), 314-322. <http://dx.doi.org/10.1016/j.jenvp.2010.12.002>
- Martínez-Soto, J., Gonzales-Santos, L., Pasaye, E., & Barrios, F. (2013). Exploration of neural correlates of restorative environment exposure through functional magnetic resonance. *Intelligent Buildings International*, 5, 10-28. <https://doi.org/10.1080/17508975.2013.807765>
- Mercado, S., Terán A., & Landázuri, A. (2007). La ciudad: un análisis teórico desde la psicología ambiental. *Psicología para América Latina*, (10). Recuperado de: http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-350X2007000200002&lng=pt&tlng=es.
- Milgram, S. (1970). The experience of living in cities. *Science*, 167, 1461-1468. doi: 10.1126/science.167.3924.1461
- Moser, G. (2012). Cities. En S. Clayton (Ed.), *The Oxford Handbook of Environmental and Conservation Psychology* (pp. 203-220). UK: Oxford University Press.
- Myers, G. (2001). Some issues to consider in the role of psychology in conservation. *Population and Environmental Psychology Bulletin*, 27(2), 2-4.
- Newman, J., & McCauley, C. (1977). Eye contact with strangers in city, suburb and small town. *Environment and Behavior*, 9(4), 547-558. <https://doi.org/10.1177/001391657794006>
- Nor, A., Corstanje, R., Harris, J., & Brewer, T. (2017). Impact of rapid urban expansion on green space structure. *Ecological Indicators*, 81, 274-284. <https://doi.org/10.1016/j.ecolind.2017.05.031>
- Oishi, S., & Graham, J. (2010). Social Ecology. *Perspectives on Psychological Science*, 5(4), 356-377. doi:10.1177/1745691610374588
- Parsons, R., & Tassinary, L. (2002). Environmental psychophysiology. En R. Bechtel & A. Churchman (Eds.), *Handbook of environmental psychology* (pp. 172-190). New York: Wiley & Sons.
- Pelham, B., & Blanton, T. (2007). *Conducting research in psychology: Measuring the weight of smoke*. Belmont: Wadsworth/Thomson Learning
- Pena J., Martello, F., Ribeiro, M.C., Armitage, R.A., Young, R.J., & Rodrigues, M. (2017). Street trees reduce the negative effects of urbanization on birds. *PLoS ONE*, 12(3). e0174484. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0174484>
- Pol, E. (2006). Blueprints for a History of Environmental Psychology (I): From First Birth to American Transition. *Medio Ambiente y Comportamiento Humano*, 7(2), 95.113.
- Population Reference Bureau (2014). *Human Population: Urbanization*. Retrieved from: <http://www.prb.org/Publications/Lesson-Plans/HumanPopulation/Urbanization.aspx>
- Proshansky, H. M. (1978). The city and self-identity. *Environment and Behavior*, 10(2), 147-169. <http://dx.doi.org/10.1177/0013916578102002>

- Sadalla, E. K., & Stea, D. (1978). Approaches to a Psychology of Urban Life. *Environment and Behavior*, 10(2), 139-146. doi:10.1177/0013916578102001
- Science Daily. (2007). *Mayday 23: World Population Becomes More Urban than Rural* (May 25). Recuperado de <http://www.sciencedaily.com/releases/2007/05/070525000642.htm>
- Simmel, G. (1995). The Metropolis and Mental Life. in Philip Kasinitz (ed.), *Metropolis: Center and Symbol of Our Times*, 30-45, New York: New York University Press.
- Steg, L., van den Berg, A. E., & de Groot, J. I. M. (2013). *Environmental Psychology: An Introduction*. Chichester, U. K.: Wiley-Blackwell.
- Stokols, D. (1978). Environmental Psychology. *Annual Review of Psychology*, 29, 253-295. <https://doi.org/10.1146/annurev.ps.29.020178.001345>
- Stokols, D. (1995). The paradox of Environmental Psychology. *American Psychologist*, 50, 821-837. <http://dx.doi.org/10.1037/0003-066X.50.10.821>
- Takooshian, H. (2005). Urban psychology: Its history and current status. *Journal of Social Distress and the Homeless*, 14, 1-2, 3-11. <https://doi.org/10.1179/105307805807066310>
- United Nations (2014). *World Urbanization Prospects: The 2014 Revision, Highlights* (ST/ESA/ SER.A/352). Department of Economic and Social Affairs, Population Division. Recuperado de <http://esa.un.org/unpd/wup/Highlights/WUP2014-Highlights.pdf>
- Werner, C. M. (2003). Changing homeowners' use of toxic household products: a transactional approach. *Journal of Environmental Psychology*, 23(1), 33-45. doi:10.1016/s0272-4944(02)00085-3
- Werner, C., Brown, B. & Altman, I. (2002). Transactionally oriented research: Examples and strategies. En R. Bechtel & A. Churchman (Eds.), *Handbook of environmental psychology* (203-221). New York: Wiley.
- Wicker, A. (1979). *An introduction to ecological psychology*. Monterrey: Brooks-Cole.
- Williams, K., Lee, K., Hartig, T., Sargent, L., Williams, N., & Johnson, K. (2018). Conceptualizing creativity benefits of nature experience: Attention restoration and mind wandering as complementary processes. *Journal of Environmental Psychology* 59, 36-45. <https://doi.org/10.1016/j.jenvp.2018.08.005>
- Wirth, L. (1938). Urbanism and the American way of life. *American Journal of Sociology*, 44, 1-24.
- Zeisel, J. (2006). *Inquiry by design: environment/behavior/neuroscience in architecture, interiors, landscape and planning*. New York: W.W. Norton.

Filosofía y ciudad. Aproximaciones al momento inaugural de una relación persistente

Philosophy and city. Approximations to the inaugural moment of a persistent relationship

Diego Eduardo Guzmán-Sandoval
Universidad de Guanajuato, México
Correo electrónico: dguzsan@gmail.com

Recibido: octubre 26 de 2018

Aceptado: marzo 19 de 2019

Resumen

Este artículo explora los ineludibles vínculos que hay en la relación filosofía y ciudad. Nos limitamos a elaborar una aproximación a lo que llamaremos momento inaugural, a partir del cual esta relación puede dilucidarse. A modo de establecer coordenadas básicas para desarrollar este emprendimiento, planteamos dos preguntas elementales: ¿qué rol cumple la ciudad en el discurso filosófico? y ¿cómo se vuelve la ciudad un objeto de indagación para la filosofía? Quizá, al discurrir en torno a ambas cuestiones podremos problematizar este vínculo.

Palabras clave: filosofía, ciudad, *agon*, territorio, espacio formativo.

Abstract

This paper explores the inescapable link between philosophy and city. Limiting ourselves to elaborate an approximation which we will call the inaugural moment from where this relationship can be elucidated. To establish basic coordinates to develop this endeavor, we pose two elementary questions: First: What role does the city play in the philosophical discourse? Second: How does the city become an object of inquiry for philosophy? Perhaps, when discussing both issues we can problematize this link.

Keywords: philosophy, city, *agon*, territory, formative space.

Introducción

“Los filósofos son extranjeros pero la filosofía es griega”.
Gilles Deleuze y Félix Guattari

Resulta sumamente complejo hacer inteligibles y escudriñar cada uno de los aspectos que pueden involucrar vínculos entre la filosofía y la ciudad. Es una tarea posible, pero tan complicada como la de tratar de salir de un complejo laberinto. Por ello, este artículo sólo identifica algunos de los vínculos que pueden hallarse al momento de plantear esta relación, limitándonos a elaborar una aproximación alrededor de lo que definiríamos como el acontecimiento inaugural a través del cual esta relación puede dilucidarse. Por esa razón, a modo de establecer coordenadas básicas para desarrollar este emprendimiento, planteamos dos preguntas muy elementales; primero, ¿qué rol cumple la ciudad en el discursar filosófico?, y segundo, ¿cómo se vuelve la ciudad un objeto de indagación para la filosofía?

Se intenta reflexionar sobre el vínculo ciudad y filosofía sosteniendo que entre ellas hay una relación persistente. Tal intento, sin embargo, implica desarrollar el marco de dicha relación. Por ende, se proyecta un objetivo general: indagar una serie de concepciones que nos hacen intuir entre ellas un fondo común ineludible. Esto deberemos exponerlo a la luz de diferentes aproximaciones filosóficas que ponen a la ciudad no solamente como objeto de indagación, sino como condición *sine qua non* del ejercicio filosófico. Por ese motivo, se busca estructurar una argumentación partiendo del desarrollo de dos aspectos específicos que a continuación resumimos. Esta síntesis debe ser concebida como el orden de proceder que seguirá el texto.

Primero, es necesario plantearnos la cuestión ¿qué es la filosofía? Bajo el propósito de designar un sentido para esta práctica, inevitablemente tendremos que poner de relieve en dónde se despliega, es decir, cuál es su espacialidad y sus escenarios. Segundo, ¿es posible ver a la ciudad en la producción conceptual de la o las filosofías? Afirmaremos que sí, pero a condición de un trabajo crítico que no se culmina en este texto, sino que apenas se inicia como problema. Para pensar esta relación, debemos sugerir que es preciso dejar de ver a la ciudad sólo como un espacio edificado, es decir, como un espacio físico en donde intervienen constantemente proyectos urbanísticos y arquitectónicos que orientan el curso de su configuración. Estando aquí de acuerdo con lo propuesto por Peter Sloterdijk (2003), es preciso pensar a la ciudad como un entorno en el que se crean y se recrean las sociabilidades, como una condición adquirida e incorporada por sus habitantes.

En suma, deberemos entender a la ciudad como un espacio formativo, como concreción de lo social y lo histórico. Un complejo dispositivo abierto a las contingencias históricas que reúne y relaciona una gama diversa de elementos. Por último, resumiendo los hallazgos que se derivan de este artículo, habría que señalar que, si bien nuestro tratamiento presenta de modo parcial la configuración de esta relación primaria anclada a la historia del pensamiento occidental, sería fundamental concebir a la ciudad como un espacio formativo, donde las sociabilidades puedan interiorizar normas de convivencia ceñidas a un escenario de diversidad y mayor igualdad. Formas de filiación y competencia

que aquí asimilamos a ese principio griego: el *agon*, que es un espacio de cultivo de agenciamientos donde tanto la fuerza como la expresión misma del juego y del pensamiento posibilitan la afirmación de los individuos.

La ciudad un intento de definición preliminar

Es preciso ampliar al máximo la definición de la ciudad; para ello, retomaremos la teoría de las esferas de Peter Sloterdijk, a fin de advertir a la ciudad como un habitáculo o espacio de resonancia, en donde los individuos se correlacionan y se provocan entre ellos, y se gestan sistemas de inmunidad en ejercicio y múltiples relaciones que constituyen grupos o filiaciones en donde se descubre un espacio desplegado hacia el exterior conformando un ambiente, pero igualmente hacia el interior, formando un espacio anímico. Para decirlo en otros términos, un espacio de identificación. Como sugiere el filósofo alemán, fiel a su estilo y a sus concepciones:

...hay un aspecto del estar-aquí de cualquier grupo en su lugar que escapa tanto a los cartógrafos y a los registradores de la propiedad, como a los sociólogos de campo: dado que los conjuntos humanos son de por sí *magnitudes uterotécnicas* o *autocobijantes*, nunca ocupan simplemente un sector en un espacio físico o jurídico dado, sino que son ellos mismos los que, como *esfera propia de relación y animación*, crean el espacio que habitan. Da igual a dónde lleguen, dónde se instalen: siempre tienen a mano su capacidad de crear por sí mismos su peculiar espacio interior y el ambiente general de éste (Sloterdijk, 2003).¹

Al vislumbrar este aspecto, queda advertida la imagen conceptual que la ciudad posee dentro de ciertas reflexiones filosóficas, en la medida en que se vuelve un espacio de estímulos y de resonancias de estados de ánimo. Un dispositivo que condensa y emplaza los modos de habitar. Esta idea converge con aquellas visiones que entienden a la filosofía como un modo de vida. Abundaremos estos aspectos a lo largo de los siguientes pasajes.

La filosofía y su espacialidad: la *polis* como espacio anímico

"La ciudad ha servido como foco para la vida social activa, para el conflicto y el juego de intereses, para la experiencia de la posibilidad humana, durante la mayor parte de la historia del hombre civilizado. Pero precisamente esa posibilidad civilizada se encuentra hoy adormecida" *Richard Sennet*

Hace algún tiempo, Henri Lefebvre sentenció que sin ciudad no hay filosofía. Llama profundamente la atención el acento que pone el filósofo francés en esta relación. Sin afán de desdeñar un sin número de planteamientos hechos alrededor de esta relación, no sólo desde el horizonte de la filosofía, sino desde otras disciplinas prestas a un ejercicio de reflexión en torno a lo que representa habitar los escenarios urbanos, para nosotros resultaría adecuado desarrollar un examen crítico de esta afirmación desanudando sus implicancias más relevantes.

¹ Cursivas propias.

Comentábamos que nuestro propósito descansa en cómo plantear la relación primaria entre filosofía y ciudad. Asumiendo esta tarea, podemos comenzar con otra interrogante no menos compleja que nos orilla a un fuerte discernimiento: ¿qué es la filosofía? No nos atreveremos a dar una definición o a expresar una fórmula sintetizada. Nuestro ejercicio se limita a bosquejar un acercamiento a esta pregunta como si nos encontráramos en la necesidad de ubicarnos en una ciudad desconocida con el apoyo de un mapa para llegar a un destino que, por igual, deberemos recorrer y explorar, dejándonos sorprender por sus paisajes y su arquitectura bajo el propósito de contemplar la totalidad caótica de toda su puesta en escena y de su acontecer.

Entre el acto filosófico y el paseo interesado y expectante por la ciudad –ya sea ésta originaria o foránea– hay un primer guiño de complicidad; ambos se ven impulsados por una curiosidad intrigante, una sensación de extrañamiento. Sin embargo, no podemos limitar a la filosofía e, incluso a la travesía por un lugar –desconocido o por conocer– a un mero ímpetu de curiosidad y asombro. Estos afectos o impulsos se direccionan dentro de un espacio inmenso y bullicioso que se detiene en ciertos puntos tras la búsqueda de un sentido de localización y desprenden preguntas de sus travesías; asimismo, trazan el recorrido elaborado, prefiguran el itinerario por desarrollar y lo convierten en una cartografía, en un plano de reconocimiento. Desde esta perspectiva, se puede desglosar la idea de que pensar filosóficamente es un direccionarse o conducirse. Estaríamos de acuerdo en afianzar esta analogía con la imagen que Gilles Deleuze y Félix Guattari construyen sobre la labor del pensamiento en donde explicitan el papel de la filosofía:

Lo que define al pensamiento, las tres grandes formas del pensamiento, el arte, la ciencia y la filosofía, es afrontar siempre el caos, establecer un plano sobre el caos. Pero la filosofía pretende salvar lo infinito dándole consistencia: traza un plano de inmanencia, que lleva a lo infinito acontecimientos o conceptos consistentes, por efecto de la acción de los personajes conceptuales (Deleuze y Guattari, 2013).

Si el filósofo es el pensador de la totalidad y lo infinito, es porque efectúa su labor dentro de un emplazamiento totalizante y caótico, igual de semejante al de una inmensa ciudad y el pasmo de quien deambula en ella a través de sus calles envueltas de historia y símbolos. El filósofo traza allí un perímetro que se convierte en su campo de experimentación y direccionamiento. Como sugiere Jean Pierre Vernant (1992) a propósito del origen del pensamiento filosófico griego, éste sirve como plano de inmanencia del orden en un medio que acomete un acto de escisión sobre lo caótico, a la manera de un plano, de un trazo geométrico, de una arquitectura a través de la cual se intenta fijar un ordenamiento.

Podemos decir que la filosofía es una tarea cósmica en el sentido de que es el intento de establecer todo tipo de dimensionamientos, trazos de formas y cortes. No obstante, su territorio es, sin duda, el pensamiento, o quizá con mayor precisión es el concepto. A la par, dentro de esta singular espacialidad, está presente con persistencia la puesta en práctica. Por ello, entendamos a la filosofía como una práctica que estimula la voluntad de pensamiento ejercitándola.

Esta analogía apenas nos ha acercado a un ligero entendimiento de esta relación. No obstante, podríamos partir de un acontecimiento inaugural, por lo menos desde las coordenadas del pensamiento occidental, desde el cual sería posible vislumbrar a la filosofía como un hacer vivencial, fundado en un intento constante de preguntarse sobre los aspectos más ignotos, no sólo de la condición humana, sino de la existencia misma. La filosofía no sólo es este acompañamiento del saber en la misión de atrapar lo esencial de forma metódica y rigurosa, sino es igualmente una tarea –una praxis– que no está desvinculada de la necesidad tanto política como ética de constituir una espacialidad de valores, capaz de forjar a los hombres. De aquí se puede sostener la tesis que, desde cualquier ángulo, la filosofía en su despliegue práctico es una espacialidad formativa: una forma de vida.

Considerando válida esta interpretación, se trataría de una espacialidad que detona el encuentro entre iguales, es decir, entre sujetos que se afirman a sí mismos ante los otros. En este momento fundacional, podemos hacer alusión a la emergente necesidad de una dimensión que promocióne y difunda este ejercicio, un medio de inmanencia. Sin duda, un aspecto concreto que ilustra lo dicho es la escuela filosófica, entendida como una forma de gimnasio. Eran espacios fundamentales para la república helénica, donde se preparaba física e intelectualmente a los jóvenes; habitáculos reservados para quienes pretenden comprometerse con el saber; espacios erigidos como centros de enseñanza y creación de conocimiento, en donde los ciudadanos ejemplares encontraban un sepulcro. El gimnasio preparaba a los ciudadanos para presentarse en el espacio público. No podemos desdeñar la centralidad de este fin.

Debemos como tal disertar en torno a esta dimensión aludida, a saber: el espacio público, la condición de posibilidad de sociabilidades comprometidas cívicamente que deliberan para orientar el curso de su acción y el interés común. Pero más allá de esto, esta espacialidad resulta el epicentro de la configuración de una subjetividad reflexiva que se encuentra anclada a un medio que la posibilita. El filósofo, tomando como referente a occidente, aparece y especula dentro de un escenario concreto: la *polis*.

Este gran espacio interior abierto por la práctica filosófica se corresponde con las formas arquitectónicas, las formas de imagen del mundo y las formas anímicas que seguido funcionan como estructuras inmunizadoras de los sujetos. De aquí ya se atisba a la ciudad en tanto condición incorporada como un espacio de valores compartidos que modelan las acciones de sus integrantes.

Podemos pensar que la filosofía más que encontrar su origen encuentra como tal su nicho o, digámoslo así, la atmósfera que envuelve a este ejercicio, que le da espacialidad al devenir filosófico. Si hemos identificado –aunque sea sucintamente– a los actores y a los escenarios de este momento inaugural de la filosofía, vendría a cuento otra afirmación sugerente expuesta por Gilles Deleuze y Félix Guattari: “si la filosofía tiene unos orígenes griegos, en la medida en que se está dispuesto a decirlo así, es porque la ciudad, a diferencia de los imperios o de los Estados, inventa el *agon* como norma de una sociedad de ‘amigos’,

la comunidad de los hombres libres en tanto que rivales (ciudadanos)” (Deleuze y Guattari, 2013). Este espacio de amigos, de iguales, es al mismo tiempo escenario de los que se distinguen; de presencias que se encuentran en certamen y rivalidad. No resulta extraño, como sentencian nuevamente los mismos autores, que el filósofo encuentra un doble placer en su ejercicio: asociarse entre quienes comparten los mismos afectos y filias (amistarse en una comunidad) y las discrepancias, haciendo frente a los oponentes. Piénsese en el filósofo que encuentra al sofista como su antagonista. Si la filosofía es en esencia una cuestión entre amigos, es porque del mismo modo entre ellos siempre hay un dejo de competencia y rivalidad.

La ciudad: espacio de proximidad y distancia

Podemos hacer uso de la metáfora para señalar que la proximidad y la vecindad encienden el fuego entre los hombres. Este aspecto resulta ambivalente; por un lado, nos sirve la imagen de un incandescente fuego que reúne a los hombres en derredor suyo, en un ánimo de protección y confort. El arquitecto romano Vitruvio especulaba sobre la importancia de la domesticación del fuego en la vida cultural. El arquitecto pensaba firmemente que este acontecimiento hizo consciente a los hombres de la necesidad del calor y del cobijo en sus vínculos.

No sería descabellado inferir en consecuencia, como lo hace Sloterdijk, que la vida social se convierte en lo fundamental en un asunto térmico (Sloterdijk, 2003). Por otro lado, la misma idea del fuego puede asociarse a la tensión entre los hombres; a las dimensiones de disputa que se afirman entre ellos. Aquí entrevemos, por lo menos en un sentido general, este plano topológico que vincula la tendencia esencial a la cercanía, aquella de la que alguna vez reflexionó Heidegger (1994) en su conocida disertación sobre el habitar. Sin embargo, no se puede desmentir que el conflicto igualmente llena la vida de los hombres. En esto volvemos a visualizar estos aspectos intrínsecos al *agon*.²

La *polis*, visualizada más como concepción formativa y política que como realidad, conduce estos aspectos de un modo distinto y singular; es esa suerte de dispositivo civilizatorio que permite regular y encauzar dicha cercanía y tensión a través de vías racionales mediante el diálogo. El marco de tal relación no puede abandonar este método de acceso al conocimiento de sí, que es al mismo tiempo el ideal regulativo de los encuentros, es decir, la fuerza de la palabra y la reflexión (*phronésis*).

² La palabra griega *agon* y su vínculo con la palabra *ágora* se podría asociar al verbo *agorein* y se traduciría como un entretenerse hablando; son otras relaciones terminológicas que no tenemos espacio para profundizar.

Quien ha interiorizado los valores de la *polis* sabe que debe someterse a las reglas de la discusión, a actuar bajo las normas del logos y que los asuntos a tratar desde la filosofía son íntegramente de la *polis* dentro del ágora; el espacio para la controversia el cual precisa que sus normas de equidad y equilibrio sean dominantes en sus actores.

El universo espiritual de la *polis* funge como espacio de alteridad y encuentro, un territorio que expresa, como ya decíamos atrás, una axiomática entre la amistad y la rivalidad, entre la creación de asociaciones y disociaciones, entendidos siempre en el encuentro con la diversidad. De ese modo, la alteridad podría ser aquí definida simplemente como el asombro y la admiración que genera en torno al otro. Retomemos aquí la importancia del asombro (*thaumàzein*) para la filosofía: un estado de ánimo que hace proclive este quehacer espiritual. En cierto sentido, lo funda. En las formas como este asombro se circunscribe a la presencia de la alteridad, igualmente ubicamos un plano efectual muy preciso para la vida activa y contemplativa.

Para embargarse de estos afectos que disponen a la filosofía, es menester prestar atención al despliegue del mundo; estar abierto a su acontecer desde un horizonte de expectativa y de relaciones. Un estar en el mundo es esencialmente un ser-con-los-otros. Este modo de habitar al mundo tan fundamental para efectuar la tarea filosófica nos lleva a percibir a la ciudad como espacio de reconocimiento dado entre los hombres diversos.

Antes de continuar profundizando en este aspecto, debemos seguir con nuestro afanoso intento de distinguir el sentido de la filosofía. Como habíamos dicho, la filosofía no se puede definir como un acceso inmediato a la sabiduría, sino como un amor a la sabiduría. Es decir, la filosofía es fundamentalmente un acompañamiento con el saber. No es que el filósofo sepa algo, no es un sabio. El filósofo es alguien que, al encontrarse cautivado por el saber, siempre se encuentra tras su pista.³ Hoy en día, todavía se alimenta el imaginario del filósofo ensimismado, siempre pensante, en continua introspección y que, abandonado por sus pensamientos, olvida los aspectos más elementales de la vida cotidiana.

Empero valdría la pena recobrar la máxima enarbolada por Sócrates e inscrita dentro del Oráculo de Delfos: “conócete a ti mismo”, y recordar cuando en su apología afirmaba que una vida que no es sometida al examen reflexivo no merece la pena ser vivida; o rememorar aquella famosa definición de Platón (2007) en el *Teeteto* donde se sitúa al conocimiento (*epistème*) como el diálogo de la consciencia consigo misma. En todas estas ideas se insinúa la necesaria tarea de la autognosis para la filosofía. No obstante, habría que enfatizar que el elemento detonante de este autoconocimiento es el diálogo constante con el otro...

³ Cabe mencionar la indagación constante del filósofo francés Pierre Hadot (2009), quien en su texto *La filosofía como forma de vida* sostiene que en lo fundamental es un ejercicio espiritual, una práctica de elevación del sujeto a un plano distinto a través del saber dentro de una exigencia de autocuestionamiento, de afirmación de sí. El filósofo de esta guisa intenta introducirse en el complejo paraje de la vida virtuosa. Para la cultura griega, esta práctica estaba destinada a operar una transformación en el individuo. La filosofía siempre se ha tratado de un asunto formativo.

Aquí reaparece la figura de Sócrates, pues alude al que se la vive en la ciudad interpelando o cuestionando a los habitantes de la *polis*; el ciudadano libre que está siempre al encuentro de sus interlocutores en búsqueda de instrucción para alumbrar la verdad que hay en ellos a través de un diálogo que se puede prolongar indefinidamente. Este mismo personaje filosófico en el diálogo de *Fedro* asevera: “los campos y los árboles nada me enseñan y sólo en la ciudad puedo sacar partido del roce con los demás hombres”. La ciudad que emerge en esta frase de modo sutil como oposición a la naturaleza es entonces espacio de encuentro y roce en donde el sujeto puede sacar provecho para cultivarse.⁴

Podemos atrevernos a realizar una libre asociación de términos; prestemos atención en las palabras *partido* y *roce* que utiliza Sócrates en este pequeño fragmento del diálogo. La primera indica un posicionamiento, formar o ser parte; por otro lado, resulta interesante cómo la segunda puede asociarse semánticamente a la palabra ruptura, que viene del latín *rumpere* que significa abrir la tierra para, una vez que se ha limpiado y arado, comenzar a ser cultivada. La ciudad a partir de esta asociación aparecería ante nosotros como aquel habitáculo que dota de forma a los sujetos: cultivándolos.⁵ La ciudad, desde esta lectura, se inscribe otra vez a un ideal, a consumarse como espacio de cultivo y cuidado de la humanitas.

Continuando con el propósito de este apartado, lo que llamaríamos como la espacialidad de la filosofía no queda ceñida enteramente y por sí misma al acceso inmediato al conocimiento. Sobra decir que dentro de la filosofía permea quizá en todo momento una promesa de libertad o de liberación (catarsis) cuando se ejecuta esta especie de ascesis o de superación, a través de un ejercicio de búsqueda de la sabiduría que precisa de abandonar el plano de la opinión (*doxa*) o el sentido común. Una ascesis que es posible en la medida en que el individuo es capaz de alcanzar la vida virtuosa (*arethé*) incorporando hábitos, habilidades, ejercitándose, renovando su forma de advertir y contemplar el mundo; en una palabra: forjarse; constituirse como sujeto. Es justamente aquí donde se dilucida el enlace, diríamos primario, de esta relación.

Los griegos en la antigüedad veían a la *polis* como ese espacio de entrada a la vida virtuosa; a la libertad; atribuible a un valor supremo: ser ciudadano libre comportando los atributos determinados por esta condición. La polis griega emplaza un modo de vida, de habitar existencialmente al mundo que comporta estos dos principios de integración apuntalados por esta concepción relativa al agon.

No obstante, ¿qué implica ser ciudadano de la *polis*? o ¿qué implica jugar-se en la *polis* griega? En lo fundamental, se trata de un hacerse cargo de lo público, es decir, ser parte del espacio del aparecer frente a los otros. Hacerse cargo de lo público es sustraerse de la

⁴ Esta frase podría motivarnos a traer a cuento algunas distinciones terminológicas de la antigüedad griega la primera Khorā y Topos, la segunda la distinción entre Physis y Nòmos que establece una distinción entre la naturaleza y la cultura; esta última es la norma artificial que se dotan los hombres a través de costumbres, hábitos y leyes que operan de cierta forma para regular su comportamiento.

⁵ Habría que destacar la también enorme relación semántica que los términos cultivo y cuidado tienen con la palabra cultura. Podríamos agregar esta significación a lo expuesto, la ciudad como el espacio de la cultura.

vida en el nicho filial y parental; el espacio doméstico (*oikos*) para conformar una escena donde los asuntos personales adquieren la máscara pública. En esta misma tesitura el sociólogo norteamericano Richard Sennet (2004) sostiene que la *polis* introduce fundamentalmente dos valores: el de sociabilidad, ligada a un código de convivencia, como señalábamos, basado en el aparecer en lo público; y el de la subjetividad.

La ciudad construye subjetividades. Parece ser que en el dominio de la *polis* se ha de construir un espacio interior, de autocontemplación, ligado al ejercicio dentro de ese espacio de intereses comunes. Lo interno y lo externo se encuentran plegados. La ciudad entonces se vuelve espacio de arraigo y de identidad, pero en razón de este compromiso civil y político.

El propio Sennet (2011) nos recuerda, además, la acepción de un antiguo término griego: *domus*, que evoca aquel espacio de la comunicación interpersonal destinado al cultivo de las grandes virtudes urbanas. No obstante, mantiene la idea de la paulatina disipación de este ámbito –si es que alguna vez fue un hecho real, por lo menos funge el papel de idea regulativa y de concepto–, la cual tendría sin más su causa en la instalación del proceso modernizante, cuyos patrones y oscilaciones se estiman a partir del despliegue del sistema económico capitalista que subsume cada esfera de la vida a sus propios fines.

Este proceso disruptivo y hasta cierto punto inédito hace de la ciudad una configuración residual que exhibe en su constitución pautas ambivalentes, por una parte, un espacio que se uniforma y, por otro, un espacio que se fragmenta y atomiza. Esta disipación del espacio público engendra la indiferencia. Un valor opuesto al ya propuesto como asociación filial o amistad termina gestando tres grandes dilemas para la ciudadanía o la civilidad: la laxitud de los lazos sociales, la agudización de la diferencia y la producción de distancia y desapego entre los individuos. Elementos que de la misma forma antagonizan con el valor de la competencia ciertamente entre iguales.

En su defecto, la ciudad en su avatar moderno expresa la mera competitividad de actores que cumplen una función social o incluso la sustitución paulatina de un espacio público de aparición por un orden mercantil, orientado por patrones de venta y consumo, direccionado por la publicidad de objetos y mercancías. En el horizonte de esta exposición se pone de relieve a la modernidad como un acontecimiento que instala la discontinuidad con este imaginario constituido alrededor de la *polis*.

Si la ciudad en la cultura helénica, matriz de occidente, es el destino de la filosofía como campo virtuoso y formativo, con el advenimiento de la modernidad, dicha relación queda sometida a otros objetivos y, por supuesto, a otros códigos existenciales patentes por lo menos en las formas de representar o imaginar este vínculo. Señalemos que la ciudad es en efecto una realidad que antecede la emergencia del capitalismo o la modernidad económica. Sin embargo, es justamente este proceso el que pivotea un modo disruptivo de concebir y expandir la ciudad.

Recordemos la clásica distinción que para explicar este proceso elabora Henry Lefebvre (1978), quien definió este momento disruptivo como el estadio urbano: 1) el crecimiento de la industrialización, en el que la economía del capital ejerce su primado sobre lo social-urbano; 2) la extensión de la urbanidad delineada por una tentativa de uniformización del espacio en términos económicos y comerciales; 3) la permanente reinvencción urbana en el que las centralidades se sustituyen de modo constante, aun así quedan encadenadas a un centro de decisión ciertamente deslocalizado, es decir, el mismo capital. La ciudad, agrega el autor, es la proyección de lo global situado. Más adelante profundizaremos en este aspecto.

Para manifestar los avatares de un espacio urbano en donde prima paradójicamente un régimen de mutualidad matizado por la disociación y la indiferencia, dos atributos antagónicos se enarbolaban en el marco axiológico, prescrito en la *polis* griega; y podemos evocar las palabras de Richard Sennet: “el capitalismo actual nos impone una tarea específica: crear complejidad y apego mutuo en una ciudad que tiende a la diferencia más que a la alteridad, una ciudad en la que la gente se retira tras los muros de la diferencia. Tenemos que descubrir la labor de artesanía que pueda responder a este reto concreto” (Sennet, 2004).

Resultaría interesante adentrarnos a lo que este autor sugiere como labor de artesanía, que responda al reto manifestado en la dificultad de constituir mutualidad dentro de un dispositivo-ciudad generador de diferencias. Retomemos un punto señalado más atrás al compartir la cita de Deleuze y Félix Guattari sobre el *agon*, visualizado como modo que prefigura las relaciones en la *polis*, la disputa entre amigos, dentro del certamen o confrontación; sin embargo, es la conservación de la alteridad en este espacio la que refuerza la posibilidad de este juego inscrito en un espacio de encuentros y también desencuentros que se dirimen colectivamente entre sujetos que no abandonan su capacidad de actuación. Se entendería ya que esta situación queda deprimida, o diluida, dentro de la ciudad moderna. La pregunta aquí sería si resulta posible restituir el ideal del *agon*.

No hemos mencionado hasta aquí que la relación inaugural entre la filosofía y la ciudad se ve mediada por otro aspecto: lo político. Nuestra argumentación no podrá desvincularse de esta cuestión, ya que, sin duda, es otro ingrediente fundamental que podemos detectar en este vínculo persistente.

Ab urbe condita. Lo atribuible a dos modos de concebir la ciudad

“En general, los antiguos apenas hablan alguna vez sobre el universo sin tratar al mismo tiempo de la ciudad, y prácticamente nunca discuten sobre la ciudad sin lanzar su mirada al universo a través de los lentes de la analogía” Peter Sloterdijk

Retomemos otra vez la indagación de esta relación por la vía de detectar aspectos que nos orillen a discernir conexiones primarias o inaugurales entre la filosofía y la ciudad. Una ciudad no vista solamente como un espacio físico sino como un espacio anímico y estimulante para el ejercicio filosófico.

La locución latina *ab urbe condita* hace alusión a la famosa obra de Tito Livio donde relata la historia del nacimiento del imperio romano. Dicha expresión significa a grosso modo “desde la fundación de la ciudad”. Toda fundación de ciudad es necesariamente una fundación territorial. Este aspecto tiene fuertes implicancias, pues nos orilla a pensar justamente en la categoría territorio enraizada a su vez a la categoría poder. El territorio es aquel espacio delimitado por una relación de poder. Cuando se plantea la cuestión urbana, no podemos aislarnos de estos aspectos. La ciudad como territorialización es un ejercicio de poder y distinción política, de proclamación y puesta en juego de tensiones. Tiene razón Sloterdijk cuando dice que todo en la ciudad independientemente de sus coordenadas espacio-temporales es voluntad de dominio y obra humana a la vez (Sloterdijk, 2003).

Podríamos distinguir entre territorio y territorialización. El territorio, según Corboz (2004), no es un hecho fijo, sino el resultado de un proceso; es un producto semantizado y queda dentro del orden del discurso, y presupone necesariamente un tipo de construcción no sólo física sino simbólica. Otro autor, Delanda (2006), señala que un proceso de territorialización define los contornos y la forma de los límites espaciales. La territorialización, de igual manera, se refiere a un proceso no espacial a partir del cual se establece la homogeneidad de un ensamblaje social, justo como los procesos de clasificación entre los que pertenecen a una forma de organización y los que quedan segregados, dando lugar a una homogeneidad definida por condiciones étnicas, económicas, raciales e ideológicas. Este proceso va definiendo el límite interno y externo de un ensamblaje social.

Pensemos entonces en el territorio de la urbanidad. Para orientar esto, tal vez sirvan algunas distinciones básicas que podemos extraer de una sucinta revisión terminológica. La urbanidad hace alusión a dos aspectos: al gobierno de la ciudad y a los atributos pertenecientes al habitante de la ciudad (Joseph, 2002). En suma, se puede entender como una condición de adscripción, donde las acciones de los habitantes o urbanitas son conducidas y modeladas, es decir, son gobernadas; donde la identidad no queda fijada solamente a la pertenencia al territorio físico, sino a sus múltiples escalas y dimensiones contextuales que integra y relega; esto es, se pliega en la vida privada y pública del individuo, en sus lugares de estancia y movilidad; incluso, se incrusta en su propia

corporalidad.⁶ La urbanidad es disposición y hábito: es ley o, para ser más precisos, son órdenes en integración y fricción en donde queda direccionada la vida en común (Marcuse: 2004).

El territorio es una variable del poder y su ejercicio; guarda la forma impuesta por las condiciones heterónomas. Visto desde esta perspectiva, en las ciudades, históricamente existen efectos de desagregación que son la expresión misma del orden social imperante junto a sus contradicciones. El principio de inclusión de una sociedad tiene como correlato sus formas de exclusión. Esto, desde luego, posee un carácter topológico. Todos estos aspectos se entrecruzan, exhibiendo una gama diversa de fenómenos y manifestaciones. Por supuesto, es bien conocido que el acceso a esta condición civil deliberativa estuvo restringido al ciudadano libre de la *polis* como un atributo de exclusividad para un estrato social superior, lo cual alude a la distinción romana entre los autonombrados *honestiores* (nobles) en oposición a los *humiliores* (inferiores) que reflejaba la jerarquía imperial (Knapp, 2014).

El eco de estas contradicciones muestra cómo en la actualidad de las sociedades globalizadas las prácticas de segregación territorial se propagan en las ciudades, configurando pautas de desintegración social que se expresan espacialmente poniendo al descubierto el tipo de lazo social configurado en nuestras sociedades, donde las estructuras objetivas se operacionalizan en el terreno de las sociabilidades mediante un orden de transacciones guiado por la acumulación del capital, la economía monetaria del trabajo y el mercado.

Bajo este mismo orden, en la ciudad han persistido los factores de escisión y asimetría social, junto a una gama de síntomas y gestos característicos. Los guettos y los muros se han multiplicado, extendiendo los paisajes de la desigualdad que separan modos de vida, trayectorias colectivas e individuales, trazándose, por consecuencia, los contornos de plexos de sentido que se arraigan a condiciones de bonanza o precarización, entre el clúster y el suburbio, el barrio bajo o marginal o la *gated community*; condiciones que igualmente son el caldo de cultivo de la violencia, la discriminación y la estigmatización entre los grupos sociales. Esta circunstancia es insoslayable para cualquier análisis. La naturaleza jerárquica de la sociedad hace de la ciudad un territorio de disputa, de afirmaciones y negaciones, de sometimientos e insurrecciones, en donde las contradicciones antes de disiparse se aletargan, distribuyendo desigualmente recursos y riesgos sociales.

⁶ En otra obra *Carne y Piedra*, Richard Sennet plantea la simetría entre el espacio construido, el pensamiento y la corporalidad. Pone como ejemplo otra frase proveniente de la antigüedad griega y muy popular: “mente sana y cuerpo sano”, pero ¿qué significaba esta frase que estaba completamente entrelazada al uso del espacio de la *polis* griega? Significaba, según este autor, que para hacerse cargo de lo público el ciudadano no sólo debía adquirir valores, sino debía asumir hábitos corporales con el fin de conquistarse a sí mismo y conquistar sus pasiones. Retornamos la concepción de la *polis* como un espacio de cultivo y de domesticación de sí.

Pero es necesario que redescubramos de nuevo el sentido de las terminologías para advertir algunos aspectos que nos orienten en este camino de reflexión, en aras de ubicar esos aspectos inaugurales que aquí se imponen como una suerte de hipótesis de trabajo. Indaguemos dos modos en torno a los cuales es posible adjudicar sentidos distintos a la ciudad, examinando su acepción griega y su acepción romana.⁷ Veremos cómo estas acepciones podrían opacar las virtudes que no hace mucho distinguimos como los elementos constitutivos del *agon*: filiación y rivalidad conforme a las reglas del logos.

La polis: un locus de arraigo

En la primera acepción, la *polis* griega sigue manteniendo un estrecho vínculo con el término *éthos*, que podemos traducir como costumbre. Cuando el ciudadano griego habla de *polis*, se refiere al lugar donde se arraiga su tradición. Ciertamente una tradición étnica y religiosa. Ser parte de la *polis* todavía es ser parte de la *gens*. Este término designa al ciudadano de una misma estirpe y de un mismo género: ser griego, en este caso específico.

La aspiración a la virtud y la vida política suponía mantener el propio *lógos*, es decir, el propio discurso y el propio lenguaje, que a la postre posibilitan la comunicación y, en consecuencia, el diálogo, lo cual frente a lo extraño implicaba la tarea de mantener lo propio. Esto fijaba un punto de exclusión, no sólo del agente al cual no se le atribuía el carácter de ciudadano, sino de aquel que no formaba parte del territorio: el bárbaro, quien a su vez contaba con su propio sitio. Se establecía de esta forma el límite territorial y al mismo tiempo una expresión topológica de una condición cultural. La *hélade* frente al *eschatiaí*; por una parte, el endónimo que afirmaba la pertenencia griega en oposición al espacio-otro; el límite extremo de las regiones habitadas y parajes de los seres exóticos y monstruosos. Territorio de los que balbucean y son incapaces de diálogo.

Otra significación relevante es la que nos ofrece el término griego *oikúmene*, símbolo clásico de integración de la identidad griega, la tierra habitada y gran escudo inmunizante de esta cultura. En esta acepción, la *polis* tiene una fuerte implicancia territorial. Se trata del espacio delimitado, el espacio de la identidad y el arraigo. Volveríamos a la imagen de la proximidad esencial para comprender la disposición para habitar cualquier lugar. Aquí la filosofía quedaría como condición de posibilidad del encuentro, como apertura de paraje, haciendo sitio al pensamiento. La *polis* cumple el papel de morada de la filosofía.

⁷ Cabe decir que esta revisión quizá desde el punto de vista de la teoría decolonial o la teoría crítica deja a un lado otras perspectivas en torno a la ciudad. Este inconveniente tiene que ser matizado sosteniendo que estas acepciones deberían servir no como un espejo de nuestras realidades urbanas, sino como cepas sobre la que brotan ideas, significaciones e imaginarios con los cuales de alguna manera siempre hemos estado familiarizados y que son el sustrato mismo del quehacer filosófico, aspecto que al final de cuentas estamos discutiendo en este mismo artículo.

La ciudad y el imperativo de la globalidad

Por su parte *Civitas*, la acepción romana de Estado, comporta otro sentido; esto es, deriva de *civis* y se refiere a ese espacio donde se dan las leyes. Este término acaba por designar de mejor forma la concepción que se incrusta en la ciudad occidental, entendida como centro neurálgico y eje rector de las actividades económicas y políticas. En buena medida, esta designación expresa el acento político de la tradición romana, donde la ciudad es espacio de concentración, un espacio orgánico y organizado. Al final de cuentas, todos los caminos deben guiarnos a Roma, reza la popular frase.

La ciudad en esta acepción latina se postula como el espacio de la diversidad o el espacio cosmopolita (Cacciari, 2009). La ciudad es, desde este sentido, el producto de las consecuencias expansivas del imperio que se debe inventar y reinventar, fundar y refundarse. Abandona su organización gentilicia para sustituirla por una organización administrativa-burocrática, incluso una organización geopolítica, más allá de los límites del propio espacio habitado. Al incluir en sí la diversidad, la ciudad ve incrementadas las tensiones entre sus habitantes e integra a la vez la distinción y la diferenciación. El ciudadano, entonces, debe arraigarse a la ley, a un régimen de obediencia, que se le debe imponer y que debe autoimponerse.

Vemos nuevamente, a través de estas significaciones, que la ciudad alude a un objetivo: es una idea regulativa que crece bajo los fines programáticos del imperio y su constante acción expansiva y su conservación. Este imperativo se impone en el tiempo y el espacio. Las implicaciones políticas de este objetivo no pueden pasar desapercibidas. Esto nos hace acentuar la actualidad de esta propagación de lo urbano, como ha señalado recientemente Negri (2007), la totalización integrada en un único *imperium*, o como quedaría evidenciada por Lefebvre previamente, entender que aquello que designamos como ciudad transcurre como la localización de lo global.

El imperio impone la concordia. Imperio significa que la ley debe darse a todo el mundo, a todo el orbe. Podemos asociar terminológicamente estos vocablos; por ejemplo, orbe procede de *orbis* que, a su vez, podemos asociar a *urb* o urbe. Pensemos en el *theatrum orbis terrarum* que evoca la imagen de los círculos de la tierra trazados en el primer atlas mundial; *orbis*, que también deriva en órbita, refiere a la circularidad del mundo que se completa. Desde luego, no resulta extraña la asociación que esto posee con la globalización. Ésta no es más que la máxima pretensión de universalidad. Como sostiene Sloterdijk (2003) toda simbología alineada con la circularidad descubre detrás de sí la pretensión de totalización, la visión de abarcar el todo.

No es inconsecuente asociar esto al vocablo *urb* o urbe. La urbanidad es condición del producto de la globalización si entendemos a ésta como un proceso de largo calado histórico que comienza cuando la imagen de la tierra como circularidad se logra completar. La ciudad, como territorio, como condición adquirida por sus miembros, es la concreción

de un presupuesto universalista o, como diría Peter Sloterdijk (2017), de un imperativo morfológico que tiene justamente detrás de sí la motivación del poder imperial y su necesidad de extensión.

Esta imagen del mundo que lleva consigo este imperativo morfológico es replicante. Es indudable que se logra a través de todas sus concreciones territoriales que deben servirle de apoyo y sostén para procurarle un cierre y una apertura a la vez. La ciudad moderna, en consecuencia, forma parte de este mandamiento. Se vuelve la materialización de este símbolo de redondez. Figura de la totalización expansiva de la forma global. El hombre cosmopolita, el ciudadano del mundo, es exclusivamente el que habita la ciudad, el que vive en conexión con ella y sus múltiples escalas tratando de ser actor en la totalidad de ese mundo globalizado en los finos contornos de una red neurálgica; imagen que permite figurar al mundo en su actualidad como un entramado de redes conectadas.

La historiografía de las ciudades nos relata que la aparición de la urbe es la progresiva subordinación del campo, la centralidad de los polos industriales y los negocios que originan los flujos migratorios hacia las ciudades. Es la emergencia de la periferia con sus habitáculos para todo el ejército de reserva todavía no incluido en el modelo laboral, excluido, pero en permanente movilidad, tejiendo sus redes y vínculos, ora verticales y clientelares, ora horizontales: suscritas a lógicas y mecanismos parentales o filiales.

Es también la historia de las escalas territoriales, el campo de relaciones configurado por la práctica de un grupo en correlación con un entorno ambiental. Es pues la historia de la apropiación del espacio o sus intentos bien o mal consumados de domesticación. Es un proyecto identitario y político, y puede decirse que es el efecto de la expansión del imperativo de la globalidad. Como bien sostuvo Zigmunt Bauman (2013), las ciudades no serían más que vertederos de problemas engendrados globalmente. Esta red de interconexiones e interdependencias extensivas en el espacio físico y extendidas procesualmente en el flujo temporal conforman este dispositivo que denominaríamos lo urbano, ya como una suerte de síntesis espacial y temporal abierta a contingencias.

Lo paradójico es que la fundación y refundación de lo urbano es cíclica, incluso su expansión se concreta en rutinas. La ciudad deviene ritual y hábito. Toda puesta en configuración del espacio urbano es el bautizo de la modernidad y sus pautas, como podría ser la de esa tensión entre lo nuevo que siempre se debate frente a lo viejo y lo tradicional. Como señala Walter Benjamin en su *Libro de los pasajes*, a propósito de lo nuevo que en tanta ideación siempre acompaña a la modernidad: “este brillo de lo nuevo se refleja, como un espejo en otro, en el brillo de lo siempre otra vez igual” (Benjamin, 2005). La ciudad moderna replica un modo de estandarización y uniformización del espacio.

La ciudad induce el orden, la rutina, la reiteración y acumulación de prácticas –o cuando menos eso pretende–. Un modelo de ciudad es un modelo de sociedad que expresa las relaciones de poder y dominación, la disposición del orden económico que emplaza a los

diferentes modos de habitar al mundo. Hemos visualizado aquí dos aspectos atinentes a la conformación de la ciudad, ora como espacio de arraigo, ora como espacio de concentración de poder y expansión territorial; elementos siempre en tensión y relación. Vayamos ahora al momento final de este texto, esbozar una revisión de las implicaciones de esta indagación sobre el ejercicio filosófico.

La ciudad y la ciudadela interna

¿Qué rol cumple la ciudad en la filosofía? y ¿cómo se ha hecho la ciudad un objeto de indagación para la filosofía? Estas cuestiones marcaban un interés: revelar aspectos primarios que nos hicieran plantear la relación entre ciudad y filosofía. Cumplen un objetivo: hacer tematizable esta relación. Sin embargo, aún no nos llevan a problematizar sus implicancias. En lo que queda de este texto. Debemos replantearnos los cuestionamientos a fin de dar apertura a un entendimiento de lo que hemos descrito.

Nuestro método de indagación descansó en situarnos en un momento inaugural tomando en cuenta cómo la relación primaria entre estos dos aspectos tiene de algún modo un emplazamiento, lo cual nos llevó a situarnos en un momento de ruptura o discontinuidad donde la relación se ve enmarcada dentro de un proceso de disociación y reemplazamiento progresivo, en donde las figuras mismas de la ciudad se transforman dando lugar a un proceso que desincorpora o relega los valores que nos hacen dilucidar a la *polis* como escenario de la práctica filosófica y política.

Se desoculta así una relación orgánica entre estos tres aspectos: ciudad, política y filosofía. Si hay otra distinción entre los requerimientos para la práctica filosófica en este momento inaugural y la discontinuidad materializada en la gestación de un proceso modernizante, es la actitud con respecto a la formación. Como señala Pierre Hadot (2009), para los griegos, cuenta la formación para el cuerpo y el espíritu. Por el contrario, en la modernidad, cuenta la función a cumplir dentro de un sistema. Las implicaciones de esto quedan recluidas en lo que se discute como el valor real de la filosofía; no quedan aisladas de las mutaciones sufridas por el propio espacio urbano.

En estos términos, tal vez este ejercicio procede de la melancolía del desplazamiento de la filosofía que es al mismo tiempo la dislocación de esos dos valores de la *polis*, tratando de revivir un sentido que parece haber quedado opacado, refigurando el espacio anímico donde la filosofía pudo acontecer y devenir. Esta lectura, sin embargo, no puede autodefinirse como histórica, antes bien, como una aproximación a lo que esta espacialidad puede dar para representar y al mismo tiempo activar en el ejercicio filosófico. La ciudad, más que un objeto de indagación, es un objeto de incorporación para la filosofía. En esta tónica, la *polis*, en tanto condición, se ofrece para la filosofía como un espacio de estímulo, como un medio que permite desplegar condiciones de asociación y rivalidad conjurados por el (*agon*), un juego que envuelve al ejercicio filosófico y al juego del aparecer en el espacio público.

Entre la vida contemplativa y la vida activa. Con la revisión terminológica hemos logrado evidenciar dos sentidos. La *polis* es un espacio de arraigo desde donde la reflexividad griega encuentra su asiento; un receptáculo abierto que sirve para parir las ideas. Aun así, estos dos elementos de este espacio vital que ofrecen para la filosofía: la posibilidad de con-vivir y con-frontar, construir filiaciones y encarar, la convivencia se define en cuanto tal como esa orientación a un fuego vinculante, como sostiene Sloterdijk. La ciudad, se podría decir, es un existencial más que un sustantivo o categorización urbana. Se contrapone con la ciudad entendida como expresión del orden global, como dispositivo que genera diferencia, en el que los habitáculos que logran emerger se repliegan y se parapetan dentro de sus propios límites y contornos. En estas concepciones subyacen ideales que se traducen morfológicamente, dan forma y contenido a los espacios incluyendo a la espacialidad filosófica.

A manera de conclusión

Queda tan sólo formular una serie de supuestos. Quizá la ciudad deviene objeto de indagación de la filosofía en la medida en que los valores conformadores del ejercicio agónico solamente quedan apercebidos de forma espectral, como momentos congelados en un tiempo pasado o irreal, o como momentos pasajeros esperando para ser detonados una vez que el hacer ciudad ponga en el centro la cuestión en torno a la formación de los individuos.

En la medida en que la ciudad en su expansión queda convertida en el espacio depósito de la utilidad, como el escenario abierto y disponible para inversores, únicamente presto a la privatización y la especulación del suelo y la vivienda, su posición como espacio de protección para los habitantes queda absolutamente relegada. Las formas prescritas por el *agon* quedan reemplazadas por vinculaciones disociadas de la ciudad. La ciudad en su configuración actual emerge como campo donde se minan o se pierden los valores ascensionales defendidos históricamente por la filosofía.

La ciudad que cultiva una relación con la filosofía se constituye como un habitáculo de sujetos que se afirman en su diferencia, haciéndose entonces cargo de los asuntos públicos y de sí mismos. Si la ciudad se advierte como relevante, es por la necesidad de apropiarla como objeto de indagación estética, ética y política, como posibilidad formativa de los sujetos, como un juego de afirmaciones y expresiones, para la recreación y el juego entre los individuos diversos, como espacio de espacios abiertos a la contemplación y a la práctica del cultivo de sí mismo aspirando a una mayor igualdad.

Hemos tratado de advertir en esta reflexión la estrecha relación entre lo exterior y lo interior. Varias escuelas filosóficas hablan de la ciudadela interior, tal vez, para señalar ese ejercicio de práctica y gimnasia filosófica que queda ceñida a la afirmación y elección de un modo de vida, donde sencillamente el sujeto intenta situarse en la perspectiva de la totalidad. ¿No es la filosofía una toma de consciencia del estar en el mundo que trasciende

toda percepción utilitaria? ¿No implica este consentimiento una necesaria reflexión sobre el lugar que habitamos? El ideal de esta interiorización deseada por la práctica filosófica se basa igualmente en la exteriorización anhelada, en el modo como imaginamos esta ciudad de amigos y contrincantes que orientan su acción a partir de reglas dotadas por la razón en su puesta en ejercicio.

Referencias

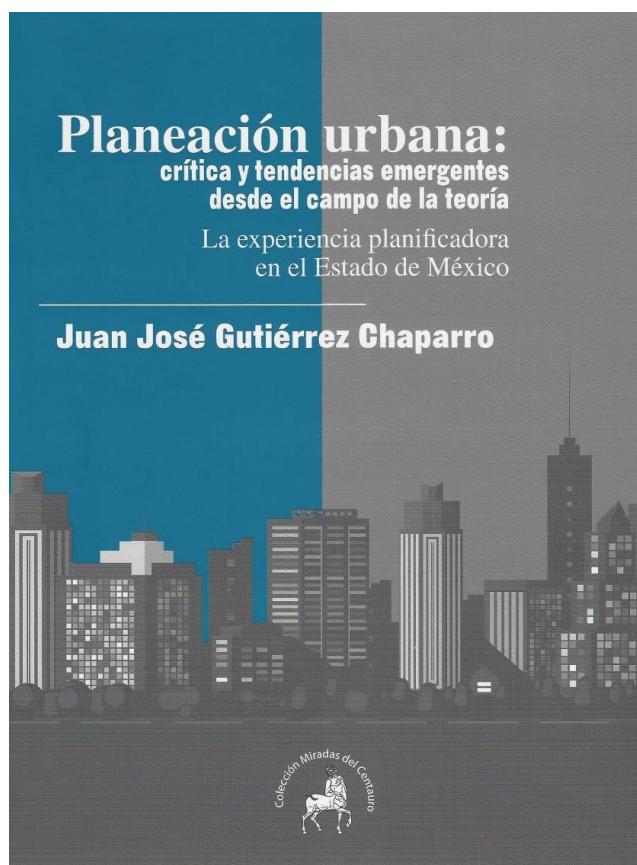
- Benjamin, W. (2005) *El libro de los pasajes*, Barcelona: Ediciones Akal.
- Cacciari, M. (2009) *La città*, Italia: Pazzini editore.
- Corboz, A. (2004) *El territorio como palimpsesto*. En: Martín Ramos, A. (ed.) *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, (pp. 25-35). Barcelona: Edicions UPC.
- Delanda, M. (2006) *A new philosophy of society*, Inglaterra: Continuum.
- Deleuze, G. y F. Guattari (2013) *¿Qué es filosofía?*, Madrid: Anagrama.
- Joseph, I. (2002) *El transeúnte y el espacio urbano*. Barcelona: Gedisa editorial.
- Hadot, P. (2009) *La filosofía como forma de vida. Conversaciones con Jeannie Carlier y Arnold I. Davidson*, Barcelona: Alpha Decay ediciones.
- Heidegger, M. (1994) *Conferencias y artículos*, Madrid: Ediciones del Serbal.
- Marcuse, P. (2004) *No caos, sino muros: el postmodernismo y la ciudad compartimentada*. En Martín Ramos, A. (Ed.) *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, (pp.83-90). Barcelona: Edicions UPC.
- Negri, Antonio (2007) *El monstruo político. Vida desnuda y potencia*. En: Giorgi, Gabriel y Fermín Rodríguez (comp.) *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*, Argentina: Paidós.
- Platón (2007) *Diálogos*, México: Editorial Porrúa.
- Lefebvre, H. (1978) *De lo rural a lo urbano*, Barcelona: Ediciones Península.
- Knapp, C. (2014) *Los olvidados de Roma. Prostitutas, forajidos, esclavos gladiadores y gente corriente*, Barcelona: Ariel.
- Sennet, R. (2004) *El capitalismo y la ciudad*. En Martín Ramos, A. (Ed.) *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, (pp. 213-221.). Barcelona: Ediciones UPC.
- Sennet, R. (2011) *El declive del hombre público*, Barcelona: Anagrama.
- Sloterdijk, P. (2003) *Esferas II. Globos*. Madrid: Gedisa editorial.
- Sloterdijk, P. (2017) *Estrés y libertad*, Buenos Aires: Ediciones Godot.
- Vernant, J.P. (1992) *Los orígenes del pensamiento griego*, España: Paidós.
- Zygmunt B. (2013). *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica

Reseñas de libros

***Planeación urbana: crítica y tendencias emergentes
desde el campo de la teoría. La experiencia planificadora
en el Estado de México***

Juan Ángel Demerutis-Arenas
Universidad de Guadalajara, México
Correo electrónico: juan.demerutis@cuaad.udg.mx

Recibido: marzo 18 de 2019
Aceptado: marzo 29 de 2019



Reseña de libro: Gutiérrez Chaparro, J. J. (2018). *Planeación urbana: crítica y tendencias emergentes desde el campo de la teoría. La experiencia planificadora en el Estado de México*. Ciudad de México: Ediciones Eon

En esta contribución a la Teoría de la Planeación Urbana en México, el doctor Juan José Gutiérrez Chaparro se refiere a la importancia de reafirmar el papel de la planeación urbana como un medio de conducción del cambio en la nueva realidad mexicana haciendo énfasis en la necesidad de trabajar en el desarrollo de políticas públicas, así como en reformas al marco legal e institucional en materia de asentamientos humanos, con el fin de enfrentar entre otros fenómenos recientes los que se enlistan a continuación: la dispersión de las ciudades, los retos asociados en materia de movilidad, la segregación espacial, la dotación de infraestructura y la gobernabilidad.

En su narrativa se resalta el hecho de que el gobierno mexicano está siempre atento al llamado internacional, aunque en los hechos el camino de nuestro país hacia el desarrollo sostenible –eje de las aspiraciones de las Naciones Unidas– se fundamenta en las bases teórico-metodológicas que rondan las cuatro décadas, es decir, un marco caduco que no se ha podido adaptar a los tiempos modernos y que limita las posibilidades de avanzar en el contexto de un mundo globalizado.

El libro propone una postura crítica hacia la planeación urbana en México, por lo que hace especial énfasis en la planeación comunicativa postulada por Jürgen Habermas quien argumenta la necesidad de consolidar un estilo de planeación plural y heterogéneo que tome en consideración las relaciones de poder existentes, pero que al mismo tiempo tenga la suficiente sensibilidad para incluir las necesidades y demandas sociales de los menos favorecidos. Este estilo tiene la ventaja de que al implementarlo podría favorecer el diálogo y la negociación, y en consecuencia abre la posibilidad de lograr consensos. En su contenido, alude a la necesidad de transitar a una planeación orientada al proceso y no tanto a los contenidos, una que valore la deliberación entre los diferentes grupos de la sociedad organizada sobre la designación e imposición por los grupos de expertos que regularmente son los consejeros de los gobiernos municipales, estatales y federales encargados de administrar la planeación urbana.

El texto se estructura en dos partes: 1) La planeación urbana: historia, teoría y tendencias emergentes; y 2) La planeación urbana en México: evolución y crisis del modelo. En la primera se aborda el proceso histórico que ha llevado a la planeación urbana a convertirse en la disciplina científica que ahora es, y al mismo tiempo, consigna los requerimientos que la política internacional de los asentamientos humanos determina para las ciudades. En la segunda parte se hace una construcción inicial de la teoría de la planeación mexicana; se refiere al estado del arte de la planeación urbana en México y se utiliza el caso del Estado de México como un referente en su implementación; finaliza con una propuesta para cambiar el paradigma teórico racional en uno basado en la acción comunicativa.

Planeación urbana: historia, teoría y tendencias emergentes

Gutiérrez Chaparro realiza –en la primera parte del texto– un interesante ejercicio de corte histórico acerca del desarrollo de la planeación urbana como una disciplina del conocimiento científico. Fundamenta su síntesis histórica en las intervenciones que dieron forma a los primeros asentamientos humanos, y cómo la traza de éstos representaba el reflejo de las relaciones sociales de los grupos que ahí residían; pasa por esquemas irregulares de crecimiento en esos asentamientos, por la época del Renacimiento cuando se regularizaron las calles con el objetivo de lograr una mejor higiene y limpieza en los espacios públicos, por la planeación funcionalista/racionalista hasta llegar a nuestros días con algunas tendencias emergentes.

Dentro de ese devenir histórico hace referencia a cuatro elementos que han sido testigos de la intervención del hombre en el espacio urbano: el plano irregular, el plano ortogonal, la construcción de murallas y el debate higienista.

También nos recuerda la etapa post-industrial en la segunda mitad del siglo XIX, cuando surgían posturas críticas, enfocadas principalmente a la situación de las clases obreras que habían migrado del campo a la ciudad en busca de trabajo en las fábricas. De manera particular, resalta las condiciones inhumanas y las características que hacían ver a la ciudad como lúgubre y hasta indeseable para vivir. Esta situación llevó al urbanismo y, como dice el autor, a mejorar las condiciones urbanas surgiendo los movimientos de la “Ciudad Bella” y luego de la “Ciudad Jardín”; esta última como una alternativa verde a la concentración de la población en grandes asentamientos proponiendo un verdadero cambio en la forma que guardaban las ciudades hasta ese entonces.

Posteriormente, el texto hace referencia a la postura de los arquitectos acerca de las ciudades, quienes con base en criterios físico-espaciales centraban sus propuestas en las actividades que los habitantes hacen en la ciudad: habitación, esparcimiento, trabajo y circulación. En sus planteamientos, contenidos en la “Carta de Atenas”, se advertía la idea de hacer de la ciudad una máquina de relojería que posibilitara realizar esas actividades; resalta el uso de la zonificación para la organización de las actividades urbanas. Esta Carta se convertiría en la base para el movimiento funcionalista/racionalista que prevalecería hasta la década de 1960 y que se concentraba en un enfoque físico espacial contenido en planes en los que se definían los lineamientos para el futuro de desarrollo de la ciudad desde la perspectiva de los expertos de la planeación.

El modelo racional derivaría –conforme a la descripción del autor– en un enfoque de sistemas que pretendía entender la función de la ciudad a partir de considerar las interrelaciones entre sus partes; finalmente, en el texto se describe la perspectiva posmoderna y el cambio de paradigma teórico propuesto por Habermas de la “planeación comunicativa” a la que el autor dedica una buena parte del texto, considerándola como una alternativa a la planeación tradicional en la que debería fundamentarse el profesional de la

planeación urbana y que se fundamenta en la deliberación por encima del contenido. Gutiérrez Chaparro se refiere a la planeación comunicativa como:

... una tendencia reconocida en compilaciones recientes sobre las nuevas direcciones de la teoría de planeación, que señala que desde finales del siglo XX el campo de la teoría de la planeación ha estado dominado por el paradigma emergente de la planeación comunicativa como una alternativa para superar las debilidades heredadas de los anteriores, e incluso vigentes paradigmas que han dominado nuestro campo del conocimiento.

El autor también hace referencia a las exigencias actuales que las políticas internacionales hacen a la planeación urbana mediante la “Nueva Agenda Urbana” (NAU) impulsada por el Programa Hábitat de las Naciones Unidas y publicada a finales del año 2016 en la cumbre de las ciudades “Hábitat III” en la ciudad de Quito, Ecuador. Esta parte del texto incorpora las necesidades actuales de la realidad urbana y le permite al autor confrontar la teoría con la práctica de la planeación urbana, mediante una discusión crítica pero de fácil lectura.

Entre los planteamientos de la NAU, se destaca la necesidad de incluir en los procesos de elaboración de políticas de planeación urbana a los diferentes grupos de la sociedad organizada, en lugar de dejar las decisiones exclusivamente en manos de los gobiernos locales. El texto refiere a tres ejes fundamentales en los que se debe trabajar para la puesta en marcha de la NAU: a) la construcción de una estructura de gobernanza urbana y su respectivo marco normativo, b) la planeación y gestión propiamente del desarrollo de las ciudades, y c) el camino para la implementación.

Al finalizar la discusión sobre las teorías de la planeación urbana, se establece de forma clara que existe una razón de peso que ha venido postergando la construcción de una teoría mexicana: la implementación en el periodo post revolucionario de un nuevo modelo de desarrollo económico basado en la sustitución de importaciones. Este modelo en conjunto con la centralización de las instituciones y la poca transparencia de éstas provocó un aislamiento en nuestro país de la evolución que ha tenido la disciplina a partir de 1960 en el exterior. Este aislamiento no ha permitido un cambio real del paradigma funcional/racional a uno de deliberación en el que los actores de la sociedad organizada discutan y busquen llegar a acuerdos en la toma de decisiones con respecto de la planeación de nuestras ciudades. Debido a esta situación –asegura el autor–, los planes implementados no han cumplido con las necesidades del desarrollo urbano y más bien han quedado fuera de cualquier posibilidad de innovación.

La planeación urbana en México: evolución y crisis del modelo. Bases para la experiencia en el Estado de México

En la segunda parte del libro, Gutiérrez Chaparro se refiere al desarrollo de las ciudades en nuestro país desde un aspecto morfológico que fue inducido por eventos específicos; comienza con la llegada de los conquistadores y con ellos los lineamientos establecidos por la corona española en las Leyes de Indias que colocaban a la plaza como el elemento espacial y monumental más importante de las ciudades. En otro momento y con el objetivo de lograr una mejor funcionalidad de la ciudad, se incluyeron en la Ciudad de México algunas propuestas de integración por vialidades propuestas por el arquitecto Castera en la segunda mitad del siglo XVIII. Porfirio Díaz en el siglo XIX trajo a la Ciudad de México rasgos del urbanismo francés, yuxtaponiendo en el modelo colonial elementos como glorietas, numerosas estatuas y monumentos rodeados de jardines.

Posteriormente, en el periodo posrevolucionario –establece el autor– emerge la planeación urbana moderna destacando el pensamiento del arquitecto Carlos Contreras, egresado de la Universidad de Columbia en Nueva York, quien en su trabajo “La planificación de la República Mexicana” definía cuatro propósitos principales para una planeación urbana en México: a) el establecimiento de un departamento de planeación de la República, b) la organización de grupos regionales para elaborar planos de las ciudades, c) el impulso de la planeación con la participación de profesionales, y d) la preparación de un proyecto de ley federal en materia de planeación.

Según referencias de Gutiérrez Chaparro –obtenidas en documentación secundaria sobre la historia de la planeación urbana–, con fundamento en esos preceptos del arquitecto Contreras, en 1933 se elaboró el primer plano regulador para la ciudad de México, al que precedió la celebración del Primero Congreso Nacional de Planeación a principios de 1930. Este Congreso fue precedido por la creación de la “Asociación Nacional para la Planificación de la República Mexicana” en 1926 y la fundación de la revista “Planificación” en 1927 como su medio de divulgación. El libro consigna que la asociación fue presidida por el propio Carlos Contreras y, además de contar con la membresía de distinguidos profesionales de la época, incluía un conjunto de miembros honorarios extranjeros, como los reconocidos urbanistas Ebenezer Howard, Raymond Unwin y Arturo Soria.

A lo largo de su investigación, el autor nos comparte algunos hitos poco conocidos en la historia de la planeación urbana en nuestro país, entre los que destaca el “XVI Congreso Internacional de Planificación y de la Habitación”, organizado en 1938 por Carlos Contreras con la asistencia de 500 delegados. Este encuentro motivó a algunos profesionales a promover la creación del “Instituto Superior de Planificación y Urbanismo dependiente del Instituto Politécnico Nacional”, iniciativa que desafortunadamente no prosperó pero que es importante conocer.

Gutiérrez Chaparro destaca que, a pesar del proceso de industrialización que experimentó el país, los cuidados para ordenar las ciudades no fueron acordes con el crecimiento económico que generó la migración de la población del campo a las ciudades donde se concentraba la producción fabril, particularmente durante 1940-1950. Entre los escasos esfuerzos realizados en ese tiempo, merece especial mención para el autor la cuestión de la planeación regional, considerando como unidades de análisis a las cuencas hidrológicas.

En el ámbito académico, en el texto se desatacan dos publicaciones que han tenido gran influencia en estudiantes de posgrado: la obra “Iniciación al Urbanismo” de Domingo García Ramos y el trabajo liderado por Luis Unikel denominado “El desarrollo urbano en México”. De igual forma, se hace referencia a una institución destacada en el ámbito de la planeación urbana: la “Sociedad Mexicana de Planificación”, fundada en 1961, que conjuntaba a profesionales de diversas disciplinas, quienes participaban en la elaboración de trabajos de planeación, y que se caracterizaba por ser crítica del modelo desarrollista impulsado por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en el país desde 1970.

Además de los instrumentos generados por Contreras –incluido el primer plano regulador de la Ciudad de México–, se destaca la creación de planos reguladores para ciudades fronterizas y portuarias por Enrique Cervantes en los primeros años de la década de 1970.

Con la promulgación de la Ley General de Asentamientos Humanos en 1976 –señala el autor–, se vinieron en cascada la elaboración de instrumentos de planeación como el primer Plan Nacional de Desarrollo Urbano en 1978; así como 2,377 planes municipales de desarrollo urbano (1981). Posteriormente, en 1982 se genera el “Manual para la elaboración de planes de desarrollo urbano de centros de población” que sentaría las bases para la elaboración de planes bajo el modelo clásico de la planeación funcionalista/racionalista. En torno a este acontecimiento, el autor lamenta la aplicación del manual sin ningún tipo de evolución y crítica por lo que establece lo siguiente:

El plan y la zonificación –fundamentos del modelo SAHOP– han prevalecido por décadas teniendo aceptación institucional como instrumentos normativos y de control para la ocupación, evidentemente superados por la dinámica urbana contemporánea y por los desarrollos recientes de nuestro campo disciplinario aun cuando en numerosos foros se ha advertido la obsolescencia del modelo de planeación urbana en nuestro país.

Para ejemplificar el estado que guarda la planeación urbana en México, Gutiérrez Chaparro toma como caso de estudio al Estado de México y a su capital Toluca –la quinta zona metropolitana con mayor población en el país. En su discurso histórico se resaltan tres momentos coyunturales: a) la creación del Instituto AURIS a finales de la década de 1960, como una institución pionera en el país –antecedente importante de la futura SAHOP–; b)

la institucionalización de la planeación urbana a principios de la década de 1980 con la Secretaría de Desarrollo Urbano y Obras Públicas (SEDUOP) como una instancia a semejanza de la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas (SAHOP) a nivel federal; y c) el notable adelgazamiento del sector desarrollo urbano en el Estado de México a principios del siglo XXI.

En el Estado de México –define el texto– los planes de desarrollo urbano se elaboraban conforme a lo establecido en la Guía de SAHOP, creada 18 años antes hasta que en el 2001 se formulara el libro V del *Código Administrativo del Estado de México* “Del Ordenamiento Territorial de las Asentamientos Humanos y el Desarrollo Urbano de los Centros de Población”. Sin embargo, este nuevo formato no consideró en el proceso propuesto la participación y corresponsabilidad sectorial, la participación de la sociedad civil, los acuerdos de colaboración para el financiamiento al desarrollo, la transferencia de funciones al gobierno local, la profesionalización de cuadros técnicos, el cuidado al medio ambiente y la atención a los riesgos urbanos. Esta situación, para el autor, establece un marco débil para la implementación de la Nueva Agenda Urbana en el Estado de México y en su capital, siendo necesario el robustecimiento del marco normativo pero, sobre todo, el de las instituciones en el Estado.

Gutiérrez Chaparro determina la existencia de una brecha entre la planeación urbana en México y el potencial de implementar las premisas fundamentales de la Nueva Agenda Urbana también en el ámbito nacional.

En consecuencia, hace un llamado a la discusión entre académicos, profesionistas y funcionarios públicos para modificar el paradigma de la planeación urbana racional/comprehensiva –aun prevaleciente en nuestro país–, y con fundamento en conceptos de la década de 1960; y nos propone transitar hacia modelos que privilegien los procesos deliberativos, es decir, la teoría de la planeación comunicativa.

Finalmente, recomiendo el libro del doctor Juan José Gutiérrez Chaparro para ser utilizado como un texto en los cursos de planeación urbana que se imparten en las instituciones de enseñanza del urbanismo y de la planeación urbana en nuestro país, aunque por su redacción también puede servir como referencia para un lector principiante en el tema.

Equipo Editorial

Director: Carlos Alberto Pérez-Ramírez

Editora en Jefe: Gabriela Mañón-Romero

Anallely Ríos Morán, Asistente Editorial

Traducción: Jeime Rodríguez-Macedo

Consejo Editorial

Alejandro Rafael Alvarado Granados, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Ciro Alfonso Serna Mendoza, Universidad De Manizales, Colombia

Gustavo Álvarez Arteaga, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Juan Roberto Calderón Maya, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Juan José Gutiérrez Chaparro, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Julio Soria Lara, Universidad Politécnica de Madrid, España

Luis Miguel Valenzuela Montes, Universidad de Granada, España

María Elina Gudiño, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

María Geralda de Almeida, Universidade Federal de Goiás, Brasil

Mirosława Czerny, Universidad de Varsovia, Polonia

Norma Hernández Ramírez, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Pedro Leobardo Jiménez Sánchez, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Salvador Adame Martínez, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Comité Científico

Alfonso Iracheta Cenecorta, Centro Eure, Estudios Territoriales y Políticas Públicas, México

Alicia Ziccardi Contigian, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Ana María Giménez, Universidad Nacional de Santiago del Estero, Argentina

Blanca Rebeca Ramírez Velázquez, Universidad Autónoma Metropolitana, México

Carlos A. de Mattos, Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile

Diego Jaramillo Salgado, Universidad del Cauca, Colombia

Enrique Leff, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Francisco Javier Aguilar García, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Horacio Roldán López, Universidad Autónoma de Sinaloa, México

Javier Delgadillo Macías, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Jorge Inzulza Contardo, Universidad de Chile, Chile

María Eugenia Castro Ramírez, Universidad Autónoma Metropolitana, México

Roberto Eibenschutz Hartman, Universidad Autónoma Metropolitana, México

Ryszard Rozga Luter, Universidad Autónoma Metropolitana, México

Editorial**Pensando la ciudad: las disciplinas de lo urbano/la ciudad de todos**

Natalia García-Cervantes
Brigitte Lamy
Universidad de Guanajuato, México
E-mail: brigittetgo@hotmail.com

Hace ya dos décadas que el mundo se volvió predominantemente urbano; en México, más del 70 por ciento de la población vive en ciudades y adentrada en lo que ha sido llamada “la era urbana”; nos encontramos frente a lo que parece un buen punto de inflexión en la generación de nuevas ideas y pensamientos en relación con “la teoría urbana” y con ello la cavilación acerca de quien piensa y hace las ciudades. La intención de esta edición especial es resaltar que se necesita ampliar la injerencia y reconocer aportes a los estudios de la ciudad más allá de las disciplinas tradicionalmente asociadas a eso, como la planeación y la arquitectura (y el urbanismo), lo cual nos permite ensanchar nuestra visión y ofrecer explicaciones más matizadas a una variedad de problemas tanto teóricos como empíricos de nuestra realidad urbana compartida.

Si consideramos la multitud de procesos que se dan en la ciudad, como centros económicos, financieros, culturales, sociales, de intercambio, el telón de fondo del crecimiento de familias, la influencia del espacio urbano en el desarrollo del individuo y cómo esto refleja nuestro rol innegable como ciudadanos, podemos argumentar la importancia de los aportes de diferentes disciplinas.

Este reconocimiento a otras disciplinas no es nuevo; muchos autores han señalado desde hace tiempo la importante labor que otras disciplinas ofrecen al servicio del campo de la “teoría urbana” y a los estudios de las ciudades. El fenómeno de la ciudad ha sido documentado por diversas disciplinas, donde se considera que la ciudad es un objeto de estudio intrínsecamente complejo y que requiere un enfoque interdisciplinario. Esta edición especial busca evidenciar el valor del aporte de disciplinas, tales como historia, antropología, sociología, demografía, psicología e, incluso, filosofía al estudio de la ciudad. Una apertura a otras disciplinas en la teorización de las ciudades, y en las formas en que pensamos las ciudades y como tratamos de entenderlas tiene el potencial de permitirnos ofrecer mejores explicaciones a fenómenos urbanos y a la urbanidad en sí. Permitirá, por ejemplo, reconocer las implicaciones de la teoría urbana en la dicotomía de lo micro/macro y sus implicaciones, de lo más abstracto a lo más empírico.

La teorización acerca de la ciudad se basa generalmente en el enfoque singular de una disciplina, lo que ineludiblemente nos presenta con una visión parcial y fragmentada. Como señala Friedman hace dos décadas (1998), “uno siempre puede conseguir que un estadístico realice otro pronóstico de población o un arquitecto para diseñar mobiliario urbano, y hay muchos economistas e ingenieros para realizar estudios de factibilidad”. Pero la planeación urbana (que no implica sólo a los planeadores) y los encargados de supervisar la producción del espacio urbano “deben tener una base en el conocimiento de los procesos socio-espaciales que, en interacción entre sí, producen el hábitat urbano [espacio urbano]” (Friedmann, 1998). Por ejemplo, los sociólogos y teóricos urbanos han tenido a la ciudad como su objeto de estudio por décadas, concentrándose en las interacciones sociales, mientras que los planeadores o planificadores se concentran más en dinámicas territoriales como los usos de la tierra y zonificaciones. Los arquitectos e ingenieros civiles, como lo señala Friedman, tienden a ocuparse de las partes físicas de la ciudad, como edificios e infraestructura urbana.

La interdisciplinariedad permite resaltar e intentar capturar/reflejar el dinamismo de la forma urbana, dado que “uno de los pilares del pensamiento urbano es el concepto de forma urbana”, donde el término forma no se refiere a la apariencia externa del fenómeno, sino a la materia: “a los elementos que configuran su existencia, su acción o su manifestación” (Méndez, 2006).

Es innegable que el análisis de la forma sea fundamental para los estudios urbanos, puesto que esta forma materializa las necesidades de la gente que la produce. Sin embargo, las formas no son autónomas; sólo las podemos entender tomando en cuenta el contexto social y cultural. El único método para lograrlo es intentar entender cómo se cruzan y se articulan lo social con lo espacial.

La importancia de reconocer la multidisciplinariedad de la cuestión urbana en el contexto de México nos ayuda a mirar lo urbano más allá de lo físico, de la arquitectura y de la planeación urbana; mirar más allá de la planeación del territorio se vuelve crucial, pues las ciudades comprenden procesos sociales, económicos, políticos, culturales y tecnológicos que no siempre están ligados a una manifestación física de la ciudad. Esto implicaría ineludiblemente mejores explicaciones a fenómenos urbanos y mejores respuestas a dichos fenómenos. Entonces, estudiar las ciudades desde otras disciplinas permite abrir la puerta a una variedad de respuestas a problemas urbanos como el cambio climático, la violencia, la migración, entre otros.

Nuestra labor está centrada precisamente en cómo se transforman los debates teóricos y cómo se traducen para informar a responsables políticos y profesionales y en general a los tomadores de decisiones clave a fin de que se puedan hacer elecciones informadas y en pro de cambios positivos para las ciudades y las vidas de los habitantes de dichas ciudades.

Tal como lo decía Ledrut (1974), la ciudad no es una suma de cosas...; tampoco un conjunto de edificios y calles, sino una reunión de seres humanos que mantienen relaciones diversas. Y Rizo (2006), agrega, “no puede pensarse la existencia de un ámbito social urbano sin reconocer la interacción de los grupos sociales. La experiencia urbana se desarrolla en la convivencia de los grupos, en una comunicación ideal basada en la negociación, el diálogo y el entendimiento”.

Nadie pensará que conoce una ciudad, aunque tuviera todas las cifras acerca de ella, porque la ciudad es durable y contradictoria a la vez; está sujeta a procesos complejos, a hechos excepcionales, a acontecimientos inesperados, a los vaivenes de la historia, de la cultura, del arte, de la economía, de la demografía, etcétera, porque en la ciudad vive gente y ésta posee atributos... Las calles son algo más que un espacio útil, como las casas, algo más que superficies que se pueden medir y la gente algo más que propietarios o inquilinos (Piñón, 1996).

Según Rizo (2006), “comprender el entorno urbano, la ciudad, requiere en la actualidad una mirada abierta. No debemos abordar el espacio urbano sólo como la dimensión física de la ciudad, sino que es fundamental incorporar la experiencia de quienes habitan en ella”. Entonces, la apertura a la teorización de “lo urbano” y “la ciudad” invita también a un cambio de pensamiento en los procesos de planeación en donde se cuenta con una ciudadanía más informada y los tomadores de decisiones son capaces de entender las posturas de diferentes disciplinas. Esto a su vez implica repercusiones positivas para la forma en que los ciudadanos piensan la ciudad y, consecuentemente, la forma en la que se vive la ciudad por medio de una apropiación de los procesos y el espacio.

Una apertura a otras disciplinas da cabida a un rol más activo de la ciudadanía, en donde puedan ser activos, críticos y partícipes de las implicaciones teóricas acerca de quién piensa y cómo se piensa la ciudad, quién planea la ciudad, cómo se planea la ciudad, quién (es) hace (n) la ciudad y para quien se hace. Esto permite un análisis más crítico acerca del rol de la planeación urbana en el desarrollo de las ciudades, así como de cuál es el rol de los “expertos” de “la ciudad y lo urbano” y ser más críticos y exigentes en cuanto al rol de los ciudadanos mismos.

La ciudad está tanto fuera como dentro de nosotros, en la forma en que la pensamos, concebimos y recordamos, en la forma en que armamos nuestra imagen mental individual y luego colectiva acerca de ciertos lugares. Es por eso que la filosofía es un campo que debe tener una consideración importante en el estudio de lo urbano.

Nuestra meta es común y conocida, todos estamos en busca de un futuro urbano común más justo, más accesible, más comprensivo y más sensible.

Referencias

- Friedmann, J., (1998). Planning theory revisited. *European Planning Studies* 6(3), 245-253.
doi:10.1080/09654319808720459
- Méndez, A. (2006). *Estudios urbanos contemporáneos*. México: Miguel Ángel Porrúa
- Piñon, J. (1996). Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana. En Sambricio, C. (ed.), *La historia urbana*. Madrid: Marcial Pons
- Rizo, M. (2006). Conceptos para pensar lo urbano: el abordaje de la ciudad desde la identidad, el habitus y las representaciones sociales. *Bifurcaciones*, 1(6), 1-13 Recuperado de http://www.bifurcaciones.cl/006/bifurcaciones_006_Rizo.pdf
- Ledrut, R. (1968). *Sociologie urbaine*, Paris: P.U.F.

Artículos de investigación

Sociología urbana: evolución y renacimiento***Urban sociology: evolution and revival***

Brigitte Lamy

Universidad de Guanajuato, México

<https://orcid.org/0000-0002-6201-1114>Correo electrónico: brigittego@hotmail.com

Recibido: noviembre 14 de 2018

Aceptado: marzo 21 de 2019

Resumen

En este texto tratamos de definir la sociología urbana, sus orígenes, su mirada hacia la ciudad como objeto de estudio y cómo la define, cómo la estudia, a partir de qué temas. Se trata de ver la importancia de esta disciplina para estudiar la ciudad. La sociología urbana o de lo urbano ofrece una mirada complementaria a otras disciplinas que también se interesan por el fenómeno urbano; va mucho más allá del aspecto físico-espacial, pues la definición de ciudad para los sociólogos urbanos se encuentra precisamente en la intersección entre lo social y lo espacial. Con el apoyo de contribuciones de especialistas del área, se presenta lo que podría ser una agenda de trabajo, sus temas privilegiados de investigación y su forma de acercarse para estudiarla. El campo es inmenso y complejo, ya que consta de una gran variedad de puntos de vista a través de épocas, continentes y dentro de la misma disciplina.

Palabras clave: sociología urbana, ciudad, temas, método.**Abstract**

This paper presents an approximation to a definition of urban sociology considering its origins, its look towards the city as an object of study, how the city is defined and studied by sociology and from which themes. It is about seeing the importance of this discipline to study the city. Urban or urban sociology offers a complementary perspective to other disciplines that are also interested in the urban phenomenon; it goes far beyond the physical-spatial aspect, because the definition of a city for urban sociologists is precisely at the intersection between the social and the spatial. Supported by the contributions of specialists in the area, this could be a working agenda within the discipline, its privileged research topics, its approach to study it. The field is immense and somehow complex, since it consists of great variety of perspectives throughout eras, continents and within the same discipline.

Keywords: urban sociology, city, themes, method.

Introducción

La sociología urbana representa seguramente una rama de estudio que está totalmente acorde con las nuevas dinámicas sociales, pues más del 50% de la población vive en ciudades. Efectivamente, los debates actuales acerca de los estudios urbanos tienen algo que ver con las nuevas reconfiguraciones de lo social.

La sociología urbana muchas veces se relaciona con la Revolución Industrial, sin embargo, la preocupación por las cuestiones urbanas es mucho más antigua. Las preocupaciones sociales acerca de las ciudades se daban mucho más en el mundo occidental, cuando todavía la distinción “campo-ciudad” tenía su razón de ser o estaba más marcada. Hoy en día, esta demarcación se debilita; la urbanización tiende a afectar al conjunto de las actividades sociales, de las poblaciones y de los espacios; es un fenómeno en vía de generalización que afecta condiciones, maneras de vida, mentalidades y hasta las comunidades rurales; la urbanización llegó hasta el campo.

Tomando en cuenta lo anterior, nos faltaría dar un paso para preguntarnos ¿cómo lo hizo Castells en un momento dado?, ¿hay una sociología urbana?, ¿es todavía pertinente hablar de sociología urbana? Ya no podemos justificar más la existencia de la sociología urbana solamente con base en la división campo-ciudad. Como lo dice Grafmeyer (1994), la ciudad está en todas partes, en su materialidad, por lo menos, como hecho de sociedad. La duda está en el aire. ¿Dónde está o qué queda de la sociología urbana?

Con todas las transformaciones urbanas, las disciplinas científicas interesadas en lo urbano se multiplicaron, ya que la interdisciplinariedad se volvió indispensable y, además, el estudio de lo urbano se debe pensar integrando ciencia, técnica y sociedad. La urbanización y las mutaciones urbanas interpelan la sociología, la cual debe compartir con otras disciplinas, nociones y conceptos para un entendimiento más completo de la situación y realidad urbana. Están en el panorama de los estudios urbanos la geografía, la arquitectura y el urbanismo, las ciencias políticas, la economía, el urbanismo y las ingenierías.

La participación o la implicación de la sociología en los estudios urbanos se ha vuelto necesaria para favorecer la integración social, estudiar las representaciones sociales y los modos de vida que muchas veces dejan de lado los aspectos técnicos, políticos y económicos. En el contexto de la globalización, la ciudad se vuelve un verdadero laboratorio de las relaciones de poder, por ejemplo, en lo político y lo económico, ya que el poder público le deja demasiado o cada vez más espacio o latitud al poder privado (sector privado), dejando siempre a un lado los modos de vida; lo que termina por ocasionar más situaciones de estratificación, segregación o exclusión social. Vemos entonces a continuación lo que nos aporta y nos deja la sociología urbana para estudiar y entender la ciudad.

¿Para qué estudiar la ciudad?

En el ámbito internacional, asistimos a una cierta revolución urbana, obviamente más acentuada en unas partes del mundo que en otras. La urbanización es parte de las transformaciones más visibles y más profundas de la sociedad moderna (Montigny, 1992). Hace 100 años, 9% de la población mundial vivía en una ciudad y en la actualidad es la mitad de la población mundial, es decir, 50% de la gente vive en un entorno urbano.

En México, se estima que alrededor de 75% de la población vive en una ciudad; lo que se compara con las tasas de urbanización de los países occidentales. Yves Étel (2009) en su artículo nos recuerda que en 2007 la población urbana rebasó por primera vez a la población rural (en términos de porcentajes). También hace observar que el fenómeno de crecimiento demográfico urbano se enfatizará en los próximos años: para 2030, se prevé llegar a 62% de la población mundial, para 2050, se estima llegar a 68%. Este crecimiento, según el autor, afectará más a las ciudades medias que a las grandes aglomeraciones urbanas. Esta situación se relaciona estrechamente con dos fenómenos aún poco estudiados en este contexto: la migración y la pobreza; este último considerado por Étel como el problema más importante y más explosivo políticamente hablando.

Históricamente, la gente venía a la ciudad con la espera de realizar sus sueños y aumentar su nivel de vida, pero habrá que preguntarnos si siempre ha sido cierto. Durante siglos, las ciudades fueron asociadas a las civilizaciones; estuvieron en el corazón de los grandes acontecimientos económicos, políticos, sociales o artísticos. En las ciudades encontramos tanto el triunfo como la tragedia humana. Estudiar la ciudad es estudiar la sociedad; entender la ciudad es crucial para entender a la sociedad; como elegimos estudiarla, es también muy importante.

Se habla de explosión urbana (Paquot, 1990); la ciudad se convierte en el típico entorno de vida para la mayoría de la gente del mundo. Como hecho de sociedad, la ciudad está por todos lados. Quizás no haya otro tema que invite más a la reflexión sobre la relación entre el espacio y la conducta social que el estudio urbano. Según Touraine y Giddens (en Lezama, 1993), el objeto de estudio de la sociología son las instituciones y las conductas sociales; el contexto que une estos dos conceptos existe: es la ciudad.

Las ciudades, presentes desde los inicios de las civilizaciones, no han dejado de desarrollarse y de concentrar una parte cada vez más importante de la población, de la actividad económica, del prestigio y del poder bajo todas sus formas para llegar a ser hoy en día la expresión misma de nuestras sociedades, de sus potencialidades y de sus límites (Bailly y Huriot, 1999). El hecho urbano y particularmente la metropolización son fenómenos mayores de nuestra época. Ya llegó la "era de las ciudades". Las ciudades han existido, sin duda alguna, desde mucho tiempo; sin embargo, se convirtieron en un modo de vida generalizada; vivir en una ciudad es casi una norma de los miembros de nuestra especie (Bailly y Huriot, 1999).

Últimamente, y tal vez sobre todo en América Latina y en México, la sociología urbana ha sido la sociología de la urbanización como producto de los cambios importantes hacia y dentro de las ciudades. Podemos pensar en las migraciones rural-urbanas o más recientes en las urbana-urbanas, en los nuevos procesos sociales, políticos y económicos, en los fenómenos de adaptación, asimilación o persistencia de las identidades, etcétera.

Parece que la sociología urbana podría definirse como la observación, en un medio privilegiado, de las transformaciones sociales y económicas como resultado del proceso de modernización. Para Clavel (en Ostrowetsky, 1996), la sociología urbana es un sector de la sociología ocupado por los investigadores cuyo campo de estudio es la ciudad.

En Europa, la ciudad no se opone más al campo (que debería ser definido también) y por lo tanto está perdiendo una de sus características esenciales que justificaba la discusión entre lo que era o no “urbano”. Por esta razón, algunos autores de este continente hablan más de sociología de los espacios habitados, ya que casi toda la población vive en una ciudad o tiene un modo de vida urbanizado. La situación se presenta de manera distinta en América Latina y en México donde todavía la demarcación campo-ciudad está presente en varios aspectos de la vida de la población.

La “revolución urbana”, anunciada por Henri Lefebvre en 1970, se está realizando en la mayoría de los países en desarrollo mientras que en la mayoría de los países industrializados y postindustrializados se está terminando (Paquot *et al.*, 2000).

La urbanización que se está llevando a cabo a nivel planetario se realiza con una gran diversidad morfológica y cultural y constituye un reto de la civilización difícil de comprender, pero que no puede dejarnos indiferentes.

Para mayor entendimiento, vamos a precisar lo que distingue los campos disciplinarios a fin de definir mejor la contribución de la sociología en el acercamiento de los fenómenos urbanos y así manifestar su atención a las aportaciones de las otras disciplinas que participan al conocimiento del mundo urbanizado. Se dijo que lo más valioso para el estudio de un fenómeno se encuentra a las fronteras de las disciplinas que lo pueden observar.

La sociología de lo urbano se distingue de las otras disciplinas de las ciencias sociales porque los sociólogos subordinan sus métodos de observación y los examinan a un cuestionamiento, a un problema. Los sociólogos, a diferencia de los etnólogos, ubican al grupo estudiado en un conjunto más amplio, institucional, jerárquico, cultural, etcétera, dentro del cual está inserto (Clavel, 2002). Los estudios sociológicos actuales favorecen las encuestas empíricas, descriptivas y sobre objetos limitados. Se enfocan a entender las repercusiones en los modos de vida (en el **pensar lo urbano**).

La práctica del urbanismo consiste en **pensar la ciudad**, el espacio urbano como espacio para ordenarlo, modificarlo. El objetivo no es el conocimiento, sino la acción, la realización. La sociología, por su parte, ofrece un saber y unas técnicas para contribuir al estado del conocimiento, mientras que el urbanismo propone esquemas de

transformaciones posibles para el espacio existente. La sociología aporta los conocimientos y el urbanismo sintetiza los datos tomando en cuenta los elementos humanos, geográficos, técnicos, políticos, financieros y legislativos, e imagina proyectos de ordenamiento realizables. La dificultad podría llegar cuando se transforma el espacio urbano sin tomar en cuenta lo que ahí pasa en todas las otras dimensiones de la ciudad.

Las mutaciones del capitalismo tienen repercusiones en los modos de vida y en los modos de pensar; es una dimensión de la civilización urbana y no hay que confundir entre pensar lo urbano y pensar la ciudad, ya que podría resultar un desastre (Paquot *et al.*, 2000).

¿De dónde viene la sociología urbana?

Los historiadores actuales de la sociología urbana atribuyen su origen a Georg Simmel (1858-1918), quien se dedicó principalmente al estudio de las consecuencias sociales de la urbanización (Escuela culturalista). Según él, la ciudad tiende a sustituir las formas tradicionales y cohesivas de la sociedad por un mundo anónimo, complejo y de distanciamiento entre individuos (Montigny, 1992).

La sociología urbana no es la sociología de todo lo que pasa en la ciudad. Transversal a otros campos de la sociología (familia, trabajo, educación, etcétera), la sociología urbana se centra en la dimensión propiamente urbana de los diversos aspectos de la vida social y se pregunta cómo los elementos que estructuran de forma específica las relaciones entre actores, instituciones y grupos sociales constituyen la ciudad como entorno y cómo la ciudad como entorno es constituida de elementos estructurando de manera específica las relaciones entre actores, instituciones y grupos sociales.

Para un sociólogo, la ciudad es primeramente un lugar donde viven los grupos sociales, donde trabajan, donde crían a sus familias y donde interactúan o no con otras personas. Estos grupos sociales se distribuyen geográfica, demográfica, económica, política y culturalmente formando un sistema social, el cual es el objeto primero de los sociólogos urbanos; es decir, les interesa el conjunto de relaciones entre los espacios construidos y las sociedades. La ciudad es una forma social y espacial; la sociología de lo urbano no disocia los fenómenos sociales de los espacios donde se realizan o se llevan a cabo, sino que hace de la imbricación de lo social con lo espacial la condición y el eje de sus análisis.

Aparece claramente que es imposible estudiar la ciudad solamente a partir de la perspectiva sociológica; estudiar la ciudad implica la contribución de otras disciplinas para llegar a una comprensión de los diferentes aspectos de la realidad urbana. Raymond Ledrut (1968) describe muy bien lo que sería el programa de la sociología urbana:

(Ella) se cuestiona a cerca del orden que es propio a las colectividades urbanas y sobre las formas que puede tomar ese orden. El análisis de las condiciones y de los tipos de estructuración colectiva de los complejos urbanos es una tarea importante; se relaciona naturalmente al examen de las modalidades, de las causas y de los efectos de la organización del espacio social urbano (Ledrut, 1968).

Foto 1. La ciudad para un sociólogo

Fuente: archivo personal.

Precisamente la relación entre desigualdades/territorios constituye la discusión fundamental de la sociología urbana de hoy que, a la diferencia de los otros campos de la sociología, no puede dejar de considerar las dimensiones espaciales. Se trata entonces de ver cómo los cambios sociales y espaciales se articulan y se inscriben en el territorio para entender las realidades urbanas de hoy.

Según Montigny (1992), estamos en presencia de una verdadera sociología urbana en la medida en que se busca comprender un segmento de la vida social, llevado a cabo en las grandes ciudades. Para Simmel la sociología de la ciudad no sólo debe considerarse como una contribución a la edificación de una sociología general (como lo veía Durkheim), sino como una rama especializada de la disciplina (Montigny, 1992). También así pensaba Halbwachs, ya que para él el fenómeno de urbanización era lo suficientemente importante, extendido y presente como para considerar la sociología urbana como un campo de pleno derecho.

La sociología urbana de hoy se interesa en las desigualdades sociales a partir de los estudios sobre la segregación social, es decir, en la inscripción en el tejido urbano de las desigualdades empezando por la posición social y el origen étnico. La segregación no se

aborda sólo por el territorio, sino socialmente a través de las redes sociales; la segregación puede ser también el cierre de las redes.

Podemos decir entonces que la sociología urbana se encuentra en la intersección entre lo social y lo territorial; se interesa y se cuestiona sobre la manera que tienen los seres humanos de vivir juntos en un espacio dado. Ejemplo de los espacios públicos como lugar de sociabilidad: uso y significado para la población, ¿espacio de integración, cohesión o distanciación social? ¿Favorecen el desarrollo social sustentable en las ciudades?

Foto 2. Espacio público



Fuente: archivo personal.

La dinámica urbana constituye el objeto de investigación central de la sociología urbana. Lo urbano no es una realidad estática sino una realidad dinámica caracterizada por la movilidad en su sentido más amplio. La llegada de los sociólogos al estudio de la ciudad es reciente. Sin embargo, algunos temas se perfilan de más interés en el estudio del mundo urbano en sociología (según Bassand *et al.*, 2001):

1. La dinámica urbana es reveladora de fenómenos más globales; la ciudad es la inscripción en el suelo de la sociedad, y la sociedad a su vez influye en la ciudad. El fenómeno urbano es incomprensible e inexplicable sin referencia a la sociedad que lo envuelve, y esta última constituye una llave para entenderlo. Sólo hay que pensar en la globalización y en los actores en los actores económicos que se involucran a

nivel mundial y no nacional. La crisis del medio ambiente, los conflictos sociales: más desigualdades, exclusión social, movimientos sociales, etcétera. De esta nueva dinámica societal nace una nueva dinámica urbana, y necesita nuevas herramientas; ¿les corresponderán ahora a los mercados regular el funcionamiento colectivo?

2. Las ciudades y la vida urbana varían según las épocas y el lugar, pero no desaparecen; la ciudad ha evolucionado mucho desde que existe y también según los lugares, los países y las culturas. La dinámica urbana actual se construye sobre las bases de diferentes épocas o regímenes; existe una superposición y subsisten huellas anteriores.
3. La importancia creciente del sector privado da forma a la dinámica urbana y a la metropolización: privatización de servicios públicos, poder de las multinacionales sobre el estado, ejercicio de la ciudadanía... cuestionando el papel de los poderes públicos: gobernanza. ¿Capitulación/rendición del poder político frente al poder económico? Con todas sus consecuencias en términos de desigualdad social y espacial.
4. La dinámica urbana contemporánea se construye alrededor de la trilogía: concentración-centralización-competencia. Pone en evidencia la importancia del aspecto económico y de la movilidad para sacar provecho de la situación.
5. La relación de los actores a la cuestión ESPACIO-TIEMPO es un revelador privilegiado de la dinámica urbana. Las temporalidades no se enmarcan en UN territorio, sino más bien en diferentes lugares según temporalidades que están siempre en recomposición: la jornada de hoy no es sólo trabajo-casa, sino un movimiento entre el domicilio, el trabajo, lugares de compras, ocio, sociabilidad, deberes cívicos, etcétera. El fraccionamiento, colonia o barrio no es el territorio exclusivo de estas actividades, sino que están dispersas en toda una aglomeración urbana entera y a veces hasta fuera. Y si lo vemos a nivel de una vida entera: los actores realizan itinerarios migratorios interregionales o internacionales que terminan marcando su identidad y las dinámicas urbanas.
6. La dinámica urbana debe analizarse como un sistema de lugares y flujos: la movilidad espacial es una componente fundamental de lo urbano y de la metropolización. Para algunos, la ciudad se puede resumir a un sistema de flujos de personas, de mercancías y de informaciones. Y siempre está en recomposición. La movilidad espacial implica un conjunto complejo de redes técnicas y territoriales (vías, plazas, red de energía, agua, redes de transportes, comunicaciones, etcétera) y que implica también redes sociales: construcción de proximidades socio espaciales y co-presencia en la ciudad (dimensión fundamental para la sociología urbana).

7. Quien dice dinámica urbana, dice funcionamiento social. Le Corbusier había propuesto cuatro funciones urbanas: habitar, trabajar, recreación y circular. Hoy en día, los sociólogos prefieren hablar de seis campos y retos sociales:

- Economía: producción de la riqueza y su repartición.
- Población: reproducción y equilibrio con el resto de la sociedad.
- Territorio: y el medio ambiente en función de un desarrollo durable.
- Político: regular las relaciones entre los diferentes actores y que define el acceso democrático al poder.
- Cultura: intenta definir el significado de la existencia de cada actor.
- Confianza (trust)/urbanidad: busca las modalidades de un “vivir juntos”.

La reflexión sobre la dialéctica entre dinámica urbana y funcionamiento social es interesante, pues insiste sobre la delicada alquimia entre estabilidad –necesaria al funcionamiento– y cambio –necesario a las adaptaciones–.

1. Los potenciales de los actores producen la dinámica urbana: lo urbano no surge espontáneamente, sino que se construye continuamente por cuatro tipos de actores: los económicos, los políticos, los profesionales del espacio (arquitectos, urbanistas e ingenieros) y los habitantes-usuarios-ciudadanos, que muchas veces son olvidados. Cada uno de ellos juega uno o varios roles sociales, pero dispone también de una autonomía que su posición social va a amplificar o a reducir. Cada actor puede jugar con las relaciones sociales como un recurso.
2. La dinámica urbana debe estudiarse por sus diferentes niveles en profundidad del análisis sociológico. La noción de “niveles en profundidad” permite dividir la realidad urbana en tres niveles y se superponen en función de su materialidad.
 - Nivel de la morfología: incluye el entorno construido y natural, la población, las técnicas; es muy concreto y medible con instrumentos.
 - Nivel de las prácticas sociales generadas por organizaciones, roles, normas, entre otras: van de la movilidad a diversas prácticas domésticas relativas al trabajo, a la política, a la cultura, etcétera; así como a prácticas en torno a la vida social (vecindario, amistades, parentesco, colonia...), al ciclo de vida (alimentación, descanso, etcétera). Son concretas, pero mucho menos medibles que los elementos del primer nivel.

- Nivel de las representaciones colectivas: es el imaginario, las ideas, los símbolos, las ficciones, las aspiraciones, las identidades. A veces toma formas concretas de obras culturales: la imaginación colectiva puede tomar forma de novelas, películas, textos periodísticos, proyectos, etcétera; la mayoría de las prácticas sociales primero fueron representaciones ocultas que se tradujeron después en comportamientos sociales y que se concretizaron en morfología. Por tanto, es un nivel muy importante, ya que es como el sueño de un arquitecto que se convierte en proyecto y luego en construcción.
3. La dinámica urbana se debe analizar micro y macrosociológicamente; el fenómeno urbano es particularmente propicio a la articulación de estos dos polos de estudio. No podemos ignorar las causas que relacionan lo micro y lo macro, pero además los conocimientos que generan son indispensables a la acción.

Definición de ciudad

Aunque parezca fácil hablar y escribir sobre ciudades o identificarlas, cuando llega el momento de definirlas, la tarea se vuelve un poco más compleja. ¿Qué es una ciudad? Más de una disciplina se interesa; incluso, dentro de la misma sociología, los puntos de vista son numerosos según el acento que se ponga sobre una u otra dimensión social, por lo que hay definiciones y entendimientos distintos. Sin embargo, de forma general, las ciudades siguen presentando elementos que las caracterizan y que fueron señalados por las diferentes escuelas de sociología moderna:

- La supremacía de la ciudad sobre el campo que provoca esta desigualdad y ambivalencia, producto de la división del trabajo (Marx).
- El proceso de racionalización, verdadera naturaleza de la vida urbana (Weber) y la ciudad, territorio que simboliza el poder del estado y de la burocracia.
- En la ciudad se intensifica el contacto social; ésta provoca la ansiedad y la angustia por la densidad del orden moral presente desde las primeras formas urbanas (Durkheim) (Lezama, 1993).

Como configuración socio-espacial, la ciudad sigue correspondiendo esencialmente a las imágenes fuertes:

- Concentración de población
- Primacía del entorno construido sobre el entorno natural

La ciudad no sólo se entiende como territorio espacial y socialmente diferenciado, sino como una búsqueda de libertad y de creatividad (Lezama, 1993). Sin embargo, la urbanización tiende a afectar de forma mucho más amplia al conjunto de las actividades y de las poblaciones. Paquot habla de explosión urbana: “en el año 2000 uno de cada dos habitantes del planeta vivirá en una ciudad” (Paquot, 1990).

Foto 3. La ciudad



Fuente: archivo personal.

La ciudad es entonces tanto territorio como población, entorno material y unidad de vida colectiva, configuración de objetos físicos y nudo de relaciones entre sujetos sociales. Podemos decidir interesarnos por uno u otro de esos dos órdenes de realidades, sin embargo, siguen siendo inseparables, porque es en su interacción donde se encuentra la definición de la ciudad, en sus elementos más significativos y constantes. Grafmeyer (1994) propone cinco figuras de la ciudad:

A) El encuentro

La proximidad física dentro de la ciudad permite a las personas entrar en relación. Es dentro de este medio que se pueden iniciar, amplificar o deshacer las relaciones sobre las cuales se basa la vida social. Aunque no hayamos llegado a una conclusión en las discusiones sobre el tamaño que debe tener una ciudad para poder ser designada con este término, la noción

de aglomeración da una buena idea del doble aspecto del fenómeno urbano. La ciudad es a la vez el proceso por el cual la gente se acerca y se conoce; y, por otro lado, es el resultado estabilizado de este movimiento. Por lo tanto, está hecha de proximidades deseadas, sufridas o inopinadas.

B) El mosaico

La ciudad junta actividades y poblaciones que se distribuyen de forma no uniforme sobre el territorio. Este proceso de aglomeración se demultiplica en procesos locales más pequeños de agregación que inscriben en la ciudad, líneas divisorias más o menos herméticas. Estos procesos locales podrían parecer yuxtapuestos en el espacio urbano como un mosaico.

C) La centralidad

La ciudad no es solamente este mosaico; dispone las actividades y los grupos que son, en la mayoría de los casos, interdependientes. La ciudad organiza esta diversidad. La polarización de los flujos humanos, de mercancías y de información la relaciona con otros espacios y otras ciudades. En este sentido, se encuentra como centro.

D) La ciudad y sus instituciones

No cabe duda de que la ciudad representa la función política: ejerce funciones administrativas hacia un territorio y participa en la delimitación territorial. Administra también sus propios asuntos. Es el lugar de expresión, de difusión de ideas, de lucha; organiza dominaciones y cobija revoluciones (Roncayolo, 1990). Max Weber subrayó la importancia de la dimensión política e institucional de la ciudad.

E) Personalidad urbana o culturas ciudadanas

Con esta definición de la ciudad, con esta diversidad humana que se junta dentro de la ciudad, ¿podría generar formas de ser y de actuar que puedan ser consideradas como características propias del ciudadano? Varios sociólogos se interesaron por esta pregunta; entre ellos, Louis Wirth, quien propuso un modelo de personalidad urbana: el urbanismo como modo de vida. Pero hay distintas formas de vivir en la ciudad; no habría una, sino varias culturas urbanas.

Estas diversas figuras de la ciudad nos dan una visión de un mismo objeto desde perspectivas distintas que nos permiten definirlo, conocerlo mejor, explicarlo y entonces entenderlo. A partir de estos elementos, diferentes enfoques en sociología urbana (como en otros campos de estudio) se han desarrollado para traernos “aclaraciones”.

Los temas

Como disciplina científica, la sociología está confrontada a las preguntas que se hacen las sociedades. La extensión de la urbanización a una escala, hasta el momento, nunca alcanzada, la generalización de las sociedades ya urbanas en sus manifestaciones sociales y las consecuencias de esta situación sobre la organización del espacio de vida ha generado un campo específico de estudio (Clavel, 2002).

La sociología de lo urbano se da a la tarea de describir las ciudades en su movimiento, como espacios producidos, como prácticas múltiples de poblaciones diversas que construyen cada día una urbanidad común. La ambición es entender mejor las relaciones entre la sociedad y sus espacios, actualizar el significado que se dan a estos espacios, tomando en cuenta la sociedad actual, sus valores y sus perspectivas.

La sociología desarrolla un campo específico con la sociología urbana, debido a que la urbanización nunca había conocido tal extensión, a que las sociedades se volvieron urbanas en sus manifestaciones sociales y a las consecuencias que esta situación tiene sobre la organización de un espacio de vida común. Se retoman los cinco grandes temas, objeto de atención por parte de los sociólogos urbanos, como los presenta Clavel (2002):

1. La centralidad

La noción de “centralidad” manda muchas veces a “centro” (de ciudad), sin embargo, la definición de lo que es un “centro” no es uniforme ni compartida. Y tampoco todas las ciudades tienen un centro o tienen uno solo, pues a veces tienen varios.

- a. El centro de la ciudad
- b. Lugares centrales
- c. La centralidad cuestionada
- d. ¿Centros o periferias?

2. La segregación

Es la concentración espacial duradera, impuesta por decisiones políticas o por mecanismos económicos de una población homogénea, muchas veces pobre, lo que contribuye también a su estigmatización. Es un tema recurrente de la sociología urbana. Conciérne a grupos apartados y su separación está aceptada o deseada por el grupo mayoritario.

- a. Segregación y repartición diferenciada en el espacio
- b. La segregación es primero una partición
- c. La segregación es una “puesta a distancia”
- d. La segregación es una discriminación
- e. El gueto

3. La territorialidad

Bajo este término están agrupados los comportamientos relacionados con el territorio, el espacio habitado o utilizado y considerado como lugar, como espacio de identificación social. No siempre se presentan con la misma intensidad.

- a. El territorio
- b. El barrio como territorio
- c. Territorialidad y apropiación

Foto 4. La territorialidad



Fuente: archivo personal.

4. La urbanidad

En los diccionarios, la urbanidad está definida por las cualidades de la persona que vive en la ciudad, su educación, sus maneras cordiales, afables. La urbanidad insiste sobre la calidad de las relaciones, pero también sobre el conocimiento y la práctica de las convenciones o códigos en uso en la ciudad. También se relaciona con los espacios de la ciudad, la manera en que se facilita la vida de los ciudadanos y su gusto por estar en la ciudad.

- a. La urbanidad según la Escuela de Chicago
- b. La movilidad de los ciudadanos
- c. La urbanidad es también espacial
- d. La urbanidad como escena
- e. La urbanidad versus incivilidad y violencia

5. El espacio público

El espacio abierto a todos, es un tema de investigación reciente en la sociología urbana. Viene del interés por lo construido y de la necesidad de pensar de otra manera la ciudad demasiado grande y fragmentada alrededor de polos espaciales y sociales privilegiados. La relación que se quiere privilegiar es la existente entre el espacio público y la cultura urbana en sus múltiples expresiones y así constituir nexos simbólicos para reestablecer la comunicación entre pedazos de ciudad o grupos aislados. Los espacios públicos aquí están considerados y utilizados como “integradores” en la ciudad. Estas diferentes concepciones del espacio público quieren romper con las simplificaciones que tienden a reducirlo a un lugar descriptivo, soporte de las prácticas.

- a. Espacio urbano, espacio público
- b. El espacio público de Goffman
- c. El espacio público y la indiferencia compartida

Foto 5. La urbanidad



Fuente: archivo personal.

Los métodos

La ciudad es el laboratorio de tamaño natural de la vida social y, por lo tanto, dio lugar a una larga tradición de experimentación metodológica; de la ecología urbana a la antropología de lo imaginario, de la sociología de los modos de vida a la semiología del espacio, numerosos acercamientos al trabajo de campo fueron aplicados –e inventados– en el campo de la investigación. Citando a algunos ejemplos, podemos decir que los relatos o las historias de vida, los mapas mentales, la observación participante y el análisis de redes encontraron en la ciudad un terreno o campo de predilección. Asistimos, en la investigación urbana, a la cruzada de dos movimientos (Clavel, 2002):

El **primer movimiento** se relaciona con la evolución del objeto de estudio: el espacio urbano. La ciudad está en plena mutación y da lugar a nuevos problemas. La reflexión sobre la ciudad no es muy reciente; se renovó en los últimos años por razones sociopolíticas y pragmáticas.

1. Razones sociopolíticas: el renacimiento de grandes proyectos arquitectónicos, la situación de los suburbios, la preocupación cada vez más importante por la calidad de vida, la comodidad y la eficacia de los servicios, particularmente servicios al público.
2. Las razones pragmáticas son también importantes. Durante mucho tiempo, el espacio urbano fue abordado según dos modos: una perspectiva arquitectónica que se interesa a las cualidades formales del espacio, a la construcción material del marco construido, y una perspectiva sociológica orientada hacia los modos de vida de los ciudadanos. En el mejor de los casos, la articulación de estas dos dimensiones fue pensada en términos de traducción (el espacio urbano como reflejo de la estructura social) o de determinación (efectos del espacio construido sobre los comportamientos). Actualmente, el problema no consiste en reducir lo espacial a lo social o de abatir una de estas dimensiones en la otra, sino de pensar la relación de “doble naturaleza” entre las formas construidas y las formas sociales, de poner en evidencia el trabajo de configuración recíproca del espacio y de las prácticas respetando la irreductibilidad de cada una de ellas. A partir de eso, el establecimiento estricto de las fronteras disciplinarias y los acercamientos unidimensionales no son más admisibles o apropiados.

El **segundo movimiento** trata de la emergencia de nuevas perspectivas teóricas. Después de los grandes paradigmas unificantes que balizaron el desarrollo de las ciencias sociales, asistimos desde los años 80 a la emergencia de una nueva configuración intelectual que renovó los modos de cuestionamiento de la ciudad moderna. Este cambio de perspectivas en ciencias sociales puede resumirse en tres puntos:

1. La importancia acordada al contexto.
2. La idea de que los ciudadanos dispongan de competencia/conocimiento.
3. El apoderamiento de las cuestiones de espacio a partir del punto de vista de los habitantes.

A los grandes modelos explicativos que integran la totalidad de los hechos sociales sigue un proceso más localizado; pone en el centro del propósito el carácter situado de los fenómenos observados. Pasa por una contextualización de los fenómenos. El investigador llevará a privilegiar modos de observación *in situ*. En lugar de buscar las causas o las determinaciones, se tomarán en serio las condiciones, las formas y las modalidades de emergencia de los fenómenos.

Se trata de considerar al ciudadano como dotado de recursos y de competencias y como coproductor del espacio público. Se reconoce o se favorece una actitud condescendiente a la experiencia “ordinaria” (en oposición al conocimiento científico). Permite rebasar la oposición tradicional entre objetividad y subjetividad y hacer del espacio público uno de los temas privilegiados de investigación.

Un lugar importante está otorgado a los aportes de la fenomenología. El espacio urbano no es pensado entonces desde un punto de vista neutro, indiferenciado, pero sí como un espacio para alguien, es decir, desde el punto de vista de los que se muevan en la ciudad, desde el punto de los que sueñan, actúan, hablan... Sensibles al estatus de la expresión, estos pasos abren un abanico muy amplio de preguntas: ¿qué es lo que está percibido, qué señala, qué evoca el lugar, qué moviliza como comportamientos, como encuentros, como tipos de sociabilidad, como imaginario? Para contestar esas preguntas, las investigaciones tuvieron que tomar conceptos y teorías de diversas disciplinas, entre otras: la psicología de la percepción, la semiología, la estética, la etología, la antropología y la sociología. Hay que referirse a las bibliografías para entender lo difícil que es respetar las fronteras disciplinarias de manera rígida.

Conclusiones

La investigación urbana es intrínsecamente interdisciplinaria. Es importante tomar en cuenta la pluralidad de las lógicas en la dinámica urbana. La ciudad en su dimensión espacial no es otra cosa que la proyección de la sociedad sobre el territorio y una matriz que la estructura; por eso es tan importante tomar en consideración estas dos facetas en el estudio de la ciudad y de lo urbano.

El objetivo de este texto es presentar la sociología urbana, sus orígenes, su mirada hacia la ciudad como objeto de estudio, cómo la define, cómo la estudia, a partir de qué temas, etcétera. Tratamos de hacer ver la importancia de esta disciplina para estudiar la ciudad. La sociología urbana o de lo urbano ofrece una mirada complementaria a otras

disciplinas que también se interesan por el fenómeno urbano; va mucho más allá del aspecto físico-espacial, pues la definición de la ciudad para los sociólogos urbanos se encuentra precisamente en la intersección entre lo social y lo espacial. Apoyándonos en contribuciones de especialistas del área, presentamos lo que podría ser una agenda de trabajo dentro de la disciplina, sus temas privilegiados de investigación, su forma de acercarse para estudiarla. El campo es inmenso y algo complejo, ya que consta de una gran variedad de puntos de vista a través de épocas, continentes y dentro de la misma disciplina.

Referencias

- Bailly, A. y Huriot, J.M. (1999). *Villes et croissance. Théories, modèles et perspectives*. París, Francia: Antropos.
- Bassand, M. Kaufmann, V. y Joye, D. (2001). *Enjeux de la sociologie urbaine*. Lausana, Suiza: Presses polytechniques et universitaires romandes.
- Clavel, M. (2002). *Sociologie de l'urbain*. París, Francia: Anthropos.
- Étel, Y. (2009). *La folle croissance des villes. L'Atlas des migrations*. Paris: Ed. Le Monde.
- Grafmeyer, Y. (1994). *Sociologie urbaine*. París, Francia: Nathan, collection 128.
- Ledrut, R. (1968). *Sociologie urbaine*. París, Francia: Presses universitaires.
- Lezama, J.L. (1993). *Teoría social, espacio y ciudad*. Ciudad de México, México: El Colegio de México.
- Montigny, G. (1992). *De la ville a l'urbanisation*. París, Francia: L'Harmattan.
- Ostrowetsky, S. (1996). *Sociologues en ville*. París, Francia: L'Harmattan.
- Paquot, T. (1990). *Homo Urbanus*. París, Francia: Du Félin.
- Paquot, T. Lussault, M. y Body-Gendrot, S. (2000). *La ville et l'urbain; l'état des savoirs*. París, Francia: La découverte.
- Roncayolo, M. (1990). *La ville et ses territoires*. París, Francia: Gallimard.

La ciudad bajo el lente de la antropología

The city under the lens of anthropology

Claudia Teresa Gasca-Moreno
Miguel Ángel García-Gómez
Universidad de Guanajuato, México
E-mail: claugasca@yahoo.com.mx

Recibido: octubre 31 de 2018
Aceptado: marzo 20 de 2019

Resumen

Este artículo es una primera aproximación a la relación entre antropología y ciudad; su objetivo es recuperar algunos momentos clave en la historia de la disciplina, así como las definiciones sobre ciudad que han imperado, las coordenadas teóricas y los métodos que la han orientado en los últimos años para delinear una especificidad disciplinar que se encuentra en construcción frente a los retos de la vida urbana. Más que trazar una cronología del camino andado, proponemos reflexionar en torno a las posibilidades teóricas y metodológicas que nos exigen fenómenos diversos y complejos acontecidos en las urbes; su análisis demanda la puesta en marcha de estrategias y la ayuda de otras disciplinas que desencadenan nuevas preguntas y requieren repensar los objetos y métodos clásicos de la antropología sin poner en riesgo su condición y especificidad.

Palabras clave: ciudad, antropología urbana, metodología, habitar.

Abstract

This article is a first approximation to the relationship between anthropology and the city; its objective is to recover some key moments in the history of the discipline, as well as the definitions of the city that have prevailed, the theoretical coordinates and the methods that have guided it in recent years to delineate a disciplinary specificity that is under construction against the challenges of urban life. Rather than drawing a chronology of the path traveled, we propose to reflect on the theoretical and methodological possibilities presented in diverse and complex phenomena in urban areas. Its analysis demands the implementation of strategies and the help of other disciplines that trigger new questions and require rethinking the classic objects and methods of anthropology without jeopardizing its condition and specificity.

Keywords: city, urban anthropology, methodology, diversity.

Presentación

En las últimas dos décadas la discusión sobre la importancia de las cuestiones urbanas ha tomado un papel medular en el análisis antropológico. Uno de los debates más procurados ha sido justamente el que tuvo la naciente antropología urbana en torno al abordaje de las prácticas e interacciones de nuevas alteridades sin prestar atención y poner el foco en la complejidad del nuevo escenario donde éstas se manifiestan: la ciudad.

En este trabajo recuperamos algunas reflexiones de textos y autores que pueden ser referentes en la comprensión y definición de la antropología urbana. El objetivo es retomar la discusión sobre la situación actual de la disciplina antropológica en contextos urbanos lo que supone una revisión crítica de lo que se ha entendido como ciudad, desde donde ha sido abordada, así como sus perspectivas de desarrollo teórico metodológico. La intención no es presentar un análisis cronológico del desarrollo de la disciplina, como ya lo han hecho otros autores (Signorelli, 1999; Canclini 2005; Giglia, 2012), sino recuperar el hilo de la discusión sobre cómo el estudio de las nuevas alteridades en escenarios urbanos demandan un diálogo interdisciplinar y estrategias particulares de investigación sin debilitar la capacidad de la antropología de dejar hablar a los interlocutores que emergen desde espacios que se caracterizan por dinámicas transitorias con múltiples conexiones entre local y lo global, lo individual y lo colectivo que revelan promesas pero también dilemas de la sociedad actual. Este trabajo recupera esos caminos ya avanzados y reflexiona sobre el papel de la antropología en la comprensión de los procesos que se gestan en las ciudades.

La ciudad como lugar antropológico

La ciudad es un contenedor de hechos sociales, de cultura, de prácticas cotidianas (Signorelli, 1999); sin embargo, todo este contenido no bastaría para una comprensión totalizadora si partimos de la idea de que el espacio de la urbe se convierte en lugar cultural (antropológico) a partir de las prácticas cotidianas de sus habitantes (urbanitas).¹ Certeau *et al.* (2000) afirma que es el lugar practicado por estos; coincide con Signorelli (1999: 53) cuando dice que el espacio se define en relación con los seres humanos que lo usan, que lo disfrutan, que se mueven en su interior, que lo recorren y lo dominan. Por esto, la ciudad, más que un escenario, es la puesta en escena de la vida social, del habitar. Desde las distintas ciencias y disciplinas del espacio, de la sociedad y de las prácticas sociales, se convierte en un objeto de estudio en tanto lugar de las prácticas cotidianas de los urbanitas.

Como referencia para intentar situar la base de la reflexión sobre la ciudad como lugar antropológico, se puede pensar, entre muchas otras aproximaciones, en cómo la

¹ Para esta reflexión, el urbanita sería, retomando a Rivera (1987), quien nace, crece y vive en el ámbito urbano, en la ciudad, en sus calles y plazas, en el orden o desorden urbano que lo forma en su naturaleza; es quien tuvo una familia o tal vez él mismo vivió en el campo, pero que en su vida en la ciudad ha olvidado (si bien en sus actividades, en su gastronomía, persisten lazos con aquel ámbito de vida), o ha tenido que aprender a vivir como urbanita.

fundación de muchas de las ciudades novohispanas² en el siglo XVI fue el proceso de puesta en escena de una forma de vida sincrética a partir de dos universos culturales: el europeo encarnado en los conquistadores españoles; y, el natural encarnado por los grupos nativos que, sometidos a la servidumbre, pusieron en escena la vida colonial.

Este sincretismo se encuentra en el urbanismo resultante que, según Chanfón (1997), sería un fenómeno eminentemente americano en el que las ciudades novohispanas resultantes, no tenían límites físicos, se extendían hasta el horizonte, siempre podían crecer, no tenían murallas, porque la vida de los naturales transcurría históricamente en espacios abiertos, amplios, y no podían ser sometidos a ser confinados al interior de murallas, o al mínimo espacio como el burgo europeo al que estaban acostumbrados los españoles conquistadores. De hecho, los espacios de la evangelización tuvieron que incorporar nuevas espacialidades para las prácticas en las que participaban los naturales, como la capilla abierta, creada para que éstos recibieran la palabra en el espacio abierto, no confinados por los muros del templo, como hacían los españoles.

Así, la ciudad novohispana es la puesta en escena de su propio proceso histórico y social que le va dando forma y que, a su vez, modifica la forma de vida de los habitantes: las capillas abiertas, los atrios o caminos procesionales dejaron de ser construidos una vez que los naturales, en los cambios generacionales, habían olvidado sus prácticas al exterior, adoptando las formas españolas del culto intramuros. La ciudad novohispana es un espacio antropológico en la medida en que es el espacio material en donde se encuentran dos formas culturales distintas derivadas en el mestizaje, una emergencia antropológica que genera sus propios lugares de práctica, sus propias ciudades.

En la ciudad actual podemos tener la posibilidad de lectura de la misma ciudad del pasado, sobre la base de prácticas que permanecen (el culto de la Virgen de Guadalupe; los rituales, danzas y fiestas populares, etcétera) en espacios en partes de ciudad que aún remiten a esas prácticas (los edificios virreinales: los conventos; Izamal; Pátzcuaro, etcétera). En este contexto, el lugar antropológico, de acuerdo con Augé (1992), es histórico, es relacional, es formador de identidad. La ciudad actual sigue teniendo esa posibilidad en tanto es historia (Castells, 1974), y es también contenedora de la historia.³ La antropología urbana puede tener en el estudio de la historia de las ciudades un primer motivo de interés investigativo si consideramos que el lugar, la ciudad, los mismos edificios que la constituyen son cuanto queda de la sedimentación de intenciones y tramas diversas (Calvi, 2003).

² Se deja a salvo la puntualización de que no todas las ciudades novohispanas tuvieron el mismo proceso fundacional; sabemos que en el proceso convivieron tanto la fundación de villas para españoles como la de pueblos de indios, mineros, a partir de presidios, guarniciones, misiones, etc. La reflexión para este artículo, por conveniencia metodológica en la construcción del discurso reflexivo, se centra en el proceso de sincretismo resultante del encuentro cultural entre españoles y naturales, con independencia del tipo de fundación o de área geográfica.

³ Al no ser la intención de esta reflexión el abordaje de todo el proceso histórico, para el salto a la actualidad, en la reflexión se incorporan estos autores que desde su propia perspectiva analizan la ciudad o el lugar antropológico con una mirada actual; se considera que su aproximación puede ser útil no sólo para la lectura de las ciudades latinoamericanas de hoy (por demás influidas por procesos globalizadores), sino que, como referencia teórica, se puede trasladar a la reflexión sobre las ciudades históricas o lugares antropológicos del presente, que son finalmente una suma de tiempos.

Las ciudades, en tanto producto cultural, anticipan que los nuevos habitantes encuentren materialidades urbanas producidas en otros tiempos: calles, barrios, monumentos. Es decir, reproducen en los nuevos habitantes el sentido de pertenencia que ha estado presente a partir de la construcción del monumento o de la calle. Por ejemplo, el arco de la calzada de León, Guanajuato, ciudad mexicana del Bajío, cuyo monumento construido a principios del siglo XX representa para los leoneses un elemento urbano que define en algunos sentidos lo que llamamos identidad, que en principio no significa otra cosa más que ser habitante de León y no de otra ciudad;⁴ el mismo efecto generaría la glorieta de Minerva en Guadalajara, el Coliseo en Roma o la Torre Eiffel en París. Son elementos de la ciudad construidos en otro tiempo del que la ciudad deviene, pero que tiene un significado para los habitantes. Por otra parte, tanto el Coliseo de Roma como la Torre Eiffel, al ser elementos reconocidos por habitantes de prácticamente todo el mundo, dan cuenta de una escala distinta de significado que posiblemente no logran los dos primeros ejemplos de ciudades mexicanas, pues tal vez sólo sus propios habitantes reconozcan.

En el caso mexicano, tal vez la ciudad que se construyó en el siglo XVI es hoy solamente un fragmento material de la ciudad expandida hasta el límite metropolitano que hoy presentan muchas de ellas: dispersas, difusas, formadas en 400 años de historia; en el actual marco metropolitano, la ciudad histórica (el centro, las calles y barrios) es la materialidad de una urbe que ha sido testigo (marco también) de las prácticas de los habitantes y la ciudad metropolitana es el efecto de la aceleración actual de los tiempos, que se pueden medir en los miedos, las incertidumbres, las desesperanzas de los urbanitas metropolitanos.

Hoy reconocemos en las leyes al patrimonio histórico en México como toda producción cultural realizada entre la llegada de los españoles y el siglo XX. De la misma forma, consideramos como patrimonio arqueológico las aportaciones realizadas por la cultura del territorio mexicano antes de la llegada de los españoles o patrimonio artístico a la producción del siglo XX. La ciudad de hoy es la suma de tiempos, en la que conviven elementos de materialidad del tiempo de su fundación o de los primeros cuatro siglos de su existencia (los centros históricos tienen la misma estructura urbana del siglo XVI, y contienen edificios de otro tiempo, barrocos, neoclásicos, siglo XIX y XX); pero también, elementos emergentes cuya construcción es reciente, cuyo espacio material es vivido por los ciudadanos de distinta forma.

El sentido de vivir la ciudad en la convivencia, en la politización, en la dimensión económica, en el conflicto ha sido la construcción de una nueva “cultura urbana”; Castells (1974) le confiere un sentido antropológico como el “sistema de valores, normas y relaciones sociales que poseen una especificidad histórica y una lógica propia de organización y de

⁴ De la misma forma, como otras ciudades en el mundo seguramente cuentan con sus propios referentes identitarios, este ejemplo que bien podría intercambiarse con la experiencia de otras ciudades del mundo, da cuenta de cómo los elementos urbanos pueden convertirse en referentes simbólicos y ordenadores de identidad urbana.

transformación”; en el caso de las ciudades, de transformación urbana. El centro histórico y las periferias urbanas son en la ciudad de hoy puestas en escena de distintas experiencias de la cultura urbana formadas en el tiempo. En el centro se puede tener el apego a la nostalgia de su propia historia, a la memoria, al patrimonio edificado o a lo intangible, a los pobladores con una forma de comportamiento que remite a los habitantes a otras épocas. En la ciudad metropolitana actual, la experiencia misma de habitar la ciudad del pasado genera fenómenos como la gentrificación; y la vida en las periferias provoca la segregación o la fragmentación (desconexión) de las materialidades y las prácticas relacionales entre los distintos grupos sociales; la movilidad, la precariedad, la elitización y la desigualdad son sólo algunas de las variables emergentes en los estudios de la ciudad que las distintas disciplinas que la abordan emprenden desde sus propios marcos de teoría y de método.

Si en el centro histórico la antropología urbana puede tener motivos de indagación en la identidad, en las prácticas tradicionales, en el patrimonio cultural, en los imaginarios, en las periferias puede tener un campo de trabajo muy importante: los procesos de segregación, las condiciones de desigualdad en términos de dotación de servicios e infraestructura urbana, los barrios residenciales cerrados y los asentamientos precarios, irregulares, además del conflicto que genera en la experiencia de ciudad, o todo lo anterior en función de la disputa por el territorio de distintos actores y grupos sociales, que constituyen una realidad de esa puesta en escena que es la ciudad como espacio antropológico, y “semejante realidad ofrece al antropólogo motivos de reflexión y de investigación de notable importancia” (Signorelli, 1999).

Historia, forma y estructura de ciudad como antropología urbana

El siglo XX fue de la consolidación de la vida en ciudades para un gran número de habitantes en el mundo si consideramos que hacia 1900, solamente dos de cada 10 personas habitaban en ciudades, mientras que al final del propio siglo lo hacían más de la mitad, hasta llegar hoy día a cifras que llegan en algunos países al 70%; municipios mexicanos como León, actualmente, tienen índices de urbanización de más del 90%, lo cual significa que la vida en el campo ha cedido paso a la vida en el ámbito urbano para nueve de cada 10 personas; en las ciudades habitan los urbanitas, habitantes cuyas prácticas cotidianas individuales o colectivas constituyen un universo de estudio amplio para las ciencias que tienen en el espacio, la sociedad y la cultura sus ejes de atención.

La migración campo-ciudad fue una de las primeras aproximaciones de las ciencias sociales para estudiar los cambios no sólo en las condiciones de vida, sino en las actitudes y formas de interrelación emergentes en las personas que cambiaban la vida del campo por el nuevo escenario urbano, con lo cual se enfrentaban a condiciones de entorno distintas a las que habían estado hasta entonces habituados: la quietud del campo, la comunidad rural, la cercanía de los contactos interpersonales; esta migración se dio progresivamente,

principalmente durante la primera mitad del siglo XX para el caso de las ciudades mexicanas.

Esta forma de vida fue sustituida por la vida en la ciudad, en la cual los contactos interpersonales se hicieron diferentes en función del tamaño de la ciudad y sus sistemas de transporte y movilidad; la posibilidad de vivir en un lugar y otro de la ciudad dependía de los niveles de ingreso; el acceso a satisfactores como vivienda, salud y educación, comenzaron a diferenciarse en función del lugar de la ciudad en el que vivían, del nivel de sus ingresos o de la pertenencia a los distintos estratos socioeconómicos que fueron también configurándose en las ciudades. La emergencia del urbanita se consolidó hasta que finalmente, la vida en el campo se convirtió en un referente nostálgico, lejano a la nueva realidad de las ciudades que crecían a medida que el siglo XX avanzaba y se convertían en metrópolis hacia el final de éste.

Ciudad del pasado y ciudad del presente, centro histórico y periferias urbanas significan la mirada en retrospectiva y en prospectiva, respectivamente, que la antropología urbana puede tener como objetos de observación a partir de sus propios instrumentales teóricos y metodológicos. Los lugares de la ciudad del pasado pueden estar asociados con algún momento determinado de la vida de los habitantes de la ciudad; pueden remitir al recuerdo de sus padres, a los olores o sabores de la infancia o a la memoria de la propia ciudad, un hecho definitorio del carácter cultural, una catástrofe que modificó o no la vida de las familias.

Los significados de la ciudad del pasado y del presente tienen distintas perspectivas de abordaje en los estudios urbanos; un lugar simbólico, como el arco de la calzada de León,⁵ utilizado como ejemplo anteriormente, puede tener para sus habitantes una carga identitaria importante; incluso, puede definir a muchos de ellos; sin embargo, la presencia del arco y el león que lo remata se convierte en un punto de referencia en la ciudad. De esto se desprende que los elementos materiales de la ciudad, los artefactos edificados en los distintos lugares de las ciudades tienen diversas cargas de sentido en función del momento en el que fueron construidos, o en la forma en la que se incorporaron a las diferentes formas de vida en las ciudades: donde ocurrió un acontecimiento, donde habitó algún personaje, donde ocurrió un hecho histórico; los lugares de la ciudad recibieron un nombre, tienen una localización en la geografía de la ciudad y, en las referencias culturales de las personas, su condición material les confiere distintas posibilidades de uso y, a partir de éstas, pueden ser estudiadas.

Sendas, bordes, barrios, nodos, hitos son nombres dados en los estudios del espacio a los elementos de legibilidad en las ciudades (Lynch, 1984); son representaciones que de

⁵ La recuperación de ejemplos de una ciudad del bajo mexicano es sólo de orden ilustrativo. Las ciudades mantienen similitudes en distintos ámbitos de la vida urbana que desde la perspectiva local, regional o local pueden dar cuenta del mismo sentido aunque con significados distintos. Con ello no pretendemos diluir las especificidades ni dejar de reconocer que cada ciudad tiene su propia lógica y dinámica.

forma individual o colectiva los habitantes de las ciudades hacen de sus cotidianidades urbanas. “Las calles son los corredores del alma y de las oscuras trayectorias de la memoria” (Virilio, 2006), así como los monumentos son los puntos de referencia (hitos) que el transeúnte identifica para no perder la memoria de su ciudad, pero también para no “perderse” en la ciudad. Pero los ejes viales de la Ciudad de México, o los *grand boulevards* de París, por ejemplo, además de ser referentes de la historia de estas grandes ciudades, de ser sendas de las cotidianidades de sus habitantes, son también vías de conexión entre distintas zonas de la aglomeración metropolitana para la distribución de mercancías o de personas (en el sentido más impersonal), de la misma forma que los monumentos o hitos referenciales construidos en otros tiempos se convierten en puntos de encuentro multicultural para el turismo y el intercambio comercial que pueden convertir también a la cultura local y a la memoria cultural en meras mercancías.

Los barrios pueden ser una organización colectiva de trayectorias individuales (Certeau, *et al.* 2006), pero son al mismo tiempo el abrigo que da sentido de pertenencia. En ciudades como León, Guanajuato, no significa lo mismo “ser del Coecillo”, que “ser de San Miguel”;⁶ el barrio define la individualidad, pero también el sentido de colectividad. Nuevamente, desde el punto de vista urbano, el barrio tiene una localización espacial, una determinada densidad poblacional y condiciones de estructuración económica o social; su caracterización puede ser abordada por distintas disciplinas, pero el antropólogo puede acercarse desde la perspectiva de lo que hace “otro” al habitante del Coecillo respecto del de San Miguel o de otras partes de la ciudad, pero en otras escalas que es lo que hace distinto al habitante leonés del tapatío, regiomontano, parisino o bonaerense, por ejemplo.

Toda ciudad puede ser reconocida en su estructura urbana por sus barrios, sus monumentos, sus nodos (Plaza de Mayo en Buenos Aires, Zócalo en Ciudad de México, Calzada de los Héroes en León), por sus sendas (Paseo de la Reforma, Campos Eliseos, Av. 9 de Julio); en las prácticas urbanas, la vida hizo posible el surgimiento de un tipo de espacio y no otro o que se reproduce a partir de la existencia de los distintos elementos de la ciudad (el uso reivindicativo del espacio público del Zócalo en Ciudad de México, por ejemplo). Toda mirada dirigida a observar lo anterior, desde la perspectiva antropológica, dará cuenta de la multiplicidad de significados, de las formas emergentes de ciudadanía, de las distancias o diferencias entre los grupos sociales en los distintos barrios, en el espacio público, en las formas de construir los nuevos barrios o los grandes proyectos metropolitanos (la regeneración en el centro histórico como sostenimiento de la memoria identitaria o como posibilidad económica por el turismo; el gran proyecto de infraestructura cultural como generador de desarrollo para los habitantes o como fin “competitivo” generador de mercancías culturales, etcétera). “La diversidad, la diferencia, la alteridad han

⁶ Nuevamente se puntualiza en el ejemplo de una ciudad poco conocida, pero que da cuenta de procesos más amplios: los barrios de esta ciudad de León fueron originalmente pueblos satélites de indios que, participando del proceso fundacional, constituían espacios diferenciados para sus habitantes: León, villa para españoles; El Coecillo y San Miguel, pueblos de indios. La existencia de este tipo de organización espacial se dio en muchos lugares no sólo en Nueva España, sino en todo el orbe novohispano.

sido objetos explícitos de la antropología” (Signorelli, 1999), por lo que toda mirada sobre los lenguajes (lo que se hace en la ciudad, los planes y proyectos urbanos; lo que se dice en y desde la ciudad), sobre las formas de vida (la gentrificación, la segregación socioespacial, la desigualdad), todo, puede ser motivo de análisis antropológico.

La búsqueda de coordenadas teóricas de la antropología urbana

Hasta aquí hemos referido al amplio objeto de investigación de la antropología urbana, entendida de manera amplia como la disciplina que estudia la vida en la ciudad con todo lo que ello conlleva: el análisis de la diversidad en un entorno caracterizado por su dinamismo y constante movimiento. Lo anterior nos exige redefinir qué entendemos por ciudad y cómo podemos estudiarla. En el caso de América Latina, resulta un grave error aislar a la antropología urbana de las otras formas en que se ha producido conocimiento sobre lo que acontece en las ciudades; evitar el diálogo inter o transdisciplinario con sociólogos, comunicólogos y los especialistas en los estudios culturales es negar el pasado de la disciplina (Canclini, 2005). La ciudad latinoamericana y específicamente la mexicana se desarrolla bajo lógicas que aún no terminan por escudriñarse y para lo cual resulta necesario ubicarnos en coordenadas teóricas que nos orienten en el camino recorrido y en el que debemos trazar para explicar las nuevas alteridades que se gestan, reafirman y se abren brecha en la realidad urbana actual.

Canclini (2005) establece tres grandes movimientos teóricos que nos dan un norte en el abordaje de las ciudades. El primero consistió en oponerlas a lo rural; se trata de un enfoque que insiste en la ruptura tajante de las relaciones comunitarias que vincula estrechamente con el campo. En este movimiento destaca la propuesta de Gino Germani para quien la ciudad es el núcleo de la modernidad donde se rompen las relaciones de pertenencia y los contactos intensos que parecieran exclusivos del campo y los entornos pueblerinos.

Un segundo enfoque encontró motivos para su desarrollo principalmente en la Escuela de Chicago desde donde se emprendieron novedosas exploraciones sobre distintos fenómenos sociales que tuvieron como escenario los barrios de la ciudad. Los precursores de esta naciente antropología urbana centraron sus exploraciones en el estudio de pequeñas comunidades y guetos (Hannerz, 1986). En su etapa temprana, la antropología urbana se enfocó en escudriñar lo “extraño” en las ciudades. Varios años más tarde, una de las principales críticas sería referida a que esas exploraciones encontraron enclaves étnicos como tipos ideales para estudiar, pero acotaron la mirada en la ciudad como escenario sin desarrollar una batería teórica que pusiera el ojo en lo urbano y la interconexión de las dinámicas, relaciones, prácticas y significados de sus habitantes. Definieron a la ciudad como la localización permanente relativamente extensa y densa de individuos socialmente heterogéneos sin dar cuenta de los procesos históricos que originaban las estructuras urbanas que remarca Castells (1974) como la dimensión, la densidad y la heterogeneidad.

Un tercer campo teórico lo conforman las reflexiones desde criterios económicos, la definición de las ciudades a partir del desarrollo industrial y la concentración capitalista da lugar a los trabajos de Harvey. La crítica que hace Canclini a este enfoque es que al priorizar elementos económicos en la definición de la urbe deja al margen aspectos culturales, las

experiencias del habitar y las representaciones que los habitantes hacemos de las ciudades. Para este autor, ninguno de los enfoques mencionados brinda una respuesta satisfactoria sobre lo que es la ciudad desde un punto de vista teórico, sino apenas bosquejan las coordenadas para entender la vida en las ciudades (Canclini, 2005).

Delgado (2008) ha cuestionado el objeto de la antropología urbana y la necesidad de una batería teórica para aproximarse a configuraciones sociales escasamente orgánicas, sometidas a una oscilación constante y destinadas a desvanecerse enseguida. Para este autor, la antropología urbana debe ser entendida como una antropología de lo inestable, de lo que se está estructurando continuamente,⁷ de lo que es sorprendido en el momento justo de ordenarse pero que nunca podamos ver finalizada su tarea (Delgado, 2008). De acuerdo con Delgado, la distinción entre una antropología de o en la ciudad resulta un tanto compleja porque obliga a abordar lo urbano y hacer una diferencia entre esta noción y la de ciudad: esta última entendida como un gran asentamiento de construcciones estables, habitada por una población numerosa y densa mientras que la urbanidad como un tipo de sociedad que puede darse en la ciudad o no.

Por tanto, para Delgado, una antropología urbana en el sentido de lo urbano sería una antropología de configuraciones sociales nada solidificadas con relaciones poco estructuradas y vacilantes, que encuentran en el espacio público un escenario propicio para su proyección y reproducción (Delgado, 2008). Ello obliga al antropólogo a irse a “tientas” conformándose con distinguir apenas leves brillos de la realidad actual que acontece en dichos espacios que se hacen y deshacen de un momento a otro. Si bien la apreciación de Delgado resulta un poco tajante, también es cierto que nos proporciona pistas de cómo abordar teóricamente los fenómenos sociales en las ciudades.

En ese sentido, Licona (2007) propone emprender investigaciones sobre los espacios públicos de forma etnográfica sobre todo cuando no existen trabajos previos a fin de aproximarse a las formas de habitar y significar la ciudad que ha sido una tarea pendiente en los movimientos teóricos anteriores. Para él, la noción de espacio brinda la oportunidad de emprender estudios sin perder la profundidad de la experiencia urbana.

Lo anterior nos conduce a extraer una pista teórica desde la relación entre el habitante y el espacio; representa una novedosa salida para entender el dinamismo que caracteriza a las ciudades más allá de su dimensión física como espacios donde se manifiestan un conjunto de fenómenos desbordantes de expresiones y experiencias. Una propuesta teórica que añade esta discusión a la comprensión de la vida en las ciudades es la de Ángela Giglia (2012), la cual consiste en la relación entre habitar y cultura, que suma un punto en el sistema de coordenadas teóricas entre antropología y ciudad. Plantea que el estudio del habitar es otra forma de pensar lo cultural como facultad humana elemental. La idea principal es que el habitar es sinónimo de relación con el mundo que está mediada por el espacio.

⁷ Esto se puede evidenciar en la actualidad en el análisis de los procesos metropolitanos y en la velocidad de los cambios urbanos actuales que incorporan emergencias como la movilidad, que desde el urbanismo puede ser el traslado de personas de un lugar a otro, mientras que para la antropología resulta un conjunto de relaciones vinculadas al habitar con interacciones y temporalidades que pueden ser breves o tener sólidos anclajes.

Se trata de una concepción operativa y la más comprensiva de un conjunto de fenómenos socio-espaciales imbricados entre sí. Se nutre de autores que han explorado incansablemente la relación espacial como Ernesto de Martino, Bachelard, Radkowski, Marc Augé, entre otros; plantea que el habitar está relacionado con la manera en la que la cultura se manifiesta en el espacio mediante la intervención humana. Por lo tanto, habitar es un fenómeno cultural enmarcado en el tiempo porque es una actividad incesante e inagotable que se reproduce continuamente (Giglia, 2012).

Las posibilidades que brinda esta mirada teórica abarcan un conjunto de temas que son fundamentales en la dinámica de las relaciones sociales y culturales que acontecen en los contextos urbanos y que parecían escaparse a las otras propuestas teóricas. Entender a la ciudad desde la noción de habitar implica el reconocimiento de prácticas y representaciones que hacen posible que el sujeto se coloque en un orden que puede establecer y reconocer. Así, esta noción recupera una premisa teórica clave que ya advertía Signorelli (1999) cuando señaló que los actores sociales (colectivos o individuales) son siempre sujetos localizados; complementariamente, los sitios de la vida humana son lugares subjetivados (no existen seres humanos que no estén en algún lugar y no existe ningún lugar que no esté humanizado, aún por haber sido solamente pensado (Signorelli, 1999).

Esta propuesta permite la aproximación a temáticas tan diversas que siempre se sujetan a un marco espacial tangible o intangible, como es el caso de los espacios virtuales. La desigualdad, la sociabilidad, los efectos de procesos económicos globales, la diversidad, el poder, entre otras expresiones que envuelven la dinámica de las ciudades, se plasman en los espacios que habitamos en la medida en que suelen expresar en su forma y funcionamiento las intenciones de sus autores, sus visiones de mundo y vida cotidiana, asociados a ideas de orden social y cultural (Giglia, 2012).

La antropología urbana pasó de considerar a las ciudades como meros contenedores de grupos y relaciones a entenderlas como un ente en continua construcción que se reconfigura a partir de fenómenos expresivos de los sujetos que las habitan. Probablemente estas coordenadas teóricas resulten insuficientes para ubicar y brindar explicaciones de lo urbano en la medida en que ofrecen miradas desde enfoques disímiles o poco compatibles; no obstante, brindan instrumentos más o menos operativos que permiten escudriñar partes de esa realidad que queremos explicar y, por tanto, nos obliga a sumar a esta batería teórico-conceptual que hemos bosquejado, cuya discusión no sólo busca explicaciones sino interpretaciones y definiciones que por ahora derivan en una serie de incertidumbres que se acrecientan en la reconstrucción cotidiana de lo urbano.

Objeto y método: los antropólogos urbanos y la ciudad

Sin duda, la Escuela de Chicago es precursora en cuanto al uso del método etnográfico en de la ciudad; en sus trabajos concedieron un valor especial a la metodología antropológica y al análisis de los modos en que diversos grupos de inmigrantes, pandillas, bailarinas y otros segmentos con cierto grado de exotismo se relacionaban con la ciudad; estas exploraciones se caracterizaron por el estudio de fenómenos específicos dentro del contexto citadino, pero como hechos aislados de los procesos generalizados de la ciudad. Aunque los

estudiosos de esta escuela fueron pioneros en el abordaje de estos “otros”, relegaron la discusión sobre lo urbano en la antropología y qué era lo antropológico en ella, lo cual indujo a un desinterés sobre lo urbano como estilo de vida y reforzando el enfoque de la ciudad como escenario y no como un objeto de estudio en sí mismo⁸ (Licona, 2007).

La especificidad de la reflexión antropológica radica en la cercanía que sostiene con los grupos de personas que estudia, cuya relación es distinta a la que los sociólogos, geógrafos o arquitectos establecen; y aunque en la última década también advertimos a éstas y a otras disciplinas aventurándose en el trabajo de campo que hasta hace poco era una práctica casi exclusiva del antropólogo, sigue siendo el distintivo de la disciplina. No obstante, hacer campo en la ciudad demanda otra lógica, no sólo por el ritmo que marca la propia urbe, ya que la inseguridad, los costos de traslado, la desconfianza, entre otros aspectos externos al investigador, modifican el ejercicio en el terreno.

Aunque el uso del video o las grabadoras digitales son de gran ayuda para capturar una imagen más nítida de las interacciones de los grupos, existen limitantes de otro orden, cuyos efectos en la relación del investigador con los estudiados han conducido a una sobrestimación de los aspectos culturales y al análisis del discurso en muchos trabajos antropológicos (Canclini, 2005). Sin duda, el método etnográfico es el predilecto para explorar las ciudades desde una dinámica distinta a la que estaba acostumbrado el antropólogo: encuentros acordados con límite de tiempo o exceso de ocupaciones de sus informantes en el marco de la desconfianza y la rapidez con la que se caracterizan las interacciones en las ciudades. Aunque en muchas ocasiones no resulta necesario trasladarse a otro lugar o realizar estancias prolongadas en una comunidad alejada, el reto radica en lograr acostumbrar a la gente a la presencia del investigador y entrar a sus espacios y dinámicas; de no superarse estas dificultades, existe el riesgo de buscar en “la interacción simbólica” la identificación con los valores y las aspiraciones de la población que estudia (Durham en Canclini, 2005).

Los retos metodológicos para el estudio de la metrópoli van desde superar el remordimiento por los fines utilitaristas de las relaciones hasta lograr establecer relaciones en contextos de la indiferencia hasta la violencia. Para la antropología urbana, el trabajo interdisciplinario es imperioso y debe entretenerse con el trabajo etnográfico para incentivar la comprensión y traducción de la actuación de sujetos localizados en la ciudad y del sentido que dicha actuación toma para ellos en circunstancias dadas y que perseguimos en este ejercicio de la ciudad y en la ciudad. La entrevista, la observación directa, los grupos focales, la historia de vida, entre otras herramientas, no pueden citarse aquí de manera aislada como si fueran independientes. Angela Giglia enfatiza que es imposible usar una metodología sin adoptar también una posición teórica; es decir, los métodos también construyen al objeto.

⁸ En esta reflexión se introduce la idea (vid supra) de que, más que escenario, la ciudad es la puesta en escena de las cotidianidades del urbanita; desde este posicionamiento, podemos introducir la noción de que, más que tener a la ciudad como objeto de estudio, las prácticas que en ella acontecen y la puesta en escena de la vida del urbanita son el objeto de atención.

El reto se torna aún más complejo frente a los dos enfoques que debe hilvanar todo aquel que se jacte de estudiar la urbe: desde la práctica y como objeto de estudio (Giglia, 2012).

La especificidad de la mirada antropológica radica en que el investigador cede el micrófono a la ciudad; la deja hablar a través de sus usuarios, habitantes, vecinos, jóvenes, amas de casa, estudiantes y otros actores cuyas observaciones minuciosas y experiencias individuales y colectivas permiten reunir un conjunto de voces que al unísono revelan algo que la ciudad quiere –tiene que– decir.

Así, lo que diferencia a la antropología de otras disciplinas es su capacidad de vincular en su reflexión sobre la urbe planos distintos y distantes de la realidad social a través de las distintas voces de quienes la conforman, pero también de quien investiga; de ahí que sea tan importante que el antropólogo revele la relación frente al fenómeno que explora no sólo como investigador sino como habitante de la ciudad; y aunque a veces no comparte plenamente las condiciones de existencia de los grupos con los que trabaja, hay trayectos, calles, espacios públicos que son inherentes a la experiencia urbana que moldean las representaciones de quienes habitan la ciudad.

Por consiguiente, el antropólogo urbano trata de explicar las dinámicas que rodean a un objeto saturado de discursos, producto de una multiplicidad de miradas y que sólo puede explicarse con la puesta en marcha de estrategias y reflexiones interdisciplinarias para asir todas sus dimensiones: desde lo individual hasta lo colectivo. Lo anterior ha puesto en duda la profundidad y la mirada “desde adentro” que han forjado la especificidad antropológica. Pero, ¿cómo lograrlo en el contexto urbano?, ¿cómo superar el dinamismo de la urbe sin afectar a los actores que estudiamos?

Los tiempos de investigación en los contextos urbanos son cortos y fragmentarios; aún no se logra el ejercicio que alcanza a los investigadores de contextos rurales a establecer relaciones prolongadas con los sujetos y espacios de estudio; sin embargo, el antropólogo urbano tiene la posibilidad de mirar simultáneamente aristas, capas, actores desde diversos ángulos y usar herramientas distintas a las tradicionales para ampliar los horizontes de la comprensión y que en el afán de lograr esa comprensión desde adentro, como en los estudios clásicos, permitimos que esta posibilidad se diluya, a pesar de la riqueza de mirar desde otro lugar realidades cada vez más diversas.

El riesgo es perder la profundidad en la mirada de los fenómenos; sin embargo, también hay certezas que abren brecha en caminos que la antropología no esperaba. Es probable que estemos presenciando una ruptura en el ejercicio antropológico impulsado por el dinamismo que se gesta en la urbe. La etnografía no pierde su lugar en el campo de lo urbano; por el contrario, dado que la ciudad se ha vuelto inabarcable y se expande con gran habilidad, demanda una combinación de enfoques, métodos y herramientas para acercarnos y reunir ideas de primera mano a fin de explicar lo que ocurre en ella y entre sus habitantes.

Implica un estrecho diálogo con la dimensión socioeconómica, pero también con la simbólica para recuperar un análisis de tránsito continuo: de ida y vuelta, es decir, de adentro hacia afuera sobre todo si pensamos que la vida en las ciudades se caracteriza por su multiculturalidad e interconexión a procesos económicos globales; de esta manera, se recupera la “esencia” antropológica, pero al mismo tiempo se complejiza su labor.

La etnografía digital, el trabajo de campo combinado en espacios virtuales y públicos, los documentos visuales, los registros sonoros y los recorridos a la deriva son sólo algunas estrategias que algunos investigadores han piloteado recientemente (Cadena, 2017; Valeriano, 2017) para explorar, desde el enfoque antropológico, las relaciones de género, los usos y los procesos de apropiación del espacio, las relaciones de parentesco, los imaginarios, las interacciones, los rituales, entre otros fenómenos que acontecen en el día a día de las ciudades y que no alcanzan a cubrirse mediante las herramientas tradicionales, por lo que se complementan con apoyo de otras disciplinas, como geografía, comunicación, sociología o historia, sin dejar de estar con la gente, escucharla y recuperar sus voces para lograr que la ciudad hable a través de sus narrativas, experiencias, historias y sentires.

Consideraciones finales: la ciudad y sus posibilidades

La antropología, cuando se orienta a partir de su propuesta teórica y metodológica al estudio de la ciudad, se convierte en un objeto de estudio y entonces se abre la posibilidad de estructurar su método a la comprensión de las prácticas de los urbanitas en sus ámbitos, como una antropología de la ciudad, como antropología urbana. Se observan las prácticas de la ciudad, las trayectorias o recorridos de los urbanitas, el reconocimiento que éstos hacen de los hitos, las sendas, los nodos y los bordes urbanos, o la ritualidad de reconocerse habitantes de un barrio, de una calle, como signo de identidad, pero a la vez declararse un habitante de una ciudad como una persona particular, un urbanita que está en esa ciudad y no en otra, que ha materializado sus espacios simbólicos y materiales de una manera que lo diferencia de otra ciudad, como una realidad espacial y social que genera y condiciona actitudes y comportamientos (Signorelli, 1999).

Las ciudades, que se diferencian entre sí en la medida en que han constituido lugares antropológicos a partir de las prácticas de sus habitantes, se convierten también en lugares de semejanzas y similitudes que pueden ser abordadas desde la antropología en la medida en que las prácticas de sus habitantes se realizan también con materiales culturales compartidos, como el uso del automóvil, la materialización de tipologías similares de barrios y viviendas, los fenómenos de segregación espacial, la gentrificación y todos aquellos asociados a la vida en la urbe como ámbitos de estudio antropológico. La diversidad que caracteriza a las ciudades es el resultado de diferentes procesos económicos, sociales y culturales que detonan nuevas formas de usar, apropiar y controlar el espacio urbano, cuyos efectos se acrecientan con la movilidad, la heterogeneidad de los usuarios y las relaciones de desigualdad de las que hemos sido testigos en la última década.

En ese sentido, la antropología tiene un gran reto frente a la ciudad que va más allá de superar el viejo problema de estudiarla sólo como el escenario en el que distintos grupos

habitan; es prioridad lograr la tan afamada mirada integral para escudriñar las nuevas diversidades que derivan del estilo de vida urbano. Para lograrlo, es necesario promover, ensayar y desechar herramientas teóricas y estrategias metodológicas ex profeso para acercarse a la urbe desde sus actores y sus trayectorias, sus historias, sus recorridos, sus significados, entre otras expresiones que se desbordan y diluyen en una dinámica efímera a simple vista, pero que conforme pasa el tiempo nos revela una urdimbre que ya hemos empezado a desenredar.

La antropología tiene un importante camino recorrido en esta exploración que la proyecta como una disciplina con la capacidad de mirar detalles que se le escapan a otras ciencias en la dinámica cotidiana. Nos atrevemos a señalar que la especificidad de la antropología urbana radica justamente ahí, en enfocar esas expresiones que se diluyen en el día a día y que hay que examinar para entender procesos más amplios de la vida en las ciudades. No es de extrañarse que la lupa antropológica puesta en la ciudad abra vetas tan interesantes como una antropología de la noche (Hernández y Guérin, 2016) o de las nostalgias a partir de procesos de renovación urbana (Téllez, 2017). Esta nueva mirada coloca a la ciudad en el centro de una reflexión que contempla su relación con espacialidades y fenómenos surgidos desde lo rural hasta lo virtual, así como otras expresiones para quienes aún no tenemos una batería teórica conceptual y herramientas para aproximarnos a ellas; no obstante, la revisión realizada hasta aquí demuestra que este camino está en construcción.

Referencias

- Augé, M. (1992). *Los "no lugares", espacios del anonimato. Una antropología de la Sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa
- Calvi, E. (2003). Proyecto y relato: la arquitectura de la narración. *Revista Arkitectonics, Mind, Land & Society* ediciones, 4, 53-69, Universitat Politècnica de Catalunya. Recuperado de: <https://upcommons.upc.edu/bitstream/handle/2117/120790/9788498800104-06.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Cadena P. (2017). Representaciones, imaginarios laborales y espacios de trabajo en la producción del espacio en la Ciudad de México. En P. R. Kuri, *La erosión del espacio público en la ciudad neoliberal*, 263-293. Ciudad de México: UNAM.
- Castells, M. (1974). *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI
- Certeau, M., Girard, L. y Mayol, P. (2000). *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana, ITESO. México.
- Certeau, M., Girard, L. y Mayol, P. (2006). *La invención de lo cotidiano. 2 Habitar, cocinar*. Universidad Iberoamericana, ITESO. México.
- Chanfón, O. (coord.) (1997) *Historia de la arquitectura y urbanismo mexicanos*. Vol. II. El periodo virreinal, t. I. El encuentro de dos universos culturales, México, Fondo de Cultura Económica, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Delgado M. (2008). *El animal Público*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Canclini, G. (2005). *La Antropología urbana en México*. FCE- UAM
- Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana
- Hannerz, U. (1986). *Exploración de la ciudad hacia una antropología urbana*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

- Hernández, E. y Guérin, F. (2016). La experiencia de la caminata urbana durante la noche. *Alteridades*, 26(52), 35-50. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-70172016000200035&lng=es&tlng=es
- Licona V. (2007) "Introducción y cap. Espacio y cultura: un acercamiento al espacio público" En: Licona, V. (Coord.). *El zócalo de la ciudad de Puebla. Actores y apropiación social del espacio*. Puebla: BUAP-CONACYT- UAM.
- Lynch, K. (1984) *La imagen de la ciudad*. España: Gustavo Gili
- Rivera, F. (1987). *El urbanita*. Política y urbanismo. México: SEP
- Signorelli, A. (1999). *Antropología Urbana*. México: Antropos-UAM-I.
- Téllez C. (2017) Renovación urbana, nostalgia y habitar en el Centro de la ciudad de México. En: Giglia A. (Coord.) *Renovación urbana, modos de habitar y desigualdad en la ciudad de México*. México: UAM
- Valeriano R. (2017) Mismo espacio, habitantes diferentes. Jóvenes creativos en la colonia Santa María La Ribera. En: Giglia A. (Coord.) *Renovación urbana, modos de habitar y desigualdad en la ciudad de México*. México: UAM
- Virilio, P. (2006). *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*. Buenos Aires: Libros el Zorzal

La ciudad: una visión desde la psicología ambiental

The city: a view from environmental psychology

Joel Martínez-Soto

Universidad de Guanajuato, México

Correo electrónico: masjmx@yahoo.com.mx

Recibido: octubre 22 de 2018

Aceptado: febrero 28 de 2019

Resumen

El presente artículo examina un enfoque psicoambiental para el estudio de las ciudades. En una primera sección, se analizan las raíces históricas relacionadas con los orígenes de la psicología ambiental y su participación en temáticas urbanas. Posteriormente, se expone una revisión de algunas conceptualizaciones teóricas sobre psicología ambiental y la ciudad. En un tercer plano, se emplea el modelo de Stokols (1978) sobre las tipologías transaccionales ambiente-persona para ilustrar los temas urbanos de interés en el área psicoambiental. Por último, se exponen algunos métodos cuantitativos y cualitativos empleados en el campo de la psicología ambiental para el estudio de los problemas urbanos.

Palabras clave: psicología ambiental, urbanización, percepción ambiental.

Abstract

The present paper examines a psycho environmental approach to the study of cities. In a first section the historical roots related to the origins of environmental psychology and its participation in urban issues are analyzed. Subsequently, a review of some theoretical conceptualizations about environmental psychology and the city is presented. In a third plane, the Stokols model (1978) of transactional typologies environment-person is used in order to illustrate the urban themes of interest in the psycho-environmental area. Finally, some quantitative and qualitative methods used in the field of environmental psychology for the study of urban problems are exposed.

Keywords: environmental psychology, urbanization, environmental perception.

Antecedentes

En 1800 sólo 3% de la población mundial habitaba en ciudades (Hauser & Schnore, 1965) y en 1950 el 29%, mientras que en 1975 un 37%. El 23 de mayo de 2007 los 3'303'992,253 habitantes urbanos excedieron a los 3'303'866,404 habitantes de zonas rurales (Science Daily, 2007), esperándose que para el 2050 un 66% de la población mundial sea urbana (United Nations, 2014). Actualmente existen más de 421 ciudades con una población de un millón o más de habitantes, la mayoría de ellas no existían hace 200 años y aparecieron hace 75 años (Population Reference Bureau 2014). Este acelerado crecimiento ocurrirá en la mayoría de los países que presentan menores índices de desarrollo: África, sur de Asia y Latinoamérica.

Huttler (2016) refiere la existencia de tres revoluciones urbanas. La primera aconteció hace 10,000 años con el origen de las ciudades; la siguiente, 11,800 años después (1,800 d.C.) con la Revolución Industrial y la Colonización. La tercera surge de una era postindustrial (la actual) y se caracteriza por un crecimiento urbano masivo en ciudades no occidentales y con efectos de expansión en todo el planeta. Precisamente esta etapa se caracteriza por una mayor preocupación de parte de las ciencias sociales por el impacto del entorno urbano en el bienestar y el comportamiento humano.

Las influencias psicológicas de la ciudad han estado presentes en la mente de la sociología, la arquitectura y el urbanismo (se define a este último como el estudio de las consecuencias psicológicas y sociales que tiene la urbanización en la población; Huttler, 2016). En general, los sociólogos y planificadores urbanos están de acuerdo con que la ciudad no sólo influye en el comportamiento social, sino que también refleja los valores y las actitudes de los ciudadanos. Hace más de 100 años el sociólogo alemán George Simmel publicó su ensayo "La metrópolis y la vida mental" (Simmel 1995), el cual indagaba el impacto de la vida en la ciudad en la psicología de las personas y las relaciones sociales sin tomar en cuenta las influencias físicas del ambiente. En contraste, Robert E. Park, pionero en estudios urbanos y fundador de la Escuela de Chicago, refería que las experiencias de las personas con las ciudades no sólo tenían un referente moral y actitudinal, sino que también una dimensión física.

Su propuesta de un modelo ecológico de la vida en la ciudad rescataba precisamente la interacción entre las personas y el ambiente físico. Esta aproximación, que ejerció una influencia considerable en el desarrollo de la psicología ambiental, partía de un determinismo ecológico que proponía a los factores de densidad poblacional, heterogeneidad y concentración como elementos generadores de ruido, contaminación, hacinamiento y otras formas de sobreestimulación, aspectos que a su vez tenían un impacto en la psicología y el comportamiento social de los habitantes urbanos (Wirth, 1938). Por otra parte, Kevin Lynch, urbanista que también tuvo una notable influencia en la psicología ambiental, describió a las ciudades modernas en términos de espacios con una gran

concentración de actividades, aludiendo a dicho fenómeno en términos de una “colonización” de la ciudad (término empleado por Lynch para referirse al gigantismo de la ciudad). Desde su punto de vista, el “coloso urbano” produce desajustes y problemas que tienen su origen en cuatro grandes causas. La primera se refiere a un tipo de carga de tensión perceptiva impuesta por la urbe, en la que las sensaciones que se experimentan van más allá de los límites de la resistencia humana. La segunda de las fuentes de patología descritas por Lynch es la carencia de identidad visual, la cual propicia una sensación de enajenación con el ambiente citadino. La tercera de las causas se refiere a la angustia que se experimenta en la ciudad por la imposibilidad de comprender su lenguaje, ya que se presenta la ambigüedad, la promiscuidad, la confusión y la discontinuidad. Finalmente, la cuarta causa consiste en la rigidez de la ciudad, su falta de sinceridad y de franqueza (Lynch, 1965).

Podría decirse que las contribuciones formales de la psicología al entendimiento de la vida en la ciudad pueden ubicarse desde un punto de vista científico, como menciona el psicólogo Stanley Milgram. En su escrito *La experiencia de vivir en ciudades* (Milgram, 1970) pretendía entender, desde un enfoque no intuitivo, empírico y experimental, las experiencias individuales con las circunstancias demográficas de la vida urbana. Uno de los conceptos centrales en su investigación es el de sobrecarga de información, el cual alude a una incapacidad de un sistema de procesar las entradas sensoriales del ambiente debido a que éste es incapaz de lidiar con demasiada información a la vez. Cuando esto ocurre, acontecen fenómenos de adaptación.

De forma análoga y de acuerdo con Milgram, la vida en la ciudad representa una serie continua de encuentros sobrecargados de información que resultan en diversas adaptaciones conductuales con un impacto en la vida diaria; por ejemplo, en la ejecución de tareas, la evolución de las normas sociales, el funcionamiento cognitivo, la calidad de las relaciones interpersonales y ciertos comportamientos específicos (contacto visual; Newman & McCauley, 1977).

El concepto de sobrecarga de información ha estado presente en diversas teorías relacionadas con la experiencia urbana (Lynch, 1965; Simel, 1995; Wirth, 1938). Otros estudios pioneros respecto al tema de la experiencia psicológica de la vida en la ciudad se vinculan con el estrés ambiental proveniente de la vida urbana. En este sentido, destacan los estudios de Glass & Singer (1972) sobre las reacciones fisiológicas (respuesta galvánica de la piel, tensión muscular), psicológicas (tolerancia a la frustración en tareas post estrés) y conductuales asociadas con diversas fuentes de estimulación auditiva respecto a diferentes ruidos urbanos; así como la investigación sobre el efecto del hacinamiento y temperatura en la conducta interpersonal y la investigación antropológica sobre la proxémica de Hall (1966). En cuanto a la psicología ambiental, la larga tradición del abordaje de las cuestiones urbanas se remonta al traspaso del siglo XIX al XX con Willy Hellpach, discípulo de Wilhelm Wundt; este último fundador de la psicología experimental.

Se le atribuye a Hellpach acuñar por vez primera el término de psicología ambiental. En 1939, Hellpach se dio a la tarea de estudiar ciertos fenómenos urbanos, tales como el hacinamiento, la sobre estimulación, la prisa y el estado de alerta, concluyendo que el esquema perceptual de los habitantes urbanos es diferente al de los habitantes rurales (Pol, 2006). A partir de los estudios incipientes de Hellpach, el desarrollo histórico de la psicología ambiental se ha caracterizado en dos grandes etapas. La primera, la de la psicología arquitectónica, se da en los años 60 y 70 del siglo pasado y presta atención al impacto del ambiente físico construido (arquitectura, tecnología, ingeniería) en el comportamiento humano y bienestar (Bonnes & Bonaiauto, 2002); buscaba evaluar y mejorar el diseño de los espacios construidos.

La siguiente etapa comienza a finales de los años 60 cuando empieza a percibirse la conexión del actuar humano frente a los problemas ambientales. Aunque su objeto de estudio, la interrelación persona-ambiente, no se modifica y se traslada el énfasis desde el ambiente hacia la persona, así como del medio ambiente construido al natural, hasta el punto de que muchos autores llegaron a hablar de una nueva subdisciplina, a la que bautizaron como psicología ambiental verde o psicología de la conservación (Myers, 2001). Lo anterior dio pie al estudio de una serie de temáticas relacionadas con el cambio de actitudes ambientales, por una parte, y con el análisis de los efectos de los problemas generados por el hombre en la salud humana y el bienestar, por otra. Respecto a los entornos urbanos, se identifica que los primeros estudios en el área se centraban en la contaminación del aire (De Groot, 1967; Lindvall 1970), ruido urbano (Griffiths & Langdon, 1968) y la evaluación de la calidad ambiental (Craik & Zube, 1976).

Concepciones de la psicología ambiental sobre la ciudad

La psicología ambiental es una disciplina que estudia el interjuego entre los individuos y su escenario natural y construido. Se pretende examinar la influencia del entorno en la experiencia humana (Steg, van den Berg & de Groot, 2013). Desde una óptica psicoambiental, no existe un consenso particular de concebir a la ciudad, pero sí existen diversas aproximaciones teóricas y conceptuales para definir, representar y analizar lo que constituye un ambiente (preocupación primordial de la psicología ambiental; Canter, 2016) y por extensión lo que podría representar la ciudad para la psicología ambiental. A partir de lo anterior, pueden citarse como ejemplos las diferentes concepciones psicoambientales sobre la ciudad considerando la conducta y los valores humanos (Barker, 1968), la identidad con el lugar (Proshansky, 1978), la cognición y la percepción ambiental (Ittelson, 1978) y el procesamiento de información compatible con las necesidades de las personas (Kaplan, 1983).

Asimismo, es de destacarse un intento por comprender los fenómenos de la experiencia en la ciudad en términos de la interdependencia de los diversos escenarios que enlazan la vida cotidiana de las personas (Zeisel, 2006). Barker (1968) define a la ciudad como un agregado de escenarios conductuales. Un escenario conductual es un lugar diseñado y equipado adecuadamente para permitir determinadas actividades sociales; es decir, un lugar y el comportamiento que ahí acontece se encuentran intrínsecamente asociados. En el caso de una ciudad, la conducta de los habitantes y las influencias culturales están muy vinculados; la conducta de cierta clase tiene lugar en cierto lugar físico o ambiente construido de la ciudad de acuerdo con lo estipulado por las concepciones, las costumbres, los valores y las creencias de la cultura (Mercado, Terán, & Landázuri, 2007).

Para Proshansky (1978), uno de los fundadores de la psicología ambiental contemporánea, la ciudad es una amplia colección de personas y actividades concentradas en una zona geográfica determinada y destinada a facilitar los aspectos de la vida humana que representan una sociedad organizada. Proshansky describe al ambiente urbano en términos de numerosas y variadas fuentes de placer, estrés, frustración, que se reflejan caleidoscopicamente en la cognición de las personas. Es decir, para el urbanita (habitante urbano) no existe una simple imagen de la ciudad, sino un patrón de imágenes interrelacionadas que guían y determinan las respuestas apropiadas del mundo físico (Sadalla & Stea, 1978). Ittelson (1978) examina la naturaleza de la experiencia urbana a través de la cognición y percepción ambiental.

Dentro de este marco, define al estudio de dicha experiencia como aquella que involucra tres aspectos: el análisis de la ciudad como fuente de información, los procesos psicológicos implicados en la extracción y la utilización de dicha información, y la fenomenología resultante de las variedades evocadas por la experiencia urbana. Continuando con el análisis psicológico de la ciudad, de acuerdo con Kaplan (1983), las nuevas formas de experiencia del espacio en la ciudad presentan múltiples síntomas de incompatibilidad entre el individuo y el ambiente. Ésta se produce por la contradicción entre las metas e intenciones de acción de los individuos y los recursos y posibilidades que ofrece el entorno urbano.

La presión de las condiciones ambientales se traduce entonces en una sintomatología compleja cuyas más importantes manifestaciones son el estrés ambiental, la activación, la sobrecarga informativa y el sentimiento de falta de control. Para algunos psicólogos, el estudio de las interrelaciones persona-ciudad comprende una relación particular frente a un escenario particular; por ejemplo, la influencia de la densidad residencial en los nexos sociales de un vecindario en particular. Para quienes acuden a una aproximación holística, retoman el estudio de la ciudad en términos de un sistema de lugares interdependientes en donde acontecen las transacciones persona-ambiente (Bonnes, Manetti, Sechiaroli, & Tanucci, 1990).

En este sentido, Zeisel (2006) concibe al ambiente citadino tomando en cuenta los niveles interdependientes: micronivel (viviendas individuales), nivel intermedio (vecindarios) y macronivel (ciudades). Otra aproximación más para la comprensión de las ciudades es la aportación de Moser (2012), quien caracteriza a las ciudades en términos de cinco dimensiones, tres de ellas de naturaleza psicosocial: a) física: edificios e infraestructura urbana; b) funcional: cada espacio construido tiene una función específica; c) cognitiva: los ambientes construidos proporcionan esquemas de comportamiento a seguir; d) afectiva: el medio ambiente como elicitador de emociones; y, e) social: la capacidad del ambiente para ser compatible con las necesidades de los individuos.

En esta concepción, se aprecia la relación entre el ambiente físico de las ciudades y la vinculación con las personas. En síntesis, para la psicología ambiental, las ciudades no son solamente escenarios delimitados geográficamente, sino espacios donde acontecen determinadas experiencias, percepciones y significados. Más que definir los parámetros de lo urbano, el centro de estudio de la psicología ambiental radica en explorar diversos aspectos de la vida urbana; esto es la experiencia de vida en la ciudad (Manzo, 2017).

Aproximación psicoambiental de temáticas urbanas

Las diversas aproximaciones que han existido en psicología ambiental constituyen una reflexión de la complejidad de las interrelaciones persona-ambiente (Gieseeking & Mangold, 2014; Manzo, 2017). En el presente escrito, algunas temáticas representativas de los estudios urbanos en el área psicoambiental serán abordadas a través del modelo de las tipologías transaccionales ambiente-persona propuesto por Stokols (1978). Bajo este modelo, se aborda el fenómeno de la transacción como el estudio de las relaciones dinámicas de los aspectos psicológicos y ambientales; se consideran éstas dentro de un contexto holístico, en el cual se asume que existe una interdependencia de contextos, factores temporales y eventos físicos y psicológicos (Altman & Rogoff, 1987).

Dicho esquema hace énfasis en cuatro procesos de transacción: orientación, operatividad, afectación y evaluación. El primero toma en cuenta que las personas tienden a orientarse frente a su entorno en términos de la información existente, así como de sus propias metas y expectativas. El segundo alude a que los individuos actúan sobre el entorno para satisfacer sus metas procurando mantener niveles adecuados de satisfacción y el tercero se refiere a que pueden ser afectados por diversas circunstancias ambientales. Por último, se propone que las personas también son capaces de evaluar la calidad del ambiente en función de la compatibilidad que éste le proporciona. Estos procesos ocurren a nivel individual, grupal y comunitario. Los procesos anteriores pueden ser categorizados en términos de dos dimensiones básicas: a) cognitiva o simbólica *vs.* conductual, y b) activa *vs.* reactiva. En su conjunto, estas dimensiones resultan en cuatro modos de transacción:

interpretativa, que involucra las representaciones cognitivas del ambiente físico; evaluativa, que considera algunas predisposiciones personales o estándares ambientales; operativa, que refiere al estudio comportamental de las personas respecto a su entorno; y responsiva, que incluye los efectos del escenario en el comportamiento humano y bienestar (Wicker, 1979). El cuadro 1 presentan los tipos de transacción relacionadas con las áreas de investigación psicoambiental y tópicos de investigación de interés en temáticas urbanas.

Las dimensiones aludidas en el modelo de Stokols destacan los procesos psicológicos y formas de conducta hacia el ambiente. Al retomarse una definición transaccional se pone en juego que es importante tomar en cuenta también el comportamiento ambiental como un todo, comprendiendo tanto los aspectos psicológicos como los sociales, físicos y temporales. Un ejemplo de lo anterior es el estudio de Werner (2003) sobre la implementación de un programa de educación ambiental para la reducción del uso y desperdicio de productos tóxicos en el hogar. En dicho estudio se tomó en cuenta el contexto físico (vivienda y vecindario) y social de ocurrencia de la conducta, sus aspectos temporales (mantenimiento de comportamientos proambientales a largo plazo) y los procesos psicológicos implicados (actitudes, normas) a modificar en el programa. En términos de la cognición ambiental, Heft (2013) plantea un abordaje transaccional de las influencias individuales (e.g. memoria, experiencia) y culturales (influencias culturales en la formación de relaciones espaciales) en la elaboración de mapas cognitivos (representaciones mentales de configuraciones espaciales) a lo largo del desarrollo de las personas.

De la misma forma, un tipo de transacción responsiva con el ambiente puede involucrar las cualidades del contexto sociofísico que inhiben o que promueven la conducta humana. Por ejemplo, Collado, Staats & Sorrel (2016) refieren un estudio sobre las variables personales y contextuales que influyen en la percepción del potencial restaurador de zonas rurales en población infantil. Aunque estas zonas representan espacios naturales a simple vista y que en apariencia podrían ser percibidas como restauradoras, resulta que ciertas influencias contextuales (llevar a cabo actividades de agricultura por los niños) pueden inhibir su potencial de restauración. El esquema de organización de Stokols (1978) es de utilidad para entender el impacto del ambiente en distintos procesos psicológicos básicos de transacción (incluyendo los componentes de ésta) con el entorno urbano. No debe olvidarse que estos procesos van de la mano también con la existencia de otras variables (e.g. sociodemográficas, situacionales, físicas, etc.) que en su conjunto son relevantes para tratar de entender los diversos retos relacionados con los problemas urbanos contemporáneos. El lector interesado en conocer un repertorio más amplio de los problemas de la ciudad y su abordaje comportamental puede consultar el reporte de la Asociación Psicológica Americana sobre psicología urbana (APA, 2005) así como algunas de las revistas de mayor visibilidad en psicología ambiental: *Journal of Environmental Psychology* y *Environment and Behavior*.

Cuadro 1. Tipos de transacción y áreas de influencia del abordaje psicoambiental de algunas temáticas urbanas

Tipo de transacción	Áreas de investigación	Tópicos generales de investigación	Ejemplos de temas urbanos asociados
Interpretativa	Representaciones cognitivas del ambiente físico	Mapas cognitivos, descripciones ambientales, semejanzas entre situaciones juzgadas por los sujetos, etc.	Estructura de los mapas cognitivos urbanos (Aragones, & Arredondo, 1985).
		Relaciones entre personalidad y ambiente: se intenta relacionar variables de los sujetos (rasgos, valores, estilos cognitivos) con aspectos específicos ambientales (preferencias geográficas, juicios de calidad ambiental, elección de lugares de ocio).	Memoria topográfica en la ciudad (Campbell, Hepner, & Miller, 2014). Colectivismo e identificación urbana (Rubin, et al., 2017). Satisfacción residencial urbana y personalidad (Oshio & Urakawa, 2012).
Evaluativa	Actitudes ambientales	Atributos ambientales, disposiciones cognitivas, etc.	Apego, identificación y percepción ambiental urbana (Rollero & De Piccoli, 2010). Influencias culturales en las actitudes ambientales (Sarigöllü, 2008).
	Evaluación ambiental	Percepción ambiental.	Percepción ambiental de escenarios urbanos (Ittelson, 1978) Evaluación de la calidad residencial urbana (Zube, Vinning, Charles, & Bechtel, 1985).
Tipo de transacción	Áreas de investigación	Tópicos generales de investigación	Ejemplos de temas urbanos asociados
Operativa	Análisis experimental de conductas ecológicamente relevantes	Comportamientos proambientales	Aquellas relacionadas con ahorros energéticos de agua, limpieza en la ciudad u otros lugares
	Proxémica	Conducta espacial humana.	Comportamientos de reciclaje (Schultz, Oskamp, & Mainieri, 1995). Regulación de la privacidad y hacinamiento (Robson, 2008).
Responsiva	Impacto del ambiente físico	Estrés ambiental	Estresores urbanos (Moser, 1988). Restauración psicológica ambiental (Ulrich, et al., 1991).
	Psicología ecológica	Escenarios conductuales	Densidad residencial (Wiesenfeld, 1987). Efectos de la interdependencia de los escenarios en la conducta y bienestar humano (Von Lindern, 2017).

Fuente: elaboración propia.

Métodos para el estudio psicoambiental de la ciudad

La psicología ambiental es una ciencia empírica, es decir, se fundamenta en investigación cuyas hipótesis son puestas a prueba usando diversas observaciones (Abrahamse, Schultz, & Steg, 2016). Tres diseños de investigación suelen emplearse de forma predominante en el área: experimentales, cuasi experimentales y correlacionales. Un diseño experimental incluye la variación sistemática de una o más variables independientes y se caracteriza por la asignación aleatoria de los participantes a una serie de condiciones o grupos. En un diseño cuasi experimental, una o más variables independientes varían sistemáticamente, pero no existe asignación aleatoria de los participantes a las condiciones experimentales.

Un estudio que emplea un diseño correlacional describe la relación entre la variable independiente y dependiente sin una variación sistemática de estas variables o asignación aleatoria de los participantes (Pelham & Blanton, 2007). Diferentes técnicas de evaluación psicoambiental caracterizan la investigación en el área. Entre ellas las de evaluación observacional, mapeo conductual, recolección de información a través de encuestas, evaluación de actitudes ambientales y de evaluación de respuestas psicofisiológicas (Parsons & Tassinary, 2002).

De manera reciente, destaca el interés del uso de la metodología neurocientífica para documentar fenómenos perceptuales asociados a la percepción ambiental y procesos psicológicos subyacentes (e.g. Gould van Praag *et al.*, 2017; Martínez-Soto, Gonzales-Santos, Pasaye, & Barrios, 2013, Williams *et al.*, 2018).

El cuadro 2 ilustra el abanico y la diversidad de métodos y técnicas de evaluación psicoambiental y se observa el empleo de algunas metodologías cualitativas. Asimismo, como se advierte en la tabla, los psicólogos ambientales emplean un amplio repertorio de métodos que van desde diseños cuasiexperimentales hasta el empleo de sistemas de información geográfica (GIS), y del uso de encuestas y entrevistas fenomenológicas. Estos métodos proporcionan la flexibilidad necesaria para estudiar los fenómenos urbanos, los cuales en sí son por naturaleza complejos y diversos (Manzo, 2017).

Cuadro 2. Métodos de investigación en psicología ambiental

Método	Definición	Tipologías de técnicas	Ejemplos de medición	Técnicas/tecnologías empleadas
Observacional	Se parte de la observación como la recepción de información a través de uno de los cinco sentidos humanos.	Directa: requiere que los investigadores aprendan sobre las interacciones persona ambiente empleando alguno de los cinco sentidos.	Medición de características físicas del ambiente: olor, temperatura, sonido, etc.	Mapas conductuales (Ittelson, Rivlin, & Proshansky, 1970) Registros activados electrónicamente (Mehl & Pennebaker, 2003)
		Indirecta: involucra el empleo de diarios personales, informantes clave, etc.	El registro de interacción de Rochester (Wheeler & Neale, 1977), Inventarios de Conducta Social (Moskowitz, 1994).	
		Activa: puede ocurrir en condiciones de laboratorio o de o en situaciones de campo. Busca establecer relaciones de causalidad entre los comportamientos de las personas dado un escenario determinado.	Observar los usuarios de un parque en una condición de señalamientos o sin señalamientos para ver si esta variación incide en las conductas de consumo de cigarrillos.	
		Pasiva: observación naturalista, escenario natural del comportamiento; no requiere la intención de interferir con alguna conducta.	Observar las personas dentro de un espacio realizando ciertas actividades.	
Método	Definición	Tipologías de técnicas	Ejemplos de medición	Técnicas/tecnologías empleadas
Mapas conductuales	Técnica para el registro sistemático de los comportamientos y movimientos de las personas en determinados lugares	Centrados en los lugares: muestra la ubicación de las personas en escenarios específicos dentro de un tiempo y actividades particulares.	Se busca evaluar el uso de un área en particular (e.g. cafetería).	GPS, smartphones, y otras tecnologías portátiles para el registro y rastreo de conductas (Oswald et al., 2010, Simpson, 2007).
		Centrados en las personas: registro de los movimientos y actividades en un escenario o escenarios a lo largo del tiempo.	Se desea saber acerca de las actividades de algún grupo o personas en particular en relación con algún lugar o tiempo.	
Encuestas	Método para la recolección de auto reportes de datos relacionados con valores actitudes, creencias y conductas.	Transversales	Documentar la prevalencia de valores, actitudes, creencias o conductas en una población, comparar estas variables entre grupos, y/o investigar la asociación entre estas variables.	Cuestionarios con respuestas cerradas o abiertas
		Encuestas transversales repetidas	Evalúan los cambios en el tiempo de una variable (e.g. estado de la economía) dentro de una población que esta asociada con cambios en otras variables (e.g. preocupación ambiental).	
Método	Definición	Tipologías de técnicas	Ejemplos de medición	Técnicas/tecnologías empleadas
Encuestas	Método para la recolección de auto reportes de datos relacionados con valores actitudes, creencias y conductas.	Panel	Cómo es que los participantes cambian a lo largo del tiempo, y si estos cambios en ciertas variables están asociados con los cambios en otras variables.	Entrevistas y cuestionarios
			Actitudes relacionadas con espacios construidos, (e.g. Escala de Molestias Ambientales Percibidas en sitios urbanos; Robin, Matheu, Ploce, & Couty, 2007).	
Evaluación de actitudes ambientales	Tendencias psicológicas a evaluar el ambiente tanto natural como construido con algún grado de agrado o desagrado.	Pueden ser mediciones explícitas (e.g. escalas) e implícitas (e.g. registros fisiológicos)	Actitudes relacionadas con espacios construidos, (e.g. Escala de Molestias Ambientales Percibidas en sitios urbanos; Robin, Matheu, Ploce, & Couty, 2007).	Entrevistas y cuestionarios
Evaluación Post ocupacional	Una evaluación ambiental de un espacio previamente desocupado. Se refiere a la evaluación sistemática de uno o más espacios ocupados (recientemente utilizados).	Comparativa: realiza comparaciones entre escenarios con el propósito de crear normas o para el entendimiento de los cambios en la operación antes y después de que se implemente un nuevo diseño.	Evaluación de la funcionalidad, efectividad, eficiencia, controlabilidad, satisfacción y confort. Su aplicabilidad varía desde una simple unidad/ edificio hasta un vecindario. Evaluación de la iluminación confort térmico, niveles de ruido, y calidad del aire en la percepción de los ocupantes de hospitales y escuelas primarias (De Guilí, Zecchin, Salmaso, Coraín, & De Carli, 2012).	Requiere el empleo de métodos objetivos, tales como cuestionarios estandarizados. Métodos estandarizados. Observación informal Mapas conductuales
Método	Definición	Tipologías de técnicas	Ejemplos de medición	Técnicas/tecnologías empleadas
Evaluación Post ocupacional		Generativa: identifica problemas para soluciones y mejora.		Utiliza técnicas más flexibles y abiertas (e.g. cuestionarios abiertos).
Basado en la teoría fundamentada	Considera que las experiencias y situaciones específicas dentro del mundo real son fuente de conceptos teóricos robustos, de estructuras y esquemas conceptuales más amplios (Gordon-Finlayson, 2010)	Muestreo teórico: los participantes son seleccionados progresivamente para examinar los patrones y temas implicados en los datos que están siendo analizados	Se pretende examinar las experiencias de las personas dentro del mundo real, considerando los lugares, situaciones y significados, pretendiendo con ello facilitar de forma inductiva un retrato integrado de aquellas experiencias, lugares, situaciones y significados	Entrevistas formales, informales.
Basados en la fenomenología	Refiere un esfuerzo por describir la experiencia humana, situaciones y significados a profundidad.	Análisis fenomenológico en primera persona: es el mismo investigador quien usa su propia experiencia con el fenómeno en cuestión como base para examinar sus características específicas y cualidades	En el dominio ambiental esto implica el análisis de las experiencias del lugar, la personificación ambiental, encuentros intensos con la naturaleza. Análisis de las experiencias de un contexto particular (e.g. vecindario), actividades y eventos.	Mapas narrativos, una combinación de dibujos, y entrevistas en profundidad, biográficas y cuestionarios abiertos

Fuente: elaboración propia con datos de Gifford (2016).

Comentarios finales

Los seres humanos han pasado miles de años habitando en ambientes naturales y menos de 0.4% de su existencia en el planeta ha acontecido en entornos urbanos (Davis, 1995; Gullone, 2000; Takooshian, 2005). Esta rápida transición y expansión ha sido vista como uno de los alcances más significativos en el desarrollo de las especies (Sadalla, & Stea, 1978), siendo el siglo XXI una época sin precedentes para el crecimiento poblacional urbano.

A diferencia de otras áreas disciplinarias, la psicología ambiental se ha presentado como un área de estudio joven frente a los problemas urbanos emergentes (Fernández & Vidal, 2008; Stokols, 1995). Pese a lo anterior, existen preocupaciones recientes sobre el poco entusiasmo de la psicología para el abordaje de temáticas ambientales y urbanas (Oishi & Graham, 2010; Stokols, 1995; Takooshian, 2005).

Desde la psicología ambiental no existe una forma única de definir a la ciudad (Fernández & Vidal, 2008), como tampoco hay una manera simple de definir a un ambiente. Es decir, un escenario puede definirse tanto en función de sus cualidades percibidas (psicológicas o subjetivas) como en términos de ciertos atributos físicos (objetivos) (Canter, 1977). Ya sea mediante el estudio de las conductas respecto a los espacios urbanos (aproximación centrada en el lugar) o a través del rol de la identificación de las categorías especiales de ambientes urbanos (centrada en las personas) podría considerarse que una aproximación psicoambiental para el estudio de la ciudad comprende en su conjunto las diversas facetas funcionales y de interacción de los escenarios físicos (geográficos) del comportamiento, los procesos psicológicos (e.g. percepción y cognición ambiental, afecto) y socioculturales de transacción con el entorno que median la relación entre el ambiente y sus efectos individuales y colectivo a lo largo del tiempo (Werner, Brown & Altman, 2002).

Hoy en día pueden observarse algunos efectos adversos de la urbanización caótica y descontrolada en sectores de la población menos favorecidos: pobre calidad de vivienda, sistemas sanitarios deplorables, problemas de hacinamiento, escasez de áreas verdes urbanas y desde el punto de vista social un incremento en la criminalidad, delincuencia juvenil, violencia, explotación sexual, suicidios, depresión e incremento en el número de divorcios (Funmilayo, 2012; Gold, 2002; Helbich, *et al.*, 2017; Marques, & Lima, 2011; Nor, Corstanje, Harris, & Brewer, 2017), sin olvidar también su impacto en la biodiversidad, el funcionamiento de los ecosistemas urbanos (Pena *et al.*, 2017). Partiendo de una perspectiva de sustentabilidad, la psicología ambiental y disciplinas asociadas tendrán en común el desarrollo de una agenda compartida para la atención y entendimiento de dichos problemas y la promoción de aspectos positivos de las ciudades asociados a una mejor calidad de vida (Kirst, Schaefer, Hwang, & O'Campo, 2011).

Una mirada psicoambiental al estudio de la ciudad hace suyo el empleo de diferentes metodologías y técnicas provenientes de varias disciplinas científicas. Esta diversidad es tan robusta como la necesidad de entender el comportamiento humano asociado a numerosos problemas de la vida urbana.

Referencias

- Abrahamse, W., Schulz, P. W., & Steg, L. (2016). Research designs for environmental psychology: Research Methods for Environmental Psychology. In R. Gifford (Ed.), *Research Methods for Environmental Psychology*, 53-71. USA: Wiley-Blackwell.
- Altman, I. & Rogoff, B. (1987). World views in psychology: trait, interactional, organismic and transactional perspectives. In D. Stokols and I. Altman (Eds.), *Handbook of Environmental Psychology*, 7-40. USA: John Wiley & Sons.
- APA (2005). *Task Force on Urban Psychology, Toward an Urban Psychology: Research, Action, and Policy*. Washington D.C.: American Psychological Association. Recuperado de <https://www.apa.org/pi/ses/resources/publications/urban-taskforce.pdf>
- Barker, R. (1968). *Ecological Psychology: concepts and methods for studying the environment of human behavior*. Stanford: Stanford University Press.
- Bonnes, M., Manetti, L., Sechiaroli, G., & Tanucci, G. (1990). The city as a multiplace system: an analysis of people-urban environment transactions. *Journal of Environmental Psychology*, 10, 37-65. [https://doi.org/10.1016/S0272-4944\(05\)80023-4](https://doi.org/10.1016/S0272-4944(05)80023-4)
- Bonnes, M., & Bonaiauto, M. (2002). Environmental Psychology: From spatial physical environment to sustainable development. En R. Bechtel & A. Churchman (Eds.), *Handbook of Environmental Psychology*, 28-54. New York: Wiley.
- Canter, D. (1977). *Psychology of place*. London: Architectural Press.
- Canter, D. (2016). Revealing the conceptual systems of places. In R. Gifford (Ed.), *Research Methods for Environmental Psychology*. 137-159. London: Wiley Blackwell.
- Craik, K., & Zube, E. (1976). *Perceiving environmental quality: research and application*. New York: Plenum Press.
- Collado, S., Staats, H., & Sorrel, M. A. (2016). A relational model of perceived restorativeness: Intertwined effects of obligations, familiarity, security and parental supervision. *Journal of Environmental Psychology*, 48, 24-32. doi:10.1016/j.jenvp.2016.08.004
- Davis, K. (1955). The Origin and Growth of Urbanization in the World. *American Journal of Sociology*, 60, 429-437.
- De Groot, I. (1967). Trends in public attitudes toward air pollution. *Journal of the Air Pollution Control Association*, 17, 679-681. <https://doi.org/10.1080/00022470.1967.10469056>
- Fernández, B., & Vidal, T. (2008). *Psicología de la Ciudad*. Barcelona: Editorial UOC.

- Funmilayo, A. (2012). Urbanization, housing quality and environmental degeneration in Nigeria. *Journal of Geography and Regional Planning*, 5(16), 422-429. doi: 10.5897/JGRP12.060
- Gieseeking, J., & Mangold, W. (2014). *The people, place and space reader*. New York: Routledge.
- Gifford, R. (2016). *Research Methods for Environmental Psychology*. London: Wiley Blackwell.
- Glass, D. C., & Singer, J. E. (1972). *Urban stress: Experiments on noise and social stressors*. New York: Academic Press.
- Gold, H. (2002). *Urban Life and Society*. New Jersey: Prentice Hall.
- Gould van Praag, C., Garfinkel, S., Sparaci, O., Mees, A., Philippides, A., Ware, M., Ottaviani, C., & Critchley, H. (2017). Mind-Wandering and Alterations to Default Mode Network Connectivity When Listening to Naturalistic versus Artificial Sounds. *Scientific Reports*, 7, 45273. doi: 10.1038/srep45273
- Griffit, W., & Veitch, R. (1971). Hot and crowded: Influence of population density and temperature on interpersonal affective behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 17(1), 92-98. doi:10.1037/h0030458
- Griffiths, I., & Langdon, F. (1968). Subjective response to road traffic noise. *Journal of Sound and Vibration*, 8, 16-32. [https://doi.org/10.1016/0022-460X\(68\)90191-0](https://doi.org/10.1016/0022-460X(68)90191-0)
- Gullone, E. (2000). The biophilia hypothesis and life in the 21st century: Increasing mental health or increasing pathology? *Journal of Happiness Studies*, 1, 293-321. <https://doi.org/10.1023/A:101004382>
- Hall, T. (1966). *The hidden dimension*. New York: Doubleday.
- Heft, H. (2013). Environment, cognition, and culture: Reconsidering the cognitive map. *Journal of Environmental Psychology*, 33, 14-25. doi:10.1016/j.jenvp.2012.09.002
- Hauser, P., & Schnore, L. (eds.). (1965). *The Study of Urbanization*. New York: Wiley.
- Helbich, M., Blüml, V., de Jong, T., Plener, P. L., Kwan, M.-P., & Kapusta, N. D. (2017). Urban-rural inequalities in suicide mortality: a comparison of urbanicity indicators. *International Journal of Health Geographics*, 16, 39. <http://doi.org/10.1186/s12942-017-0112-x>
- Hutter, M. (2016). *Experiencing cities*. New York: Taylor and Francis.
- Ittelson, W. (1978). Environmental Perception and Urban Experience. *Environment and Behavior*, 10(2), 193-213. <https://doi.org/10.1177/0013916578102004>
- Kaplan, S. (1983). A Model of Person-Environment Compatibility. *Environment and Behavior*, 3(15), 311-332. <https://doi.org/10.1177/0013916583153003>
- Kirst, M., Schaefer, N., Hwang, S., & O'Campo, P. (2011). *Converging Disciplines A Transdisciplinary Research Approach to Urban Health Problems*. New York: Springer.
- Lindvall, T. (1970). On sensory evaluation of odorous air pollution intensities. *Nordisk Hygienisk Tidskrift*, 2, 1-181.
- Lynch, K. (1965). The City as Environment. *Scientific American*, 213(3), 209-221.

- Manzo, L. (2017). Environmental Psychology. Views of the urban from environmental psychology. En D. Iossifova, C. Doll., A. Gasparatos (Eds.), *Defining the Urban: Interdisciplinary and professional perspectives*, 84-93. London: Routledge.
- Marques, S., & Lima, M. L. (2011). Living in grey areas: Industrial activity and psychological health. *Journal of Environmental Psychology*, 31(4), 314-322. <http://dx.doi.org/10.1016/j.jenvp.2010.12.002>
- Martínez-Soto, J., Gonzales-Santos, L., Pasaye, E., & Barrios, F. (2013). Exploration of neural correlates of restorative environment exposure through functional magnetic resonance. *Intelligent Buildings International*, 5, 10-28. <https://doi.org/10.1080/17508975.2013.807765>
- Mercado, S., Terán A., & Landázuri, A. (2007). La ciudad: un análisis teórico desde la psicología ambiental. *Psicología para América Latina*, (10). Recuperado de: http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-350X2007000200002&lng=pt&tlng=es.
- Milgram, S. (1970). The experience of living in cities. *Science*, 167, 1461-1468. doi: 10.1126/science.167.3924.1461
- Moser, G. (2012). Cities. En S. Clayton (Ed.), *The Oxford Handbook of Environmental and Conservation Psychology* (pp. 203-220). UK: Oxford University Press.
- Myers, G. (2001). Some issues to consider in the role of psychology in conservation. *Population and Environmental Psychology Bulletin*, 27(2), 2-4.
- Newman, J., & McCauley, C. (1977). Eye contact with strangers in city, suburb and small town. *Environment and Behavior*, 9(4), 547-558. <https://doi.org/10.1177/001391657794006>
- Nor, A., Corstanje, R., Harris, J., & Brewer, T. (2017). Impact of rapid urban expansion on green space structure. *Ecological Indicators*, 81, 274-284. <https://doi.org/10.1016/j.ecolind.2017.05.031>
- Oishi, S., & Graham, J. (2010). Social Ecology. *Perspectives on Psychological Science*, 5(4), 356-377. doi:10.1177/1745691610374588
- Parsons, R., & Tassinary, L. (2002). Environmental psychophysiology. En R. Bechtel & A. Churchman (Eds.), *Handbook of environmental psychology* (pp. 172-190). New York: Wiley & Sons.
- Pelham, B., & Blanton, T. (2007). *Conducting research in psychology: Measuring the weight of smoke*. Belmont: Wadsworth/Thomson Learning
- Pena J., Martello, F., Ribeiro, M.C., Armitage, R.A., Young, R.J., & Rodrigues, M. (2017). Street trees reduce the negative effects of urbanization on birds. *PLoS ONE*, 12(3). e0174484. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0174484>
- Pol, E. (2006). Blueprints for a History of Environmental Psychology (I): From First Birth to American Transition. *Medio Ambiente y Comportamiento Humano*, 7(2), 95.113.
- Population Reference Bureau (2014). *Human Population: Urbanization*. Retrieved from: <http://www.prb.org/Publications/Lesson-Plans/HumanPopulation/Urbanization.aspx>
- Proshansky, H. M. (1978). The city and self-identity. *Environment and Behavior*, 10(2), 147-169. <http://dx.doi.org/10.1177/0013916578102002>

- Sadalla, E. K., & Stea, D. (1978). Approaches to a Psychology of Urban Life. *Environment and Behavior*, 10(2), 139-146. doi:10.1177/0013916578102001
- Science Daily. (2007). *Mayday 23: World Population Becomes More Urban than Rural* (May 25). Recuperado de <http://www.sciencedaily.com/releases/2007/05/070525000642.htm>
- Simmel, G. (1995). The Metropolis and Mental Life. in Philip Kasinitz (ed.), *Metropolis: Center and Symbol of Our Times*, 30-45, New York: New York University Press.
- Steg, L., van den Berg, A. E., & de Groot, J. I. M. (2013). *Environmental Psychology: An Introduction*. Chichester, U. K.: Wiley-Blackwell.
- Stokols, D. (1978). Environmental Psychology. *Annual Review of Psychology*, 29, 253-295. <https://doi.org/10.1146/annurev.ps.29.020178.001345>
- Stokols, D. (1995). The paradox of Environmental Psychology. *American Psychologist*, 50, 821-837. <http://dx.doi.org/10.1037/0003-066X.50.10.821>
- Takooshian, H. (2005). Urban psychology: Its history and current status. *Journal of Social Distress and the Homeless*, 14, 1-2, 3-11. <https://doi.org/10.1179/105307805807066310>
- United Nations (2014). *World Urbanization Prospects: The 2014 Revision, Highlights* (ST/ESA/ SER.A/352). Department of Economic and Social Affairs, Population Division. Recuperado de <http://esa.un.org/unpd/wup/Highlights/WUP2014-Highlights.pdf>
- Werner, C. M. (2003). Changing homeowners' use of toxic household products: a transactional approach. *Journal of Environmental Psychology*, 23(1), 33-45. doi:10.1016/s0272-4944(02)00085-3
- Werner, C., Brown, B. & Altman, I. (2002). Transactionally oriented research: Examples and strategies. En R. Bechtel & A. Churchman (Eds.), *Handbook of environmental psychology* (203-221). New York: Wiley.
- Wicker, A. (1979). *An introduction to ecological psychology*. Monterrey: Brooks-Cole.
- Williams, K., Lee, K., Hartig, T., Sargent, L., Williams, N., & Johnson, K. (2018). Conceptualizing creativity benefits of nature experience: Attention restoration and mind wandering as complementary processes. *Journal of Environmental Psychology* 59, 36-45. <https://doi.org/10.1016/j.jenvp.2018.08.005>
- Wirth, L. (1938). Urbanism and the American way of life. *American Journal of Sociology*, 44, 1-24.
- Zeisel, J. (2006). *Inquiry by design: environment/behavior/neuroscience in architecture, interiors, landscape and planning*. New York: W.W. Norton.

Filosofía y ciudad. Aproximaciones al momento inaugural de una relación persistente

Philosophy and city. Approximations to the inaugural moment of a persistent relationship

Diego Eduardo Guzmán-Sandoval
Universidad de Guanajuato, México
Correo electrónico: dguzsan@gmail.com

Recibido: octubre 26 de 2018

Aceptado: marzo 19 de 2019

Resumen

Este artículo explora los ineludibles vínculos que hay en la relación filosofía y ciudad. Nos limitamos a elaborar una aproximación a lo que llamaremos momento inaugural, a partir del cual esta relación puede dilucidarse. A modo de establecer coordenadas básicas para desarrollar este emprendimiento, planteamos dos preguntas elementales: ¿qué rol cumple la ciudad en el discurso filosófico? y ¿cómo se vuelve la ciudad un objeto de indagación para la filosofía? Quizá, al discurrir en torno a ambas cuestiones podremos problematizar este vínculo.

Palabras clave: filosofía, ciudad, *agon*, territorio, espacio formativo.

Abstract

This paper explores the inescapable link between philosophy and city. Limiting ourselves to elaborate an approximation which we will call the inaugural moment from where this relationship can be elucidated. To establish basic coordinates to develop this endeavor, we pose two elementary questions: First: What role does the city play in the philosophical discourse? Second: How does the city become an object of inquiry for philosophy? Perhaps, when discussing both issues we can problematize this link.

Keywords: philosophy, city, *agon*, territory, formative space.

Introducción

“Los filósofos son extranjeros pero la filosofía es griega”.
Gilles Deleuze y Félix Guattari

Resulta sumamente complejo hacer inteligibles y escudriñar cada uno de los aspectos que pueden involucrar vínculos entre la filosofía y la ciudad. Es una tarea posible, pero tan complicada como la de tratar de salir de un complejo laberinto. Por ello, este artículo sólo identifica algunos de los vínculos que pueden hallarse al momento de plantear esta relación, limitándonos a elaborar una aproximación alrededor de lo que definiríamos como el acontecimiento inaugural a través del cual esta relación puede dilucidarse. Por esa razón, a modo de establecer coordenadas básicas para desarrollar este emprendimiento, planteamos dos preguntas muy elementales; primero, ¿qué rol cumple la ciudad en el discursar filosófico?, y segundo, ¿cómo se vuelve la ciudad un objeto de indagación para la filosofía?

Se intenta reflexionar sobre el vínculo ciudad y filosofía sosteniendo que entre ellas hay una relación persistente. Tal intento, sin embargo, implica desarrollar el marco de dicha relación. Por ende, se proyecta un objetivo general: indagar una serie de concepciones que nos hacen intuir entre ellas un fondo común ineludible. Esto deberemos exponerlo a la luz de diferentes aproximaciones filosóficas que ponen a la ciudad no solamente como objeto de indagación, sino como condición *sine qua non* del ejercicio filosófico. Por ese motivo, se busca estructurar una argumentación partiendo del desarrollo de dos aspectos específicos que a continuación resumimos. Esta síntesis debe ser concebida como el orden de proceder que seguirá el texto.

Primero, es necesario plantearnos la cuestión ¿qué es la filosofía? Bajo el propósito de designar un sentido para esta práctica, inevitablemente tendremos que poner de relieve en dónde se despliega, es decir, cuál es su espacialidad y sus escenarios. Segundo, ¿es posible ver a la ciudad en la producción conceptual de la o las filosofías? Afirmaremos que sí, pero a condición de un trabajo crítico que no se culmina en este texto, sino que apenas se inicia como problema. Para pensar esta relación, debemos sugerir que es preciso dejar de ver a la ciudad sólo como un espacio edificado, es decir, como un espacio físico en donde intervienen constantemente proyectos urbanísticos y arquitectónicos que orientan el curso de su configuración. Estando aquí de acuerdo con lo propuesto por Peter Sloterdijk (2003), es preciso pensar a la ciudad como un entorno en el que se crean y se recrean las sociabilidades, como una condición adquirida e incorporada por sus habitantes.

En suma, deberemos entender a la ciudad como un espacio formativo, como concreción de lo social y lo histórico. Un complejo dispositivo abierto a las contingencias históricas que reúne y relaciona una gama diversa de elementos. Por último, resumiendo los hallazgos que se derivan de este artículo, habría que señalar que, si bien nuestro tratamiento presenta de modo parcial la configuración de esta relación primaria anclada a la historia del pensamiento occidental, sería fundamental concebir a la ciudad como un espacio formativo, donde las sociabilidades puedan interiorizar normas de convivencia ceñidas a un escenario de diversidad y mayor igualdad. Formas de filiación y competencia

que aquí asimilamos a ese principio griego: el *agon*, que es un espacio de cultivo de agenciamientos donde tanto la fuerza como la expresión misma del juego y del pensamiento posibilitan la afirmación de los individuos.

La ciudad un intento de definición preliminar

Es preciso ampliar al máximo la definición de la ciudad; para ello, retomaremos la teoría de las esferas de Peter Sloterdijk, a fin de advertir a la ciudad como un habitáculo o espacio de resonancia, en donde los individuos se correlacionan y se provocan entre ellos, y se gestan sistemas de inmunidad en ejercicio y múltiples relaciones que constituyen grupos o filiaciones en donde se descubre un espacio desplegado hacia el exterior conformando un ambiente, pero igualmente hacia el interior, formando un espacio anímico. Para decirlo en otros términos, un espacio de identificación. Como sugiere el filósofo alemán, fiel a su estilo y a sus concepciones:

...hay un aspecto del estar-aquí de cualquier grupo en su lugar que escapa tanto a los cartógrafos y a los registradores de la propiedad, como a los sociólogos de campo: dado que los conjuntos humanos son de por sí *magnitudes uterotécnicas o autocobijantes*, nunca ocupan simplemente un sector en un espacio físico o jurídico dado, sino que son ellos mismos los que, como *esfera propia de relación y animación*, crean el espacio que habitan. Da igual a dónde lleguen, dónde se instalen: siempre tienen a mano su capacidad de crear por sí mismos su peculiar espacio interior y el ambiente general de éste (Sloterdijk, 2003).¹

Al vislumbrar este aspecto, queda advertida la imagen conceptual que la ciudad posee dentro de ciertas reflexiones filosóficas, en la medida en que se vuelve un espacio de estímulos y de resonancias de estados de ánimo. Un dispositivo que condensa y emplaza los modos de habitar. Esta idea converge con aquellas visiones que entienden a la filosofía como un modo de vida. Abundaremos estos aspectos a lo largo de los siguientes pasajes.

La filosofía y su espacialidad: la *polis* como espacio anímico

"La ciudad ha servido como foco para la vida social activa, para el conflicto y el juego de intereses, para la experiencia de la posibilidad humana, durante la mayor parte de la historia del hombre civilizado. Pero precisamente esa posibilidad civilizada se encuentra hoy adormecida" *Richard Sennet*

Hace algún tiempo, Henri Lefebvre sentenció que sin ciudad no hay filosofía. Llama profundamente la atención el acento que pone el filósofo francés en esta relación. Sin afán de desdeñar un sin número de planteamientos hechos alrededor de esta relación, no sólo desde el horizonte de la filosofía, sino desde otras disciplinas prestas a un ejercicio de reflexión en torno a lo que representa habitar los escenarios urbanos, para nosotros resultaría adecuado desarrollar un examen crítico de esta afirmación desanudando sus implicancias más relevantes.

¹ Cursivas propias.

Comentábamos que nuestro propósito descansa en cómo plantear la relación primaria entre filosofía y ciudad. Asumiendo esta tarea, podemos comenzar con otra interrogante no menos compleja que nos orilla a un fuerte discernimiento: ¿qué es la filosofía? No nos atreveremos a dar una definición o a expresar una fórmula sintetizada. Nuestro ejercicio se limita a bosquejar un acercamiento a esta pregunta como si nos encontráramos en la necesidad de ubicarnos en una ciudad desconocida con el apoyo de un mapa para llegar a un destino que, por igual, deberemos recorrer y explorar, dejándonos sorprender por sus paisajes y su arquitectura bajo el propósito de contemplar la totalidad caótica de toda su puesta en escena y de su acontecer.

Entre el acto filosófico y el paseo interesado y expectante por la ciudad –ya sea ésta originaria o foránea– hay un primer guiño de complicidad; ambos se ven impulsados por una curiosidad intrigante, una sensación de extrañamiento. Sin embargo, no podemos limitar a la filosofía e, incluso a la travesía por un lugar –desconocido o por conocer– a un mero ímpetu de curiosidad y asombro. Estos afectos o impulsos se direccionan dentro de un espacio inmenso y bullicioso que se detiene en ciertos puntos tras la búsqueda de un sentido de localización y desprenden preguntas de sus travesías; asimismo, trazan el recorrido elaborado, prefiguran el itinerario por desarrollar y lo convierten en una cartografía, en un plano de reconocimiento. Desde esta perspectiva, se puede desglosar la idea de que pensar filosóficamente es un direccionarse o conducirse. Estaríamos de acuerdo en afianzar esta analogía con la imagen que Gilles Deleuze y Félix Guattari construyen sobre la labor del pensamiento en donde explicitan el papel de la filosofía:

Lo que define al pensamiento, las tres grandes formas del pensamiento, el arte, la ciencia y la filosofía, es afrontar siempre el caos, establecer un plano sobre el caos. Pero la filosofía pretende salvar lo infinito dándole consistencia: traza un plano de inmanencia, que lleva a lo infinito acontecimientos o conceptos consistentes, por efecto de la acción de los personajes conceptuales (Deleuze y Guattari, 2013).

Si el filósofo es el pensador de la totalidad y lo infinito, es porque efectúa su labor dentro de un emplazamiento totalizante y caótico, igual de semejante al de una inmensa ciudad y el pasmo de quien deambula en ella a través de sus calles envueltas de historia y símbolos. El filósofo traza allí un perímetro que se convierte en su campo de experimentación y direccionamiento. Como sugiere Jean Pierre Vernant (1992) a propósito del origen del pensamiento filosófico griego, éste sirve como plano de inmanencia del orden en un medio que acomete un acto de escisión sobre lo caótico, a la manera de un plano, de un trazo geométrico, de una arquitectura a través de la cual se intenta fijar un ordenamiento.

Podemos decir que la filosofía es una tarea cósmica en el sentido de que es el intento de establecer todo tipo de dimensionamientos, trazos de formas y cortes. No obstante, su territorio es, sin duda, el pensamiento, o quizá con mayor precisión es el concepto. A la par, dentro de esta singular espacialidad, está presente con persistencia la puesta en práctica. Por ello, entendamos a la filosofía como una práctica que estimula la voluntad de pensamiento ejercitándola.

Esta analogía apenas nos ha acercado a un ligero entendimiento de esta relación. No obstante, podríamos partir de un acontecimiento inaugural, por lo menos desde las coordenadas del pensamiento occidental, desde el cual sería posible vislumbrar a la filosofía como un hacer vivencial, fundado en un intento constante de preguntarse sobre los aspectos más ignotos, no sólo de la condición humana, sino de la existencia misma. La filosofía no sólo es este acompañamiento del saber en la misión de atrapar lo esencial de forma metódica y rigurosa, sino es igualmente una tarea –una praxis– que no está desvinculada de la necesidad tanto política como ética de constituir una espacialidad de valores, capaz de forjar a los hombres. De aquí se puede sostener la tesis que, desde cualquier ángulo, la filosofía en su despliegue práctico es una espacialidad formativa: una forma de vida.

Considerando válida esta interpretación, se trataría de una espacialidad que detona el encuentro entre iguales, es decir, entre sujetos que se afirman a sí mismos ante los otros. En este momento fundacional, podemos hacer alusión a la emergente necesidad de una dimensión que promocióne y difunda este ejercicio, un medio de inmanencia. Sin duda, un aspecto concreto que ilustra lo dicho es la escuela filosófica, entendida como una forma de gimnasio. Eran espacios fundamentales para la república helénica, donde se preparaba física e intelectualmente a los jóvenes; habitáculos reservados para quienes pretenden comprometerse con el saber; espacios erigidos como centros de enseñanza y creación de conocimiento, en donde los ciudadanos ejemplares encontraban un sepulcro. El gimnasio preparaba a los ciudadanos para presentarse en el espacio público. No podemos desdeñar la centralidad de este fin.

Debemos como tal disertar en torno a esta dimensión aludida, a saber: el espacio público, la condición de posibilidad de sociabilidades comprometidas cívicamente que deliberan para orientar el curso de su acción y el interés común. Pero más allá de esto, esta espacialidad resulta el epicentro de la configuración de una subjetividad reflexiva que se encuentra anclada a un medio que la posibilita. El filósofo, tomando como referente a occidente, aparece y especula dentro de un escenario concreto: la *polis*.

Este gran espacio interior abierto por la práctica filosófica se corresponde con las formas arquitectónicas, las formas de imagen del mundo y las formas anímicas que seguido funcionan como estructuras inmunizadoras de los sujetos. De aquí ya se atisba a la ciudad en tanto condición incorporada como un espacio de valores compartidos que modelan las acciones de sus integrantes.

Podemos pensar que la filosofía más que encontrar su origen encuentra como tal su nicho o, digámoslo así, la atmósfera que envuelve a este ejercicio, que le da espacialidad al devenir filosófico. Si hemos identificado –aunque sea sucintamente– a los actores y a los escenarios de este momento inaugural de la filosofía, vendría a cuento otra afirmación sugerente expuesta por Gilles Deleuze y Félix Guattari: “si la filosofía tiene unos orígenes griegos, en la medida en que se está dispuesto a decirlo así, es porque la ciudad, a diferencia de los imperios o de los Estados, inventa el *agon* como norma de una sociedad de ‘amigos’,

la comunidad de los hombres libres en tanto que rivales (ciudadanos)” (Deleuze y Guattari, 2013). Este espacio de amigos, de iguales, es al mismo tiempo escenario de los que se distinguen; de presencias que se encuentran en certamen y rivalidad. No resulta extraño, como sentencian nuevamente los mismos autores, que el filósofo encuentra un doble placer en su ejercicio: asociarse entre quienes comparten los mismos afectos y filias (amistarse en una comunidad) y las discrepancias, haciendo frente a los oponentes. Piénsese en el filósofo que encuentra al sofista como su antagonista. Si la filosofía es en esencia una cuestión entre amigos, es porque del mismo modo entre ellos siempre hay un dejo de competencia y rivalidad.

La ciudad: espacio de proximidad y distancia

Podemos hacer uso de la metáfora para señalar que la proximidad y la vecindad encienden el fuego entre los hombres. Este aspecto resulta ambivalente; por un lado, nos sirve la imagen de un incandescente fuego que reúne a los hombres en derredor suyo, en un ánimo de protección y confort. El arquitecto romano Vitruvio especulaba sobre la importancia de la domesticación del fuego en la vida cultural. El arquitecto pensaba firmemente que este acontecimiento hizo consciente a los hombres de la necesidad del calor y del cobijo en sus vínculos.

No sería descabellado inferir en consecuencia, como lo hace Sloterdijk, que la vida social se convierte en lo fundamental en un asunto térmico (Sloterdijk, 2003). Por otro lado, la misma idea del fuego puede asociarse a la tensión entre los hombres; a las dimensiones de disputa que se afirman entre ellos. Aquí entrevemos, por lo menos en un sentido general, este plano topológico que vincula la tendencia esencial a la cercanía, aquella de la que alguna vez reflexionó Heidegger (1994) en su conocida disertación sobre el habitar. Sin embargo, no se puede desmentir que el conflicto igualmente llena la vida de los hombres. En esto volvemos a visualizar estos aspectos intrínsecos al *agon*.²

La *polis*, visualizada más como concepción formativa y política que como realidad, conduce estos aspectos de un modo distinto y singular; es esa suerte de dispositivo civilizatorio que permite regular y encauzar dicha cercanía y tensión a través de vías racionales mediante el diálogo. El marco de tal relación no puede abandonar este método de acceso al conocimiento de sí, que es al mismo tiempo el ideal regulativo de los encuentros, es decir, la fuerza de la palabra y la reflexión (*phronésis*).

² La palabra griega *agon* y su vínculo con la palabra *ágora* se podría asociar al verbo *agorein* y se traduciría como un entretenerse hablando; son otras relaciones terminológicas que no tenemos espacio para profundizar.

Quien ha interiorizado los valores de la *polis* sabe que debe someterse a las reglas de la discusión, a actuar bajo las normas del *logos* y que los asuntos a tratar desde la filosofía son íntegramente de la *polis* dentro del *ágora*; el espacio para la controversia el cual precisa que sus normas de equidad y equilibrio sean dominantes en sus actores.

El universo espiritual de la *polis* funge como espacio de alteridad y encuentro, un territorio que expresa, como ya decíamos atrás, una axiomática entre la amistad y la rivalidad, entre la creación de asociaciones y disociaciones, entendidos siempre en el encuentro con la diversidad. De ese modo, la alteridad podría ser aquí definida simplemente como el asombro y la admiración que genera en torno al otro. Retomemos aquí la importancia del asombro (*thaumàzein*) para la filosofía: un estado de ánimo que hace proclive este quehacer espiritual. En cierto sentido, lo funda. En las formas como este asombro se circunscribe a la presencia de la alteridad, igualmente ubicamos un plano efectual muy preciso para la vida activa y contemplativa.

Para embargarse de estos afectos que disponen a la filosofía, es menester prestar atención al despliegue del mundo; estar abierto a su acontecer desde un horizonte de expectativa y de relaciones. Un estar en el mundo es esencialmente un ser-con-los-otros. Este modo de habitar al mundo tan fundamental para efectuar la tarea filosófica nos lleva a percibir a la ciudad como espacio de reconocimiento dado entre los hombres diversos.

Antes de continuar profundizando en este aspecto, debemos seguir con nuestro afanoso intento de distinguir el sentido de la filosofía. Como habíamos dicho, la filosofía no se puede definir como un acceso inmediato a la sabiduría, sino como un amor a la sabiduría. Es decir, la filosofía es fundamentalmente un acompañamiento con el saber. No es que el filósofo sepa algo, no es un sabio. El filósofo es alguien que, al encontrarse cautivado por el saber, siempre se encuentra tras su pista.³ Hoy en día, todavía se alimenta el imaginario del filósofo ensimismado, siempre pensante, en continua introspección y que, abandonado por sus pensamientos, olvida los aspectos más elementales de la vida cotidiana.

Empero valdría la pena recobrar la máxima enarbolada por Sócrates e inscrita dentro del Oráculo de Delfos: “conócete a ti mismo”, y recordar cuando en su apología afirmaba que una vida que no es sometida al examen reflexivo no merece la pena ser vivida; o rememorar aquella famosa definición de Platón (2007) en el *Teeteto* donde se sitúa al conocimiento (*epistème*) como el diálogo de la consciencia consigo misma. En todas estas ideas se insinúa la necesaria tarea de la autognosis para la filosofía. No obstante, habría que enfatizar que el elemento detonante de este autoconocimiento es el diálogo constante con el otro...

³ Cabe mencionar la indagación constante del filósofo francés Pierre Hadot (2009), quien en su texto *La filosofía como forma de vida* sostiene que en lo fundamental es un ejercicio espiritual, una práctica de elevación del sujeto a un plano distinto a través del saber dentro de una exigencia de autocuestionamiento, de afirmación de sí. El filósofo de esta guisa intenta introducirse en el complejo paraje de la vida virtuosa. Para la cultura griega, esta práctica estaba destinada a operar una transformación en el individuo. La filosofía siempre se ha tratado de un asunto formativo.

Aquí reaparece la figura de Sócrates, pues alude al que se la vive en la ciudad interpelando o cuestionando a los habitantes de la *polis*; el ciudadano libre que está siempre al encuentro de sus interlocutores en búsqueda de instrucción para alumbrar la verdad que hay en ellos a través de un diálogo que se puede prolongar indefinidamente. Este mismo personaje filosófico en el diálogo de *Fedro* asevera: “los campos y los árboles nada me enseñan y sólo en la ciudad puedo sacar partido del roce con los demás hombres”. La ciudad que emerge en esta frase de modo sutil como oposición a la naturaleza es entonces espacio de encuentro y roce en donde el sujeto puede sacar provecho para cultivarse.⁴

Podemos atrevernos a realizar una libre asociación de términos; prestemos atención en las palabras *partido* y *roce* que utiliza Sócrates en este pequeño fragmento del diálogo. La primera indica un posicionamiento, formar o ser parte; por otro lado, resulta interesante cómo la segunda puede asociarse semánticamente a la palabra ruptura, que viene del latín *rumpere* que significa abrir la tierra para, una vez que se ha limpiado y arado, comenzar a ser cultivada. La ciudad a partir de esta asociación aparecería ante nosotros como aquel habitáculo que dota de forma a los sujetos: cultivándolos.⁵ La ciudad, desde esta lectura, se inscribe otra vez a un ideal, a consumarse como espacio de cultivo y cuidado de la humanitas.

Continuando con el propósito de este apartado, lo que llamaríamos como la espacialidad de la filosofía no queda ceñida enteramente y por sí misma al acceso inmediato al conocimiento. Sobra decir que dentro de la filosofía permea quizá en todo momento una promesa de libertad o de liberación (catarsis) cuando se ejecuta esta especie de ascesis o de superación, a través de un ejercicio de búsqueda de la sabiduría que precisa de abandonar el plano de la opinión (*doxa*) o el sentido común. Una ascesis que es posible en la medida en que el individuo es capaz de alcanzar la vida virtuosa (*arethé*) incorporando hábitos, habilidades, ejercitándose, renovando su forma de advertir y contemplar el mundo; en una palabra: forjarse; constituirse como sujeto. Es justamente aquí donde se dilucida el enlace, diríamos primario, de esta relación.

Los griegos en la antigüedad veían a la *polis* como ese espacio de entrada a la vida virtuosa; a la libertad; atribuible a un valor supremo: ser ciudadano libre comportando los atributos determinados por esta condición. La polis griega emplaza un modo de vida, de habitar existencialmente al mundo que comporta estos dos principios de integración apuntalados por esta concepción relativa al agon.

No obstante, ¿qué implica ser ciudadano de la *polis*? o ¿qué implica jugar-se en la *polis* griega? En lo fundamental, se trata de un hacerse cargo de lo público, es decir, ser parte del espacio del aparecer frente a los otros. Hacerse cargo de lo público es sustraerse de la

⁴ Esta frase podría motivarnos a traer a cuento algunas distinciones terminológicas de la antigüedad griega la primera Khorä y Topos, la segunda la distinción entre Physis y Nòmos que establece una distinción entre la naturaleza y la cultura; esta última es la norma artificial que se dotan los hombres a través de costumbres, hábitos y leyes que operan de cierta forma para regular su comportamiento.

⁵ Habría que destacar la también enorme relación semántica que los términos cultivo y cuidado tienen con la palabra cultura. Podríamos agregar esta significación a lo expuesto, la ciudad como el espacio de la cultura.

vida en el nicho filial y parental; el espacio doméstico (*oikos*) para conformar una escena donde los asuntos personales adquieren la máscara pública. En esta misma tesitura el sociólogo norteamericano Richard Sennet (2004) sostiene que la *polis* introduce fundamentalmente dos valores: el de sociabilidad, ligada a un código de convivencia, como señalábamos, basado en el aparecer en lo público; y el de la subjetividad.

La ciudad construye subjetividades. Parece ser que en el dominio de la *polis* se ha de construir un espacio interior, de autocontemplación, ligado al ejercicio dentro de ese espacio de intereses comunes. Lo interno y lo externo se encuentran plegados. La ciudad entonces se vuelve espacio de arraigo y de identidad, pero en razón de este compromiso civil y político.

El propio Sennet (2011) nos recuerda, además, la acepción de un antiguo término griego: *domus*, que evoca aquel espacio de la comunicación interpersonal destinado al cultivo de las grandes virtudes urbanas. No obstante, mantiene la idea de la paulatina disipación de este ámbito –si es que alguna vez fue un hecho real, por lo menos funge el papel de idea regulativa y de concepto–, la cual tendría sin más su causa en la instalación del proceso modernizante, cuyos patrones y oscilaciones se estiman a partir del despliegue del sistema económico capitalista que subsume cada esfera de la vida a sus propios fines.

Este proceso disruptivo y hasta cierto punto inédito hace de la ciudad una configuración residual que exhibe en su constitución pautas ambivalentes, por una parte, un espacio que se uniforma y, por otro, un espacio que se fragmenta y atomiza. Esta disipación del espacio público engendra la indiferencia. Un valor opuesto al ya propuesto como asociación filial o amistad termina gestando tres grandes dilemas para la ciudadanía o la civilidad: la laxitud de los lazos sociales, la agudización de la diferencia y la producción de distancia y desapego entre los individuos. Elementos que de la misma forma antagonizan con el valor de la competencia ciertamente entre iguales.

En su defecto, la ciudad en su avatar moderno expresa la mera competitividad de actores que cumplen una función social o incluso la sustitución paulatina de un espacio público de aparición por un orden mercantil, orientado por patrones de venta y consumo, direccionado por la publicidad de objetos y mercancías. En el horizonte de esta exposición se pone de relieve a la modernidad como un acontecimiento que instala la discontinuidad con este imaginario constituido alrededor de la *polis*.

Si la ciudad en la cultura helénica, matriz de occidente, es el destino de la filosofía como campo virtuoso y formativo, con el advenimiento de la modernidad, dicha relación queda sometida a otros objetivos y, por supuesto, a otros códigos existenciales patentes por lo menos en las formas de representar o imaginar este vínculo. Señalemos que la ciudad es en efecto una realidad que antecede la emergencia del capitalismo o la modernidad económica. Sin embargo, es justamente este proceso el que pivotea un modo disruptivo de concebir y expandir la ciudad.

Recordemos la clásica distinción que para explicar este proceso elabora Henry Lefebvre (1978), quien definió este momento disruptivo como el estadio urbano: 1) el crecimiento de la industrialización, en el que la economía del capital ejerce su primado sobre lo social-urbano; 2) la extensión de la urbanidad delineada por una tentativa de uniformización del espacio en términos económicos y comerciales; 3) la permanente reinvencción urbana en el que las centralidades se sustituyen de modo constante, aun así quedan encadenadas a un centro de decisión ciertamente deslocalizado, es decir, el mismo capital. La ciudad, agrega el autor, es la proyección de lo global situado. Más adelante profundizaremos en este aspecto.

Para manifestar los avatares de un espacio urbano en donde prima paradójicamente un régimen de mutualidad matizado por la disociación y la indiferencia, dos atributos antagónicos se enarbolaban en el marco axiológico, prescrito en la *polis* griega; y podemos evocar las palabras de Richard Sennet: “el capitalismo actual nos impone una tarea específica: crear complejidad y apego mutuo en una ciudad que tiende a la diferencia más que a la alteridad, una ciudad en la que la gente se retira tras los muros de la diferencia. Tenemos que descubrir la labor de artesanía que pueda responder a este reto concreto” (Sennet, 2004).

Resultaría interesante adentrarnos a lo que este autor sugiere como labor de artesanía, que responda al reto manifestado en la dificultad de constituir mutualidad dentro de un dispositivo-ciudad generador de diferencias. Retomemos un punto señalado más atrás al compartir la cita de Deleuze y Félix Guattari sobre el *agon*, visualizado como modo que prefigura las relaciones en la *polis*, la disputa entre amigos, dentro del certamen o confrontación; sin embargo, es la conservación de la alteridad en este espacio la que refuerza la posibilidad de este juego inscrito en un espacio de encuentros y también desencuentros que se dirimen colectivamente entre sujetos que no abandonan su capacidad de actuación. Se entendería ya que esta situación queda deprimida, o diluida, dentro de la ciudad moderna. La pregunta aquí sería si resulta posible restituir el ideal del *agon*.

No hemos mencionado hasta aquí que la relación inaugural entre la filosofía y la ciudad se ve mediada por otro aspecto: lo político. Nuestra argumentación no podrá desvincularse de esta cuestión, ya que, sin duda, es otro ingrediente fundamental que podemos detectar en este vínculo persistente.

***Ab urbe condita*. Lo atribuible a dos modos de concebir la ciudad**

“En general, los antiguos apenas hablan alguna vez sobre el universo sin tratar al mismo tiempo de la ciudad, y prácticamente nunca discuten sobre la ciudad sin lanzar su mirada al universo a través de los lentes de la analogía” Peter Sloterdijk

Retomemos otra vez la indagación de esta relación por la vía de detectar aspectos que nos orillen a discernir conexiones primarias o inaugurales entre la filosofía y la ciudad. Una ciudad no vista solamente como un espacio físico sino como un espacio anímico y estimulante para el ejercicio filosófico.

La locución latina *ab urbe condita* hace alusión a la famosa obra de Tito Livio donde relata la historia del nacimiento del imperio romano. Dicha expresión significa a grosso modo “desde la fundación de la ciudad”. Toda fundación de ciudad es necesariamente una fundación territorial. Este aspecto tiene fuertes implicancias, pues nos orilla a pensar justamente en la categoría territorio enraizada a su vez a la categoría poder. El territorio es aquel espacio delimitado por una relación de poder. Cuando se plantea la cuestión urbana, no podemos aislarnos de estos aspectos. La ciudad como territorialización es un ejercicio de poder y distinción política, de proclamación y puesta en juego de tensiones. Tiene razón Sloterdijk cuando dice que todo en la ciudad independientemente de sus coordenadas espacio-temporales es voluntad de dominio y obra humana a la vez (Sloterdijk, 2003).

Podríamos distinguir entre territorio y territorialización. El territorio, según Corboz (2004), no es un hecho fijo, sino el resultado de un proceso; es un producto semantizado y queda dentro del orden del discurso, y presupone necesariamente un tipo de construcción no sólo física sino simbólica. Otro autor, Delanda (2006), señala que un proceso de territorialización define los contornos y la forma de los límites espaciales. La territorialización, de igual manera, se refiere a un proceso no espacial a partir del cual se establece la homogeneidad de un ensamblaje social, justo como los procesos de clasificación entre los que pertenecen a una forma de organización y los que quedan segregados, dando lugar a una homogeneidad definida por condiciones étnicas, económicas, raciales e ideológicas. Este proceso va definiendo el límite interno y externo de un ensamblaje social.

Pensemos entonces en el territorio de la urbanidad. Para orientar esto, tal vez sirvan algunas distinciones básicas que podemos extraer de una sucinta revisión terminológica. La urbanidad hace alusión a dos aspectos: al gobierno de la ciudad y a los atributos pertenecientes al habitante de la ciudad (Joseph, 2002). En suma, se puede entender como una condición de adscripción, donde las acciones de los habitantes o urbanitas son conducidas y modeladas, es decir, son gobernadas; donde la identidad no queda fijada solamente a la pertenencia al territorio físico, sino a sus múltiples escalas y dimensiones contextuales que integra y relega; esto es, se pliega en la vida privada y pública del individuo, en sus lugares de estancia y movilidad; incluso, se incrusta en su propia

corporalidad.⁶ La urbanidad es disposición y hábito: es ley o, para ser más precisos, son órdenes en integración y fricción en donde queda direccionada la vida en común (Marcuse: 2004).

El territorio es una variable del poder y su ejercicio; guarda la forma impuesta por las condiciones heterónomas. Visto desde esta perspectiva, en las ciudades, históricamente existen efectos de desagregación que son la expresión misma del orden social imperante junto a sus contradicciones. El principio de inclusión de una sociedad tiene como correlato sus formas de exclusión. Esto, desde luego, posee un carácter topológico. Todos estos aspectos se entrecruzan, exhibiendo una gama diversa de fenómenos y manifestaciones. Por supuesto, es bien conocido que el acceso a esta condición civil deliberativa estuvo restringido al ciudadano libre de la *polis* como un atributo de exclusividad para un estrato social superior, lo cual alude a la distinción romana entre los autonombrados *honestiores* (nobles) en oposición a los *humiliores* (inferiores) que reflejaba la jerarquía imperial (Knapp, 2014).

El eco de estas contradicciones muestra cómo en la actualidad de las sociedades globalizadas las prácticas de segregación territorial se propagan en las ciudades, configurando pautas de desintegración social que se expresan espacialmente poniendo al descubierto el tipo de lazo social configurado en nuestras sociedades, donde las estructuras objetivas se operacionalizan en el terreno de las sociabilidades mediante un orden de transacciones guiado por la acumulación del capital, la economía monetaria del trabajo y el mercado.

Bajo este mismo orden, en la ciudad han persistido los factores de escisión y asimetría social, junto a una gama de síntomas y gestos característicos. Los guettos y los muros se han multiplicado, extendiendo los paisajes de la desigualdad que separan modos de vida, trayectorias colectivas e individuales, trazándose, por consecuencia, los contornos de plexos de sentido que se arraigan a condiciones de bonanza o precarización, entre el clúster y el suburbio, el barrio bajo o marginal o la *gated community*; condiciones que igualmente son el caldo de cultivo de la violencia, la discriminación y la estigmatización entre los grupos sociales. Esta circunstancia es insoslayable para cualquier análisis. La naturaleza jerárquica de la sociedad hace de la ciudad un territorio de disputa, de afirmaciones y negaciones, de sometimientos e insurrecciones, en donde las contradicciones antes de disiparse se aletargan, distribuyendo desigualmente recursos y riesgos sociales.

⁶ En otra obra *Carne y Piedra*, Richard Sennet plantea la simetría entre el espacio construido, el pensamiento y la corporalidad. Pone como ejemplo otra frase proveniente de la antigüedad griega y muy popular: “mente sana y cuerpo sano”, pero ¿qué significaba esta frase que estaba completamente entrelazada al uso del espacio de la *polis* griega? Significaba, según este autor, que para hacerse cargo de lo público el ciudadano no sólo debía adquirir valores, sino debía asumir hábitos corporales con el fin de conquistarse a sí mismo y conquistar sus pasiones. Retornamos la concepción de la *polis* como un espacio de cultivo y de domesticación de sí.

Pero es necesario que redescubramos de nuevo el sentido de las terminologías para advertir algunos aspectos que nos orienten en este camino de reflexión, en aras de ubicar esos aspectos inaugurales que aquí se imponen como una suerte de hipótesis de trabajo. Indaguemos dos modos en torno a los cuales es posible adjudicar sentidos distintos a la ciudad, examinando su acepción griega y su acepción romana.⁷ Veremos cómo estas acepciones podrían opacar las virtudes que no hace mucho distinguimos como los elementos constitutivos del *agon*: filiación y rivalidad conforme a las reglas del logos.

La polis: un locus de arraigo

En la primera acepción, la *polis* griega sigue manteniendo un estrecho vínculo con el término *éthos*, que podemos traducir como costumbre. Cuando el ciudadano griego habla de *polis*, se refiere al lugar donde se arraiga su tradición. Ciertamente una tradición étnica y religiosa. Ser parte de la *polis* todavía es ser parte de la *gens*. Este término designa al ciudadano de una misma estirpe y de un mismo género: ser griego, en este caso específico.

La aspiración a la virtud y la vida política suponía mantener el propio *lógos*, es decir, el propio discurso y el propio lenguaje, que a la postre posibilitan la comunicación y, en consecuencia, el diálogo, lo cual frente a lo extraño implicaba la tarea de mantener lo propio. Esto fijaba un punto de exclusión, no sólo del agente al cual no se le atribuía el carácter de ciudadano, sino de aquel que no formaba parte del territorio: el bárbaro, quien a su vez contaba con su propio sitio. Se establecía de esta forma el límite territorial y al mismo tiempo una expresión topológica de una condición cultural. La *hélade* frente al *eschatiaí*; por una parte, el endónimo que afirmaba la pertenencia griega en oposición al espacio-otro; el límite extremo de las regiones habitadas y parajes de los seres exóticos y monstruosos. Territorio de los que balbucean y son incapaces de diálogo.

Otra significación relevante es la que nos ofrece el término griego *oikúmene*, símbolo clásico de integración de la identidad griega, la tierra habitada y gran escudo inmunizante de esta cultura. En esta acepción, la *polis* tiene una fuerte implicancia territorial. Se trata del espacio delimitado, el espacio de la identidad y el arraigo. Volveríamos a la imagen de la proximidad esencial para comprender la disposición para habitar cualquier lugar. Aquí la filosofía quedaría como condición de posibilidad del encuentro, como apertura de paraje, haciendo sitio al pensamiento. La *polis* cumple el papel de morada de la filosofía.

⁷ Cabe decir que esta revisión quizá desde el punto de vista de la teoría decolonial o la teoría crítica deja a un lado otras perspectivas en torno a la ciudad. Este inconveniente tiene que ser matizado sosteniendo que estas acepciones deberían servir no como un espejo de nuestras realidades urbanas, sino como cepas sobre la que brotan ideas, significaciones e imaginarios con los cuales de alguna manera siempre hemos estado familiarizados y que son el sustrato mismo del quehacer filosófico, aspecto que al final de cuentas estamos discutiendo en este mismo artículo.

La ciudad y el imperativo de la globalidad

Por su parte *Civitas*, la acepción romana de Estado, comporta otro sentido; esto es, deriva de *civis* y se refiere a ese espacio donde se dan las leyes. Este término acaba por designar de mejor forma la concepción que se incrusta en la ciudad occidental, entendida como centro neurálgico y eje rector de las actividades económicas y políticas. En buena medida, esta designación expresa el acento político de la tradición romana, donde la ciudad es espacio de concentración, un espacio orgánico y organizado. Al final de cuentas, todos los caminos deben guiarnos a Roma, reza la popular frase.

La ciudad en esta acepción latina se postula como el espacio de la diversidad o el espacio cosmopolita (Cacciari, 2009). La ciudad es, desde este sentido, el producto de las consecuencias expansivas del imperio que se debe inventar y reinventar, fundar y refundarse. Abandona su organización gentilicia para sustituirla por una organización administrativa-burocrática, incluso una organización geopolítica, más allá de los límites del propio espacio habitado. Al incluir en sí la diversidad, la ciudad ve incrementadas las tensiones entre sus habitantes e integra a la vez la distinción y la diferenciación. El ciudadano, entonces, debe arraigarse a la ley, a un régimen de obediencia, que se le debe imponer y que debe autoimponerse.

Vemos nuevamente, a través de estas significaciones, que la ciudad alude a un objetivo: es una idea regulativa que crece bajo los fines programáticos del imperio y su constante acción expansiva y su conservación. Este imperativo se impone en el tiempo y el espacio. Las implicaciones políticas de este objetivo no pueden pasar desapercibidas. Esto nos hace acentuar la actualidad de esta propagación de lo urbano, como ha señalado recientemente Negri (2007), la totalización integrada en un único *imperium*, o como quedaría evidenciada por Lefebvre previamente, entender que aquello que designamos como ciudad transcurre como la localización de lo global.

El imperio impone la concordia. Imperio significa que la ley debe darse a todo el mundo, a todo el orbe. Podemos asociar terminológicamente estos vocablos; por ejemplo, orbe procede de *orbis* que, a su vez, podemos asociar a *urb* o urbe. Pensemos en el *theatrum orbis terrarum* que evoca la imagen de los círculos de la tierra trazados en el primer atlas mundial; *orbis*, que también deriva en órbita, refiere a la circularidad del mundo que se completa. Desde luego, no resulta extraña la asociación que esto posee con la globalización. Ésta no es más que la máxima pretensión de universalidad. Como sostiene Sloterdijk (2003) toda simbología alineada con la circularidad descubre detrás de sí la pretensión de totalización, la visión de abarcar el todo.

No es inconsecuente asociar esto al vocablo *urb* o urbe. La urbanidad es condición del producto de la globalización si entendemos a ésta como un proceso de largo calado histórico que comienza cuando la imagen de la tierra como circularidad se logra completar. La ciudad, como territorio, como condición adquirida por sus miembros, es la concreción

de un presupuesto universalista o, como diría Peter Sloterdijk (2017), de un imperativo morfológico que tiene justamente detrás de sí la motivación del poder imperial y su necesidad de extensión.

Esta imagen del mundo que lleva consigo este imperativo morfológico es replicante. Es indudable que se logra a través de todas sus concreciones territoriales que deben servirle de apoyo y sostén para procurarle un cierre y una apertura a la vez. La ciudad moderna, en consecuencia, forma parte de este mandamiento. Se vuelve la materialización de este símbolo de redondez. Figura de la totalización expansiva de la forma global. El hombre cosmopolita, el ciudadano del mundo, es exclusivamente el que habita la ciudad, el que vive en conexión con ella y sus múltiples escalas tratando de ser actor en la totalidad de ese mundo globalizado en los finos contornos de una red neurálgica; imagen que permite figurar al mundo en su actualidad como un entramado de redes conectadas.

La historiografía de las ciudades nos relata que la aparición de la urbe es la progresiva subordinación del campo, la centralidad de los polos industriales y los negocios que originan los flujos migratorios hacia las ciudades. Es la emergencia de la periferia con sus habitáculos para todo el ejército de reserva todavía no incluido en el modelo laboral, excluido, pero en permanente movilidad, tejiendo sus redes y vínculos, ora verticales y clientelares, ora horizontales: suscritas a lógicas y mecanismos parentales o filiales.

Es también la historia de las escalas territoriales, el campo de relaciones configurado por la práctica de un grupo en correlación con un entorno ambiental. Es pues la historia de la apropiación del espacio o sus intentos bien o mal consumados de domesticación. Es un proyecto identitario y político, y puede decirse que es el efecto de la expansión del imperativo de la globalidad. Como bien sostuvo Zigmunt Bauman (2013), las ciudades no serían más que vertederos de problemas engendrados globalmente. Esta red de interconexiones e interdependencias extensivas en el espacio físico y extendidas procesualmente en el flujo temporal conforman este dispositivo que denominaríamos lo urbano, ya como una suerte de síntesis espacial y temporal abierta a contingencias.

Lo paradójico es que la fundación y refundación de lo urbano es cíclica, incluso su expansión se concreta en rutinas. La ciudad deviene ritual y hábito. Toda puesta en configuración del espacio urbano es el bautizo de la modernidad y sus pautas, como podría ser la de esa tensión entre lo nuevo que siempre se debate frente a lo viejo y lo tradicional. Como señala Walter Benjamin en su *Libro de los pasajes*, a propósito de lo nuevo que en tanta ideación siempre acompaña a la modernidad: “este brillo de lo nuevo se refleja, como un espejo en otro, en el brillo de lo siempre otra vez igual” (Benjamin, 2005). La ciudad moderna replica un modo de estandarización y uniformización del espacio.

La ciudad induce el orden, la rutina, la reiteración y acumulación de prácticas –o cuando menos eso pretende–. Un modelo de ciudad es un modelo de sociedad que expresa las relaciones de poder y dominación, la disposición del orden económico que emplaza a los

diferentes modos de habitar al mundo. Hemos visualizado aquí dos aspectos atinentes a la conformación de la ciudad, ora como espacio de arraigo, ora como espacio de concentración de poder y expansión territorial; elementos siempre en tensión y relación. Vayamos ahora al momento final de este texto, esbozar una revisión de las implicaciones de esta indagación sobre el ejercicio filosófico.

La ciudad y la ciudadela interna

¿Qué rol cumple la ciudad en la filosofía? y ¿cómo se ha hecho la ciudad un objeto de indagación para la filosofía? Estas cuestiones marcaban un interés: revelar aspectos primarios que nos hicieran plantear la relación entre ciudad y filosofía. Cumplen un objetivo: hacer tematizable esta relación. Sin embargo, aún no nos llevan a problematizar sus implicancias. En lo que queda de este texto. Debemos replantearnos los cuestionamientos a fin de dar apertura a un entendimiento de lo que hemos descrito.

Nuestro método de indagación descansó en situarnos en un momento inaugural tomando en cuenta cómo la relación primaria entre estos dos aspectos tiene de algún modo un emplazamiento, lo cual nos llevó a situarnos en un momento de ruptura o discontinuidad donde la relación se ve enmarcada dentro de un proceso de disociación y reemplazamiento progresivo, en donde las figuras mismas de la ciudad se transforman dando lugar a un proceso que desincorpora o relega los valores que nos hacen dilucidar a la *polis* como escenario de la práctica filosófica y política.

Se desoculta así una relación orgánica entre estos tres aspectos: ciudad, política y filosofía. Si hay otra distinción entre los requerimientos para la práctica filosófica en este momento inaugural y la discontinuidad materializada en la gestación de un proceso modernizante, es la actitud con respecto a la formación. Como señala Pierre Hadot (2009), para los griegos, cuenta la formación para el cuerpo y el espíritu. Por el contrario, en la modernidad, cuenta la función a cumplir dentro de un sistema. Las implicaciones de esto quedan recluidas en lo que se discute como el valor real de la filosofía; no quedan aisladas de las mutaciones sufridas por el propio espacio urbano.

En estos términos, tal vez este ejercicio procede de la melancolía del desplazamiento de la filosofía que es al mismo tiempo la dislocación de esos dos valores de la *polis*, tratando de revivir un sentido que parece haber quedado opacado, refigurando el espacio anímico donde la filosofía pudo acontecer y devenir. Esta lectura, sin embargo, no puede autodefinirse como histórica, antes bien, como una aproximación a lo que esta espacialidad puede dar para representar y al mismo tiempo activar en el ejercicio filosófico. La ciudad, más que un objeto de indagación, es un objeto de incorporación para la filosofía. En esta tónica, la *polis*, en tanto condición, se ofrece para la filosofía como un espacio de estímulo, como un medio que permite desplegar condiciones de asociación y rivalidad conjurados por el (*agon*), un juego que envuelve al ejercicio filosófico y al juego del aparecer en el espacio público.

Entre la vida contemplativa y la vida activa. Con la revisión terminológica hemos logrado evidenciar dos sentidos. La *polis* es un espacio de arraigo desde donde la reflexividad griega encuentra su asiento; un receptáculo abierto que sirve para parir las ideas. Aun así, estos dos elementos de este espacio vital que ofrecen para la filosofía: la posibilidad de con-vivir y con-frontar, construir filiaciones y encarar, la convivencia se define en cuanto tal como esa orientación a un fuego vinculante, como sostiene Sloterdijk. La ciudad, se podría decir, es un existencial más que un sustantivo o categorización urbana. Se contrapone con la ciudad entendida como expresión del orden global, como dispositivo que genera diferencia, en el que los habitáculos que logran emerger se repliegan y se parapetan dentro de sus propios límites y contornos. En estas concepciones subyacen ideales que se traducen morfológicamente, dan forma y contenido a los espacios incluyendo a la espacialidad filosófica.

A manera de conclusión

Queda tan sólo formular una serie de supuestos. Quizá la ciudad deviene objeto de indagación de la filosofía en la medida en que los valores conformadores del ejercicio agónico solamente quedan apercebidos de forma espectral, como momentos congelados en un tiempo pasado o irreal, o como momentos pasajeros esperando para ser detonados una vez que el hacer ciudad ponga en el centro la cuestión en torno a la formación de los individuos.

En la medida en que la ciudad en su expansión queda convertida en el espacio depósito de la utilidad, como el escenario abierto y disponible para inversores, únicamente presto a la privatización y la especulación del suelo y la vivienda, su posición como espacio de protección para los habitantes queda absolutamente relegada. Las formas prescritas por el *agon* quedan reemplazadas por vinculaciones disociadas de la ciudad. La ciudad en su configuración actual emerge como campo donde se minan o se pierden los valores ascensionales defendidos históricamente por la filosofía.

La ciudad que cultiva una relación con la filosofía se constituye como un habitáculo de sujetos que se afirman en su diferencia, haciéndose entonces cargo de los asuntos públicos y de sí mismos. Si la ciudad se advierte como relevante, es por la necesidad de apropiarla como objeto de indagación estética, ética y política, como posibilidad formativa de los sujetos, como un juego de afirmaciones y expresiones, para la recreación y el juego entre los individuos diversos, como espacio de espacios abiertos a la contemplación y a la práctica del cultivo de sí mismo aspirando a una mayor igualdad.

Hemos tratado de advertir en esta reflexión la estrecha relación entre lo exterior y lo interior. Varias escuelas filosóficas hablan de la ciudadela interior, tal vez, para señalar ese ejercicio de práctica y gimnasia filosófica que queda ceñida a la afirmación y elección de un modo de vida, donde sencillamente el sujeto intenta situarse en la perspectiva de la totalidad. ¿No es la filosofía una toma de consciencia del estar en el mundo que trasciende

toda percepción utilitaria? ¿No implica este consentimiento una necesaria reflexión sobre el lugar que habitamos? El ideal de esta interiorización deseada por la práctica filosófica se basa igualmente en la exteriorización anhelada, en el modo como imaginamos esta ciudad de amigos y contrincantes que orientan su acción a partir de reglas dotadas por la razón en su puesta en ejercicio.

Referencias

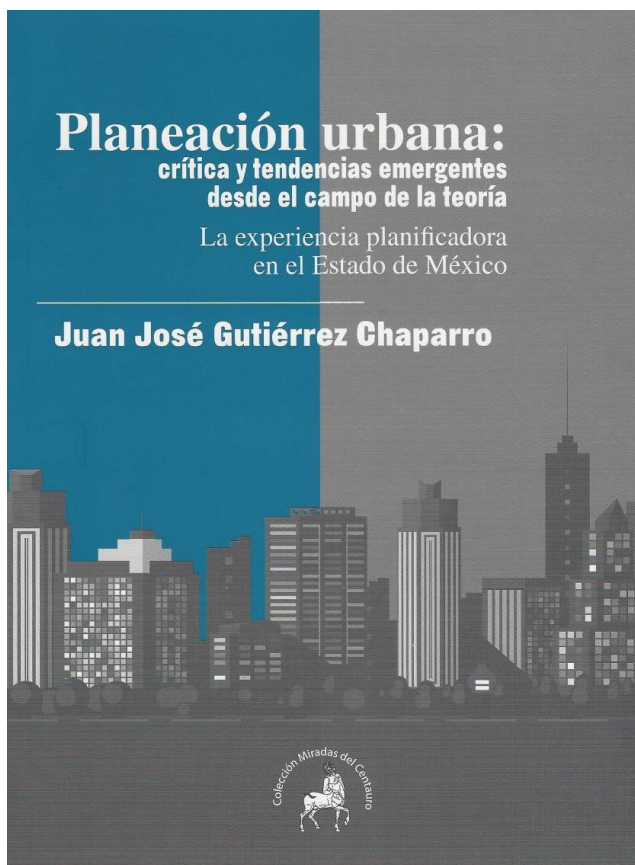
- Benjamin, W. (2005) *El libro de los pasajes*, Barcelona: Ediciones Akal.
- Cacciari, M. (2009) *La città*, Italia: Pazzini editore.
- Corboz, A. (2004) *El territorio como palimpsesto*. En: Martín Ramos, A. (ed.) *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, (pp. 25-35). Barcelona: Edicions UPC.
- Delanda, M. (2006) *A new philosophy of society*, Inglaterra: Continuum.
- Deleuze, G. y F. Guattari (2013) *¿Qué es filosofía?*, Madrid: Anagrama.
- Joseph, I. (2002) *El transeúnte y el espacio urbano*. Barcelona: Gedisa editorial.
- Hadot, P. (2009) *La filosofía como forma de vida. Conversaciones con Jeannie Carlier y Arnold I. Davidson*, Barcelona: Alpha Decay ediciones.
- Heidegger, M. (1994) *Conferencias y artículos*, Madrid: Ediciones del Serbal.
- Marcuse, P. (2004) *No caos, sino muros: el postmodernismo y la ciudad compartimentada*. En Martín Ramos, A. (Ed.) *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, (pp.83-90). Barcelona: Edicions UPC.
- Negri, Antonio (2007) *El monstruo político. Vida desnuda y potencia*. En: Giorgi, Gabriel y Fermín Rodríguez (comp.) *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*, Argentina: Paidós.
- Platón (2007) *Diálogos*, México: Editorial Porrúa.
- Lefebvre, H. (1978) *De lo rural a lo urbano*, Barcelona: Ediciones Península.
- Knapp, C. (2014) *Los olvidados de Roma. Prostitutas, forajidos, esclavos gladiadores y gente corriente*, Barcelona: Ariel.
- Sennet, R. (2004) *El capitalismo y la ciudad*. En Martín Ramos, A. (Ed.) *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, (pp. 213-221.). Barcelona: Ediciones UPC.
- Sennet, R. (2011) *El declive del hombre público*, Barcelona: Anagrama.
- Sloterdijk, P. (2003) *Esferas II. Globos*. Madrid: Gedisa editorial.
- Sloterdijk, P. (2017) *Estrés y libertad*, Buenos Aires: Ediciones Godot.
- Vernant, J.P. (1992) *Los orígenes del pensamiento griego*, España: Paidós.
- Zygmunt B. (2013). *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica

Reseñas de libros

***Planeación urbana: crítica y tendencias emergentes
desde el campo de la teoría. La experiencia planificadora
en el Estado de México***

Juan Ángel Demerutis-Arenas
Universidad de Guadalajara, México
Correo electrónico: juan.demerutis@cuaad.udg.mx

Recibido: marzo 18 de 2019
Aceptado: marzo 29 de 2019



Reseña de libro: Gutiérrez Chaparro, J. J. (2018). *Planeación urbana: crítica y tendencias emergentes desde el campo de la teoría. La experiencia planificadora en el Estado de México*. Ciudad de México: Ediciones Eon

En esta contribución a la Teoría de la Planeación Urbana en México, el doctor Juan José Gutiérrez Chaparro se refiere a la importancia de reafirmar el papel de la planeación urbana como un medio de conducción del cambio en la nueva realidad mexicana haciendo énfasis en la necesidad de trabajar en el desarrollo de políticas públicas, así como en reformas al marco legal e institucional en materia de asentamientos humanos, con el fin de enfrentar entre otros fenómenos recientes los que se enlistan a continuación: la dispersión de las ciudades, los retos asociados en materia de movilidad, la segregación espacial, la dotación de infraestructura y la gobernabilidad.

En su narrativa se resalta el hecho de que el gobierno mexicano está siempre atento al llamado internacional, aunque en los hechos el camino de nuestro país hacia el desarrollo sostenible –eje de las aspiraciones de las Naciones Unidas– se fundamenta en las bases teórico-metodológicas que rondan las cuatro décadas, es decir, un marco caduco que no se ha podido adaptar a los tiempos modernos y que limita las posibilidades de avanzar en el contexto de un mundo globalizado.

El libro propone una postura crítica hacia la planeación urbana en México, por lo que hace especial énfasis en la planeación comunicativa postulada por Jürgen Habermas quien argumenta la necesidad de consolidar un estilo de planeación plural y heterogéneo que tome en consideración las relaciones de poder existentes, pero que al mismo tiempo tenga la suficiente sensibilidad para incluir las necesidades y demandas sociales de los menos favorecidos. Este estilo tiene la ventaja de que al implementarlo podría favorecer el diálogo y la negociación, y en consecuencia abre la posibilidad de lograr consensos. En su contenido, alude a la necesidad de transitar a una planeación orientada al proceso y no tanto a los contenidos, una que valore la deliberación entre los diferentes grupos de la sociedad organizada sobre la designación e imposición por los grupos de expertos que regularmente son los consejeros de los gobiernos municipales, estatales y federales encargados de administrar la planeación urbana.

El texto se estructura en dos partes: 1) La planeación urbana: historia, teoría y tendencias emergentes; y 2) La planeación urbana en México: evolución y crisis del modelo. En la primera se aborda el proceso histórico que ha llevado a la planeación urbana a convertirse en la disciplina científica que ahora es, y al mismo tiempo, consigna los requerimientos que la política internacional de los asentamientos humanos determina para las ciudades. En la segunda parte se hace una construcción inicial de la teoría de la planeación mexicana; se refiere al estado del arte de la planeación urbana en México y se utiliza el caso del Estado de México como un referente en su implementación; finaliza con una propuesta para cambiar el paradigma teórico racional en uno basado en la acción comunicativa.

Planeación urbana: historia, teoría y tendencias emergentes

Gutiérrez Chaparro realiza –en la primera parte del texto– un interesante ejercicio de corte histórico acerca del desarrollo de la planeación urbana como una disciplina del conocimiento científico. Fundamenta su síntesis histórica en las intervenciones que dieron forma a los primeros asentamientos humanos, y cómo la traza de éstos representaba el reflejo de las relaciones sociales de los grupos que ahí residían; pasa por esquemas irregulares de crecimiento en esos asentamientos, por la época del Renacimiento cuando se regularizaron las calles con el objetivo de lograr una mejor higiene y limpieza en los espacios públicos, por la planeación funcionalista/racionalista hasta llegar a nuestros días con algunas tendencias emergentes.

Dentro de ese devenir histórico hace referencia a cuatro elementos que han sido testigos de la intervención del hombre en el espacio urbano: el plano irregular, el plano ortogonal, la construcción de murallas y el debate higienista.

También nos recuerda la etapa post-industrial en la segunda mitad del siglo XIX, cuando surgían posturas críticas, enfocadas principalmente a la situación de las clases obreras que habían migrado del campo a la ciudad en busca de trabajo en las fábricas. De manera particular, resalta las condiciones inhumanas y las características que hacían ver a la ciudad como lúgubre y hasta indeseable para vivir. Esta situación llevó al urbanismo y, como dice el autor, a mejorar las condiciones urbanas surgiendo los movimientos de la “Ciudad Bella” y luego de la “Ciudad Jardín”; esta última como una alternativa verde a la concentración de la población en grandes asentamientos proponiendo un verdadero cambio en la forma que guardaban las ciudades hasta ese entonces.

Posteriormente, el texto hace referencia a la postura de los arquitectos acerca de las ciudades, quienes con base en criterios físico-espaciales centraban sus propuestas en las actividades que los habitantes hacen en la ciudad: habitación, esparcimiento, trabajo y circulación. En sus planteamientos, contenidos en la “Carta de Atenas”, se advertía la idea de hacer de la ciudad una máquina de relojería que posibilitara realizar esas actividades; resalta el uso de la zonificación para la organización de las actividades urbanas. Esta Carta se convertiría en la base para el movimiento funcionalista/racionalista que prevalecería hasta la década de 1960 y que se concentraba en un enfoque físico espacial contenido en planes en los que se definían los lineamientos para el futuro de desarrollo de la ciudad desde la perspectiva de los expertos de la planeación.

El modelo racional derivaría –conforme a la descripción del autor– en un enfoque de sistemas que pretendía entender la función de la ciudad a partir de considerar las interrelaciones entre sus partes; finalmente, en el texto se describe la perspectiva posmoderna y el cambio de paradigma teórico propuesto por Habermas de la “planeación comunicativa” a la que el autor dedica una buena parte del texto, considerándola como una alternativa a la planeación tradicional en la que debería fundamentarse el profesional de la

planeación urbana y que se fundamenta en la deliberación por encima del contenido. Gutiérrez Chaparro se refiere a la planeación comunicativa como:

... una tendencia reconocida en compilaciones recientes sobre las nuevas direcciones de la teoría de planeación, que señala que desde finales del siglo XX el campo de la teoría de la planeación ha estado dominado por el paradigma emergente de la planeación comunicativa como una alternativa para superar las debilidades heredadas de los anteriores, e incluso vigentes paradigmas que han dominado nuestro campo del conocimiento.

El autor también hace referencia a las exigencias actuales que las políticas internacionales hacen a la planeación urbana mediante la “Nueva Agenda Urbana” (NAU) impulsada por el Programa Hábitat de las Naciones Unidas y publicada a finales del año 2016 en la cumbre de las ciudades “Hábitat III” en la ciudad de Quito, Ecuador. Esta parte del texto incorpora las necesidades actuales de la realidad urbana y le permite al autor confrontar la teoría con la práctica de la planeación urbana, mediante una discusión crítica pero de fácil lectura.

Entre los planteamientos de la NAU, se destaca la necesidad de incluir en los procesos de elaboración de políticas de planeación urbana a los diferentes grupos de la sociedad organizada, en lugar de dejar las decisiones exclusivamente en manos de los gobiernos locales. El texto refiere a tres ejes fundamentales en los que se debe trabajar para la puesta en marcha de la NAU: a) la construcción de una estructura de gobernanza urbana y su respectivo marco normativo, b) la planeación y gestión propiamente del desarrollo de las ciudades, y c) el camino para la implementación.

Al finalizar la discusión sobre las teorías de la planeación urbana, se establece de forma clara que existe una razón de peso que ha venido postergando la construcción de una teoría mexicana: la implementación en el periodo post revolucionario de un nuevo modelo de desarrollo económico basado en la sustitución de importaciones. Este modelo en conjunto con la centralización de las instituciones y la poca transparencia de éstas provocó un aislamiento en nuestro país de la evolución que ha tenido la disciplina a partir de 1960 en el exterior. Este aislamiento no ha permitido un cambio real del paradigma funcional/racional a uno de deliberación en el que los actores de la sociedad organizada discutan y busquen llegar a acuerdos en la toma de decisiones con respecto de la planeación de nuestras ciudades. Debido a esta situación –asegura el autor–, los planes implementados no han cumplido con las necesidades del desarrollo urbano y más bien han quedado fuera de cualquier posibilidad de innovación.

La planeación urbana en México: evolución y crisis del modelo. Bases para la experiencia en el Estado de México

En la segunda parte del libro, Gutiérrez Chaparro se refiere al desarrollo de las ciudades en nuestro país desde un aspecto morfológico que fue inducido por eventos específicos; comienza con la llegada de los conquistadores y con ellos los lineamientos establecidos por la corona española en las Leyes de Indias que colocaban a la plaza como el elemento espacial y monumental más importante de las ciudades. En otro momento y con el objetivo de lograr una mejor funcionalidad de la ciudad, se incluyeron en la Ciudad de México algunas propuestas de integración por vialidades propuestas por el arquitecto Castera en la segunda mitad del siglo XVIII. Porfirio Díaz en el siglo XIX trajo a la Ciudad de México rasgos del urbanismo francés, yuxtaponiendo en el modelo colonial elementos como glorietas, numerosas estatuas y monumentos rodeados de jardines.

Posteriormente, en el periodo posrevolucionario –establece el autor– emerge la planeación urbana moderna destacando el pensamiento del arquitecto Carlos Contreras, egresado de la Universidad de Columbia en Nueva York, quien en su trabajo “La planificación de la República Mexicana” definía cuatro propósitos principales para una planeación urbana en México: a) el establecimiento de un departamento de planeación de la República, b) la organización de grupos regionales para elaborar planos de las ciudades, c) el impulso de la planeación con la participación de profesionales, y d) la preparación de un proyecto de ley federal en materia de planeación.

Según referencias de Gutiérrez Chaparro –obtenidas en documentación secundaria sobre la historia de la planeación urbana–, con fundamento en esos preceptos del arquitecto Contreras, en 1933 se elaboró el primer plano regulador para la ciudad de México, al que precedió la celebración del Primero Congreso Nacional de Planeación a principios de 1930. Este Congreso fue precedido por la creación de la “Asociación Nacional para la Planificación de la República Mexicana” en 1926 y la fundación de la revista “Planificación” en 1927 como su medio de divulgación. El libro consigna que la asociación fue presidida por el propio Carlos Contreras y, además de contar con la membresía de distinguidos profesionales de la época, incluía un conjunto de miembros honorarios extranjeros, como los reconocidos urbanistas Ebenezer Howard, Raymond Unwin y Arturo Soria.

A lo largo de su investigación, el autor nos comparte algunos hitos poco conocidos en la historia de la planeación urbana en nuestro país, entre los que destaca el “XVI Congreso Internacional de Planificación y de la Habitación”, organizado en 1938 por Carlos Contreras con la asistencia de 500 delegados. Este encuentro motivó a algunos profesionales a promover la creación del “Instituto Superior de Planificación y Urbanismo dependiente del Instituto Politécnico Nacional”, iniciativa que desafortunadamente no prosperó pero que es importante conocer.

Gutiérrez Chaparro destaca que, a pesar del proceso de industrialización que experimentó el país, los cuidados para ordenar las ciudades no fueron acordes con el crecimiento económico que generó la migración de la población del campo a las ciudades donde se concentraba la producción fabril, particularmente durante 1940-1950. Entre los escasos esfuerzos realizados en ese tiempo, merece especial mención para el autor la cuestión de la planeación regional, considerando como unidades de análisis a las cuencas hidrológicas.

En el ámbito académico, en el texto se desatacan dos publicaciones que han tenido gran influencia en estudiantes de posgrado: la obra “Iniciación al Urbanismo” de Domingo García Ramos y el trabajo liderado por Luis Unikel denominado “El desarrollo urbano en México”. De igual forma, se hace referencia a una institución destacada en el ámbito de la planeación urbana: la “Sociedad Mexicana de Planificación”, fundada en 1961, que conjuntaba a profesionales de diversas disciplinas, quienes participaban en la elaboración de trabajos de planeación, y que se caracterizaba por ser crítica del modelo desarrollista impulsado por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en el país desde 1970.

Además de los instrumentos generados por Contreras –incluido el primer plano regulador de la Ciudad de México–, se destaca la creación de planos reguladores para ciudades fronterizas y portuarias por Enrique Cervantes en los primeros años de la década de 1970.

Con la promulgación de la Ley General de Asentamientos Humanos en 1976 –señala el autor–, se vinieron en cascada la elaboración de instrumentos de planeación como el primer Plan Nacional de Desarrollo Urbano en 1978; así como 2,377 planes municipales de desarrollo urbano (1981). Posteriormente, en 1982 se genera el “Manual para la elaboración de planes de desarrollo urbano de centros de población” que sentaría las bases para la elaboración de planes bajo el modelo clásico de la planeación funcionalista/racionalista. En torno a este acontecimiento, el autor lamenta la aplicación del manual sin ningún tipo de evolución y crítica por lo que establece lo siguiente:

El plan y la zonificación –fundamentos del modelo SAHOP– han prevalecido por décadas teniendo aceptación institucional como instrumentos normativos y de control para la ocupación, evidentemente superados por la dinámica urbana contemporánea y por los desarrollos recientes de nuestro campo disciplinario aun cuando en numerosos foros se ha advertido la obsolescencia del modelo de planeación urbana en nuestro país.

Para ejemplificar el estado que guarda la planeación urbana en México, Gutiérrez Chaparro toma como caso de estudio al Estado de México y a su capital Toluca –la quinta zona metropolitana con mayor población en el país. En su discurso histórico se resaltan tres momentos coyunturales: a) la creación del Instituto AURIS a finales de la década de 1960, como una institución pionera en el país –antecedente importante de la futura SAHOP–; b)

la institucionalización de la planeación urbana a principios de la década de 1980 con la Secretaría de Desarrollo Urbano y Obras Públicas (SEDUOP) como una instancia a semejanza de la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas (SAHOP) a nivel federal; y c) el notable adelgazamiento del sector desarrollo urbano en el Estado de México a principios del siglo XXI.

En el Estado de México –define el texto– los planes de desarrollo urbano se elaboraban conforme a lo establecido en la Guía de SAHOP, creada 18 años antes hasta que en el 2001 se formulara el libro V del *Código Administrativo del Estado de México* “Del Ordenamiento Territorial de las Asentamientos Humanos y el Desarrollo Urbano de los Centros de Población”. Sin embargo, este nuevo formato no consideró en el proceso propuesto la participación y corresponsabilidad sectorial, la participación de la sociedad civil, los acuerdos de colaboración para el financiamiento al desarrollo, la transferencia de funciones al gobierno local, la profesionalización de cuadros técnicos, el cuidado al medio ambiente y la atención a los riesgos urbanos. Esta situación, para el autor, establece un marco débil para la implementación de la Nueva Agenda Urbana en el Estado de México y en su capital, siendo necesario el robustecimiento del marco normativo pero, sobre todo, el de las instituciones en el Estado.

Gutiérrez Chaparro determina la existencia de una brecha entre la planeación urbana en México y el potencial de implementar las premisas fundamentales de la Nueva Agenda Urbana también en el ámbito nacional.

En consecuencia, hace un llamado a la discusión entre académicos, profesionistas y funcionarios públicos para modificar el paradigma de la planeación urbana racional/comprehensiva –aun prevaleciente en nuestro país–, y con fundamento en conceptos de la década de 1960; y nos propone transitar hacia modelos que privilegien los procesos deliberativos, es decir, la teoría de la planeación comunicativa.

Finalmente, recomiendo el libro del doctor Juan José Gutiérrez Chaparro para ser utilizado como un texto en los cursos de planeación urbana que se imparten en las instituciones de enseñanza del urbanismo y de la planeación urbana en nuestro país, aunque por su redacción también puede servir como referencia para un lector principiante en el tema.

Equipo Editorial

Director: Carlos Alberto Pérez-Ramírez

Editora en Jefe: Gabriela Mañón-Romero

Anallely Ríos Morán, Asistente Editorial

Traducción: Jeime Rodríguez-Macedo

Consejo Editorial

Alejandro Rafael Alvarado Granados, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Ciro Alfonso Serna Mendoza, Universidad De Manizales, Colombia

Gustavo Álvarez Arteaga, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Juan Roberto Calderón Maya, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Juan José Gutiérrez Chaparro, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Julio Soria Lara, Universidad Politécnica de Madrid, España

Luis Miguel Valenzuela Montes, Universidad de Granada, España

María Elina Gudiño, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

María Geralda de Almeida, Universidade Federal de Goiás, Brasil

Mirosława Czerny, Universidad de Varsovia, Polonia

Norma Hernández Ramírez, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Pedro Leobardo Jiménez Sánchez, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Salvador Adame Martínez, Universidad Autónoma del Estado de México, México

Comité Científico

Alfonso Iracheta Cenecorta, Centro Eure, Estudios Territoriales y Políticas Públicas, México

Alicia Ziccardi Contigian, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Ana María Giménez, Universidad Nacional de Santiago del Estero, Argentina

Blanca Rebeca Ramírez Velázquez, Universidad Autónoma Metropolitana, México

Carlos A. de Mattos, Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile

Diego Jaramillo Salgado, Universidad del Cauca, Colombia

Enrique Leff, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Francisco Javier Aguilar García, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Horacio Roldán López, Universidad Autónoma de Sinaloa, México

Javier Delgadillo Macías, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Jorge Inzulza Contardo, Universidad de Chile, Chile

María Eugenia Castro Ramírez, Universidad Autónoma Metropolitana, México

Roberto Eibenschutz Hartman, Universidad Autónoma Metropolitana, México

Ryszard Rozga Luter, Universidad Autónoma Metropolitana, México

Editorial**Pensando la ciudad: las disciplinas de lo urbano/la ciudad de todos**

Natalia García-Cervantes
Brigitte Lamy
Universidad de Guanajuato, México
E-mail: brigittetgo@hotmail.com

Hace ya dos décadas que el mundo se volvió predominantemente urbano; en México, más del 70 por ciento de la población vive en ciudades y adentrada en lo que ha sido llamada “la era urbana”; nos encontramos frente a lo que parece un buen punto de inflexión en la generación de nuevas ideas y pensamientos en relación con “la teoría urbana” y con ello la cavilación acerca de quien piensa y hace las ciudades. La intención de esta edición especial es resaltar que se necesita ampliar la injerencia y reconocer aportes a los estudios de la ciudad más allá de las disciplinas tradicionalmente asociadas a eso, como la planeación y la arquitectura (y el urbanismo), lo cual nos permite ensanchar nuestra visión y ofrecer explicaciones más matizadas a una variedad de problemas tanto teóricos como empíricos de nuestra realidad urbana compartida.

Si consideramos la multitud de procesos que se dan en la ciudad, como centros económicos, financieros, culturales, sociales, de intercambio, el telón de fondo del crecimiento de familias, la influencia del espacio urbano en el desarrollo del individuo y cómo esto refleja nuestro rol innegable como ciudadanos, podemos argumentar la importancia de los aportes de diferentes disciplinas.

Este reconocimiento a otras disciplinas no es nuevo; muchos autores han señalado desde hace tiempo la importante labor que otras disciplinas ofrecen al servicio del campo de la “teoría urbana” y a los estudios de las ciudades. El fenómeno de la ciudad ha sido documentado por diversas disciplinas, donde se considera que la ciudad es un objeto de estudio intrínsecamente complejo y que requiere un enfoque interdisciplinario. Esta edición especial busca evidenciar el valor del aporte de disciplinas, tales como historia, antropología, sociología, demografía, psicología e, incluso, filosofía al estudio de la ciudad. Una apertura a otras disciplinas en la teorización de las ciudades, y en las formas en que pensamos las ciudades y como tratamos de entenderlas tiene el potencial de permitirnos ofrecer mejores explicaciones a fenómenos urbanos y a la urbanidad en sí. Permitirá, por ejemplo, reconocer las implicaciones de la teoría urbana en la dicotomía de lo micro/macro y sus implicaciones, de lo más abstracto a lo más empírico.

La teorización acerca de la ciudad se basa generalmente en el enfoque singular de una disciplina, lo que ineludiblemente nos presenta con una visión parcial y fragmentada. Como señala Friedman hace dos décadas (1998), “uno siempre puede conseguir que un estadístico realice otro pronóstico de población o un arquitecto para diseñar mobiliario urbano, y hay muchos economistas e ingenieros para realizar estudios de factibilidad”. Pero la planeación urbana (que no implica sólo a los planeadores) y los encargados de supervisar la producción del espacio urbano “deben tener una base en el conocimiento de los procesos socio-espaciales que, en interacción entre sí, producen el hábitat urbano [espacio urbano]” (Friedmann, 1998). Por ejemplo, los sociólogos y teóricos urbanos han tenido a la ciudad como su objeto de estudio por décadas, concentrándose en las interacciones sociales, mientras que los planeadores o planificadores se concentran más en dinámicas territoriales como los usos de la tierra y zonificaciones. Los arquitectos e ingenieros civiles, como lo señala Friedman, tienden a ocuparse de las partes físicas de la ciudad, como edificios e infraestructura urbana.

La interdisciplinariedad permite resaltar e intentar capturar/reflejar el dinamismo de la forma urbana, dado que “uno de los pilares del pensamiento urbano es el concepto de forma urbana”, donde el término forma no se refiere a la apariencia externa del fenómeno, sino a la materia: “a los elementos que configuran su existencia, su acción o su manifestación” (Méndez, 2006).

Es innegable que el análisis de la forma sea fundamental para los estudios urbanos, puesto que esta forma materializa las necesidades de la gente que la produce. Sin embargo, las formas no son autónomas; sólo las podemos entender tomando en cuenta el contexto social y cultural. El único método para lograrlo es intentar entender cómo se cruzan y se articulan lo social con lo espacial.

La importancia de reconocer la multidisciplinariedad de la cuestión urbana en el contexto de México nos ayuda a mirar lo urbano más allá de lo físico, de la arquitectura y de la planeación urbana; mirar más allá de la planeación del territorio se vuelve crucial, pues las ciudades comprenden procesos sociales, económicos, políticos, culturales y tecnológicos que no siempre están ligados a una manifestación física de la ciudad. Esto implicaría ineludiblemente mejores explicaciones a fenómenos urbanos y mejores respuestas a dichos fenómenos. Entonces, estudiar las ciudades desde otras disciplinas permite abrir la puerta a una variedad de respuestas a problemas urbanos como el cambio climático, la violencia, la migración, entre otros.

Nuestra labor está centrada precisamente en cómo se transforman los debates teóricos y cómo se traducen para informar a responsables políticos y profesionales y en general a los tomadores de decisiones clave a fin de que se puedan hacer elecciones informadas y en pro de cambios positivos para las ciudades y las vidas de los habitantes de dichas ciudades.

Tal como lo decía Ledrut (1974), la ciudad no es una suma de cosas...; tampoco un conjunto de edificios y calles, sino una reunión de seres humanos que mantienen relaciones diversas. Y Rizo (2006), agrega, “no puede pensarse la existencia de un ámbito social urbano sin reconocer la interacción de los grupos sociales. La experiencia urbana se desarrolla en la convivencia de los grupos, en una comunicación ideal basada en la negociación, el diálogo y el entendimiento”.

Nadie pensará que conoce una ciudad, aunque tuviera todas las cifras acerca de ella, porque la ciudad es durable y contradictoria a la vez; está sujeta a procesos complejos, a hechos excepcionales, a acontecimientos inesperados, a los vaivenes de la historia, de la cultura, del arte, de la economía, de la demografía, etcétera, porque en la ciudad vive gente y ésta posee atributos... Las calles son algo más que un espacio útil, como las casas, algo más que superficies que se pueden medir y la gente algo más que propietarios o inquilinos (Piñón, 1996).

Según Rizo (2006), “comprender el entorno urbano, la ciudad, requiere en la actualidad una mirada abierta. No debemos abordar el espacio urbano sólo como la dimensión física de la ciudad, sino que es fundamental incorporar la experiencia de quienes habitan en ella”. Entonces, la apertura a la teorización de “lo urbano” y “la ciudad” invita también a un cambio de pensamiento en los procesos de planeación en donde se cuenta con una ciudadanía más informada y los tomadores de decisiones son capaces de entender las posturas de diferentes disciplinas. Esto a su vez implica repercusiones positivas para la forma en que los ciudadanos piensan la ciudad y, consecuentemente, la forma en la que se vive la ciudad por medio de una apropiación de los procesos y el espacio.

Una apertura a otras disciplinas da cabida a un rol más activo de la ciudadanía, en donde puedan ser activos, críticos y partícipes de las implicaciones teóricas acerca de quién piensa y cómo se piensa la ciudad, quién planea la ciudad, cómo se planea la ciudad, quién (es) hace (n) la ciudad y para quien se hace. Esto permite un análisis más crítico acerca del rol de la planeación urbana en el desarrollo de las ciudades, así como de cuál es el rol de los “expertos” de “la ciudad y lo urbano” y ser más críticos y exigentes en cuanto al rol de los ciudadanos mismos.

La ciudad está tanto fuera como dentro de nosotros, en la forma en que la pensamos, concebimos y recordamos, en la forma en que armamos nuestra imagen mental individual y luego colectiva acerca de ciertos lugares. Es por eso que la filosofía es un campo que debe tener una consideración importante en el estudio de lo urbano.

Nuestra meta es común y conocida, todos estamos en busca de un futuro urbano común más justo, más accesible, más comprensivo y más sensible.

Referencias

- Friedmann, J., (1998). Planning theory revisited. *European Planning Studies* 6(3), 245-253.
doi:10.1080/09654319808720459
- Méndez, A. (2006). *Estudios urbanos contemporáneos*. México: Miguel Ángel Porrúa
- Piñon, J. (1996). Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana. En Sambricio, C. (ed.), *La historia urbana*. Madrid: Marcial Pons
- Rizo, M. (2006). Conceptos para pensar lo urbano: el abordaje de la ciudad desde la identidad, el habitus y las representaciones sociales. *Bifurcaciones*, 1(6), 1-13 Recuperado de http://www.bifurcaciones.cl/006/bifurcaciones_006_Rizo.pdf
- Ledrut, R. (1968). *Sociologie urbaine*, Paris: P.U.F.

Artículos de investigación

Sociología urbana: evolución y renacimiento***Urban sociology: evolution and revival***

Brigitte Lamy

Universidad de Guanajuato, México

<https://orcid.org/0000-0002-6201-1114>Correo electrónico: brigittego@hotmail.com

Recibido: noviembre 14 de 2018

Aceptado: marzo 21 de 2019

Resumen

En este texto tratamos de definir la sociología urbana, sus orígenes, su mirada hacia la ciudad como objeto de estudio y cómo la define, cómo la estudia, a partir de qué temas. Se trata de ver la importancia de esta disciplina para estudiar la ciudad. La sociología urbana o de lo urbano ofrece una mirada complementaria a otras disciplinas que también se interesan por el fenómeno urbano; va mucho más allá del aspecto físico-espacial, pues la definición de ciudad para los sociólogos urbanos se encuentra precisamente en la intersección entre lo social y lo espacial. Con el apoyo de contribuciones de especialistas del área, se presenta lo que podría ser una agenda de trabajo, sus temas privilegiados de investigación y su forma de acercarse para estudiarla. El campo es inmenso y complejo, ya que consta de una gran variedad de puntos de vista a través de épocas, continentes y dentro de la misma disciplina.

Palabras clave: sociología urbana, ciudad, temas, método.**Abstract**

This paper presents an approximation to a definition of urban sociology considering its origins, its look towards the city as an object of study, how the city is defined and studied by sociology and from which themes. It is about seeing the importance of this discipline to study the city. Urban or urban sociology offers a complementary perspective to other disciplines that are also interested in the urban phenomenon; it goes far beyond the physical-spatial aspect, because the definition of a city for urban sociologists is precisely at the intersection between the social and the spatial. Supported by the contributions of specialists in the area, this could be a working agenda within the discipline, its privileged research topics, its approach to study it. The field is immense and somehow complex, since it consists of great variety of perspectives throughout eras, continents and within the same discipline.

Keywords: urban sociology, city, themes, method.

Introducción

La sociología urbana representa seguramente una rama de estudio que está totalmente acorde con las nuevas dinámicas sociales, pues más del 50% de la población vive en ciudades. Efectivamente, los debates actuales acerca de los estudios urbanos tienen algo que ver con las nuevas reconfiguraciones de lo social.

La sociología urbana muchas veces se relaciona con la Revolución Industrial, sin embargo, la preocupación por las cuestiones urbanas es mucho más antigua. Las preocupaciones sociales acerca de las ciudades se daban mucho más en el mundo occidental, cuando todavía la distinción “campo-ciudad” tenía su razón de ser o estaba más marcada. Hoy en día, esta demarcación se debilita; la urbanización tiende a afectar al conjunto de las actividades sociales, de las poblaciones y de los espacios; es un fenómeno en vía de generalización que afecta condiciones, maneras de vida, mentalidades y hasta las comunidades rurales; la urbanización llegó hasta el campo.

Tomando en cuenta lo anterior, nos faltaría dar un paso para preguntarnos ¿cómo lo hizo Castells en un momento dado?, ¿hay una sociología urbana?, ¿es todavía pertinente hablar de sociología urbana? Ya no podemos justificar más la existencia de la sociología urbana solamente con base en la división campo-ciudad. Como lo dice Grafmeyer (1994), la ciudad está en todas partes, en su materialidad, por lo menos, como hecho de sociedad. La duda está en el aire. ¿Dónde está o qué queda de la sociología urbana?

Con todas las transformaciones urbanas, las disciplinas científicas interesadas en lo urbano se multiplicaron, ya que la interdisciplinariedad se volvió indispensable y, además, el estudio de lo urbano se debe pensar integrando ciencia, técnica y sociedad. La urbanización y las mutaciones urbanas interpelan la sociología, la cual debe compartir con otras disciplinas, nociones y conceptos para un entendimiento más completo de la situación y realidad urbana. Están en el panorama de los estudios urbanos la geografía, la arquitectura y el urbanismo, las ciencias políticas, la economía, el urbanismo y las ingenierías.

La participación o la implicación de la sociología en los estudios urbanos se ha vuelto necesaria para favorecer la integración social, estudiar las representaciones sociales y los modos de vida que muchas veces dejan de lado los aspectos técnicos, políticos y económicos. En el contexto de la globalización, la ciudad se vuelve un verdadero laboratorio de las relaciones de poder, por ejemplo, en lo político y lo económico, ya que el poder público le deja demasiado o cada vez más espacio o latitud al poder privado (sector privado), dejando siempre a un lado los modos de vida; lo que termina por ocasionar más situaciones de estratificación, segregación o exclusión social. Vemos entonces a continuación lo que nos aporta y nos deja la sociología urbana para estudiar y entender la ciudad.

¿Para qué estudiar la ciudad?

En el ámbito internacional, asistimos a una cierta revolución urbana, obviamente más acentuada en unas partes del mundo que en otras. La urbanización es parte de las transformaciones más visibles y más profundas de la sociedad moderna (Montigny, 1992). Hace 100 años, 9% de la población mundial vivía en una ciudad y en la actualidad es la mitad de la población mundial, es decir, 50% de la gente vive en un entorno urbano.

En México, se estima que alrededor de 75% de la población vive en una ciudad; lo que se compara con las tasas de urbanización de los países occidentales. Yves Étel (2009) en su artículo nos recuerda que en 2007 la población urbana rebasó por primera vez a la población rural (en términos de porcentajes). También hace observar que el fenómeno de crecimiento demográfico urbano se enfatizará en los próximos años: para 2030, se prevé llegar a 62% de la población mundial, para 2050, se estima llegar a 68%. Este crecimiento, según el autor, afectará más a las ciudades medias que a las grandes aglomeraciones urbanas. Esta situación se relaciona estrechamente con dos fenómenos aún poco estudiados en este contexto: la migración y la pobreza; este último considerado por Étel como el problema más importante y más explosivo políticamente hablando.

Históricamente, la gente venía a la ciudad con la espera de realizar sus sueños y aumentar su nivel de vida, pero habrá que preguntarnos si siempre ha sido cierto. Durante siglos, las ciudades fueron asociadas a las civilizaciones; estuvieron en el corazón de los grandes acontecimientos económicos, políticos, sociales o artísticos. En las ciudades encontramos tanto el triunfo como la tragedia humana. Estudiar la ciudad es estudiar la sociedad; entender la ciudad es crucial para entender a la sociedad; como elegimos estudiarla, es también muy importante.

Se habla de explosión urbana (Paquot, 1990); la ciudad se convierte en el típico entorno de vida para la mayoría de la gente del mundo. Como hecho de sociedad, la ciudad está por todos lados. Quizás no haya otro tema que invite más a la reflexión sobre la relación entre el espacio y la conducta social que el estudio urbano. Según Touraine y Giddens (en Lezama, 1993), el objeto de estudio de la sociología son las instituciones y las conductas sociales; el contexto que une estos dos conceptos existe: es la ciudad.

Las ciudades, presentes desde los inicios de las civilizaciones, no han dejado de desarrollarse y de concentrar una parte cada vez más importante de la población, de la actividad económica, del prestigio y del poder bajo todas sus formas para llegar a ser hoy en día la expresión misma de nuestras sociedades, de sus potencialidades y de sus límites (Bailly y Huriot, 1999). El hecho urbano y particularmente la metropolización son fenómenos mayores de nuestra época. Ya llegó la "era de las ciudades". Las ciudades han existido, sin duda alguna, desde mucho tiempo; sin embargo, se convirtieron en un modo de vida generalizada; vivir en una ciudad es casi una norma de los miembros de nuestra especie (Bailly y Huriot, 1999).

Últimamente, y tal vez sobre todo en América Latina y en México, la sociología urbana ha sido la sociología de la urbanización como producto de los cambios importantes hacia y dentro de las ciudades. Podemos pensar en las migraciones rural-urbanas o más recientes en las urbana-urbanas, en los nuevos procesos sociales, políticos y económicos, en los fenómenos de adaptación, asimilación o persistencia de las identidades, etcétera.

Parece que la sociología urbana podría definirse como la observación, en un medio privilegiado, de las transformaciones sociales y económicas como resultado del proceso de modernización. Para Clavel (en Ostrowetsky, 1996), la sociología urbana es un sector de la sociología ocupado por los investigadores cuyo campo de estudio es la ciudad.

En Europa, la ciudad no se opone más al campo (que debería ser definido también) y por lo tanto está perdiendo una de sus características esenciales que justificaba la discusión entre lo que era o no “urbano”. Por esta razón, algunos autores de este continente hablan más de sociología de los espacios habitados, ya que casi toda la población vive en una ciudad o tiene un modo de vida urbanizado. La situación se presenta de manera distinta en América Latina y en México donde todavía la demarcación campo-ciudad está presente en varios aspectos de la vida de la población.

La “revolución urbana”, anunciada por Henri Lefebvre en 1970, se está realizando en la mayoría de los países en desarrollo mientras que en la mayoría de los países industrializados y postindustrializados se está terminando (Paquot *et al.*, 2000).

La urbanización que se está llevando a cabo a nivel planetario se realiza con una gran diversidad morfológica y cultural y constituye un reto de la civilización difícil de comprender, pero que no puede dejarnos indiferentes.

Para mayor entendimiento, vamos a precisar lo que distingue los campos disciplinarios a fin de definir mejor la contribución de la sociología en el acercamiento de los fenómenos urbanos y así manifestar su atención a las aportaciones de las otras disciplinas que participan al conocimiento del mundo urbanizado. Se dijo que lo más valioso para el estudio de un fenómeno se encuentra a las fronteras de las disciplinas que lo pueden observar.

La sociología de lo urbano se distingue de las otras disciplinas de las ciencias sociales porque los sociólogos subordinan sus métodos de observación y los examinan a un cuestionamiento, a un problema. Los sociólogos, a diferencia de los etnólogos, ubican al grupo estudiado en un conjunto más amplio, institucional, jerárquico, cultural, etcétera, dentro del cual está inserto (Clavel, 2002). Los estudios sociológicos actuales favorecen las encuestas empíricas, descriptivas y sobre objetos limitados. Se enfocan a entender las repercusiones en los modos de vida (en el **pensar lo urbano**).

La práctica del urbanismo consiste en **pensar la ciudad**, el espacio urbano como espacio para ordenarlo, modificarlo. El objetivo no es el conocimiento, sino la acción, la realización. La sociología, por su parte, ofrece un saber y unas técnicas para contribuir al estado del conocimiento, mientras que el urbanismo propone esquemas de

transformaciones posibles para el espacio existente. La sociología aporta los conocimientos y el urbanismo sintetiza los datos tomando en cuenta los elementos humanos, geográficos, técnicos, políticos, financieros y legislativos, e imagina proyectos de ordenamiento realizables. La dificultad podría llegar cuando se transforma el espacio urbano sin tomar en cuenta lo que ahí pasa en todas las otras dimensiones de la ciudad.

Las mutaciones del capitalismo tienen repercusiones en los modos de vida y en los modos de pensar; es una dimensión de la civilización urbana y no hay que confundir entre pensar lo urbano y pensar la ciudad, ya que podría resultar un desastre (Paquot *et al.*, 2000).

¿De dónde viene la sociología urbana?

Los historiadores actuales de la sociología urbana atribuyen su origen a Georg Simmel (1858-1918), quien se dedicó principalmente al estudio de las consecuencias sociales de la urbanización (Escuela culturalista). Según él, la ciudad tiende a sustituir las formas tradicionales y cohesivas de la sociedad por un mundo anónimo, complejo y de distanciamiento entre individuos (Montigny, 1992).

La sociología urbana no es la sociología de todo lo que pasa en la ciudad. Transversal a otros campos de la sociología (familia, trabajo, educación, etcétera), la sociología urbana se centra en la dimensión propiamente urbana de los diversos aspectos de la vida social y se pregunta cómo los elementos que estructuran de forma específica las relaciones entre actores, instituciones y grupos sociales constituyen la ciudad como entorno y cómo la ciudad como entorno es constituida de elementos estructurando de manera específica las relaciones entre actores, instituciones y grupos sociales.

Para un sociólogo, la ciudad es primeramente un lugar donde viven los grupos sociales, donde trabajan, donde crían a sus familias y donde interactúan o no con otras personas. Estos grupos sociales se distribuyen geográfica, demográfica, económica, política y culturalmente formando un sistema social, el cual es el objeto primero de los sociólogos urbanos; es decir, les interesa el conjunto de relaciones entre los espacios construidos y las sociedades. La ciudad es una forma social y espacial; la sociología de lo urbano no disocia los fenómenos sociales de los espacios donde se realizan o se llevan a cabo, sino que hace de la imbricación de lo social con lo espacial la condición y el eje de sus análisis.

Aparece claramente que es imposible estudiar la ciudad solamente a partir de la perspectiva sociológica; estudiar la ciudad implica la contribución de otras disciplinas para llegar a una comprensión de los diferentes aspectos de la realidad urbana. Raymond Ledrut (1968) describe muy bien lo que sería el programa de la sociología urbana:

(Ella) se cuestiona a cerca del orden que es propio a las colectividades urbanas y sobre las formas que puede tomar ese orden. El análisis de las condiciones y de los tipos de estructuración colectiva de los complejos urbanos es una tarea importante; se relaciona naturalmente al examen de las modalidades, de las causas y de los efectos de la organización del espacio social urbano (Ledrut, 1968).

Foto 1. La ciudad para un sociólogo

Fuente: archivo personal.

Precisamente la relación entre desigualdades/territorios constituye la discusión fundamental de la sociología urbana de hoy que, a la diferencia de los otros campos de la sociología, no puede dejar de considerar las dimensiones espaciales. Se trata entonces de ver cómo los cambios sociales y espaciales se articulan y se inscriben en el territorio para entender las realidades urbanas de hoy.

Según Montigny (1992), estamos en presencia de una verdadera sociología urbana en la medida en que se busca comprender un segmento de la vida social, llevado a cabo en las grandes ciudades. Para Simmel la sociología de la ciudad no sólo debe considerarse como una contribución a la edificación de una sociología general (como lo veía Durkheim), sino como una rama especializada de la disciplina (Montigny, 1992). También así pensaba Halbwachs, ya que para él el fenómeno de urbanización era lo suficientemente importante, extendido y presente como para considerar la sociología urbana como un campo de pleno derecho.

La sociología urbana de hoy se interesa en las desigualdades sociales a partir de los estudios sobre la segregación social, es decir, en la inscripción en el tejido urbano de las desigualdades empezando por la posición social y el origen étnico. La segregación no se

aborda sólo por el territorio, sino socialmente a través de las redes sociales; la segregación puede ser también el cierre de las redes.

Podemos decir entonces que la sociología urbana se encuentra en la intersección entre lo social y lo territorial; se interesa y se cuestiona sobre la manera que tienen los seres humanos de vivir juntos en un espacio dado. Ejemplo de los espacios públicos como lugar de sociabilidad: uso y significado para la población, ¿espacio de integración, cohesión o distanciamiento social? ¿Favorecen el desarrollo social sustentable en las ciudades?

Foto 2. Espacio público



Fuente: archivo personal.

La dinámica urbana constituye el objeto de investigación central de la sociología urbana. Lo urbano no es una realidad estática sino una realidad dinámica caracterizada por la movilidad en su sentido más amplio. La llegada de los sociólogos al estudio de la ciudad es reciente. Sin embargo, algunos temas se perfilan de más interés en el estudio del mundo urbano en sociología (según Bassand *et al.*, 2001):

1. La dinámica urbana es reveladora de fenómenos más globales; la ciudad es la inscripción en el suelo de la sociedad, y la sociedad a su vez influye en la ciudad. El fenómeno urbano es incomprensible e inexplicable sin referencia a la sociedad que lo envuelve, y esta última constituye una llave para entenderlo. Sólo hay que pensar en la globalización y en los actores en los actores económicos que se involucran a

nivel mundial y no nacional. La crisis del medio ambiente, los conflictos sociales: más desigualdades, exclusión social, movimientos sociales, etcétera. De esta nueva dinámica societal nace una nueva dinámica urbana, y necesita nuevas herramientas; ¿les corresponderán ahora a los mercados regular el funcionamiento colectivo?

2. Las ciudades y la vida urbana varían según las épocas y el lugar, pero no desaparecen; la ciudad ha evolucionado mucho desde que existe y también según los lugares, los países y las culturas. La dinámica urbana actual se construye sobre las bases de diferentes épocas o regímenes; existe una superposición y subsisten huellas anteriores.
3. La importancia creciente del sector privado da forma a la dinámica urbana y a la metropolización: privatización de servicios públicos, poder de las multinacionales sobre el estado, ejercicio de la ciudadanía... cuestionando el papel de los poderes públicos: gobernanza. ¿Capitulación/rendición del poder político frente al poder económico? Con todas sus consecuencias en términos de desigualdad social y espacial.
4. La dinámica urbana contemporánea se construye alrededor de la trilogía: concentración-centralización-competencia. Pone en evidencia la importancia del aspecto económico y de la movilidad para sacar provecho de la situación.
5. La relación de los actores a la cuestión ESPACIO-TIEMPO es un revelador privilegiado de la dinámica urbana. Las temporalidades no se enmarcan en UN territorio, sino más bien en diferentes lugares según temporalidades que están siempre en recomposición: la jornada de hoy no es sólo trabajo-casa, sino un movimiento entre el domicilio, el trabajo, lugares de compras, ocio, sociabilidad, deberes cívicos, etcétera. El fraccionamiento, colonia o barrio no es el territorio exclusivo de estas actividades, sino que están dispersas en toda una aglomeración urbana entera y a veces hasta fuera. Y si lo vemos a nivel de una vida entera: los actores realizan itinerarios migratorios interregionales o internacionales que terminan marcando su identidad y las dinámicas urbanas.
6. La dinámica urbana debe analizarse como un sistema de lugares y flujos: la movilidad espacial es una componente fundamental de lo urbano y de la metropolización. Para algunos, la ciudad se puede resumir a un sistema de flujos de personas, de mercancías y de informaciones. Y siempre está en recomposición. La movilidad espacial implica un conjunto complejo de redes técnicas y territoriales (vías, plazas, red de energía, agua, redes de transportes, comunicaciones, etcétera) y que implica también redes sociales: construcción de proximidades socio espaciales y co-presencia en la ciudad (dimensión fundamental para la sociología urbana).

7. Quien dice dinámica urbana, dice funcionamiento social. Le Corbusier había propuesto cuatro funciones urbanas: habitar, trabajar, recreación y circular. Hoy en día, los sociólogos prefieren hablar de seis campos y retos sociales:

- Economía: producción de la riqueza y su repartición.
- Población: reproducción y equilibrio con el resto de la sociedad.
- Territorio: y el medio ambiente en función de un desarrollo durable.
- Político: regular las relaciones entre los diferentes actores y que define el acceso democrático al poder.
- Cultura: intenta definir el significado de la existencia de cada actor.
- Confianza (trust)/urbanidad: busca las modalidades de un “vivir juntos”.

La reflexión sobre la dialéctica entre dinámica urbana y funcionamiento social es interesante, pues insiste sobre la delicada alquimia entre estabilidad –necesaria al funcionamiento– y cambio –necesario a las adaptaciones–.

1. Los potenciales de los actores producen la dinámica urbana: lo urbano no surge espontáneamente, sino que se construye continuamente por cuatro tipos de actores: los económicos, los políticos, los profesionales del espacio (arquitectos, urbanistas e ingenieros) y los habitantes-usuarios-ciudadanos, que muchas veces son olvidados. Cada uno de ellos juega uno o varios roles sociales, pero dispone también de una autonomía que su posición social va a amplificar o a reducir. Cada actor puede jugar con las relaciones sociales como un recurso.
2. La dinámica urbana debe estudiarse por sus diferentes niveles en profundidad del análisis sociológico. La noción de “niveles en profundidad” permite dividir la realidad urbana en tres niveles y se superponen en función de su materialidad.
 - Nivel de la morfología: incluye el entorno construido y natural, la población, las técnicas; es muy concreto y medible con instrumentos.
 - Nivel de las prácticas sociales generadas por organizaciones, roles, normas, entre otras: van de la movilidad a diversas prácticas domésticas relativas al trabajo, a la política, a la cultura, etcétera; así como a prácticas en torno a la vida social (vecindario, amistades, parentesco, colonia...), al ciclo de vida (alimentación, descanso, etcétera). Son concretas, pero mucho menos medibles que los elementos del primer nivel.

- Nivel de las representaciones colectivas: es el imaginario, las ideas, los símbolos, las ficciones, las aspiraciones, las identidades. A veces toma formas concretas de obras culturales: la imaginación colectiva puede tomar forma de novelas, películas, textos periodísticos, proyectos, etcétera; la mayoría de las prácticas sociales primero fueron representaciones ocultas que se tradujeron después en comportamientos sociales y que se concretizaron en morfología. Por tanto, es un nivel muy importante, ya que es como el sueño de un arquitecto que se convierte en proyecto y luego en construcción.
3. La dinámica urbana se debe analizar micro y macrosociológicamente; el fenómeno urbano es particularmente propicio a la articulación de estos dos polos de estudio. No podemos ignorar las causas que relacionan lo micro y lo macro, pero además los conocimientos que generan son indispensables a la acción.

Definición de ciudad

Aunque parezca fácil hablar y escribir sobre ciudades o identificarlas, cuando llega el momento de definir las, la tarea se vuelve un poco más compleja. ¿Qué es una ciudad? Más de una disciplina se interesa; incluso, dentro de la misma sociología, los puntos de vista son numerosos según el acento que se ponga sobre una u otra dimensión social, por lo que hay definiciones y entendimientos distintos. Sin embargo, de forma general, las ciudades siguen presentando elementos que las caracterizan y que fueron señalados por las diferentes escuelas de sociología moderna:

- La supremacía de la ciudad sobre el campo que provoca esta desigualdad y ambivalencia, producto de la división del trabajo (Marx).
- El proceso de racionalización, verdadera naturaleza de la vida urbana (Weber) y la ciudad, territorio que simboliza el poder del estado y de la burocracia.
- En la ciudad se intensifica el contacto social; ésta provoca la ansiedad y la angustia por la densidad del orden moral presente desde las primeras formas urbanas (Durkheim) (Lezama, 1993).

Como configuración socio-espacial, la ciudad sigue correspondiendo esencialmente a las imágenes fuertes:

- Concentración de población
- Primacía del entorno construido sobre el entorno natural

La ciudad no sólo se entiende como territorio espacial y socialmente diferenciado, sino como una búsqueda de libertad y de creatividad (Lezama, 1993). Sin embargo, la urbanización tiende a afectar de forma mucho más amplia al conjunto de las actividades y de las poblaciones. Paquot habla de explosión urbana: “en el año 2000 uno de cada dos habitantes del planeta vivirá en una ciudad” (Paquot, 1990).

Foto 3. La ciudad



Fuente: archivo personal.

La ciudad es entonces tanto territorio como población, entorno material y unidad de vida colectiva, configuración de objetos físicos y nudo de relaciones entre sujetos sociales. Podemos decidir interesarnos por uno u otro de esos dos órdenes de realidades, sin embargo, siguen siendo inseparables, porque es en su interacción donde se encuentra la definición de la ciudad, en sus elementos más significativos y constantes. Grafmeyer (1994) propone cinco figuras de la ciudad:

A) El encuentro

La proximidad física dentro de la ciudad permite a las personas entrar en relación. Es dentro de este medio que se pueden iniciar, amplificar o deshacer las relaciones sobre las cuales se basa la vida social. Aunque no hayamos llegado a una conclusión en las discusiones sobre el tamaño que debe tener una ciudad para poder ser designada con este término, la noción

de aglomeración da una buena idea del doble aspecto del fenómeno urbano. La ciudad es a la vez el proceso por el cual la gente se acerca y se conoce; y, por otro lado, es el resultado estabilizado de este movimiento. Por lo tanto, está hecha de proximidades deseadas, sufridas o inopinadas.

B) El mosaico

La ciudad junta actividades y poblaciones que se distribuyen de forma no uniforme sobre el territorio. Este proceso de aglomeración se demultiplica en procesos locales más pequeños de agregación que inscriben en la ciudad, líneas divisorias más o menos herméticas. Estos procesos locales podrían parecer yuxtapuestos en el espacio urbano como un mosaico.

C) La centralidad

La ciudad no es solamente este mosaico; dispone las actividades y los grupos que son, en la mayoría de los casos, interdependientes. La ciudad organiza esta diversidad. La polarización de los flujos humanos, de mercancías y de información la relaciona con otros espacios y otras ciudades. En este sentido, se encuentra como centro.

D) La ciudad y sus instituciones

No cabe duda de que la ciudad representa la función política: ejerce funciones administrativas hacia un territorio y participa en la delimitación territorial. Administra también sus propios asuntos. Es el lugar de expresión, de difusión de ideas, de lucha; organiza dominaciones y cobija revoluciones (Roncayolo, 1990). Max Weber subrayó la importancia de la dimensión política e institucional de la ciudad.

E) Personalidad urbana o culturas ciudadanas

Con esta definición de la ciudad, con esta diversidad humana que se junta dentro de la ciudad, ¿podría generar formas de ser y de actuar que puedan ser consideradas como características propias del ciudadano? Varios sociólogos se interesaron por esta pregunta; entre ellos, Louis Wirth, quien propuso un modelo de personalidad urbana: el urbanismo como modo de vida. Pero hay distintas formas de vivir en la ciudad; no habría una, sino varias culturas urbanas.

Estas diversas figuras de la ciudad nos dan una visión de un mismo objeto desde perspectivas distintas que nos permiten definirlo, conocerlo mejor, explicarlo y entonces entenderlo. A partir de estos elementos, diferentes enfoques en sociología urbana (como en otros campos de estudio) se han desarrollado para traernos “aclaraciones”.

Los temas

Como disciplina científica, la sociología está confrontada a las preguntas que se hacen las sociedades. La extensión de la urbanización a una escala, hasta el momento, nunca alcanzada, la generalización de las sociedades ya urbanas en sus manifestaciones sociales y las consecuencias de esta situación sobre la organización del espacio de vida ha generado un campo específico de estudio (Clavel, 2002).

La sociología de lo urbano se da a la tarea de describir las ciudades en su movimiento, como espacios producidos, como prácticas múltiples de poblaciones diversas que construyen cada día una urbanidad común. La ambición es entender mejor las relaciones entre la sociedad y sus espacios, actualizar el significado que se dan a estos espacios, tomando en cuenta la sociedad actual, sus valores y sus perspectivas.

La sociología desarrolla un campo específico con la sociología urbana, debido a que la urbanización nunca había conocido tal extensión, a que las sociedades se volvieron urbanas en sus manifestaciones sociales y a las consecuencias que esta situación tiene sobre la organización de un espacio de vida común. Se retoman los cinco grandes temas, objeto de atención por parte de los sociólogos urbanos, como los presenta Clavel (2002):

1. La centralidad

La noción de “centralidad” manda muchas veces a “centro” (de ciudad), sin embargo, la definición de lo que es un “centro” no es uniforme ni compartida. Y tampoco todas las ciudades tienen un centro o tienen uno solo, pues a veces tienen varios.

- a. El centro de la ciudad
- b. Lugares centrales
- c. La centralidad cuestionada
- d. ¿Centros o periferias?

2. La segregación

Es la concentración espacial duradera, impuesta por decisiones políticas o por mecanismos económicos de una población homogénea, muchas veces pobre, lo que contribuye también a su estigmatización. Es un tema recurrente de la sociología urbana. Conciérne a grupos apartados y su separación está aceptada o deseada por el grupo mayoritario.

- a. Segregación y repartición diferenciada en el espacio
- b. La segregación es primero una partición
- c. La segregación es una “puesta a distancia”
- d. La segregación es una discriminación
- e. El gueto

3. La territorialidad

Bajo este término están agrupados los comportamientos relacionados con el territorio, el espacio habitado o utilizado y considerado como lugar, como espacio de identificación social. No siempre se presentan con la misma intensidad.

- a. El territorio
- b. El barrio como territorio
- c. Territorialidad y apropiación

Foto 4. La territorialidad



Fuente: archivo personal.

4. La urbanidad

En los diccionarios, la urbanidad está definida por las cualidades de la persona que vive en la ciudad, su educación, sus maneras cordiales, afables. La urbanidad insiste sobre la calidad de las relaciones, pero también sobre el conocimiento y la práctica de las convenciones o códigos en uso en la ciudad. También se relaciona con los espacios de la ciudad, la manera en que se facilita la vida de los ciudadanos y su gusto por estar en la ciudad.

- a. La urbanidad según la Escuela de Chicago
- b. La movilidad de los ciudadanos
- c. La urbanidad es también espacial
- d. La urbanidad como escena
- e. La urbanidad versus incivilidad y violencia

5. El espacio público

El espacio abierto a todos, es un tema de investigación reciente en la sociología urbana. Viene del interés por lo construido y de la necesidad de pensar de otra manera la ciudad demasiado grande y fragmentada alrededor de polos espaciales y sociales privilegiados. La relación que se quiere privilegiar es la existente entre el espacio público y la cultura urbana en sus múltiples expresiones y así constituir nexos simbólicos para reestablecer la comunicación entre pedazos de ciudad o grupos aislados. Los espacios públicos aquí están considerados y utilizados como “integradores” en la ciudad. Estas diferentes concepciones del espacio público quieren romper con las simplificaciones que tienden a reducirlo a un lugar descriptivo, soporte de las prácticas.

- a. Espacio urbano, espacio público
- b. El espacio público de Goffman
- c. El espacio público y la indiferencia compartida

Foto 5. La urbanidad



Fuente: archivo personal.

Los métodos

La ciudad es el laboratorio de tamaño natural de la vida social y, por lo tanto, dio lugar a una larga tradición de experimentación metodológica; de la ecología urbana a la antropología de lo imaginario, de la sociología de los modos de vida a la semiología del espacio, numerosos acercamientos al trabajo de campo fueron aplicados –e inventados– en el campo de la investigación. Citando a algunos ejemplos, podemos decir que los relatos o las historias de vida, los mapas mentales, la observación participante y el análisis de redes encontraron en la ciudad un terreno o campo de predilección. Asistimos, en la investigación urbana, a la cruzada de dos movimientos (Clavel, 2002):

El **primer movimiento** se relaciona con la evolución del objeto de estudio: el espacio urbano. La ciudad está en plena mutación y da lugar a nuevos problemas. La reflexión sobre la ciudad no es muy reciente; se renovó en los últimos años por razones sociopolíticas y pragmáticas.

1. Razones sociopolíticas: el renacimiento de grandes proyectos arquitectónicos, la situación de los suburbios, la preocupación cada vez más importante por la calidad de vida, la comodidad y la eficacia de los servicios, particularmente servicios al público.
2. Las razones pragmáticas son también importantes. Durante mucho tiempo, el espacio urbano fue abordado según dos modos: una perspectiva arquitectónica que se interesa a las cualidades formales del espacio, a la construcción material del marco construido, y una perspectiva sociológica orientada hacia los modos de vida de los ciudadanos. En el mejor de los casos, la articulación de estas dos dimensiones fue pensada en términos de traducción (el espacio urbano como reflejo de la estructura social) o de determinación (efectos del espacio construido sobre los comportamientos). Actualmente, el problema no consiste en reducir lo espacial a lo social o de abatir una de estas dimensiones en la otra, sino de pensar la relación de “doble naturaleza” entre las formas construidas y las formas sociales, de poner en evidencia el trabajo de configuración recíproca del espacio y de las prácticas respetando la irreductibilidad de cada una de ellas. A partir de eso, el establecimiento estricto de las fronteras disciplinarias y los acercamientos unidimensionales no son más admisibles o apropiados.

El **segundo movimiento** trata de la emergencia de nuevas perspectivas teóricas. Después de los grandes paradigmas unificantes que balizaron el desarrollo de las ciencias sociales, asistimos desde los años 80 a la emergencia de una nueva configuración intelectual que renovó los modos de cuestionamiento de la ciudad moderna. Este cambio de perspectivas en ciencias sociales puede resumirse en tres puntos:

1. La importancia acordada al contexto.
2. La idea de que los ciudadanos dispongan de competencia/conocimiento.
3. El apoderamiento de las cuestiones de espacio a partir del punto de vista de los habitantes.

A los grandes modelos explicativos que integran la totalidad de los hechos sociales sigue un proceso más localizado; pone en el centro del propósito el carácter situado de los fenómenos observados. Pasa por una contextualización de los fenómenos. El investigador llevará a privilegiar modos de observación *in situ*. En lugar de buscar las causas o las determinaciones, se tomarán en serio las condiciones, las formas y las modalidades de emergencia de los fenómenos.

Se trata de considerar al ciudadano como dotado de recursos y de competencias y como coproductor del espacio público. Se reconoce o se favorece una actitud condescendiente a la experiencia “ordinaria” (en oposición al conocimiento científico). Permite rebasar la oposición tradicional entre objetividad y subjetividad y hacer del espacio público uno de los temas privilegiados de investigación.

Un lugar importante está otorgado a los aportes de la fenomenología. El espacio urbano no es pensado entonces desde un punto de vista neutro, indiferenciado, pero sí como un espacio para alguien, es decir, desde el punto de vista de los que se muevan en la ciudad, desde el punto de los que sueñan, actúan, hablan... Sensibles al estatus de la expresión, estos pasos abren un abanico muy amplio de preguntas: ¿qué es lo que está percibido, qué señala, qué evoca el lugar, qué moviliza como comportamientos, como encuentros, como tipos de sociabilidad, como imaginario? Para contestar esas preguntas, las investigaciones tuvieron que tomar conceptos y teorías de diversas disciplinas, entre otras: la psicología de la percepción, la semiología, la estética, la etología, la antropología y la sociología. Hay que referirse a las bibliografías para entender lo difícil que es respetar las fronteras disciplinarias de manera rígida.

Conclusiones

La investigación urbana es intrínsecamente interdisciplinaria. Es importante tomar en cuenta la pluralidad de las lógicas en la dinámica urbana. La ciudad en su dimensión espacial no es otra cosa que la proyección de la sociedad sobre el territorio y una matriz que la estructura; por eso es tan importante tomar en consideración estas dos facetas en el estudio de la ciudad y de lo urbano.

El objetivo de este texto es presentar la sociología urbana, sus orígenes, su mirada hacia la ciudad como objeto de estudio, cómo la define, cómo la estudia, a partir de qué temas, etcétera. Tratamos de hacer ver la importancia de esta disciplina para estudiar la ciudad. La sociología urbana o de lo urbano ofrece una mirada complementaria a otras

disciplinas que también se interesan por el fenómeno urbano; va mucho más allá del aspecto físico-espacial, pues la definición de la ciudad para los sociólogos urbanos se encuentra precisamente en la intersección entre lo social y lo espacial. Apoyándonos en contribuciones de especialistas del área, presentamos lo que podría ser una agenda de trabajo dentro de la disciplina, sus temas privilegiados de investigación, su forma de acercarse para estudiarla. El campo es inmenso y algo complejo, ya que consta de una gran variedad de puntos de vista a través de épocas, continentes y dentro de la misma disciplina.

Referencias

- Bailly, A. y Huriot, J.M. (1999). *Villes et croissance. Théories, modèles et perspectives*. París, Francia: Antropos.
- Bassand, M. Kaufmann, V. y Joye, D. (2001). *Enjeux de la sociologie urbaine*. Lausana, Suiza: Presses polytechniques et universitaires romandes.
- Clavel, M. (2002). *Sociologie de l'urbain*. París, Francia: Anthropos.
- Étel, Y. (2009). *La folle croissance des villes. L'Atlas des migrations*. Paris: Ed. Le Monde.
- Grafmeyer, Y. (1994). *Sociologie urbaine*. París, Francia: Nathan, collection 128.
- Ledrut, R. (1968). *Sociologie urbaine*. París, Francia: Presses universitaires.
- Lezama, J.L. (1993). *Teoría social, espacio y ciudad*. Ciudad de México, México: El Colegio de México.
- Montigny, G. (1992). *De la ville a l'urbanisation*. París, Francia: L'Harmattan.
- Ostrowetsky, S. (1996). *Sociologues en ville*. París, Francia: L'Harmattan.
- Paquot, T. (1990). *Homo Urbanus*. París, Francia: Du Félin.
- Paquot, T. Lussault, M. y Body-Gendrot, S. (2000). *La ville et l'urbain; l'état des savoirs*. París, Francia: La découverte.
- Roncayolo, M. (1990). *La ville et ses territoires*. París, Francia: Gallimard.

La ciudad bajo el lente de la antropología

The city under the lens of anthropology

Claudia Teresa Gasca-Moreno
Miguel Ángel García-Gómez
Universidad de Guanajuato, México
E-mail: claugasca@yahoo.com.mx

Recibido: octubre 31 de 2018
Aceptado: marzo 20 de 2019

Resumen

Este artículo es una primera aproximación a la relación entre antropología y ciudad; su objetivo es recuperar algunos momentos clave en la historia de la disciplina, así como las definiciones sobre ciudad que han imperado, las coordenadas teóricas y los métodos que la han orientado en los últimos años para delinear una especificidad disciplinar que se encuentra en construcción frente a los retos de la vida urbana. Más que trazar una cronología del camino andado, proponemos reflexionar en torno a las posibilidades teóricas y metodológicas que nos exigen fenómenos diversos y complejos acontecidos en las urbes; su análisis demanda la puesta en marcha de estrategias y la ayuda de otras disciplinas que desencadenan nuevas preguntas y requieren repensar los objetos y métodos clásicos de la antropología sin poner en riesgo su condición y especificidad.

Palabras clave: ciudad, antropología urbana, metodología, habitar.

Abstract

This article is a first approximation to the relationship between anthropology and the city; its objective is to recover some key moments in the history of the discipline, as well as the definitions of the city that have prevailed, the theoretical coordinates and the methods that have guided it in recent years to delineate a disciplinary specificity that is under construction against the challenges of urban life. Rather than drawing a chronology of the path traveled, we propose to reflect on the theoretical and methodological possibilities presented in diverse and complex phenomena in urban areas. Its analysis demands the implementation of strategies and the help of other disciplines that trigger new questions and require rethinking the classic objects and methods of anthropology without jeopardizing its condition and specificity.

Keywords: city, urban anthropology, methodology, diversity.

Presentación

En las últimas dos décadas la discusión sobre la importancia de las cuestiones urbanas ha tomado un papel medular en el análisis antropológico. Uno de los debates más procurados ha sido justamente el que tuvo la naciente antropología urbana en torno al abordaje de las prácticas e interacciones de nuevas alteridades sin prestar atención y poner el foco en la complejidad del nuevo escenario donde éstas se manifiestan: la ciudad.

En este trabajo recuperamos algunas reflexiones de textos y autores que pueden ser referentes en la comprensión y definición de la antropología urbana. El objetivo es retomar la discusión sobre la situación actual de la disciplina antropológica en contextos urbanos lo que supone una revisión crítica de lo que se ha entendido como ciudad, desde donde ha sido abordada, así como sus perspectivas de desarrollo teórico metodológico. La intención no es presentar un análisis cronológico del desarrollo de la disciplina, como ya lo han hecho otros autores (Signorelli, 1999; Canclini 2005; Giglia, 2012), sino recuperar el hilo de la discusión sobre cómo el estudio de las nuevas alteridades en escenarios urbanos demandan un diálogo interdisciplinar y estrategias particulares de investigación sin debilitar la capacidad de la antropología de dejar hablar a los interlocutores que emergen desde espacios que se caracterizan por dinámicas transitorias con múltiples conexiones entre local y lo global, lo individual y lo colectivo que revelan promesas pero también dilemas de la sociedad actual. Este trabajo recupera esos caminos ya avanzados y reflexiona sobre el papel de la antropología en la comprensión de los procesos que se gestan en las ciudades.

La ciudad como lugar antropológico

La ciudad es un contenedor de hechos sociales, de cultura, de prácticas cotidianas (Signorelli, 1999); sin embargo, todo este contenido no bastaría para una comprensión totalizadora si partimos de la idea de que el espacio de la urbe se convierte en lugar cultural (antropológico) a partir de las prácticas cotidianas de sus habitantes (urbanitas).¹ Certeau *et al.* (2000) afirma que es el lugar practicado por estos; coincide con Signorelli (1999: 53) cuando dice que el espacio se define en relación con los seres humanos que lo usan, que lo disfrutan, que se mueven en su interior, que lo recorren y lo dominan. Por esto, la ciudad, más que un escenario, es la puesta en escena de la vida social, del habitar. Desde las distintas ciencias y disciplinas del espacio, de la sociedad y de las prácticas sociales, se convierte en un objeto de estudio en tanto lugar de las prácticas cotidianas de los urbanitas.

Como referencia para intentar situar la base de la reflexión sobre la ciudad como lugar antropológico, se puede pensar, entre muchas otras aproximaciones, en cómo la

¹ Para esta reflexión, el urbanita sería, retomando a Rivera (1987), quien nace, crece y vive en el ámbito urbano, en la ciudad, en sus calles y plazas, en el orden o desorden urbano que lo forma en su naturaleza; es quien tuvo una familia o tal vez él mismo vivió en el campo, pero que en su vida en la ciudad ha olvidado (si bien en sus actividades, en su gastronomía, persisten lazos con aquel ámbito de vida), o ha tenido que aprender a vivir como urbanita.

fundación de muchas de las ciudades novohispanas² en el siglo XVI fue el proceso de puesta en escena de una forma de vida sincrética a partir de dos universos culturales: el europeo encarnado en los conquistadores españoles; y, el natural encarnado por los grupos nativos que, sometidos a la servidumbre, pusieron en escena la vida colonial.

Este sincretismo se encuentra en el urbanismo resultante que, según Chanfón (1997), sería un fenómeno eminentemente americano en el que las ciudades novohispanas resultantes, no tenían límites físicos, se extendían hasta el horizonte, siempre podían crecer, no tenían murallas, porque la vida de los naturales transcurría históricamente en espacios abiertos, amplios, y no podían ser sometidos a ser confinados al interior de murallas, o al mínimo espacio como el burgo europeo al que estaban acostumbrados los españoles conquistadores. De hecho, los espacios de la evangelización tuvieron que incorporar nuevas espacialidades para las prácticas en las que participaban los naturales, como la capilla abierta, creada para que éstos recibieran la palabra en el espacio abierto, no confinados por los muros del templo, como hacían los españoles.

Así, la ciudad novohispana es la puesta en escena de su propio proceso histórico y social que le va dando forma y que, a su vez, modifica la forma de vida de los habitantes: las capillas abiertas, los atrios o caminos procesionales dejaron de ser construidos una vez que los naturales, en los cambios generacionales, habían olvidado sus prácticas al exterior, adoptando las formas españolas del culto intramuros. La ciudad novohispana es un espacio antropológico en la medida en que es el espacio material en donde se encuentran dos formas culturales distintas derivadas en el mestizaje, una emergencia antropológica que genera sus propios lugares de práctica, sus propias ciudades.

En la ciudad actual podemos tener la posibilidad de lectura de la misma ciudad del pasado, sobre la base de prácticas que permanecen (el culto de la Virgen de Guadalupe; los rituales, danzas y fiestas populares, etcétera) en espacios en partes de ciudad que aún remiten a esas prácticas (los edificios virreinales: los conventos; Izamal; Pátzcuaro, etcétera). En este contexto, el lugar antropológico, de acuerdo con Augé (1992), es histórico, es relacional, es formador de identidad. La ciudad actual sigue teniendo esa posibilidad en tanto es historia (Castells, 1974), y es también contenedora de la historia.³ La antropología urbana puede tener en el estudio de la historia de las ciudades un primer motivo de interés investigativo si consideramos que el lugar, la ciudad, los mismos edificios que la constituyen son cuanto queda de la sedimentación de intenciones y tramas diversas (Calvi, 2003).

² Se deja a salvo la puntualización de que no todas las ciudades novohispanas tuvieron el mismo proceso fundacional; sabemos que en el proceso convivieron tanto la fundación de villas para españoles como la de pueblos de indios, mineros, a partir de presidios, guarniciones, misiones, etc. La reflexión para este artículo, por conveniencia metodológica en la construcción del discurso reflexivo, se centra en el proceso de sincretismo resultante del encuentro cultural entre españoles y naturales, con independencia del tipo de fundación o de área geográfica.

³ Al no ser la intención de esta reflexión el abordaje de todo el proceso histórico, para el salto a la actualidad, en la reflexión se incorporan estos autores que desde su propia perspectiva analizan la ciudad o el lugar antropológico con una mirada actual; se considera que su aproximación puede ser útil no sólo para la lectura de las ciudades latinoamericanas de hoy (por demás influidas por procesos globalizadores), sino que, como referencia teórica, se puede trasladar a la reflexión sobre las ciudades históricas o lugares antropológicos del presente, que son finalmente una suma de tiempos.

Las ciudades, en tanto producto cultural, anticipan que los nuevos habitantes encuentren materialidades urbanas producidas en otros tiempos: calles, barrios, monumentos. Es decir, reproducen en los nuevos habitantes el sentido de pertenencia que ha estado presente a partir de la construcción del monumento o de la calle. Por ejemplo, el arco de la calzada de León, Guanajuato, ciudad mexicana del Bajío, cuyo monumento construido a principios del siglo XX representa para los leoneses un elemento urbano que define en algunos sentidos lo que llamamos identidad, que en principio no significa otra cosa más que ser habitante de León y no de otra ciudad;⁴ el mismo efecto generaría la glorieta de Minerva en Guadalajara, el Coliseo en Roma o la Torre Eiffel en París. Son elementos de la ciudad construidos en otro tiempo del que la ciudad deviene, pero que tiene un significado para los habitantes. Por otra parte, tanto el Coliseo de Roma como la Torre Eiffel, al ser elementos reconocidos por habitantes de prácticamente todo el mundo, dan cuenta de una escala distinta de significado que posiblemente no logran los dos primeros ejemplos de ciudades mexicanas, pues tal vez sólo sus propios habitantes reconozcan.

En el caso mexicano, tal vez la ciudad que se construyó en el siglo XVI es hoy solamente un fragmento material de la ciudad expandida hasta el límite metropolitano que hoy presentan muchas de ellas: dispersas, difusas, formadas en 400 años de historia; en el actual marco metropolitano, la ciudad histórica (el centro, las calles y barrios) es la materialidad de una urbe que ha sido testigo (marco también) de las prácticas de los habitantes y la ciudad metropolitana es el efecto de la aceleración actual de los tiempos, que se pueden medir en los miedos, las incertidumbres, las desesperanzas de los urbanitas metropolitanos.

Hoy reconocemos en las leyes al patrimonio histórico en México como toda producción cultural realizada entre la llegada de los españoles y el siglo XX. De la misma forma, consideramos como patrimonio arqueológico las aportaciones realizadas por la cultura del territorio mexicano antes de la llegada de los españoles o patrimonio artístico a la producción del siglo XX. La ciudad de hoy es la suma de tiempos, en la que conviven elementos de materialidad del tiempo de su fundación o de los primeros cuatro siglos de su existencia (los centros históricos tienen la misma estructura urbana del siglo XVI, y contienen edificios de otro tiempo, barrocos, neoclásicos, siglo XIX y XX); pero también, elementos emergentes cuya construcción es reciente, cuyo espacio material es vivido por los ciudadanos de distinta forma.

El sentido de vivir la ciudad en la convivencia, en la politización, en la dimensión económica, en el conflicto ha sido la construcción de una nueva “cultura urbana”; Castells (1974) le confiere un sentido antropológico como el “sistema de valores, normas y relaciones sociales que poseen una especificidad histórica y una lógica propia de organización y de

⁴ De la misma forma, como otras ciudades en el mundo seguramente cuentan con sus propios referentes identitarios, este ejemplo que bien podría intercambiarse con la experiencia de otras ciudades del mundo, da cuenta de cómo los elementos urbanos pueden convertirse en referentes simbólicos y ordenadores de identidad urbana.

transformación”; en el caso de las ciudades, de transformación urbana. El centro histórico y las periferias urbanas son en la ciudad de hoy puestas en escena de distintas experiencias de la cultura urbana formadas en el tiempo. En el centro se puede tener el apego a la nostalgia de su propia historia, a la memoria, al patrimonio edificado o a lo intangible, a los pobladores con una forma de comportamiento que remite a los habitantes a otras épocas. En la ciudad metropolitana actual, la experiencia misma de habitar la ciudad del pasado genera fenómenos como la gentrificación; y la vida en las periferias provoca la segregación o la fragmentación (desconexión) de las materialidades y las prácticas relacionales entre los distintos grupos sociales; la movilidad, la precariedad, la elitización y la desigualdad son sólo algunas de las variables emergentes en los estudios de la ciudad que las distintas disciplinas que la abordan emprenden desde sus propios marcos de teoría y de método.

Si en el centro histórico la antropología urbana puede tener motivos de indagación en la identidad, en las prácticas tradicionales, en el patrimonio cultural, en los imaginarios, en las periferias puede tener un campo de trabajo muy importante: los procesos de segregación, las condiciones de desigualdad en términos de dotación de servicios e infraestructura urbana, los barrios residenciales cerrados y los asentamientos precarios, irregulares, además del conflicto que genera en la experiencia de ciudad, o todo lo anterior en función de la disputa por el territorio de distintos actores y grupos sociales, que constituyen una realidad de esa puesta en escena que es la ciudad como espacio antropológico, y “semejante realidad ofrece al antropólogo motivos de reflexión y de investigación de notable importancia” (Signorelli, 1999).

Historia, forma y estructura de ciudad como antropología urbana

El siglo XX fue de la consolidación de la vida en ciudades para un gran número de habitantes en el mundo si consideramos que hacia 1900, solamente dos de cada 10 personas habitaban en ciudades, mientras que al final del propio siglo lo hacían más de la mitad, hasta llegar hoy día a cifras que llegan en algunos países al 70%; municipios mexicanos como León, actualmente, tienen índices de urbanización de más del 90%, lo cual significa que la vida en el campo ha cedido paso a la vida en el ámbito urbano para nueve de cada 10 personas; en las ciudades habitan los urbanitas, habitantes cuyas prácticas cotidianas individuales o colectivas constituyen un universo de estudio amplio para las ciencias que tienen en el espacio, la sociedad y la cultura sus ejes de atención.

La migración campo-ciudad fue una de las primeras aproximaciones de las ciencias sociales para estudiar los cambios no sólo en las condiciones de vida, sino en las actitudes y formas de interrelación emergentes en las personas que cambiaban la vida del campo por el nuevo escenario urbano, con lo cual se enfrentaban a condiciones de entorno distintas a las que habían estado hasta entonces habituados: la quietud del campo, la comunidad rural, la cercanía de los contactos interpersonales; esta migración se dio progresivamente,

principalmente durante la primera mitad del siglo XX para el caso de las ciudades mexicanas.

Esta forma de vida fue sustituida por la vida en la ciudad, en la cual los contactos interpersonales se hicieron diferentes en función del tamaño de la ciudad y sus sistemas de transporte y movilidad; la posibilidad de vivir en un lugar y otro de la ciudad dependía de los niveles de ingreso; el acceso a satisfactores como vivienda, salud y educación, comenzaron a diferenciarse en función del lugar de la ciudad en el que vivían, del nivel de sus ingresos o de la pertenencia a los distintos estratos socioeconómicos que fueron también configurándose en las ciudades. La emergencia del urbanita se consolidó hasta que finalmente, la vida en el campo se convirtió en un referente nostálgico, lejano a la nueva realidad de las ciudades que crecían a medida que el siglo XX avanzaba y se convertían en metrópolis hacia el final de éste.

Ciudad del pasado y ciudad del presente, centro histórico y periferias urbanas significan la mirada en retrospectiva y en prospectiva, respectivamente, que la antropología urbana puede tener como objetos de observación a partir de sus propios instrumentales teóricos y metodológicos. Los lugares de la ciudad del pasado pueden estar asociados con algún momento determinado de la vida de los habitantes de la ciudad; pueden remitir al recuerdo de sus padres, a los olores o sabores de la infancia o a la memoria de la propia ciudad, un hecho definitorio del carácter cultural, una catástrofe que modificó o no la vida de las familias.

Los significados de la ciudad del pasado y del presente tienen distintas perspectivas de abordaje en los estudios urbanos; un lugar simbólico, como el arco de la calzada de León,⁵ utilizado como ejemplo anteriormente, puede tener para sus habitantes una carga identitaria importante; incluso, puede definir a muchos de ellos; sin embargo, la presencia del arco y el león que lo remata se convierte en un punto de referencia en la ciudad. De esto se desprende que los elementos materiales de la ciudad, los artefactos edificados en los distintos lugares de las ciudades tienen diversas cargas de sentido en función del momento en el que fueron construidos, o en la forma en la que se incorporaron a las diferentes formas de vida en las ciudades: donde ocurrió un acontecimiento, donde habitó algún personaje, donde ocurrió un hecho histórico; los lugares de la ciudad recibieron un nombre, tienen una localización en la geografía de la ciudad y, en las referencias culturales de las personas, su condición material les confiere distintas posibilidades de uso y, a partir de éstas, pueden ser estudiadas.

Sendas, bordes, barrios, nodos, hitos son nombres dados en los estudios del espacio a los elementos de legibilidad en las ciudades (Lynch, 1984); son representaciones que de

⁵ La recuperación de ejemplos de una ciudad del bajo mexicano es sólo de orden ilustrativo. Las ciudades mantienen similitudes en distintos ámbitos de la vida urbana que desde la perspectiva local, regional o local pueden dar cuenta del mismo sentido aunque con significados distintos. Con ello no pretendemos diluir las especificidades ni dejar de reconocer que cada ciudad tiene su propia lógica y dinámica.

forma individual o colectiva los habitantes de las ciudades hacen de sus cotidianidades urbanas. “Las calles son los corredores del alma y de las oscuras trayectorias de la memoria” (Virilio, 2006), así como los monumentos son los puntos de referencia (hitos) que el transeúnte identifica para no perder la memoria de su ciudad, pero también para no “perderse” en la ciudad. Pero los ejes viales de la Ciudad de México, o los *grand boulevards* de París, por ejemplo, además de ser referentes de la historia de estas grandes ciudades, de ser sendas de las cotidianidades de sus habitantes, son también vías de conexión entre distintas zonas de la aglomeración metropolitana para la distribución de mercancías o de personas (en el sentido más impersonal), de la misma forma que los monumentos o hitos referenciales construidos en otros tiempos se convierten en puntos de encuentro multicultural para el turismo y el intercambio comercial que pueden convertir también a la cultura local y a la memoria cultural en meras mercancías.

Los barrios pueden ser una organización colectiva de trayectorias individuales (Certeau, *et al.* 2006), pero son al mismo tiempo el abrigo que da sentido de pertenencia. En ciudades como León, Guanajuato, no significa lo mismo “ser del Coecillo”, que “ser de San Miguel”;⁶ el barrio define la individualidad, pero también el sentido de colectividad. Nuevamente, desde el punto de vista urbano, el barrio tiene una localización espacial, una determinada densidad poblacional y condiciones de estructuración económica o social; su caracterización puede ser abordada por distintas disciplinas, pero el antropólogo puede acercarse desde la perspectiva de lo que hace “otro” al habitante del Coecillo respecto del de San Miguel o de otras partes de la ciudad, pero en otras escalas que es lo que hace distinto al habitante leonés del tapatío, regiomontano, parisino o bonaerense, por ejemplo.

Toda ciudad puede ser reconocida en su estructura urbana por sus barrios, sus monumentos, sus nodos (Plaza de Mayo en Buenos Aires, Zócalo en Ciudad de México, Calzada de los Héroes en León), por sus sendas (Paseo de la Reforma, Campos Eliseos, Av. 9 de Julio); en las prácticas urbanas, la vida hizo posible el surgimiento de un tipo de espacio y no otro o que se reproduce a partir de la existencia de los distintos elementos de la ciudad (el uso reivindicativo del espacio público del Zócalo en Ciudad de México, por ejemplo). Toda mirada dirigida a observar lo anterior, desde la perspectiva antropológica, dará cuenta de la multiplicidad de significados, de las formas emergentes de ciudadanía, de las distancias o diferencias entre los grupos sociales en los distintos barrios, en el espacio público, en las formas de construir los nuevos barrios o los grandes proyectos metropolitanos (la regeneración en el centro histórico como sostenimiento de la memoria identitaria o como posibilidad económica por el turismo; el gran proyecto de infraestructura cultural como generador de desarrollo para los habitantes o como fin “competitivo” generador de mercancías culturales, etcétera). “La diversidad, la diferencia, la alteridad han

⁶ Nuevamente se puntualiza en el ejemplo de una ciudad poco conocida, pero que da cuenta de procesos más amplios: los barrios de esta ciudad de León fueron originalmente pueblos satélites de indios que, participando del proceso fundacional, constituían espacios diferenciados para sus habitantes: León, villa para españoles; El Coecillo y San Miguel, pueblos de indios. La existencia de este tipo de organización espacial se dio en muchos lugares no sólo en Nueva España, sino en todo el orbe novohispano.

sido objetos explícitos de la antropología” (Signorelli, 1999), por lo que toda mirada sobre los lenguajes (lo que se hace en la ciudad, los planes y proyectos urbanos; lo que se dice en y desde la ciudad), sobre las formas de vida (la gentrificación, la segregación socioespacial, la desigualdad), todo, puede ser motivo de análisis antropológico.

La búsqueda de coordenadas teóricas de la antropología urbana

Hasta aquí hemos referido al amplio objeto de investigación de la antropología urbana, entendida de manera amplia como la disciplina que estudia la vida en la ciudad con todo lo que ello conlleva: el análisis de la diversidad en un entorno caracterizado por su dinamismo y constante movimiento. Lo anterior nos exige redefinir qué entendemos por ciudad y cómo podemos estudiarla. En el caso de América Latina, resulta un grave error aislar a la antropología urbana de las otras formas en que se ha producido conocimiento sobre lo que acontece en las ciudades; evitar el diálogo inter o transdisciplinario con sociólogos, comunicólogos y los especialistas en los estudios culturales es negar el pasado de la disciplina (Canclini, 2005). La ciudad latinoamericana y específicamente la mexicana se desarrolla bajo lógicas que aún no terminan por escudriñarse y para lo cual resulta necesario ubicarnos en coordenadas teóricas que nos orienten en el camino recorrido y en el que debemos trazar para explicar las nuevas alteridades que se gestan, reafirman y se abren brecha en la realidad urbana actual.

Canclini (2005) establece tres grandes movimientos teóricos que nos dan un norte en el abordaje de las ciudades. El primero consistió en oponerlas a lo rural; se trata de un enfoque que insiste en la ruptura tajante de las relaciones comunitarias que vincula estrechamente con el campo. En este movimiento destaca la propuesta de Gino Germani para quien la ciudad es el núcleo de la modernidad donde se rompen las relaciones de pertenencia y los contactos intensos que parecieran exclusivos del campo y los entornos pueblerinos.

Un segundo enfoque encontró motivos para su desarrollo principalmente en la Escuela de Chicago desde donde se emprendieron novedosas exploraciones sobre distintos fenómenos sociales que tuvieron como escenario los barrios de la ciudad. Los precursores de esta naciente antropología urbana centraron sus exploraciones en el estudio de pequeñas comunidades y guetos (Hannerz, 1986). En su etapa temprana, la antropología urbana se enfocó en escudriñar lo “extraño” en las ciudades. Varios años más tarde, una de las principales críticas sería referida a que esas exploraciones encontraron enclaves étnicos como tipos ideales para estudiar, pero acotaron la mirada en la ciudad como escenario sin desarrollar una batería teórica que pusiera el ojo en lo urbano y la interconexión de las dinámicas, relaciones, prácticas y significados de sus habitantes. Definieron a la ciudad como la localización permanente relativamente extensa y densa de individuos socialmente heterogéneos sin dar cuenta de los procesos históricos que originaban las estructuras urbanas que remarca Castells (1974) como la dimensión, la densidad y la heterogeneidad.

Un tercer campo teórico lo conforman las reflexiones desde criterios económicos, la definición de las ciudades a partir del desarrollo industrial y la concentración capitalista da lugar a los trabajos de Harvey. La crítica que hace Canclini a este enfoque es que al priorizar elementos económicos en la definición de la urbe deja al margen aspectos culturales, las

experiencias del habitar y las representaciones que los habitantes hacemos de las ciudades. Para este autor, ninguno de los enfoques mencionados brinda una respuesta satisfactoria sobre lo que es la ciudad desde un punto de vista teórico, sino apenas bosquejan las coordenadas para entender la vida en las ciudades (Canclini, 2005).

Delgado (2008) ha cuestionado el objeto de la antropología urbana y la necesidad de una batería teórica para aproximarse a configuraciones sociales escasamente orgánicas, sometidas a una oscilación constante y destinadas a desvanecerse enseguida. Para este autor, la antropología urbana debe ser entendida como una antropología de lo inestable, de lo que se está estructurando continuamente,⁷ de lo que es sorprendido en el momento justo de ordenarse pero que nunca podemos ver finalizada su tarea (Delgado, 2008). De acuerdo con Delgado, la distinción entre una antropología de o en la ciudad resulta un tanto compleja porque obliga a abordar lo urbano y hacer una diferencia entre esta noción y la de ciudad: esta última entendida como un gran asentamiento de construcciones estables, habitada por una población numerosa y densa mientras que la urbanidad como un tipo de sociedad que puede darse en la ciudad o no.

Por tanto, para Delgado, una antropología urbana en el sentido de lo urbano sería una antropología de configuraciones sociales nada solidificadas con relaciones poco estructuradas y vacilantes, que encuentran en el espacio público un escenario propicio para su proyección y reproducción (Delgado, 2008). Ello obliga al antropólogo a irse a “tientas” conformándose con distinguir apenas leves brillos de la realidad actual que acontece en dichos espacios que se hacen y deshacen de un momento a otro. Si bien la apreciación de Delgado resulta un poco tajante, también es cierto que nos proporciona pistas de cómo abordar teóricamente los fenómenos sociales en las ciudades.

En ese sentido, Licona (2007) propone emprender investigaciones sobre los espacios públicos de forma etnográfica sobre todo cuando no existen trabajos previos a fin de aproximarse a las formas de habitar y significar la ciudad que ha sido una tarea pendiente en los movimientos teóricos anteriores. Para él, la noción de espacio brinda la oportunidad de emprender estudios sin perder la profundidad de la experiencia urbana.

Lo anterior nos conduce a extraer una pista teórica desde la relación entre el habitante y el espacio; representa una novedosa salida para entender el dinamismo que caracteriza a las ciudades más allá de su dimensión física como espacios donde se manifiestan un conjunto de fenómenos desbordantes de expresiones y experiencias. Una propuesta teórica que añade esta discusión a la comprensión de la vida en las ciudades es la de Ángela Giglia (2012), la cual consiste en la relación entre habitar y cultura, que suma un punto en el sistema de coordenadas teóricas entre antropología y ciudad. Plantea que el estudio del habitar es otra forma de pensar lo cultural como facultad humana elemental. La idea principal es que el habitar es sinónimo de relación con el mundo que está mediada por el espacio.

⁷ Esto se puede evidenciar en la actualidad en el análisis de los procesos metropolitanos y en la velocidad de los cambios urbanos actuales que incorporan emergencias como la movilidad, que desde el urbanismo puede ser el traslado de personas de un lugar a otro, mientras que para la antropología resulta un conjunto de relaciones vinculadas al habitar con interacciones y temporalidades que pueden ser breves o tener sólidos anclajes.

Se trata de una concepción operativa y la más comprensiva de un conjunto de fenómenos socio-espaciales imbricados entre sí. Se nutre de autores que han explorado incansablemente la relación espacial como Ernesto de Martino, Bachelard, Radkowski, Marc Augé, entre otros; plantea que el habitar está relacionado con la manera en la que la cultura se manifiesta en el espacio mediante la intervención humana. Por lo tanto, habitar es un fenómeno cultural enmarcado en el tiempo porque es una actividad incesante e inagotable que se reproduce continuamente (Giglia, 2012).

Las posibilidades que brinda esta mirada teórica abarcan un conjunto de temas que son fundamentales en la dinámica de las relaciones sociales y culturales que acontecen en los contextos urbanos y que parecían escaparse a las otras propuestas teóricas. Entender a la ciudad desde la noción de habitar implica el reconocimiento de prácticas y representaciones que hacen posible que el sujeto se coloque en un orden que puede establecer y reconocer. Así, esta noción recupera una premisa teórica clave que ya advertía Signorelli (1999) cuando señaló que los actores sociales (colectivos o individuales) son siempre sujetos localizados; complementariamente, los sitios de la vida humana son lugares subjetivados (no existen seres humanos que no estén en algún lugar y no existe ningún lugar que no esté humanizado, aún por haber sido solamente pensado (Signorelli, 1999).

Esta propuesta permite la aproximación a temáticas tan diversas que siempre se sujetan a un marco espacial tangible o intangible, como es el caso de los espacios virtuales. La desigualdad, la sociabilidad, los efectos de procesos económicos globales, la diversidad, el poder, entre otras expresiones que envuelven la dinámica de las ciudades, se plasman en los espacios que habitamos en la medida en que suelen expresar en su forma y funcionamiento las intenciones de sus autores, sus visiones de mundo y vida cotidiana, asociados a ideas de orden social y cultural (Giglia, 2012).

La antropología urbana pasó de considerar a las ciudades como meros contenedores de grupos y relaciones a entenderlas como un ente en continua construcción que se reconfigura a partir de fenómenos expresivos de los sujetos que las habitan. Probablemente estas coordenadas teóricas resulten insuficientes para ubicar y brindar explicaciones de lo urbano en la medida en que ofrecen miradas desde enfoques disímiles o poco compatibles; no obstante, brindan instrumentos más o menos operativos que permiten escudriñar partes de esa realidad que queremos explicar y, por tanto, nos obliga a sumar a esta batería teórico-conceptual que hemos bosquejado, cuya discusión no sólo busca explicaciones sino interpretaciones y definiciones que por ahora derivan en una serie de incertidumbres que se acrecientan en la reconstrucción cotidiana de lo urbano.

Objeto y método: los antropólogos urbanos y la ciudad

Sin duda, la Escuela de Chicago es precursora en cuanto al uso del método etnográfico en de la ciudad; en sus trabajos concedieron un valor especial a la metodología antropológica y al análisis de los modos en que diversos grupos de inmigrantes, pandillas, bailarinas y otros segmentos con cierto grado de exotismo se relacionaban con la ciudad; estas exploraciones se caracterizaron por el estudio de fenómenos específicos dentro del contexto citadino, pero como hechos aislados de los procesos generalizados de la ciudad. Aunque los

estudiosos de esta escuela fueron pioneros en el abordaje de estos “otros”, relegaron la discusión sobre lo urbano en la antropología y qué era lo antropológico en ella, lo cual indujo a un desinterés sobre lo urbano como estilo de vida y reforzando el enfoque de la ciudad como escenario y no como un objeto de estudio en sí mismo⁸ (Licona, 2007).

La especificidad de la reflexión antropológica radica en la cercanía que sostiene con los grupos de personas que estudia, cuya relación es distinta a la que los sociólogos, geógrafos o arquitectos establecen; y aunque en la última década también advertimos a éstas y a otras disciplinas aventurándose en el trabajo de campo que hasta hace poco era una práctica casi exclusiva del antropólogo, sigue siendo el distintivo de la disciplina. No obstante, hacer campo en la ciudad demanda otra lógica, no sólo por el ritmo que marca la propia urbe, ya que la inseguridad, los costos de traslado, la desconfianza, entre otros aspectos externos al investigador, modifican el ejercicio en el terreno.

Aunque el uso del video o las grabadoras digitales son de gran ayuda para capturar una imagen más nítida de las interacciones de los grupos, existen limitantes de otro orden, cuyos efectos en la relación del investigador con los estudiados han conducido a una sobrestimación de los aspectos culturales y al análisis del discurso en muchos trabajos antropológicos (Canclini, 2005). Sin duda, el método etnográfico es el predilecto para explorar las ciudades desde una dinámica distinta a la que estaba acostumbrado el antropólogo: encuentros acordados con límite de tiempo o exceso de ocupaciones de sus informantes en el marco de la desconfianza y la rapidez con la que se caracterizan las interacciones en las ciudades. Aunque en muchas ocasiones no resulta necesario trasladarse a otro lugar o realizar estancias prolongadas en una comunidad alejada, el reto radica en lograr acostumbrar a la gente a la presencia del investigador y entrar a sus espacios y dinámicas; de no superarse estas dificultades, existe el riesgo de buscar en “la interacción simbólica” la identificación con los valores y las aspiraciones de la población que estudia (Durham en Canclini, 2005).

Los retos metodológicos para el estudio de la metrópoli van desde superar el remordimiento por los fines utilitaristas de las relaciones hasta lograr establecer relaciones en contextos de la indiferencia hasta la violencia. Para la antropología urbana, el trabajo interdisciplinario es imperioso y debe entretenerse con el trabajo etnográfico para incentivar la comprensión y traducción de la actuación de sujetos localizados en la ciudad y del sentido que dicha actuación toma para ellos en circunstancias dadas y que perseguimos en este ejercicio de la ciudad y en la ciudad. La entrevista, la observación directa, los grupos focales, la historia de vida, entre otras herramientas, no pueden citarse aquí de manera aislada como si fueran independientes. Angela Giglia enfatiza que es imposible usar una metodología sin adoptar también una posición teórica; es decir, los métodos también construyen al objeto.

⁸ En esta reflexión se introduce la idea (vid supra) de que, más que escenario, la ciudad es la puesta en escena de las cotidianidades del urbanita; desde este posicionamiento, podemos introducir la noción de que, más que tener a la ciudad como objeto de estudio, las prácticas que en ella acontecen y la puesta en escena de la vida del urbanita son el objeto de atención.

El reto se torna aún más complejo frente a los dos enfoques que debe hilvanar todo aquel que se jacte de estudiar la urbe: desde la práctica y como objeto de estudio (Giglia, 2012).

La especificidad de la mirada antropológica radica en que el investigador cede el micrófono a la ciudad; la deja hablar a través de sus usuarios, habitantes, vecinos, jóvenes, amas de casa, estudiantes y otros actores cuyas observaciones minuciosas y experiencias individuales y colectivas permiten reunir un conjunto de voces que al unísono revelan algo que la ciudad quiere –tiene que– decir.

Así, lo que diferencia a la antropología de otras disciplinas es su capacidad de vincular en su reflexión sobre la urbe planos distintos y distantes de la realidad social a través de las distintas voces de quienes la conforman, pero también de quien investiga; de ahí que sea tan importante que el antropólogo revele la relación frente al fenómeno que explora no sólo como investigador sino como habitante de la ciudad; y aunque a veces no comparte plenamente las condiciones de existencia de los grupos con los que trabaja, hay trayectos, calles, espacios públicos que son inherentes a la experiencia urbana que moldean las representaciones de quienes habitan la ciudad.

Por consiguiente, el antropólogo urbano trata de explicar las dinámicas que rodean a un objeto saturado de discursos, producto de una multiplicidad de miradas y que sólo puede explicarse con la puesta en marcha de estrategias y reflexiones interdisciplinarias para asir todas sus dimensiones: desde lo individual hasta lo colectivo. Lo anterior ha puesto en duda la profundidad y la mirada “desde adentro” que han forjado la especificidad antropológica. Pero, ¿cómo lograrlo en el contexto urbano?, ¿cómo superar el dinamismo de la urbe sin afectar a los actores que estudiamos?

Los tiempos de investigación en los contextos urbanos son cortos y fragmentarios; aún no se logra el ejercicio que alcanza a los investigadores de contextos rurales a establecer relaciones prolongadas con los sujetos y espacios de estudio; sin embargo, el antropólogo urbano tiene la posibilidad de mirar simultáneamente aristas, capas, actores desde diversos ángulos y usar herramientas distintas a las tradicionales para ampliar los horizontes de la comprensión y que en el afán de lograr esa comprensión desde adentro, como en los estudios clásicos, permitimos que esta posibilidad se diluya, a pesar de la riqueza de mirar desde otro lugar realidades cada vez más diversas.

El riesgo es perder la profundidad en la mirada de los fenómenos; sin embargo, también hay certezas que abren brecha en caminos que la antropología no esperaba. Es probable que estemos presenciando una ruptura en el ejercicio antropológico impulsado por el dinamismo que se gesta en la urbe. La etnografía no pierde su lugar en el campo de lo urbano; por el contrario, dado que la ciudad se ha vuelto inabarcable y se expande con gran habilidad, demanda una combinación de enfoques, métodos y herramientas para acercarnos y reunir ideas de primera mano a fin de explicar lo que ocurre en ella y entre sus habitantes.

Implica un estrecho diálogo con la dimensión socioeconómica, pero también con la simbólica para recuperar un análisis de tránsito continuo: de ida y vuelta, es decir, de adentro hacia afuera sobre todo si pensamos que la vida en las ciudades se caracteriza por su multiculturalidad e interconexión a procesos económicos globales; de esta manera, se recupera la “esencia” antropológica, pero al mismo tiempo se complejiza su labor.

La etnografía digital, el trabajo de campo combinado en espacios virtuales y públicos, los documentos visuales, los registros sonoros y los recorridos a la deriva son sólo algunas estrategias que algunos investigadores han piloteado recientemente (Cadena, 2017; Valeriano, 2017) para explorar, desde el enfoque antropológico, las relaciones de género, los usos y los procesos de apropiación del espacio, las relaciones de parentesco, los imaginarios, las interacciones, los rituales, entre otros fenómenos que acontecen en el día a día de las ciudades y que no alcanzan a cubrirse mediante las herramientas tradicionales, por lo que se complementan con apoyo de otras disciplinas, como geografía, comunicación, sociología o historia, sin dejar de estar con la gente, escucharla y recuperar sus voces para lograr que la ciudad hable a través de sus narrativas, experiencias, historias y sentires.

Consideraciones finales: la ciudad y sus posibilidades

La antropología, cuando se orienta a partir de su propuesta teórica y metodológica al estudio de la ciudad, se convierte en un objeto de estudio y entonces se abre la posibilidad de estructurar su método a la comprensión de las prácticas de los urbanitas en sus ámbitos, como una antropología de la ciudad, como antropología urbana. Se observan las prácticas de la ciudad, las trayectorias o recorridos de los urbanitas, el reconocimiento que éstos hacen de los hitos, las sendas, los nodos y los bordes urbanos, o la ritualidad de reconocerse habitantes de un barrio, de una calle, como signo de identidad, pero a la vez declararse un habitante de una ciudad como una persona particular, un urbanita que está en esa ciudad y no en otra, que ha materializado sus espacios simbólicos y materiales de una manera que lo diferencia de otra ciudad, como una realidad espacial y social que genera y condiciona actitudes y comportamientos (Signorelli, 1999).

Las ciudades, que se diferencian entre sí en la medida en que han constituido lugares antropológicos a partir de las prácticas de sus habitantes, se convierten también en lugares de semejanzas y similitudes que pueden ser abordadas desde la antropología en la medida en que las prácticas de sus habitantes se realizan también con materiales culturales compartidos, como el uso del automóvil, la materialización de tipologías similares de barrios y viviendas, los fenómenos de segregación espacial, la gentrificación y todos aquellos asociados a la vida en la urbe como ámbitos de estudio antropológico. La diversidad que caracteriza a las ciudades es el resultado de diferentes procesos económicos, sociales y culturales que detonan nuevas formas de usar, apropiar y controlar el espacio urbano, cuyos efectos se acrecientan con la movilidad, la heterogeneidad de los usuarios y las relaciones de desigualdad de las que hemos sido testigos en la última década.

En ese sentido, la antropología tiene un gran reto frente a la ciudad que va más allá de superar el viejo problema de estudiarla sólo como el escenario en el que distintos grupos

habitan; es prioridad lograr la tan afamada mirada integral para escudriñar las nuevas diversidades que derivan del estilo de vida urbano. Para lograrlo, es necesario promover, ensayar y desechar herramientas teóricas y estrategias metodológicas ex profeso para acercarse a la urbe desde sus actores y sus trayectorias, sus historias, sus recorridos, sus significados, entre otras expresiones que se desbordan y diluyen en una dinámica efímera a simple vista, pero que conforme pasa el tiempo nos revela una urdimbre que ya hemos empezado a desenredar.

La antropología tiene un importante camino recorrido en esta exploración que la proyecta como una disciplina con la capacidad de mirar detalles que se le escapan a otras ciencias en la dinámica cotidiana. Nos atrevemos a señalar que la especificidad de la antropología urbana radica justamente ahí, en enfocar esas expresiones que se diluyen en el día a día y que hay que examinar para entender procesos más amplios de la vida en las ciudades. No es de extrañarse que la lupa antropológica puesta en la ciudad abra vetas tan interesantes como una antropología de la noche (Hernández y Guérin, 2016) o de las nostalgias a partir de procesos de renovación urbana (Téllez, 2017). Esta nueva mirada coloca a la ciudad en el centro de una reflexión que contempla su relación con espacialidades y fenómenos surgidos desde lo rural hasta lo virtual, así como otras expresiones para quienes aún no tenemos una batería teórica conceptual y herramientas para aproximarnos a ellas; no obstante, la revisión realizada hasta aquí demuestra que este camino está en construcción.

Referencias

- Augé, M. (1992). *Los "no lugares", espacios del anonimato. Una antropología de la Sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa
- Calvi, E. (2003). Proyecto y relato: la arquitectura de la narración. *Revista Arkitectonics, Mind, Land & Society* ediciones, 4, 53-69, Universitat Politècnica de Catalunya. Recuperado de: <https://upcommons.upc.edu/bitstream/handle/2117/120790/9788498800104-06.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Cadena P. (2017). Representaciones, imaginarios laborales y espacios de trabajo en la producción del espacio en la Ciudad de México. En P. R. Kuri, *La erosión del espacio público en la ciudad neoliberal*, 263-293. Ciudad de México: UNAM.
- Castells, M. (1974). *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI
- Certeau, M., Girard, L. y Mayol, P. (2000). *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana, ITESO. México.
- Certeau, M., Girard, L. y Mayol, P. (2006). *La invención de lo cotidiano. 2 Habitar, cocinar*. Universidad Iberoamericana, ITESO. México.
- Chanfón, O. (coord.) (1997) *Historia de la arquitectura y urbanismo mexicanos*. Vol. II. El periodo virreinal, t. I. El encuentro de dos universos culturales, México, Fondo de Cultura Económica, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Delgado M. (2008). *El animal Público*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Canclini, G. (2005). *La Antropología urbana en México*. FCE- UAM
- Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana
- Hannerz, U. (1986). *Exploración de la ciudad hacia una antropología urbana*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

- Hernández, E. y Guérin, F. (2016). La experiencia de la caminata urbana durante la noche. *Alteridades*, 26(52), 35-50. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-70172016000200035&lng=es&tlng=es
- Licona V. (2007) "Introducción y cap. Espacio y cultura: un acercamiento al espacio público" En: Licona, V. (Coord.). *El zócalo de la ciudad de Puebla. Actores y apropiación social del espacio*. Puebla: BUAP-CONACYT- UAM.
- Lynch, K. (1984) *La imagen de la ciudad*. España: Gustavo Gili
- Rivera, F. (1987). *El urbanita*. Política y urbanismo. México: SEP
- Signorelli, A. (1999). *Antropología Urbana*. México: Antropos-UAM-I.
- Téllez C. (2017) Renovación urbana, nostalgia y habitar en el Centro de la ciudad de México. En: Giglia A. (Coord.) *Renovación urbana, modos de habitar y desigualdad en la ciudad de México*. México: UAM
- Valeriano R. (2017) Mismo espacio, habitantes diferentes. Jóvenes creativos en la colonia Santa María La Ribera. En: Giglia A. (Coord.) *Renovación urbana, modos de habitar y desigualdad en la ciudad de México*. México: UAM
- Virilio, P. (2006). *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*. Buenos Aires: Libros el Zorzal

La ciudad: una visión desde la psicología ambiental

The city: a view from environmental psychology

Joel Martínez-Soto

Universidad de Guanajuato, México

Correo electrónico: masjmx@yahoo.com.mx

Recibido: octubre 22 de 2018

Aceptado: febrero 28 de 2019

Resumen

El presente artículo examina un enfoque psicoambiental para el estudio de las ciudades. En una primera sección, se analizan las raíces históricas relacionadas con los orígenes de la psicología ambiental y su participación en temáticas urbanas. Posteriormente, se expone una revisión de algunas conceptualizaciones teóricas sobre psicología ambiental y la ciudad. En un tercer plano, se emplea el modelo de Stokols (1978) sobre las tipologías transaccionales ambiente-persona para ilustrar los temas urbanos de interés en el área psicoambiental. Por último, se exponen algunos métodos cuantitativos y cualitativos empleados en el campo de la psicología ambiental para el estudio de los problemas urbanos.

Palabras clave: psicología ambiental, urbanización, percepción ambiental.

Abstract

The present paper examines a psycho environmental approach to the study of cities. In a first section the historical roots related to the origins of environmental psychology and its participation in urban issues are analyzed. Subsequently, a review of some theoretical conceptualizations about environmental psychology and the city is presented. In a third plane, the Stokols model (1978) of transactional typologies environment-person is used in order to illustrate the urban themes of interest in the psycho-environmental area. Finally, some quantitative and qualitative methods used in the field of environmental psychology for the study of urban problems are exposed.

Keywords: environmental psychology, urbanization, environmental perception.

Antecedentes

En 1800 sólo 3% de la población mundial habitaba en ciudades (Hauser & Schnore, 1965) y en 1950 el 29%, mientras que en 1975 un 37%. El 23 de mayo de 2007 los 3'303'992,253 habitantes urbanos excedieron a los 3'303'866,404 habitantes de zonas rurales (Science Daily, 2007), esperándose que para el 2050 un 66% de la población mundial sea urbana (United Nations, 2014). Actualmente existen más de 421 ciudades con una población de un millón o más de habitantes, la mayoría de ellas no existían hace 200 años y aparecieron hace 75 años (Population Reference Bureau 2014). Este acelerado crecimiento ocurrirá en la mayoría de los países que presentan menores índices de desarrollo: África, sur de Asia y Latinoamérica.

Huttler (2016) refiere la existencia de tres revoluciones urbanas. La primera aconteció hace 10,000 años con el origen de las ciudades; la siguiente, 11,800 años después (1,800 d.C.) con la Revolución Industrial y la Colonización. La tercera surge de una era postindustrial (la actual) y se caracteriza por un crecimiento urbano masivo en ciudades no occidentales y con efectos de expansión en todo el planeta. Precisamente esta etapa se caracteriza por una mayor preocupación de parte de las ciencias sociales por el impacto del entorno urbano en el bienestar y el comportamiento humano.

Las influencias psicológicas de la ciudad han estado presentes en la mente de la sociología, la arquitectura y el urbanismo (se define a este último como el estudio de las consecuencias psicológicas y sociales que tiene la urbanización en la población; Huttler, 2016). En general, los sociólogos y planificadores urbanos están de acuerdo con que la ciudad no sólo influye en el comportamiento social, sino que también refleja los valores y las actitudes de los ciudadanos. Hace más de 100 años el sociólogo alemán George Simmel publicó su ensayo "La metrópolis y la vida mental" (Simmel 1995), el cual indagaba el impacto de la vida en la ciudad en la psicología de las personas y las relaciones sociales sin tomar en cuenta las influencias físicas del ambiente. En contraste, Robert E. Park, pionero en estudios urbanos y fundador de la Escuela de Chicago, refería que las experiencias de las personas con las ciudades no sólo tenían un referente moral y actitudinal, sino que también una dimensión física.

Su propuesta de un modelo ecológico de la vida en la ciudad rescataba precisamente la interacción entre las personas y el ambiente físico. Esta aproximación, que ejerció una influencia considerable en el desarrollo de la psicología ambiental, partía de un determinismo ecológico que proponía a los factores de densidad poblacional, heterogeneidad y concentración como elementos generadores de ruido, contaminación, hacinamiento y otras formas de sobreestimulación, aspectos que a su vez tenían un impacto en la psicología y el comportamiento social de los habitantes urbanos (Wirth, 1938). Por otra parte, Kevin Lynch, urbanista que también tuvo una notable influencia en la psicología ambiental, describió a las ciudades modernas en términos de espacios con una gran

concentración de actividades, aludiendo a dicho fenómeno en términos de una “colonización” de la ciudad (término empleado por Lynch para referirse al gigantismo de la ciudad). Desde su punto de vista, el “coloso urbano” produce desajustes y problemas que tienen su origen en cuatro grandes causas. La primera se refiere a un tipo de carga de tensión perceptiva impuesta por la urbe, en la que las sensaciones que se experimentan van más allá de los límites de la resistencia humana. La segunda de las fuentes de patología descritas por Lynch es la carencia de identidad visual, la cual propicia una sensación de enajenación con el ambiente citadino. La tercera de las causas se refiere a la angustia que se experimenta en la ciudad por la imposibilidad de comprender su lenguaje, ya que se presenta la ambigüedad, la promiscuidad, la confusión y la discontinuidad. Finalmente, la cuarta causa consiste en la rigidez de la ciudad, su falta de sinceridad y de franqueza (Lynch, 1965).

Podría decirse que las contribuciones formales de la psicología al entendimiento de la vida en la ciudad pueden ubicarse desde un punto de vista científico, como menciona el psicólogo Stanley Milgram. En su escrito *La experiencia de vivir en ciudades* (Milgram, 1970) pretendía entender, desde un enfoque no intuitivo, empírico y experimental, las experiencias individuales con las circunstancias demográficas de la vida urbana. Uno de los conceptos centrales en su investigación es el de sobrecarga de información, el cual alude a una incapacidad de un sistema de procesar las entradas sensoriales del ambiente debido a que éste es incapaz de lidiar con demasiada información a la vez. Cuando esto ocurre, acontecen fenómenos de adaptación.

De forma análoga y de acuerdo con Milgram, la vida en la ciudad representa una serie continua de encuentros sobrecargados de información que resultan en diversas adaptaciones conductuales con un impacto en la vida diaria; por ejemplo, en la ejecución de tareas, la evolución de las normas sociales, el funcionamiento cognitivo, la calidad de las relaciones interpersonales y ciertos comportamientos específicos (contacto visual; Newman & McCauley, 1977).

El concepto de sobrecarga de información ha estado presente en diversas teorías relacionadas con la experiencia urbana (Lynch, 1965; Simel, 1995; Wirth, 1938). Otros estudios pioneros respecto al tema de la experiencia psicológica de la vida en la ciudad se vinculan con el estrés ambiental proveniente de la vida urbana. En este sentido, destacan los estudios de Glass & Singer (1972) sobre las reacciones fisiológicas (respuesta galvánica de la piel, tensión muscular), psicológicas (tolerancia a la frustración en tareas post estrés) y conductuales asociadas con diversas fuentes de estimulación auditiva respecto a diferentes ruidos urbanos; así como la investigación sobre el efecto del hacinamiento y temperatura en la conducta interpersonal y la investigación antropológica sobre la proxémica de Hall (1966). En cuanto a la psicología ambiental, la larga tradición del abordaje de las cuestiones urbanas se remonta al traspaso del siglo XIX al XX con Willy Hellpach, discípulo de Wilhelm Wundt; este último fundador de la psicología experimental.

Se le atribuye a Hellpach acuñar por vez primera el término de psicología ambiental. En 1939, Hellpach se dio a la tarea de estudiar ciertos fenómenos urbanos, tales como el hacinamiento, la sobre estimulación, la prisa y el estado de alerta, concluyendo que el esquema perceptual de los habitantes urbanos es diferente al de los habitantes rurales (Pol, 2006). A partir de los estudios incipientes de Hellpach, el desarrollo histórico de la psicología ambiental se ha caracterizado en dos grandes etapas. La primera, la de la psicología arquitectónica, se da en los años 60 y 70 del siglo pasado y presta atención al impacto del ambiente físico construido (arquitectura, tecnología, ingeniería) en el comportamiento humano y bienestar (Bonnes & Bonaiauto, 2002); buscaba evaluar y mejorar el diseño de los espacios construidos.

La siguiente etapa comienza a finales de los años 60 cuando empieza a percibirse la conexión del actuar humano frente a los problemas ambientales. Aunque su objeto de estudio, la interrelación persona-ambiente, no se modifica y se traslada el énfasis desde el ambiente hacia la persona, así como del medio ambiente construido al natural, hasta el punto de que muchos autores llegaron a hablar de una nueva subdisciplina, a la que bautizaron como psicología ambiental verde o psicología de la conservación (Myers, 2001). Lo anterior dio pie al estudio de una serie de temáticas relacionadas con el cambio de actitudes ambientales, por una parte, y con el análisis de los efectos de los problemas generados por el hombre en la salud humana y el bienestar, por otra. Respecto a los entornos urbanos, se identifica que los primeros estudios en el área se centraban en la contaminación del aire (De Groot, 1967; Lindvall 1970), ruido urbano (Griffiths & Langdon, 1968) y la evaluación de la calidad ambiental (Craik & Zube, 1976).

Concepciones de la psicología ambiental sobre la ciudad

La psicología ambiental es una disciplina que estudia el interjuego entre los individuos y su escenario natural y construido. Se pretende examinar la influencia del entorno en la experiencia humana (Steg, van den Berg & de Groot, 2013). Desde una óptica psicoambiental, no existe un consenso particular de concebir a la ciudad, pero sí existen diversas aproximaciones teóricas y conceptuales para definir, representar y analizar lo que constituye un ambiente (preocupación primordial de la psicología ambiental; Canter, 2016) y por extensión lo que podría representar la ciudad para la psicología ambiental. A partir de lo anterior, pueden citarse como ejemplos las diferentes concepciones psicoambientales sobre la ciudad considerando la conducta y los valores humanos (Barker, 1968), la identidad con el lugar (Proshansky, 1978), la cognición y la percepción ambiental (Ittelson, 1978) y el procesamiento de información compatible con las necesidades de las personas (Kaplan, 1983).

Asimismo, es de destacarse un intento por comprender los fenómenos de la experiencia en la ciudad en términos de la interdependencia de los diversos escenarios que enlazan la vida cotidiana de las personas (Zeisel, 2006). Barker (1968) define a la ciudad como un agregado de escenarios conductuales. Un escenario conductual es un lugar diseñado y equipado adecuadamente para permitir determinadas actividades sociales; es decir, un lugar y el comportamiento que ahí acontece se encuentran intrínsecamente asociados. En el caso de una ciudad, la conducta de los habitantes y las influencias culturales están muy vinculados; la conducta de cierta clase tiene lugar en cierto lugar físico o ambiente construido de la ciudad de acuerdo con lo estipulado por las concepciones, las costumbres, los valores y las creencias de la cultura (Mercado, Terán, & Landázuri, 2007).

Para Proshansky (1978), uno de los fundadores de la psicología ambiental contemporánea, la ciudad es una amplia colección de personas y actividades concentradas en una zona geográfica determinada y destinada a facilitar los aspectos de la vida humana que representan una sociedad organizada. Proshansky describe al ambiente urbano en términos de numerosas y variadas fuentes de placer, estrés, frustración, que se reflejan caleidoscopicamente en la cognición de las personas. Es decir, para el urbanita (habitante urbano) no existe una simple imagen de la ciudad, sino un patrón de imágenes interrelacionadas que guían y determinan las respuestas apropiadas del mundo físico (Sadalla & Stea, 1978). Ittelson (1978) examina la naturaleza de la experiencia urbana a través de la cognición y percepción ambiental.

Dentro de este marco, define al estudio de dicha experiencia como aquella que involucra tres aspectos: el análisis de la ciudad como fuente de información, los procesos psicológicos implicados en la extracción y la utilización de dicha información, y la fenomenología resultante de las variedades evocadas por la experiencia urbana. Continuando con el análisis psicológico de la ciudad, de acuerdo con Kaplan (1983), las nuevas formas de experiencia del espacio en la ciudad presentan múltiples síntomas de incompatibilidad entre el individuo y el ambiente. Ésta se produce por la contradicción entre las metas e intenciones de acción de los individuos y los recursos y posibilidades que ofrece el entorno urbano.

La presión de las condiciones ambientales se traduce entonces en una sintomatología compleja cuyas más importantes manifestaciones son el estrés ambiental, la activación, la sobrecarga informativa y el sentimiento de falta de control. Para algunos psicólogos, el estudio de las interrelaciones persona-ciudad comprende una relación particular frente a un escenario particular; por ejemplo, la influencia de la densidad residencial en los nexos sociales de un vecindario en particular. Para quienes acuden a una aproximación holística, retoman el estudio de la ciudad en términos de un sistema de lugares interdependientes en donde acontecen las transacciones persona-ambiente (Bonnes, Manetti, Sechiaroli, & Tanucci, 1990).

En este sentido, Zeisel (2006) concibe al ambiente citadino tomando en cuenta los niveles interdependientes: micronivel (viviendas individuales), nivel intermedio (vecindarios) y macronivel (ciudades). Otra aproximación más para la comprensión de las ciudades es la aportación de Moser (2012), quien caracteriza a las ciudades en términos de cinco dimensiones, tres de ellas de naturaleza psicosocial: a) física: edificios e infraestructura urbana; b) funcional: cada espacio construido tiene una función específica; c) cognitiva: los ambientes construidos proporcionan esquemas de comportamiento a seguir; d) afectiva: el medio ambiente como elicitador de emociones; y, e) social: la capacidad del ambiente para ser compatible con las necesidades de los individuos.

En esta concepción, se aprecia la relación entre el ambiente físico de las ciudades y la vinculación con las personas. En síntesis, para la psicología ambiental, las ciudades no son solamente escenarios delimitados geográficamente, sino espacios donde acontecen determinadas experiencias, percepciones y significados. Más que definir los parámetros de lo urbano, el centro de estudio de la psicología ambiental radica en explorar diversos aspectos de la vida urbana; esto es la experiencia de vida en la ciudad (Manzo, 2017).

Aproximación psicoambiental de temáticas urbanas

Las diversas aproximaciones que han existido en psicología ambiental constituyen una reflexión de la complejidad de las interrelaciones persona-ambiente (Gieseeking & Mangold, 2014; Manzo, 2017). En el presente escrito, algunas temáticas representativas de los estudios urbanos en el área psicoambiental serán abordadas a través del modelo de las tipologías transaccionales ambiente-persona propuesto por Stokols (1978). Bajo este modelo, se aborda el fenómeno de la transacción como el estudio de las relaciones dinámicas de los aspectos psicológicos y ambientales; se consideran éstas dentro de un contexto holístico, en el cual se asume que existe una interdependencia de contextos, factores temporales y eventos físicos y psicológicos (Altman & Rogoff, 1987).

Dicho esquema hace énfasis en cuatro procesos de transacción: orientación, operatividad, afectación y evaluación. El primero toma en cuenta que las personas tienden a orientarse frente a su entorno en términos de la información existente, así como de sus propias metas y expectativas. El segundo alude a que los individuos actúan sobre el entorno para satisfacer sus metas procurando mantener niveles adecuados de satisfacción y el tercero se refiere a que pueden ser afectados por diversas circunstancias ambientales. Por último, se propone que las personas también son capaces de evaluar la calidad del ambiente en función de la compatibilidad que éste le proporciona. Estos procesos ocurren a nivel individual, grupal y comunitario. Los procesos anteriores pueden ser categorizados en términos de dos dimensiones básicas: a) cognitiva o simbólica *vs.* conductual, y b) activa *vs.* reactiva. En su conjunto, estas dimensiones resultan en cuatro modos de transacción:

interpretativa, que involucra las representaciones cognitivas del ambiente físico; evaluativa, que considera algunas predisposiciones personales o estándares ambientales; operativa, que refiere al estudio comportamental de las personas respecto a su entorno; y responsiva, que incluye los efectos del escenario en el comportamiento humano y bienestar (Wicker, 1979). El cuadro 1 presentan los tipos de transacción relacionadas con las áreas de investigación psicoambiental y tópicos de investigación de interés en temáticas urbanas.

Las dimensiones aludidas en el modelo de Stokols destacan los procesos psicológicos y formas de conducta hacia el ambiente. Al retomarse una definición transaccional se pone en juego que es importante tomar en cuenta también el comportamiento ambiental como un todo, comprendiendo tanto los aspectos psicológicos como los sociales, físicos y temporales. Un ejemplo de lo anterior es el estudio de Werner (2003) sobre la implementación de un programa de educación ambiental para la reducción del uso y desperdicio de productos tóxicos en el hogar. En dicho estudio se tomó en cuenta el contexto físico (vivienda y vecindario) y social de ocurrencia de la conducta, sus aspectos temporales (mantenimiento de comportamientos proambientales a largo plazo) y los procesos psicológicos implicados (actitudes, normas) a modificar en el programa. En términos de la cognición ambiental, Heft (2013) plantea un abordaje transaccional de las influencias individuales (e.g. memoria, experiencia) y culturales (influencias culturales en la formación de relaciones espaciales) en la elaboración de mapas cognitivos (representaciones mentales de configuraciones espaciales) a lo largo del desarrollo de las personas.

De la misma forma, un tipo de transacción responsiva con el ambiente puede involucrar las cualidades del contexto sociofísico que inhiben o que promueven la conducta humana. Por ejemplo, Collado, Staats & Sorrel (2016) refieren un estudio sobre las variables personales y contextuales que influyen en la percepción del potencial restaurador de zonas rurales en población infantil. Aunque estas zonas representan espacios naturales a simple vista y que en apariencia podrían ser percibidas como restauradoras, resulta que ciertas influencias contextuales (llevar a cabo actividades de agricultura por los niños) pueden inhibir su potencial de restauración. El esquema de organización de Stokols (1978) es de utilidad para entender el impacto del ambiente en distintos procesos psicológicos básicos de transacción (incluyendo los componentes de ésta) con el entorno urbano. No debe olvidarse que estos procesos van de la mano también con la existencia de otras variables (e.g. sociodemográficas, situacionales, físicas, etc.) que en su conjunto son relevantes para tratar de entender los diversos retos relacionados con los problemas urbanos contemporáneos. El lector interesado en conocer un repertorio más amplio de los problemas de la ciudad y su abordaje comportamental puede consultar el reporte de la Asociación Psicológica Americana sobre psicología urbana (APA, 2005) así como algunas de las revistas de mayor visibilidad en psicología ambiental: *Journal of Environmental Psychology* y *Environment and Behavior*.

Cuadro 1. Tipos de transacción y áreas de influencia del abordaje psicoambiental de algunas temáticas urbanas

Tipo de transacción	Áreas de investigación	Tópicos generales de investigación	Ejemplos de temas urbanos asociados
Interpretativa	Representaciones cognitivas del ambiente físico	Mapas cognitivos, descripciones ambientales, semejanzas entre situaciones juzgadas por los sujetos, etc.	Estructura de los mapas cognitivos urbanos (Aragones, & Arredondo, 1985).
		Relaciones entre personalidad y ambiente: se intenta relacionar variables de los sujetos (rasgos, valores, estilos cognitivos) con aspectos específicos ambientales (preferencias geográficas, juicios de calidad ambiental, elección de lugares de ocio).	Memoria topográfica en la ciudad (Campbell, Hepner, & Miller, 2014). Colectivismo e identificación urbana (Rubin, et al., 2017). Satisfacción residencial urbana y personalidad (Oshio & Urakawa, 2012).
Evaluativa	Actitudes ambientales	Atributos ambientales, disposiciones cognitivas, etc.	Apego, identificación y percepción ambiental urbana (Rollero & De Piccoli, 2010). Influencias culturales en las actitudes ambientales (Sarigöllü, 2008).
	Evaluación ambiental	Percepción ambiental.	Percepción ambiental de escenarios urbanos (Ittelson, 1978) Evaluación de la calidad residencial urbana (Zube, Vinning, Charles, & Bechtel, 1985).
Tipo de transacción	Áreas de investigación	Tópicos generales de investigación	Ejemplos de temas urbanos asociados
Operativa	Análisis experimental de conductas ecológicamente relevantes	Comportamientos proambientales	Aquellas relacionadas con ahorros energéticos de agua, limpieza en la ciudad u otros lugares
	Proxémica	Conducta espacial humana.	Comportamientos de reciclaje (Schultz, Oskamp, & Mainieri, 1995). Regulación de la privacidad y hacinamiento (Robson, 2008).
Responsiva	Impacto del ambiente físico	Estrés ambiental	Estresores urbanos (Moser, 1988). Restauración psicológica ambiental (Ulrich, et al., 1991).
	Psicología ecológica	Escenarios conductuales	Densidad residencial (Wiesenfeld, 1987). Efectos de la interdependencia de los escenarios en la conducta y bienestar humano (Von Lindern, 2017).

Fuente: elaboración propia.

Métodos para el estudio psicoambiental de la ciudad

La psicología ambiental es una ciencia empírica, es decir, se fundamenta en investigación cuyas hipótesis son puestas a prueba usando diversas observaciones (Abrahamse, Schultz, & Steg, 2016). Tres diseños de investigación suelen emplearse de forma predominante en el área: experimentales, cuasi experimentales y correlacionales. Un diseño experimental incluye la variación sistemática de una o más variables independientes y se caracteriza por la asignación aleatoria de los participantes a una serie de condiciones o grupos. En un diseño cuasi experimental, una o más variables independientes varían sistemáticamente, pero no existe asignación aleatoria de los participantes a las condiciones experimentales.

Un estudio que emplea un diseño correlacional describe la relación entre la variable independiente y dependiente sin una variación sistemática de estas variables o asignación aleatoria de los participantes (Pelham & Blanton, 2007). Diferentes técnicas de evaluación psicoambiental caracterizan la investigación en el área. Entre ellas las de evaluación observacional, mapeo conductual, recolección de información a través de encuestas, evaluación de actitudes ambientales y de evaluación de respuestas psicofisiológicas (Parsons & Tassinary, 2002).

De manera reciente, destaca el interés del uso de la metodología neurocientífica para documentar fenómenos perceptuales asociados a la percepción ambiental y procesos psicológicos subyacentes (e.g. Gould van Praag *et al.*, 2017; Martínez-Soto, Gonzales-Santos, Pasaye, & Barrios, 2013, Williams *et al.*, 2018).

El cuadro 2 ilustra el abanico y la diversidad de métodos y técnicas de evaluación psicoambiental y se observa el empleo de algunas metodologías cualitativas. Asimismo, como se advierte en la tabla, los psicólogos ambientales emplean un amplio repertorio de métodos que van desde diseños cuasiexperimentales hasta el empleo de sistemas de información geográfica (GIS), y del uso de encuestas y entrevistas fenomenológicas. Estos métodos proporcionan la flexibilidad necesaria para estudiar los fenómenos urbanos, los cuales en sí son por naturaleza complejos y diversos (Manzo, 2017).

Cuadro 2. Métodos de investigación en psicología ambiental

Método	Definición	Tipologías de técnicas	Ejemplos de medición	Técnicas/tecnologías empleadas
Observacional	Se parte de la observación como la recepción de información a través de uno de los cinco sentidos humanos.	Directa: requiere que los investigadores aprendan sobre las interacciones persona ambiente empleando alguno de los cinco sentidos.	Medición de características físicas del ambiente: olor, temperatura, sonido, etc.	Mapas conductuales (Ittelson, Rivlin, & Proshansky, 1970) Registros activados electrónicamente (Mehl & Pennebaker, 2003)
		Indirecta: involucra el empleo de diarios personales, informantes clave, etc.	El registro de interacción de Rochester (Wheeler & Neale, 1977), Inventarios de Conducta Social (Moskowitz, 1994).	
		Activa: puede ocurrir en condiciones de laboratorio o de o en situaciones de campo. Busca establecer relaciones de causalidad entre los comportamientos de las personas dado un escenario determinado.	Observar los usuarios de un parque en una condición de señalamientos o sin señalamientos para ver si esta variación incide en las conductas de consumo de cigarrillos.	
		Pasiva: observación naturalista, escenario natural del comportamiento; no requiere la intención de interferir con alguna conducta.	Observar las personas dentro de un espacio realizando ciertas actividades.	
Método	Definición	Tipologías de técnicas	Ejemplos de medición	Técnicas/tecnologías empleadas
Mapas conductuales	Técnica para el registro sistemático de los comportamientos y movimientos de las personas en determinados lugares	Centrados en los lugares: muestra la ubicación de las personas en escenarios específicos dentro de un tiempo y actividades particulares.	Se busca evaluar el uso de un área en particular (e.g. cafetería).	GPS, smartphones, y otras tecnologías portátiles para el registro y rastreo de conductas (Oswald et al., 2010, Simpson, 2007).
		Centrados en las personas: registro de los movimientos y actividades en un escenario o escenarios a lo largo del tiempo.	Se desea saber acerca de las actividades de algún grupo o personas en particular en relación con algún lugar o tiempo.	
Encuestas	Método para la recolección de auto reportes de datos relacionados con valores actitudes, creencias y conductas.	Transversales	Documentar la prevalencia de valores, actitudes, creencias o conductas en una población, comparar estas variables entre grupos, y/o investigar la asociación entre estas variables.	Cuestionarios con respuestas cerradas o abiertas
		Encuestas transversales repetidas	Evalúan los cambios en el tiempo de una variable (e.g. estado de la economía) dentro de una población que esta asociada con cambios en otras variables (e.g. preocupación ambiental).	
Método	Definición	Tipologías de técnicas	Ejemplos de medición	Técnicas/tecnologías empleadas
Encuestas	Método para la recolección de auto reportes de datos relacionados con valores actitudes, creencias y conductas.	Panel	Cómo es que los participantes cambian a lo largo del tiempo, y si estos cambios en ciertas variables están asociados con los cambios en otras variables.	Entrevistas y cuestionarios
			Actitudes relacionadas con espacios construidos, (e.g. Escala de Molestias Ambientales Percibidas en sitios urbanos; Robin, Matheu, Ploce, & Couty, 2007).	
Evaluación de actitudes ambientales	Tendencias psicológicas a evaluar el ambiente tanto natural como construido con algún grado de agrado o desagrado.	Pueden ser mediciones explícitas (e.g. escalas) e implícitas (e.g. registros fisiológicos)	Actitudes relacionadas con espacios construidos, (e.g. Escala de Molestias Ambientales Percibidas en sitios urbanos; Robin, Matheu, Ploce, & Couty, 2007).	Entrevistas y cuestionarios
Evaluación Post ocupacional	Una evaluación ambiental de un espacio previamente desocupado. Se refiere a la evaluación sistemática de uno o más espacios ocupados (recientemente utilizados).	Comparativa: realiza comparaciones entre escenarios con el propósito de crear normas o para el entendimiento de los cambios en la operación antes y después de que se implemente un nuevo diseño.	Evaluación de la funcionalidad, efectividad, eficiencia, controlabilidad, satisfacción y confort. Su aplicabilidad varía desde una simple unidad/ edificio hasta un vecindario. Evaluación de la iluminación confort térmico, niveles de ruido, y calidad del aire en la percepción de los ocupantes de hospitales y escuelas primarias (De Guilí, Zecchin, Salmaso, Coraín, & De Carli, 2012).	Requiere el empleo de métodos objetivos, tales como cuestionarios estandarizados. Métodos estandarizados. Observación informal Mapas conductuales
Método	Definición	Tipologías de técnicas	Ejemplos de medición	Técnicas/tecnologías empleadas
Evaluación Post ocupacional		Generativa: identifica problemas para soluciones y mejora.		Utiliza técnicas más flexibles y abiertas (e.g. cuestionarios abiertos).
Basado en la teoría fundamentada	Considera que las experiencias y situaciones específicas dentro del mundo real son fuente de conceptos teóricos robustos, de estructuras y esquemas conceptuales más amplios (Gordon-Finlayson, 2010)	Muestreo teórico: los participantes son seleccionados progresivamente para examinar los patrones y temas implicados en los datos que están siendo analizados	Se pretende examinar las experiencias de las personas dentro del mundo real, considerando los lugares, situaciones y significados, pretendiendo con ello facilitar de forma inductiva un retrato integrado de aquellas experiencias, lugares, situaciones y significados	Entrevistas formales, informales.
Basados en la fenomenología	Refiere un esfuerzo por describir la experiencia humana, situaciones y significados a profundidad.	Análisis fenomenológico en primera persona: es el mismo investigador quien usa su propia experiencia con el fenómeno en cuestión como base para examinar sus características específicas y cualidades	En el dominio ambiental esto implica el análisis de las experiencias del lugar, la personificación ambiental, encuentros intensos con la naturaleza. Análisis de las experiencias de un contexto particular (e.g. vecindario), actividades y eventos.	Mapas narrativos, una combinación de dibujos, y entrevistas en profundidad, biográficas y cuestionarios abiertos

Fuente: elaboración propia con datos de Gifford (2016).

Comentarios finales

Los seres humanos han pasado miles de años habitando en ambientes naturales y menos de 0.4% de su existencia en el planeta ha acontecido en entornos urbanos (Davis, 1995; Gullone, 2000; Takooshian, 2005). Esta rápida transición y expansión ha sido vista como uno de los alcances más significativos en el desarrollo de las especies (Sadalla, & Stea, 1978), siendo el siglo XXI una época sin precedentes para el crecimiento poblacional urbano.

A diferencia de otras áreas disciplinarias, la psicología ambiental se ha presentado como un área de estudio joven frente a los problemas urbanos emergentes (Fernández & Vidal, 2008; Stokols, 1995). Pese a lo anterior, existen preocupaciones recientes sobre el poco entusiasmo de la psicología para el abordaje de temáticas ambientales y urbanas (Oishi & Graham, 2010; Stokols, 1995; Takooshian, 2005).

Desde la psicología ambiental no existe una forma única de definir a la ciudad (Fernández & Vidal, 2008), como tampoco hay una manera simple de definir a un ambiente. Es decir, un escenario puede definirse tanto en función de sus cualidades percibidas (psicológicas o subjetivas) como en términos de ciertos atributos físicos (objetivos) (Canter, 1977). Ya sea mediante el estudio de las conductas respecto a los espacios urbanos (aproximación centrada en el lugar) o a través del rol de la identificación de las categorías especiales de ambientes urbanos (centrada en las personas) podría considerarse que una aproximación psicoambiental para el estudio de la ciudad comprende en su conjunto las diversas facetas funcionales y de interacción de los escenarios físicos (geográficos) del comportamiento, los procesos psicológicos (e.g. percepción y cognición ambiental, afecto) y socioculturales de transacción con el entorno que median la relación entre el ambiente y sus efectos individuales y colectivo a lo largo del tiempo (Werner, Brown & Altman, 2002).

Hoy en día pueden observarse algunos efectos adversos de la urbanización caótica y descontrolada en sectores de la población menos favorecidos: pobre calidad de vivienda, sistemas sanitarios deplorables, problemas de hacinamiento, escasez de áreas verdes urbanas y desde el punto de vista social un incremento en la criminalidad, delincuencia juvenil, violencia, explotación sexual, suicidios, depresión e incremento en el número de divorcios (Funmilayo, 2012; Gold, 2002; Helbich, *et al.*, 2017; Marques, & Lima, 2011; Nor, Corstanje, Harris, & Brewer, 2017), sin olvidar también su impacto en la biodiversidad, el funcionamiento de los ecosistemas urbanos (Pena *et al.*, 2017). Partiendo de una perspectiva de sustentabilidad, la psicología ambiental y disciplinas asociadas tendrán en común el desarrollo de una agenda compartida para la atención y entendimiento de dichos problemas y la promoción de aspectos positivos de las ciudades asociados a una mejor calidad de vida (Kirst, Schaefer, Hwang, & O'Campo, 2011).

Una mirada psicoambiental al estudio de la ciudad hace suyo el empleo de diferentes metodologías y técnicas provenientes de varias disciplinas científicas. Esta diversidad es tan robusta como la necesidad de entender el comportamiento humano asociado a numerosos problemas de la vida urbana.

Referencias

- Abrahamse, W., Schulz, P. W., & Steg, L. (2016). Research designs for environmental psychology: Research Methods for Environmental Psychology. In R. Gifford (Ed.), *Research Methods for Environmental Psychology*, 53-71. USA: Wiley-Blackwell.
- Altman, I. & Rogoff, B. (1987). World views in psychology: trait, interactional, organismic and transactional perspectives. In D. Stokols and I. Altman (Eds.), *Handbook of Environmental Psychology*, 7-40. USA: John Wiley & Sons.
- APA (2005). *Task Force on Urban Psychology, Toward an Urban Psychology: Research, Action, and Policy*. Washington D.C.: American Psychological Association. Recuperado de <https://www.apa.org/pi/ses/resources/publications/urban-taskforce.pdf>
- Barker, R. (1968). *Ecological Psychology: concepts and methods for studying the environment of human behavior*. Stanford: Stanford University Press.
- Bonnes, M., Manetti, L., Sechiaroli, G., & Tanucci, G. (1990). The city as a multiplace system: an analysis of people-urban environment transactions. *Journal of Environmental Psychology*, 10, 37-65. [https://doi.org/10.1016/S0272-4944\(05\)80023-4](https://doi.org/10.1016/S0272-4944(05)80023-4)
- Bonnes, M., & Bonaiauto, M. (2002). Environmental Psychology: From spatial physical environment to sustainable development. En R. Bechtel & A. Churchman (Eds.), *Handbook of Environmental Psychology*, 28-54. New York: Wiley.
- Canter, D. (1977). *Psychology of place*. London: Architectural Press.
- Canter, D. (2016). Revealing the conceptual systems of places. In R. Gifford (Ed.), *Research Methods for Environmental Psychology*. 137-159. London: Wiley Blackwell.
- Craik, K., & Zube, E. (1976). *Perceiving environmental quality: research and application*. New York: Plenum Press.
- Collado, S., Staats, H., & Sorrel, M. A. (2016). A relational model of perceived restorativeness: Intertwined effects of obligations, familiarity, security and parental supervision. *Journal of Environmental Psychology*, 48, 24-32. doi:10.1016/j.jenvp.2016.08.004
- Davis, K. (1955). The Origin and Growth of Urbanization in the World. *American Journal of Sociology*, 60, 429-437.
- De Groot, I. (1967). Trends in public attitudes toward air pollution. *Journal of the Air Pollution Control Association*, 17, 679-681. <https://doi.org/10.1080/00022470.1967.10469056>
- Fernández, B., & Vidal, T. (2008). *Psicología de la Ciudad*. Barcelona: Editorial UOC.

- Funmilayo, A. (2012). Urbanization, housing quality and environmental degeneration in Nigeria. *Journal of Geography and Regional Planning*, 5(16), 422-429. doi: 10.5897/JGRP12.060
- Gieseeking, J., & Mangold, W. (2014). *The people, place and space reader*. New York: Routledge.
- Gifford, R. (2016). *Research Methods for Environmental Psychology*. London: Wiley Blackwell.
- Glass, D. C., & Singer, J. E. (1972). *Urban stress: Experiments on noise and social stressors*. New York: Academic Press.
- Gold, H. (2002). *Urban Life and Society*. New Jersey: Prentice Hall.
- Gould van Praag, C., Garfinkel, S., Sparaci, O., Mees, A., Philippides, A., Ware, M., Ottaviani, C., & Critchley, H. (2017). Mind-Wandering and Alterations to Default Mode Network Connectivity When Listening to Naturalistic versus Artificial Sounds. *Scientific Reports*, 7, 45273. doi: 10.1038/srep45273
- Griffit, W., & Veitch, R. (1971). Hot and crowded: Influence of population density and temperature on interpersonal affective behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 17(1), 92-98. doi:10.1037/h0030458
- Griffiths, I., & Langdon, F. (1968). Subjective response to road traffic noise. *Journal of Sound and Vibration*, 8, 16-32. [https://doi.org/10.1016/0022-460X\(68\)90191-0](https://doi.org/10.1016/0022-460X(68)90191-0)
- Gullone, E. (2000). The biophilia hypothesis and life in the 21st century: Increasing mental health or increasing pathology? *Journal of Happiness Studies*, 1, 293-321. <https://doi.org/10.1023/A:101004382>
- Hall, T. (1966). *The hidden dimension*. New York: Doubleday.
- Heft, H. (2013). Environment, cognition, and culture: Reconsidering the cognitive map. *Journal of Environmental Psychology*, 33, 14-25. doi:10.1016/j.jenvp.2012.09.002
- Hauser, P., & Schnore, L. (eds.). (1965). *The Study of Urbanization*. New York: Wiley.
- Helbich, M., Blüml, V., de Jong, T., Plener, P. L., Kwan, M.-P., & Kapusta, N. D. (2017). Urban-rural inequalities in suicide mortality: a comparison of urbanicity indicators. *International Journal of Health Geographics*, 16, 39. <http://doi.org/10.1186/s12942-017-0112-x>
- Hutter, M. (2016). *Experiencing cities*. New York: Taylor and Francis.
- Ittelson, W. (1978). Environmental Perception and Urban Experience. *Environment and Behavior*, 10(2), 193-213. <https://doi.org/10.1177/0013916578102004>
- Kaplan, S. (1983). A Model of Person-Environment Compatibility. *Environment and Behavior*, 3(15), 311-332. <https://doi.org/10.1177/0013916583153003>
- Kirst, M., Schaefer, N., Hwang, S., & O'Campo, P. (2011). *Converging Disciplines A Transdisciplinary Research Approach to Urban Health Problems*. New York: Springer.
- Lindvall, T. (1970). On sensory evaluation of odorous air pollution intensities. *Nordisk Hygienisk Tidskrift*, 2, 1-181.
- Lynch, K. (1965). The City as Environment. *Scientific American*, 213(3), 209-221.

- Manzo, L. (2017). Environmental Psychology. Views of the urban from environmental psychology. En D. Iossifova, C. Doll., A. Gasparatos (Eds.), *Defining the Urban: Interdisciplinary and professional perspectives*, 84-93. London: Routledge.
- Marques, S., & Lima, M. L. (2011). Living in grey areas: Industrial activity and psychological health. *Journal of Environmental Psychology*, 31(4), 314-322. <http://dx.doi.org/10.1016/j.jenvp.2010.12.002>
- Martínez-Soto, J., Gonzales-Santos, L., Pasaye, E., & Barrios, F. (2013). Exploration of neural correlates of restorative environment exposure through functional magnetic resonance. *Intelligent Buildings International*, 5, 10-28. <https://doi.org/10.1080/17508975.2013.807765>
- Mercado, S., Terán A., & Landázuri, A. (2007). La ciudad: un análisis teórico desde la psicología ambiental. *Psicología para América Latina*, (10). Recuperado de: http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-350X2007000200002&lng=pt&tlng=es.
- Milgram, S. (1970). The experience of living in cities. *Science*, 167, 1461-1468. doi: 10.1126/science.167.3924.1461
- Moser, G. (2012). Cities. En S. Clayton (Ed.), *The Oxford Handbook of Environmental and Conservation Psychology* (pp. 203-220). UK: Oxford University Press.
- Myers, G. (2001). Some issues to consider in the role of psychology in conservation. *Population and Environmental Psychology Bulletin*, 27(2), 2-4.
- Newman, J., & McCauley, C. (1977). Eye contact with strangers in city, suburb and small town. *Environment and Behavior*, 9(4), 547-558. <https://doi.org/10.1177/001391657794006>
- Nor, A., Corstanje, R., Harris, J., & Brewer, T. (2017). Impact of rapid urban expansion on green space structure. *Ecological Indicators*, 81, 274-284. <https://doi.org/10.1016/j.ecolind.2017.05.031>
- Oishi, S., & Graham, J. (2010). Social Ecology. *Perspectives on Psychological Science*, 5(4), 356-377. doi:10.1177/1745691610374588
- Parsons, R., & Tassinary, L. (2002). Environmental psychophysiology. En R. Bechtel & A. Churchman (Eds.), *Handbook of environmental psychology* (pp. 172-190). New York: Wiley & Sons.
- Pelham, B., & Blanton, T. (2007). *Conducting research in psychology: Measuring the weight of smoke*. Belmont: Wadsworth/Thomson Learning
- Pena J., Martello, F., Ribeiro, M.C., Armitage, R.A., Young, R.J., & Rodrigues, M. (2017). Street trees reduce the negative effects of urbanization on birds. *PLoS ONE*, 12(3). e0174484. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0174484>
- Pol, E. (2006). Blueprints for a History of Environmental Psychology (I): From First Birth to American Transition. *Medio Ambiente y Comportamiento Humano*, 7(2), 95.113.
- Population Reference Bureau (2014). *Human Population: Urbanization*. Retrieved from: <http://www.prb.org/Publications/Lesson-Plans/HumanPopulation/Urbanization.aspx>
- Proshansky, H. M. (1978). The city and self-identity. *Environment and Behavior*, 10(2), 147-169. <http://dx.doi.org/10.1177/0013916578102002>

- Sadalla, E. K., & Stea, D. (1978). Approaches to a Psychology of Urban Life. *Environment and Behavior*, 10(2), 139-146. doi:10.1177/0013916578102001
- Science Daily. (2007). *Mayday 23: World Population Becomes More Urban than Rural* (May 25). Recuperado de <http://www.sciencedaily.com/releases/2007/05/070525000642.htm>
- Simmel, G. (1995). The Metropolis and Mental Life. in Philip Kasinitz (ed.), *Metropolis: Center and Symbol of Our Times*, 30-45, New York: New York University Press.
- Steg, L., van den Berg, A. E., & de Groot, J. I. M. (2013). *Environmental Psychology: An Introduction*. Chichester, U. K.: Wiley-Blackwell.
- Stokols, D. (1978). Environmental Psychology. *Annual Review of Psychology*, 29, 253-295. <https://doi.org/10.1146/annurev.ps.29.020178.001345>
- Stokols, D. (1995). The paradox of Environmental Psychology. *American Psychologist*, 50, 821-837. <http://dx.doi.org/10.1037/0003-066X.50.10.821>
- Takooshian, H. (2005). Urban psychology: Its history and current status. *Journal of Social Distress and the Homeless*, 14, 1-2, 3-11. <https://doi.org/10.1179/105307805807066310>
- United Nations (2014). *World Urbanization Prospects: The 2014 Revision, Highlights* (ST/ESA/ SER.A/352). Department of Economic and Social Affairs, Population Division. Recuperado de <http://esa.un.org/unpd/wup/Highlights/WUP2014-Highlights.pdf>
- Werner, C. M. (2003). Changing homeowners' use of toxic household products: a transactional approach. *Journal of Environmental Psychology*, 23(1), 33-45. doi:10.1016/s0272-4944(02)00085-3
- Werner, C., Brown, B. & Altman, I. (2002). Transactionally oriented research: Examples and strategies. En R. Bechtel & A. Churchman (Eds.), *Handbook of environmental psychology* (203-221). New York: Wiley.
- Wicker, A. (1979). *An introduction to ecological psychology*. Monterrey: Brooks-Cole.
- Williams, K., Lee, K., Hartig, T., Sargent, L., Williams, N., & Johnson, K. (2018). Conceptualizing creativity benefits of nature experience: Attention restoration and mind wandering as complementary processes. *Journal of Environmental Psychology* 59, 36-45. <https://doi.org/10.1016/j.jenvp.2018.08.005>
- Wirth, L. (1938). Urbanism and the American way of life. *American Journal of Sociology*, 44, 1-24.
- Zeisel, J. (2006). *Inquiry by design: environment/behavior/neuroscience in architecture, interiors, landscape and planning*. New York: W.W. Norton.

Filosofía y ciudad. Aproximaciones al momento inaugural de una relación persistente

Philosophy and city. Approximations to the inaugural moment of a persistent relationship

Diego Eduardo Guzmán-Sandoval
Universidad de Guanajuato, México
Correo electrónico: dguzsan@gmail.com

Recibido: octubre 26 de 2018

Aceptado: marzo 19 de 2019

Resumen

Este artículo explora los ineludibles vínculos que hay en la relación filosofía y ciudad. Nos limitamos a elaborar una aproximación a lo que llamaremos momento inaugural, a partir del cual esta relación puede dilucidarse. A modo de establecer coordenadas básicas para desarrollar este emprendimiento, planteamos dos preguntas elementales: ¿qué rol cumple la ciudad en el discurso filosófico? y ¿cómo se vuelve la ciudad un objeto de indagación para la filosofía? Quizá, al discurrir en torno a ambas cuestiones podremos problematizar este vínculo.

Palabras clave: filosofía, ciudad, *agon*, territorio, espacio formativo.

Abstract

This paper explores the inescapable link between philosophy and city. Limiting ourselves to elaborate an approximation which we will call the inaugural moment from where this relationship can be elucidated. To establish basic coordinates to develop this endeavor, we pose two elementary questions: First: What role does the city play in the philosophical discourse? Second: How does the city become an object of inquiry for philosophy? Perhaps, when discussing both issues we can problematize this link.

Keywords: philosophy, city, *agon*, territory, formative space.

Introducción

“Los filósofos son extranjeros pero la filosofía es griega”.
Gilles Deleuze y Félix Guattari

Resulta sumamente complejo hacer inteligibles y escudriñar cada uno de los aspectos que pueden involucrar vínculos entre la filosofía y la ciudad. Es una tarea posible, pero tan complicada como la de tratar de salir de un complejo laberinto. Por ello, este artículo sólo identifica algunos de los vínculos que pueden hallarse al momento de plantear esta relación, limitándonos a elaborar una aproximación alrededor de lo que definiríamos como el acontecimiento inaugural a través del cual esta relación puede dilucidarse. Por esa razón, a modo de establecer coordenadas básicas para desarrollar este emprendimiento, planteamos dos preguntas muy elementales; primero, ¿qué rol cumple la ciudad en el discursar filosófico?, y segundo, ¿cómo se vuelve la ciudad un objeto de indagación para la filosofía?

Se intenta reflexionar sobre el vínculo ciudad y filosofía sosteniendo que entre ellas hay una relación persistente. Tal intento, sin embargo, implica desarrollar el marco de dicha relación. Por ende, se proyecta un objetivo general: indagar una serie de concepciones que nos hacen intuir entre ellas un fondo común ineludible. Esto deberemos exponerlo a la luz de diferentes aproximaciones filosóficas que ponen a la ciudad no solamente como objeto de indagación, sino como condición *sine qua non* del ejercicio filosófico. Por ese motivo, se busca estructurar una argumentación partiendo del desarrollo de dos aspectos específicos que a continuación resumimos. Esta síntesis debe ser concebida como el orden de proceder que seguirá el texto.

Primero, es necesario plantearnos la cuestión ¿qué es la filosofía? Bajo el propósito de designar un sentido para esta práctica, inevitablemente tendremos que poner de relieve en dónde se despliega, es decir, cuál es su espacialidad y sus escenarios. Segundo, ¿es posible ver a la ciudad en la producción conceptual de la o las filosofías? Afirmaremos que sí, pero a condición de un trabajo crítico que no se culmina en este texto, sino que apenas se inicia como problema. Para pensar esta relación, debemos sugerir que es preciso dejar de ver a la ciudad sólo como un espacio edificado, es decir, como un espacio físico en donde intervienen constantemente proyectos urbanísticos y arquitectónicos que orientan el curso de su configuración. Estando aquí de acuerdo con lo propuesto por Peter Sloterdijk (2003), es preciso pensar a la ciudad como un entorno en el que se crean y se recrean las sociabilidades, como una condición adquirida e incorporada por sus habitantes.

En suma, deberemos entender a la ciudad como un espacio formativo, como concreción de lo social y lo histórico. Un complejo dispositivo abierto a las contingencias históricas que reúne y relaciona una gama diversa de elementos. Por último, resumiendo los hallazgos que se derivan de este artículo, habría que señalar que, si bien nuestro tratamiento presenta de modo parcial la configuración de esta relación primaria anclada a la historia del pensamiento occidental, sería fundamental concebir a la ciudad como un espacio formativo, donde las sociabilidades puedan interiorizar normas de convivencia ceñidas a un escenario de diversidad y mayor igualdad. Formas de filiación y competencia

que aquí asimilamos a ese principio griego: el *agon*, que es un espacio de cultivo de agenciamientos donde tanto la fuerza como la expresión misma del juego y del pensamiento posibilitan la afirmación de los individuos.

La ciudad un intento de definición preliminar

Es preciso ampliar al máximo la definición de la ciudad; para ello, retomaremos la teoría de las esferas de Peter Sloterdijk, a fin de advertir a la ciudad como un habitáculo o espacio de resonancia, en donde los individuos se correlacionan y se provocan entre ellos, y se gestan sistemas de inmunidad en ejercicio y múltiples relaciones que constituyen grupos o filiaciones en donde se descubre un espacio desplegado hacia el exterior conformando un ambiente, pero igualmente hacia el interior, formando un espacio anímico. Para decirlo en otros términos, un espacio de identificación. Como sugiere el filósofo alemán, fiel a su estilo y a sus concepciones:

...hay un aspecto del estar-aquí de cualquier grupo en su lugar que escapa tanto a los cartógrafos y a los registradores de la propiedad, como a los sociólogos de campo: dado que los conjuntos humanos son de por sí *magnitudes uterotécnicas* o *autocobijantes*, nunca ocupan simplemente un sector en un espacio físico o jurídico dado, sino que son ellos mismos los que, como *esfera propia de relación y animación*, crean el espacio que habitan. Da igual a dónde lleguen, dónde se instalen: siempre tienen a mano su capacidad de crear por sí mismos su peculiar espacio interior y el ambiente general de éste (Sloterdijk, 2003).¹

Al vislumbrar este aspecto, queda advertida la imagen conceptual que la ciudad posee dentro de ciertas reflexiones filosóficas, en la medida en que se vuelve un espacio de estímulos y de resonancias de estados de ánimo. Un dispositivo que condensa y emplaza los modos de habitar. Esta idea converge con aquellas visiones que entienden a la filosofía como un modo de vida. Abundaremos estos aspectos a lo largo de los siguientes pasajes.

La filosofía y su espacialidad: la *polis* como espacio anímico

"La ciudad ha servido como foco para la vida social activa, para el conflicto y el juego de intereses, para la experiencia de la posibilidad humana, durante la mayor parte de la historia del hombre civilizado. Pero precisamente esa posibilidad civilizada se encuentra hoy adormecida" *Richard Sennet*

Hace algún tiempo, Henri Lefebvre sentenció que sin ciudad no hay filosofía. Llama profundamente la atención el acento que pone el filósofo francés en esta relación. Sin afán de desdeñar un sin número de planteamientos hechos alrededor de esta relación, no sólo desde el horizonte de la filosofía, sino desde otras disciplinas prestas a un ejercicio de reflexión en torno a lo que representa habitar los escenarios urbanos, para nosotros resultaría adecuado desarrollar un examen crítico de esta afirmación desanudando sus implicancias más relevantes.

¹ Cursivas propias.

Comentábamos que nuestro propósito descansa en cómo plantear la relación primaria entre filosofía y ciudad. Asumiendo esta tarea, podemos comenzar con otra interrogante no menos compleja que nos orilla a un fuerte discernimiento: ¿qué es la filosofía? No nos atreveremos a dar una definición o a expresar una fórmula sintetizada. Nuestro ejercicio se limita a bosquejar un acercamiento a esta pregunta como si nos encontráramos en la necesidad de ubicarnos en una ciudad desconocida con el apoyo de un mapa para llegar a un destino que, por igual, deberemos recorrer y explorar, dejándonos sorprender por sus paisajes y su arquitectura bajo el propósito de contemplar la totalidad caótica de toda su puesta en escena y de su acontecer.

Entre el acto filosófico y el paseo interesado y expectante por la ciudad –ya sea ésta originaria o foránea– hay un primer guiño de complicidad; ambos se ven impulsados por una curiosidad intrigante, una sensación de extrañamiento. Sin embargo, no podemos limitar a la filosofía e, incluso a la travesía por un lugar –desconocido o por conocer– a un mero ímpetu de curiosidad y asombro. Estos afectos o impulsos se direccionan dentro de un espacio inmenso y bullicioso que se detiene en ciertos puntos tras la búsqueda de un sentido de localización y desprenden preguntas de sus travesías; asimismo, trazan el recorrido elaborado, prefiguran el itinerario por desarrollar y lo convierten en una cartografía, en un plano de reconocimiento. Desde esta perspectiva, se puede desglosar la idea de que pensar filosóficamente es un direccionarse o conducirse. Estaríamos de acuerdo en afianzar esta analogía con la imagen que Gilles Deleuze y Félix Guattari construyen sobre la labor del pensamiento en donde explicitan el papel de la filosofía:

Lo que define al pensamiento, las tres grandes formas del pensamiento, el arte, la ciencia y la filosofía, es afrontar siempre el caos, establecer un plano sobre el caos. Pero la filosofía pretende salvar lo infinito dándole consistencia: traza un plano de inmanencia, que lleva a lo infinito acontecimientos o conceptos consistentes, por efecto de la acción de los personajes conceptuales (Deleuze y Guattari, 2013).

Si el filósofo es el pensador de la totalidad y lo infinito, es porque efectúa su labor dentro de un emplazamiento totalizante y caótico, igual de semejante al de una inmensa ciudad y el pasmo de quien deambula en ella a través de sus calles envueltas de historia y símbolos. El filósofo traza allí un perímetro que se convierte en su campo de experimentación y direccionamiento. Como sugiere Jean Pierre Vernant (1992) a propósito del origen del pensamiento filosófico griego, éste sirve como plano de inmanencia del orden en un medio que acomete un acto de escisión sobre lo caótico, a la manera de un plano, de un trazo geométrico, de una arquitectura a través de la cual se intenta fijar un ordenamiento.

Podemos decir que la filosofía es una tarea cósmica en el sentido de que es el intento de establecer todo tipo de dimensionamientos, trazos de formas y cortes. No obstante, su territorio es, sin duda, el pensamiento, o quizá con mayor precisión es el concepto. A la par, dentro de esta singular espacialidad, está presente con persistencia la puesta en práctica. Por ello, entendamos a la filosofía como una práctica que estimula la voluntad de pensamiento ejercitándola.

Esta analogía apenas nos ha acercado a un ligero entendimiento de esta relación. No obstante, podríamos partir de un acontecimiento inaugural, por lo menos desde las coordenadas del pensamiento occidental, desde el cual sería posible vislumbrar a la filosofía como un hacer vivencial, fundado en un intento constante de preguntarse sobre los aspectos más ignotos, no sólo de la condición humana, sino de la existencia misma. La filosofía no sólo es este acompañamiento del saber en la misión de atrapar lo esencial de forma metódica y rigurosa, sino es igualmente una tarea –una praxis– que no está desvinculada de la necesidad tanto política como ética de constituir una espacialidad de valores, capaz de forjar a los hombres. De aquí se puede sostener la tesis que, desde cualquier ángulo, la filosofía en su despliegue práctico es una espacialidad formativa: una forma de vida.

Considerando válida esta interpretación, se trataría de una espacialidad que detona el encuentro entre iguales, es decir, entre sujetos que se afirman a sí mismos ante los otros. En este momento fundacional, podemos hacer alusión a la emergente necesidad de una dimensión que promocióne y difunda este ejercicio, un medio de inmanencia. Sin duda, un aspecto concreto que ilustra lo dicho es la escuela filosófica, entendida como una forma de gimnasio. Eran espacios fundamentales para la república helénica, donde se preparaba física e intelectualmente a los jóvenes; habitáculos reservados para quienes pretenden comprometerse con el saber; espacios erigidos como centros de enseñanza y creación de conocimiento, en donde los ciudadanos ejemplares encontraban un sepulcro. El gimnasio preparaba a los ciudadanos para presentarse en el espacio público. No podemos desdeñar la centralidad de este fin.

Debemos como tal disertar en torno a esta dimensión aludida, a saber: el espacio público, la condición de posibilidad de sociabilidades comprometidas cívicamente que deliberan para orientar el curso de su acción y el interés común. Pero más allá de esto, esta espacialidad resulta el epicentro de la configuración de una subjetividad reflexiva que se encuentra anclada a un medio que la posibilita. El filósofo, tomando como referente a occidente, aparece y especula dentro de un escenario concreto: la *polis*.

Este gran espacio interior abierto por la práctica filosófica se corresponde con las formas arquitectónicas, las formas de imagen del mundo y las formas anímicas que seguido funcionan como estructuras inmunizadoras de los sujetos. De aquí ya se atisba a la ciudad en tanto condición incorporada como un espacio de valores compartidos que modelan las acciones de sus integrantes.

Podemos pensar que la filosofía más que encontrar su origen encuentra como tal su nicho o, digámoslo así, la atmósfera que envuelve a este ejercicio, que le da espacialidad al devenir filosófico. Si hemos identificado –aunque sea sucintamente– a los actores y a los escenarios de este momento inaugural de la filosofía, vendría a cuento otra afirmación sugerente expuesta por Gilles Deleuze y Félix Guattari: “si la filosofía tiene unos orígenes griegos, en la medida en que se está dispuesto a decirlo así, es porque la ciudad, a diferencia de los imperios o de los Estados, inventa el *agon* como norma de una sociedad de ‘amigos’,

la comunidad de los hombres libres en tanto que rivales (ciudadanos)” (Deleuze y Guattari, 2013). Este espacio de amigos, de iguales, es al mismo tiempo escenario de los que se distinguen; de presencias que se encuentran en certamen y rivalidad. No resulta extraño, como sentencian nuevamente los mismos autores, que el filósofo encuentra un doble placer en su ejercicio: asociarse entre quienes comparten los mismos afectos y filias (amistarse en una comunidad) y las discrepancias, haciendo frente a los oponentes. Piénsese en el filósofo que encuentra al sofista como su antagonista. Si la filosofía es en esencia una cuestión entre amigos, es porque del mismo modo entre ellos siempre hay un dejo de competencia y rivalidad.

La ciudad: espacio de proximidad y distancia

Podemos hacer uso de la metáfora para señalar que la proximidad y la vecindad encienden el fuego entre los hombres. Este aspecto resulta ambivalente; por un lado, nos sirve la imagen de un incandescente fuego que reúne a los hombres en derredor suyo, en un ánimo de protección y confort. El arquitecto romano Vitruvio especulaba sobre la importancia de la domesticación del fuego en la vida cultural. El arquitecto pensaba firmemente que este acontecimiento hizo consciente a los hombres de la necesidad del calor y del cobijo en sus vínculos.

No sería descabellado inferir en consecuencia, como lo hace Sloterdijk, que la vida social se convierte en lo fundamental en un asunto térmico (Sloterdijk, 2003). Por otro lado, la misma idea del fuego puede asociarse a la tensión entre los hombres; a las dimensiones de disputa que se afirman entre ellos. Aquí entrevemos, por lo menos en un sentido general, este plano topológico que vincula la tendencia esencial a la cercanía, aquella de la que alguna vez reflexionó Heidegger (1994) en su conocida disertación sobre el habitar. Sin embargo, no se puede desmentir que el conflicto igualmente llena la vida de los hombres. En esto volvemos a visualizar estos aspectos intrínsecos al *agon*.²

La *polis*, visualizada más como concepción formativa y política que como realidad, conduce estos aspectos de un modo distinto y singular; es esa suerte de dispositivo civilizatorio que permite regular y encauzar dicha cercanía y tensión a través de vías racionales mediante el diálogo. El marco de tal relación no puede abandonar este método de acceso al conocimiento de sí, que es al mismo tiempo el ideal regulativo de los encuentros, es decir, la fuerza de la palabra y la reflexión (*phronésis*).

² La palabra griega *agon* y su vínculo con la palabra *ágora* se podría asociar al verbo *agorein* y se traduciría como un entretenerse hablando; son otras relaciones terminológicas que no tenemos espacio para profundizar.

Quien ha interiorizado los valores de la *polis* sabe que debe someterse a las reglas de la discusión, a actuar bajo las normas del *logos* y que los asuntos a tratar desde la filosofía son íntegramente de la *polis* dentro del *ágora*; el espacio para la controversia el cual precisa que sus normas de equidad y equilibrio sean dominantes en sus actores.

El universo espiritual de la *polis* funge como espacio de alteridad y encuentro, un territorio que expresa, como ya decíamos atrás, una axiomática entre la amistad y la rivalidad, entre la creación de asociaciones y disociaciones, entendidos siempre en el encuentro con la diversidad. De ese modo, la alteridad podría ser aquí definida simplemente como el asombro y la admiración que genera en torno al otro. Retomemos aquí la importancia del asombro (*thaumàzein*) para la filosofía: un estado de ánimo que hace proclive este quehacer espiritual. En cierto sentido, lo funda. En las formas como este asombro se circunscribe a la presencia de la alteridad, igualmente ubicamos un plano efectual muy preciso para la vida activa y contemplativa.

Para embargarse de estos afectos que disponen a la filosofía, es menester prestar atención al despliegue del mundo; estar abierto a su acontecer desde un horizonte de expectativa y de relaciones. Un estar en el mundo es esencialmente un ser-con-los-otros. Este modo de habitar al mundo tan fundamental para efectuar la tarea filosófica nos lleva a percibir a la ciudad como espacio de reconocimiento dado entre los hombres diversos.

Antes de continuar profundizando en este aspecto, debemos seguir con nuestro afanoso intento de distinguir el sentido de la filosofía. Como habíamos dicho, la filosofía no se puede definir como un acceso inmediato a la sabiduría, sino como un amor a la sabiduría. Es decir, la filosofía es fundamentalmente un acompañamiento con el saber. No es que el filósofo sepa algo, no es un sabio. El filósofo es alguien que, al encontrarse cautivado por el saber, siempre se encuentra tras su pista.³ Hoy en día, todavía se alimenta el imaginario del filósofo ensimismado, siempre pensante, en continua introspección y que, abandonado por sus pensamientos, olvida los aspectos más elementales de la vida cotidiana.

Empero valdría la pena recobrar la máxima enarbolada por Sócrates e inscrita dentro del Oráculo de Delfos: “conócete a ti mismo”, y recordar cuando en su apología afirmaba que una vida que no es sometida al examen reflexivo no merece la pena ser vivida; o rememorar aquella famosa definición de Platón (2007) en el *Teeteto* donde se sitúa al conocimiento (*epistème*) como el diálogo de la consciencia consigo misma. En todas estas ideas se insinúa la necesaria tarea de la autognosis para la filosofía. No obstante, habría que enfatizar que el elemento detonante de este autoconocimiento es el diálogo constante con el otro...

³ Cabe mencionar la indagación constante del filósofo francés Pierre Hadot (2009), quien en su texto *La filosofía como forma de vida* sostiene que en lo fundamental es un ejercicio espiritual, una práctica de elevación del sujeto a un plano distinto a través del saber dentro de una exigencia de autocuestionamiento, de afirmación de sí. El filósofo de esta guisa intenta introducirse en el complejo paraje de la vida virtuosa. Para la cultura griega, esta práctica estaba destinada a operar una transformación en el individuo. La filosofía siempre se ha tratado de un asunto formativo.

Aquí reaparece la figura de Sócrates, pues alude al que se la vive en la ciudad interpelando o cuestionando a los habitantes de la *polis*; el ciudadano libre que está siempre al encuentro de sus interlocutores en búsqueda de instrucción para alumbrar la verdad que hay en ellos a través de un diálogo que se puede prolongar indefinidamente. Este mismo personaje filosófico en el diálogo de *Fedro* asevera: “los campos y los árboles nada me enseñan y sólo en la ciudad puedo sacar partido del roce con los demás hombres”. La ciudad que emerge en esta frase de modo sutil como oposición a la naturaleza es entonces espacio de encuentro y roce en donde el sujeto puede sacar provecho para cultivarse.⁴

Podemos atrevernos a realizar una libre asociación de términos; prestemos atención en las palabras *partido* y *roce* que utiliza Sócrates en este pequeño fragmento del diálogo. La primera indica un posicionamiento, formar o ser parte; por otro lado, resulta interesante cómo la segunda puede asociarse semánticamente a la palabra ruptura, que viene del latín *rumpere* que significa abrir la tierra para, una vez que se ha limpiado y arado, comenzar a ser cultivada. La ciudad a partir de esta asociación aparecería ante nosotros como aquel habitáculo que dota de forma a los sujetos: cultivándolos.⁵ La ciudad, desde esta lectura, se inscribe otra vez a un ideal, a consumarse como espacio de cultivo y cuidado de la humanitas.

Continuando con el propósito de este apartado, lo que llamaríamos como la espacialidad de la filosofía no queda ceñida enteramente y por sí misma al acceso inmediato al conocimiento. Sobra decir que dentro de la filosofía permea quizá en todo momento una promesa de libertad o de liberación (catarsis) cuando se ejecuta esta especie de ascesis o de superación, a través de un ejercicio de búsqueda de la sabiduría que precisa de abandonar el plano de la opinión (*doxa*) o el sentido común. Una ascesis que es posible en la medida en que el individuo es capaz de alcanzar la vida virtuosa (*arethé*) incorporando hábitos, habilidades, ejercitándose, renovando su forma de advertir y contemplar el mundo; en una palabra: forjarse; constituirse como sujeto. Es justamente aquí donde se dilucida el enlace, diríamos primario, de esta relación.

Los griegos en la antigüedad veían a la *polis* como ese espacio de entrada a la vida virtuosa; a la libertad; atribuible a un valor supremo: ser ciudadano libre comportando los atributos determinados por esta condición. La polis griega emplaza un modo de vida, de habitar existencialmente al mundo que comporta estos dos principios de integración apuntalados por esta concepción relativa al agon.

No obstante, ¿qué implica ser ciudadano de la *polis*? o ¿qué implica jugar-se en la *polis* griega? En lo fundamental, se trata de un hacerse cargo de lo público, es decir, ser parte del espacio del aparecer frente a los otros. Hacerse cargo de lo público es sustraerse de la

⁴ Esta frase podría motivarnos a traer a cuento algunas distinciones terminológicas de la antigüedad griega la primera Khorä y Topos, la segunda la distinción entre Physis y Nòmos que establece una distinción entre la naturaleza y la cultura; esta última es la norma artificial que se dotan los hombres a través de costumbres, hábitos y leyes que operan de cierta forma para regular su comportamiento.

⁵ Habría que destacar la también enorme relación semántica que los términos cultivo y cuidado tienen con la palabra cultura. Podríamos agregar esta significación a lo expuesto, la ciudad como el espacio de la cultura.

vida en el nicho filial y parental; el espacio doméstico (*oikos*) para conformar una escena donde los asuntos personales adquieren la máscara pública. En esta misma tesitura el sociólogo norteamericano Richard Sennet (2004) sostiene que la *polis* introduce fundamentalmente dos valores: el de sociabilidad, ligada a un código de convivencia, como señalábamos, basado en el aparecer en lo público; y el de la subjetividad.

La ciudad construye subjetividades. Parece ser que en el dominio de la *polis* se ha de construir un espacio interior, de autocontemplación, ligado al ejercicio dentro de ese espacio de intereses comunes. Lo interno y lo externo se encuentran plegados. La ciudad entonces se vuelve espacio de arraigo y de identidad, pero en razón de este compromiso civil y político.

El propio Sennet (2011) nos recuerda, además, la acepción de un antiguo término griego: *domus*, que evoca aquel espacio de la comunicación interpersonal destinado al cultivo de las grandes virtudes urbanas. No obstante, mantiene la idea de la paulatina disipación de este ámbito –si es que alguna vez fue un hecho real, por lo menos funge el papel de idea regulativa y de concepto–, la cual tendría sin más su causa en la instalación del proceso modernizante, cuyos patrones y oscilaciones se estiman a partir del despliegue del sistema económico capitalista que subsume cada esfera de la vida a sus propios fines.

Este proceso disruptivo y hasta cierto punto inédito hace de la ciudad una configuración residual que exhibe en su constitución pautas ambivalentes, por una parte, un espacio que se uniforma y, por otro, un espacio que se fragmenta y atomiza. Esta disipación del espacio público engendra la indiferencia. Un valor opuesto al ya propuesto como asociación filial o amistad termina gestando tres grandes dilemas para la ciudadanía o la civilidad: la laxitud de los lazos sociales, la agudización de la diferencia y la producción de distancia y desapego entre los individuos. Elementos que de la misma forma antagonizan con el valor de la competencia ciertamente entre iguales.

En su defecto, la ciudad en su avatar moderno expresa la mera competitividad de actores que cumplen una función social o incluso la sustitución paulatina de un espacio público de aparición por un orden mercantil, orientado por patrones de venta y consumo, direccionado por la publicidad de objetos y mercancías. En el horizonte de esta exposición se pone de relieve a la modernidad como un acontecimiento que instala la discontinuidad con este imaginario constituido alrededor de la *polis*.

Si la ciudad en la cultura helénica, matriz de occidente, es el destino de la filosofía como campo virtuoso y formativo, con el advenimiento de la modernidad, dicha relación queda sometida a otros objetivos y, por supuesto, a otros códigos existenciales patentes por lo menos en las formas de representar o imaginar este vínculo. Señalemos que la ciudad es en efecto una realidad que antecede la emergencia del capitalismo o la modernidad económica. Sin embargo, es justamente este proceso el que pivotea un modo disruptivo de concebir y expandir la ciudad.

Recordemos la clásica distinción que para explicar este proceso elabora Henry Lefebvre (1978), quien definió este momento disruptivo como el estadio urbano: 1) el crecimiento de la industrialización, en el que la economía del capital ejerce su primado sobre lo social-urbano; 2) la extensión de la urbanidad delineada por una tentativa de uniformización del espacio en términos económicos y comerciales; 3) la permanente reinención urbana en el que las centralidades se sustituyen de modo constante, aun así quedan encadenadas a un centro de decisión ciertamente deslocalizado, es decir, el mismo capital. La ciudad, agrega el autor, es la proyección de lo global situado. Más adelante profundizaremos en este aspecto.

Para manifestar los avatares de un espacio urbano en donde prima paradójicamente un régimen de mutualidad matizado por la disociación y la indiferencia, dos atributos antagónicos se enarbolaban en el marco axiológico, prescrito en la *polis* griega; y podemos evocar las palabras de Richard Sennet: “el capitalismo actual nos impone una tarea específica: crear complejidad y apego mutuo en una ciudad que tiende a la diferencia más que a la alteridad, una ciudad en la que la gente se retira tras los muros de la diferencia. Tenemos que descubrir la labor de artesanía que pueda responder a este reto concreto” (Sennet, 2004).

Resultaría interesante adentrarnos a lo que este autor sugiere como labor de artesanía, que responda al reto manifestado en la dificultad de constituir mutualidad dentro de un dispositivo-ciudad generador de diferencias. Retomemos un punto señalado más atrás al compartir la cita de Deleuze y Félix Guattari sobre el *agon*, visualizado como modo que prefigura las relaciones en la *polis*, la disputa entre amigos, dentro del certamen o confrontación; sin embargo, es la conservación de la alteridad en este espacio la que refuerza la posibilidad de este juego inscrito en un espacio de encuentros y también desencuentros que se dirimen colectivamente entre sujetos que no abandonan su capacidad de actuación. Se entendería ya que esta situación queda deprimida, o diluida, dentro de la ciudad moderna. La pregunta aquí sería si resulta posible restituir el ideal del *agon*.

No hemos mencionado hasta aquí que la relación inaugural entre la filosofía y la ciudad se ve mediada por otro aspecto: lo político. Nuestra argumentación no podrá desvincularse de esta cuestión, ya que, sin duda, es otro ingrediente fundamental que podemos detectar en este vínculo persistente.

Ab urbe condita. Lo atribuible a dos modos de concebir la ciudad

“En general, los antiguos apenas hablan alguna vez sobre el universo sin tratar al mismo tiempo de la ciudad, y prácticamente nunca discuten sobre la ciudad sin lanzar su mirada al universo a través de los lentes de la analogía” Peter Sloterdijk

Retomemos otra vez la indagación de esta relación por la vía de detectar aspectos que nos orillen a discernir conexiones primarias o inaugurales entre la filosofía y la ciudad. Una ciudad no vista solamente como un espacio físico sino como un espacio anímico y estimulante para el ejercicio filosófico.

La locución latina *ab urbe condita* hace alusión a la famosa obra de Tito Livio donde relata la historia del nacimiento del imperio romano. Dicha expresión significa a grosso modo “desde la fundación de la ciudad”. Toda fundación de ciudad es necesariamente una fundación territorial. Este aspecto tiene fuertes implicancias, pues nos orilla a pensar justamente en la categoría territorio enraizada a su vez a la categoría poder. El territorio es aquel espacio delimitado por una relación de poder. Cuando se plantea la cuestión urbana, no podemos aislarnos de estos aspectos. La ciudad como territorialización es un ejercicio de poder y distinción política, de proclamación y puesta en juego de tensiones. Tiene razón Sloterdijk cuando dice que todo en la ciudad independientemente de sus coordenadas espacio-temporales es voluntad de dominio y obra humana a la vez (Sloterdijk, 2003).

Podríamos distinguir entre territorio y territorialización. El territorio, según Corboz (2004), no es un hecho fijo, sino el resultado de un proceso; es un producto semantizado y queda dentro del orden del discurso, y presupone necesariamente un tipo de construcción no sólo física sino simbólica. Otro autor, Delanda (2006), señala que un proceso de territorialización define los contornos y la forma de los límites espaciales. La territorialización, de igual manera, se refiere a un proceso no espacial a partir del cual se establece la homogeneidad de un ensamblaje social, justo como los procesos de clasificación entre los que pertenecen a una forma de organización y los que quedan segregados, dando lugar a una homogeneidad definida por condiciones étnicas, económicas, raciales e ideológicas. Este proceso va definiendo el límite interno y externo de un ensamblaje social.

Pensemos entonces en el territorio de la urbanidad. Para orientar esto, tal vez sirvan algunas distinciones básicas que podemos extraer de una sucinta revisión terminológica. La urbanidad hace alusión a dos aspectos: al gobierno de la ciudad y a los atributos pertenecientes al habitante de la ciudad (Joseph, 2002). En suma, se puede entender como una condición de adscripción, donde las acciones de los habitantes o urbanitas son conducidas y modeladas, es decir, son gobernadas; donde la identidad no queda fijada solamente a la pertenencia al territorio físico, sino a sus múltiples escalas y dimensiones contextuales que integra y relega; esto es, se pliega en la vida privada y pública del individuo, en sus lugares de estancia y movilidad; incluso, se incrusta en su propia

corporalidad.⁶ La urbanidad es disposición y hábito: es ley o, para ser más precisos, son órdenes en integración y fricción en donde queda direccionada la vida en común (Marcuse: 2004).

El territorio es una variable del poder y su ejercicio; guarda la forma impuesta por las condiciones heterónomas. Visto desde esta perspectiva, en las ciudades, históricamente existen efectos de desagregación que son la expresión misma del orden social imperante junto a sus contradicciones. El principio de inclusión de una sociedad tiene como correlato sus formas de exclusión. Esto, desde luego, posee un carácter topológico. Todos estos aspectos se entrecruzan, exhibiendo una gama diversa de fenómenos y manifestaciones. Por supuesto, es bien conocido que el acceso a esta condición civil deliberativa estuvo restringido al ciudadano libre de la *polis* como un atributo de exclusividad para un estrato social superior, lo cual alude a la distinción romana entre los autonombrados *honestiores* (nobles) en oposición a los *humiliores* (inferiores) que reflejaba la jerarquía imperial (Knapp, 2014).

El eco de estas contradicciones muestra cómo en la actualidad de las sociedades globalizadas las prácticas de segregación territorial se propagan en las ciudades, configurando pautas de desintegración social que se expresan espacialmente poniendo al descubierto el tipo de lazo social configurado en nuestras sociedades, donde las estructuras objetivas se operacionalizan en el terreno de las sociabilidades mediante un orden de transacciones guiado por la acumulación del capital, la economía monetaria del trabajo y el mercado.

Bajo este mismo orden, en la ciudad han persistido los factores de escisión y asimetría social, junto a una gama de síntomas y gestos característicos. Los guettos y los muros se han multiplicado, extendiendo los paisajes de la desigualdad que separan modos de vida, trayectorias colectivas e individuales, trazándose, por consecuencia, los contornos de plexos de sentido que se arraigan a condiciones de bonanza o precarización, entre el clúster y el suburbio, el barrio bajo o marginal o la *gated community*; condiciones que igualmente son el caldo de cultivo de la violencia, la discriminación y la estigmatización entre los grupos sociales. Esta circunstancia es insoslayable para cualquier análisis. La naturaleza jerárquica de la sociedad hace de la ciudad un territorio de disputa, de afirmaciones y negaciones, de sometimientos e insurrecciones, en donde las contradicciones antes de disiparse se aletargan, distribuyendo desigualmente recursos y riesgos sociales.

⁶ En otra obra *Carne y Piedra*, Richard Sennet plantea la simetría entre el espacio construido, el pensamiento y la corporalidad. Pone como ejemplo otra frase proveniente de la antigüedad griega y muy popular: “mente sana y cuerpo sano”, pero ¿qué significaba esta frase que estaba completamente entrelazada al uso del espacio de la *polis* griega? Significaba, según este autor, que para hacerse cargo de lo público el ciudadano no sólo debía adquirir valores, sino debía asumir hábitos corporales con el fin de conquistarse a sí mismo y conquistar sus pasiones. Retornamos la concepción de la *polis* como un espacio de cultivo y de domesticación de sí.

Pero es necesario que redescubramos de nuevo el sentido de las terminologías para advertir algunos aspectos que nos orienten en este camino de reflexión, en aras de ubicar esos aspectos inaugurales que aquí se imponen como una suerte de hipótesis de trabajo. Indaguemos dos modos en torno a los cuales es posible adjudicar sentidos distintos a la ciudad, examinando su acepción griega y su acepción romana.⁷ Veremos cómo estas acepciones podrían opacar las virtudes que no hace mucho distinguimos como los elementos constitutivos del *agon*: filiación y rivalidad conforme a las reglas del logos.

La polis: un locus de arraigo

En la primera acepción, la *polis* griega sigue manteniendo un estrecho vínculo con el término *éthos*, que podemos traducir como costumbre. Cuando el ciudadano griego habla de *polis*, se refiere al lugar donde se arraiga su tradición. Ciertamente una tradición étnica y religiosa. Ser parte de la *polis* todavía es ser parte de la *gens*. Este término designa al ciudadano de una misma estirpe y de un mismo género: ser griego, en este caso específico.

La aspiración a la virtud y la vida política suponía mantener el propio *lógos*, es decir, el propio discurso y el propio lenguaje, que a la postre posibilitan la comunicación y, en consecuencia, el diálogo, lo cual frente a lo extraño implicaba la tarea de mantener lo propio. Esto fijaba un punto de exclusión, no sólo del agente al cual no se le atribuía el carácter de ciudadano, sino de aquel que no formaba parte del territorio: el bárbaro, quien a su vez contaba con su propio sitio. Se establecía de esta forma el límite territorial y al mismo tiempo una expresión topológica de una condición cultural. La *hélade* frente al *eschatiaí*; por una parte, el endónimo que afirmaba la pertenencia griega en oposición al espacio-otro; el límite extremo de las regiones habitadas y parajes de los seres exóticos y monstruosos. Territorio de los que balbucean y son incapaces de diálogo.

Otra significación relevante es la que nos ofrece el término griego *oikúmene*, símbolo clásico de integración de la identidad griega, la tierra habitada y gran escudo inmunizante de esta cultura. En esta acepción, la *polis* tiene una fuerte implicancia territorial. Se trata del espacio delimitado, el espacio de la identidad y el arraigo. Volveríamos a la imagen de la proximidad esencial para comprender la disposición para habitar cualquier lugar. Aquí la filosofía quedaría como condición de posibilidad del encuentro, como apertura de paraje, haciendo sitio al pensamiento. La *polis* cumple el papel de morada de la filosofía.

⁷ Cabe decir que esta revisión quizá desde el punto de vista de la teoría decolonial o la teoría crítica deja a un lado otras perspectivas en torno a la ciudad. Este inconveniente tiene que ser matizado sosteniendo que estas acepciones deberían servir no como un espejo de nuestras realidades urbanas, sino como cepas sobre la que brotan ideas, significaciones e imaginarios con los cuales de alguna manera siempre hemos estado familiarizados y que son el sustrato mismo del quehacer filosófico, aspecto que al final de cuentas estamos discutiendo en este mismo artículo.

La ciudad y el imperativo de la globalidad

Por su parte *Civitas*, la acepción romana de Estado, comporta otro sentido; esto es, deriva de *civis* y se refiere a ese espacio donde se dan las leyes. Este término acaba por designar de mejor forma la concepción que se incrusta en la ciudad occidental, entendida como centro neurálgico y eje rector de las actividades económicas y políticas. En buena medida, esta designación expresa el acento político de la tradición romana, donde la ciudad es espacio de concentración, un espacio orgánico y organizado. Al final de cuentas, todos los caminos deben guiarnos a Roma, reza la popular frase.

La ciudad en esta acepción latina se postula como el espacio de la diversidad o el espacio cosmopolita (Cacciari, 2009). La ciudad es, desde este sentido, el producto de las consecuencias expansivas del imperio que se debe inventar y reinventar, fundar y refundarse. Abandona su organización gentilicia para sustituirla por una organización administrativa-burocrática, incluso una organización geopolítica, más allá de los límites del propio espacio habitado. Al incluir en sí la diversidad, la ciudad ve incrementadas las tensiones entre sus habitantes e integra a la vez la distinción y la diferenciación. El ciudadano, entonces, debe arraigarse a la ley, a un régimen de obediencia, que se le debe imponer y que debe autoimponerse.

Vemos nuevamente, a través de estas significaciones, que la ciudad alude a un objetivo: es una idea regulativa que crece bajo los fines programáticos del imperio y su constante acción expansiva y su conservación. Este imperativo se impone en el tiempo y el espacio. Las implicaciones políticas de este objetivo no pueden pasar desapercibidas. Esto nos hace acentuar la actualidad de esta propagación de lo urbano, como ha señalado recientemente Negri (2007), la totalización integrada en un único *imperium*, o como quedaría evidenciada por Lefebvre previamente, entender que aquello que designamos como ciudad transcurre como la localización de lo global.

El imperio impone la concordia. Imperio significa que la ley debe darse a todo el mundo, a todo el orbe. Podemos asociar terminológicamente estos vocablos; por ejemplo, orbe procede de *orbis* que, a su vez, podemos asociar a *urb* o urbe. Pensemos en el *theatrum orbis terrarum* que evoca la imagen de los círculos de la tierra trazados en el primer atlas mundial; *orbis*, que también deriva en órbita, refiere a la circularidad del mundo que se completa. Desde luego, no resulta extraña la asociación que esto posee con la globalización. Ésta no es más que la máxima pretensión de universalidad. Como sostiene Sloterdijk (2003) toda simbología alineada con la circularidad descubre detrás de sí la pretensión de totalización, la visión de abarcar el todo.

No es inconsecuente asociar esto al vocablo *urb* o urbe. La urbanidad es condición del producto de la globalización si entendemos a ésta como un proceso de largo calado histórico que comienza cuando la imagen de la tierra como circularidad se logra completar. La ciudad, como territorio, como condición adquirida por sus miembros, es la concreción

de un presupuesto universalista o, como diría Peter Sloterdijk (2017), de un imperativo morfológico que tiene justamente detrás de sí la motivación del poder imperial y su necesidad de extensión.

Esta imagen del mundo que lleva consigo este imperativo morfológico es replicante. Es indudable que se logra a través de todas sus concreciones territoriales que deben servirle de apoyo y sostén para procurarle un cierre y una apertura a la vez. La ciudad moderna, en consecuencia, forma parte de este mandamiento. Se vuelve la materialización de este símbolo de redondez. Figura de la totalización expansiva de la forma global. El hombre cosmopolita, el ciudadano del mundo, es exclusivamente el que habita la ciudad, el que vive en conexión con ella y sus múltiples escalas tratando de ser actor en la totalidad de ese mundo globalizado en los finos contornos de una red neurálgica; imagen que permite figurar al mundo en su actualidad como un entramado de redes conectadas.

La historiografía de las ciudades nos relata que la aparición de la urbe es la progresiva subordinación del campo, la centralidad de los polos industriales y los negocios que originan los flujos migratorios hacia las ciudades. Es la emergencia de la periferia con sus habitáculos para todo el ejército de reserva todavía no incluido en el modelo laboral, excluido, pero en permanente movilidad, tejiendo sus redes y vínculos, ora verticales y clientelares, ora horizontales: suscritas a lógicas y mecanismos parentales o filiales.

Es también la historia de las escalas territoriales, el campo de relaciones configurado por la práctica de un grupo en correlación con un entorno ambiental. Es pues la historia de la apropiación del espacio o sus intentos bien o mal consumados de domesticación. Es un proyecto identitario y político, y puede decirse que es el efecto de la expansión del imperativo de la globalidad. Como bien sostuvo Zigmunt Bauman (2013), las ciudades no serían más que vertederos de problemas engendrados globalmente. Esta red de interconexiones e interdependencias extensivas en el espacio físico y extendidas procesualmente en el flujo temporal conforman este dispositivo que denominaríamos lo urbano, ya como una suerte de síntesis espacial y temporal abierta a contingencias.

Lo paradójico es que la fundación y refundación de lo urbano es cíclica, incluso su expansión se concreta en rutinas. La ciudad deviene ritual y hábito. Toda puesta en configuración del espacio urbano es el bautizo de la modernidad y sus pautas, como podría ser la de esa tensión entre lo nuevo que siempre se debate frente a lo viejo y lo tradicional. Como señala Walter Benjamin en su *Libro de los pasajes*, a propósito de lo nuevo que en tanta ideación siempre acompaña a la modernidad: “este brillo de lo nuevo se refleja, como un espejo en otro, en el brillo de lo siempre otra vez igual” (Benjamin, 2005). La ciudad moderna replica un modo de estandarización y uniformización del espacio.

La ciudad induce el orden, la rutina, la reiteración y acumulación de prácticas –o cuando menos eso pretende–. Un modelo de ciudad es un modelo de sociedad que expresa las relaciones de poder y dominación, la disposición del orden económico que emplaza a los

diferentes modos de habitar al mundo. Hemos visualizado aquí dos aspectos atinentes a la conformación de la ciudad, ora como espacio de arraigo, ora como espacio de concentración de poder y expansión territorial; elementos siempre en tensión y relación. Vayamos ahora al momento final de este texto, esbozar una revisión de las implicaciones de esta indagación sobre el ejercicio filosófico.

La ciudad y la ciudadela interna

¿Qué rol cumple la ciudad en la filosofía? y ¿cómo se ha hecho la ciudad un objeto de indagación para la filosofía? Estas cuestiones marcaban un interés: revelar aspectos primarios que nos hicieran plantear la relación entre ciudad y filosofía. Cumplen un objetivo: hacer tematizable esta relación. Sin embargo, aún no nos llevan a problematizar sus implicancias. En lo que queda de este texto. Debemos replantearnos los cuestionamientos a fin de dar apertura a un entendimiento de lo que hemos descrito.

Nuestro método de indagación descansó en situarnos en un momento inaugural tomando en cuenta cómo la relación primaria entre estos dos aspectos tiene de algún modo un emplazamiento, lo cual nos llevó a situarnos en un momento de ruptura o discontinuidad donde la relación se ve enmarcada dentro de un proceso de disociación y reemplazamiento progresivo, en donde las figuras mismas de la ciudad se transforman dando lugar a un proceso que desincorpora o relega los valores que nos hacen dilucidar a la *polis* como escenario de la práctica filosófica y política.

Se desoculta así una relación orgánica entre estos tres aspectos: ciudad, política y filosofía. Si hay otra distinción entre los requerimientos para la práctica filosófica en este momento inaugural y la discontinuidad materializada en la gestación de un proceso modernizante, es la actitud con respecto a la formación. Como señala Pierre Hadot (2009), para los griegos, cuenta la formación para el cuerpo y el espíritu. Por el contrario, en la modernidad, cuenta la función a cumplir dentro de un sistema. Las implicaciones de esto quedan recluidas en lo que se discute como el valor real de la filosofía; no quedan aisladas de las mutaciones sufridas por el propio espacio urbano.

En estos términos, tal vez este ejercicio procede de la melancolía del desplazamiento de la filosofía que es al mismo tiempo la dislocación de esos dos valores de la *polis*, tratando de revivir un sentido que parece haber quedado opacado, refigurando el espacio anímico donde la filosofía pudo acontecer y devenir. Esta lectura, sin embargo, no puede autodefinirse como histórica, antes bien, como una aproximación a lo que esta espacialidad puede dar para representar y al mismo tiempo activar en el ejercicio filosófico. La ciudad, más que un objeto de indagación, es un objeto de incorporación para la filosofía. En esta tónica, la *polis*, en tanto condición, se ofrece para la filosofía como un espacio de estímulo, como un medio que permite desplegar condiciones de asociación y rivalidad conjurados por el (*agon*), un juego que envuelve al ejercicio filosófico y al juego del aparecer en el espacio público.

Entre la vida contemplativa y la vida activa. Con la revisión terminológica hemos logrado evidenciar dos sentidos. La *polis* es un espacio de arraigo desde donde la reflexividad griega encuentra su asiento; un receptáculo abierto que sirve para parir las ideas. Aun así, estos dos elementos de este espacio vital que ofrecen para la filosofía: la posibilidad de con-vivir y con-frontar, construir filiaciones y encarar, la convivencia se define en cuanto tal como esa orientación a un fuego vinculante, como sostiene Sloterdijk. La ciudad, se podría decir, es un existencial más que un sustantivo o categorización urbana. Se contrapone con la ciudad entendida como expresión del orden global, como dispositivo que genera diferencia, en el que los habitáculos que logran emerger se repliegan y se parapetan dentro de sus propios límites y contornos. En estas concepciones subyacen ideales que se traducen morfológicamente, dan forma y contenido a los espacios incluyendo a la espacialidad filosófica.

A manera de conclusión

Queda tan sólo formular una serie de supuestos. Quizá la ciudad deviene objeto de indagación de la filosofía en la medida en que los valores conformadores del ejercicio agónico solamente quedan apercebidos de forma espectral, como momentos congelados en un tiempo pasado o irreal, o como momentos pasajeros esperando para ser detonados una vez que el hacer ciudad ponga en el centro la cuestión en torno a la formación de los individuos.

En la medida en que la ciudad en su expansión queda convertida en el espacio depósito de la utilidad, como el escenario abierto y disponible para inversores, únicamente presto a la privatización y la especulación del suelo y la vivienda, su posición como espacio de protección para los habitantes queda absolutamente relegada. Las formas prescritas por el *agon* quedan reemplazadas por vinculaciones disociadas de la ciudad. La ciudad en su configuración actual emerge como campo donde se minan o se pierden los valores ascensionales defendidos históricamente por la filosofía.

La ciudad que cultiva una relación con la filosofía se constituye como un habitáculo de sujetos que se afirman en su diferencia, haciéndose entonces cargo de los asuntos públicos y de sí mismos. Si la ciudad se advierte como relevante, es por la necesidad de apropiarla como objeto de indagación estética, ética y política, como posibilidad formativa de los sujetos, como un juego de afirmaciones y expresiones, para la recreación y el juego entre los individuos diversos, como espacio de espacios abiertos a la contemplación y a la práctica del cultivo de sí mismo aspirando a una mayor igualdad.

Hemos tratado de advertir en esta reflexión la estrecha relación entre lo exterior y lo interior. Varias escuelas filosóficas hablan de la ciudadela interior, tal vez, para señalar ese ejercicio de práctica y gimnasia filosófica que queda ceñida a la afirmación y elección de un modo de vida, donde sencillamente el sujeto intenta situarse en la perspectiva de la totalidad. ¿No es la filosofía una toma de consciencia del estar en el mundo que trasciende

toda percepción utilitaria? ¿No implica este consentimiento una necesaria reflexión sobre el lugar que habitamos? El ideal de esta interiorización deseada por la práctica filosófica se basa igualmente en la exteriorización anhelada, en el modo como imaginamos esta ciudad de amigos y contrincantes que orientan su acción a partir de reglas dotadas por la razón en su puesta en ejercicio.

Referencias

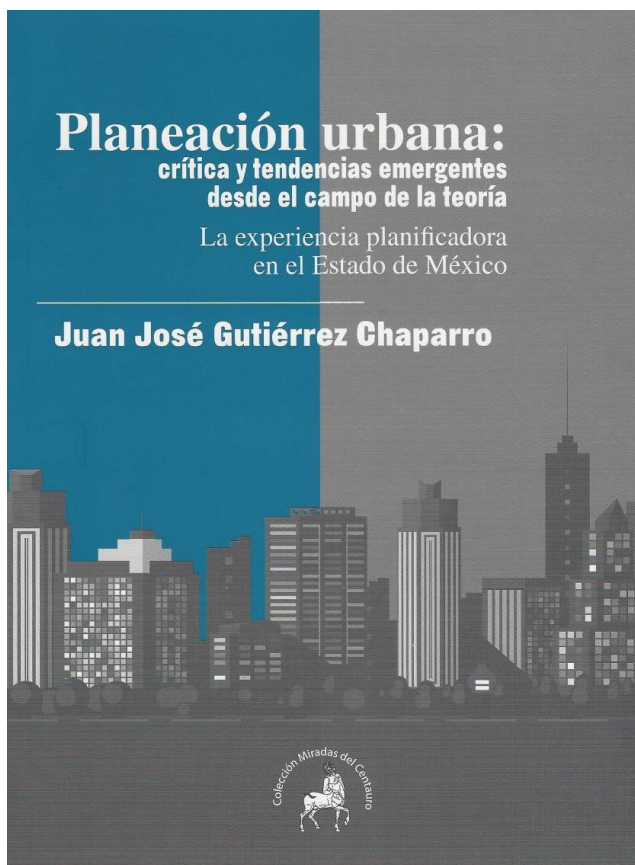
- Benjamin, W. (2005) *El libro de los pasajes*, Barcelona: Ediciones Akal.
- Cacciari, M. (2009) *La città*, Italia: Pazzini editore.
- Corboz, A. (2004) *El territorio como palimpsesto*. En: Martín Ramos, A. (ed.) *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, (pp. 25-35). Barcelona: Edicions UPC.
- Delanda, M. (2006) *A new philosophy of society*, Inglaterra: Continuum.
- Deleuze, G. y F. Guattari (2013) *¿Qué es filosofía?*, Madrid: Anagrama.
- Joseph, I. (2002) *El transeúnte y el espacio urbano*. Barcelona: Gedisa editorial.
- Hadot, P. (2009) *La filosofía como forma de vida. Conversaciones con Jeannie Carlier y Arnold I. Davidson*, Barcelona: Alpha Decay ediciones.
- Heidegger, M. (1994) *Conferencias y artículos*, Madrid: Ediciones del Serbal.
- Marcuse, P. (2004) *No caos, sino muros: el postmodernismo y la ciudad compartimentada*. En Martín Ramos, A. (Ed.) *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, (pp.83-90). Barcelona: Edicions UPC.
- Negri, Antonio (2007) *El monstruo político. Vida desnuda y potencia*. En: Giorgi, Gabriel y Fermín Rodríguez (comp.) *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*, Argentina: Paidós.
- Platón (2007) *Diálogos*, México: Editorial Porrúa.
- Lefebvre, H. (1978) *De lo rural a lo urbano*, Barcelona: Ediciones Península.
- Knapp, C. (2014) *Los olvidados de Roma. Prostitutas, forajidos, esclavos gladiadores y gente corriente*, Barcelona: Ariel.
- Sennet, R. (2004) *El capitalismo y la ciudad*. En Martín Ramos, A. (Ed.) *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, (pp. 213-221.). Barcelona: Ediciones UPC.
- Sennet, R. (2011) *El declive del hombre público*, Barcelona: Anagrama.
- Sloterdijk, P. (2003) *Esferas II. Globos*. Madrid: Gedisa editorial.
- Sloterdijk, P. (2017) *Estrés y libertad*, Buenos Aires: Ediciones Godot.
- Vernant, J.P. (1992) *Los orígenes del pensamiento griego*, España: Paidós.
- Zygmunt B. (2013). *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica

Reseñas de libros

***Planeación urbana: crítica y tendencias emergentes
desde el campo de la teoría. La experiencia planificadora
en el Estado de México***

Juan Ángel Demerutis-Arenas
Universidad de Guadalajara, México
Correo electrónico: juan.demerutis@cuaad.udg.mx

Recibido: marzo 18 de 2019
Aceptado: marzo 29 de 2019



Reseña de libro: Gutiérrez Chaparro, J. J. (2018). *Planeación urbana: crítica y tendencias emergentes desde el campo de la teoría. La experiencia planificadora en el Estado de México*. Ciudad de México: Ediciones Eon

En esta contribución a la Teoría de la Planeación Urbana en México, el doctor Juan José Gutiérrez Chaparro se refiere a la importancia de reafirmar el papel de la planeación urbana como un medio de conducción del cambio en la nueva realidad mexicana haciendo énfasis en la necesidad de trabajar en el desarrollo de políticas públicas, así como en reformas al marco legal e institucional en materia de asentamientos humanos, con el fin de enfrentar entre otros fenómenos recientes los que se enlistan a continuación: la dispersión de las ciudades, los retos asociados en materia de movilidad, la segregación espacial, la dotación de infraestructura y la gobernabilidad.

En su narrativa se resalta el hecho de que el gobierno mexicano está siempre atento al llamado internacional, aunque en los hechos el camino de nuestro país hacia el desarrollo sostenible –eje de las aspiraciones de las Naciones Unidas– se fundamenta en las bases teórico-metodológicas que rondan las cuatro décadas, es decir, un marco caduco que no se ha podido adaptar a los tiempos modernos y que limita las posibilidades de avanzar en el contexto de un mundo globalizado.

El libro propone una postura crítica hacia la planeación urbana en México, por lo que hace especial énfasis en la planeación comunicativa postulada por Jürgen Habermas quien argumenta la necesidad de consolidar un estilo de planeación plural y heterogéneo que tome en consideración las relaciones de poder existentes, pero que al mismo tiempo tenga la suficiente sensibilidad para incluir las necesidades y demandas sociales de los menos favorecidos. Este estilo tiene la ventaja de que al implementarlo podría favorecer el diálogo y la negociación, y en consecuencia abre la posibilidad de lograr consensos. En su contenido, alude a la necesidad de transitar a una planeación orientada al proceso y no tanto a los contenidos, una que valore la deliberación entre los diferentes grupos de la sociedad organizada sobre la designación e imposición por los grupos de expertos que regularmente son los consejeros de los gobiernos municipales, estatales y federales encargados de administrar la planeación urbana.

El texto se estructura en dos partes: 1) La planeación urbana: historia, teoría y tendencias emergentes; y 2) La planeación urbana en México: evolución y crisis del modelo. En la primera se aborda el proceso histórico que ha llevado a la planeación urbana a convertirse en la disciplina científica que ahora es, y al mismo tiempo, consigna los requerimientos que la política internacional de los asentamientos humanos determina para las ciudades. En la segunda parte se hace una construcción inicial de la teoría de la planeación mexicana; se refiere al estado del arte de la planeación urbana en México y se utiliza el caso del Estado de México como un referente en su implementación; finaliza con una propuesta para cambiar el paradigma teórico racional en uno basado en la acción comunicativa.

Planeación urbana: historia, teoría y tendencias emergentes

Gutiérrez Chaparro realiza –en la primera parte del texto– un interesante ejercicio de corte histórico acerca del desarrollo de la planeación urbana como una disciplina del conocimiento científico. Fundamenta su síntesis histórica en las intervenciones que dieron forma a los primeros asentamientos humanos, y cómo la traza de éstos representaba el reflejo de las relaciones sociales de los grupos que ahí residían; pasa por esquemas irregulares de crecimiento en esos asentamientos, por la época del Renacimiento cuando se regularizaron las calles con el objetivo de lograr una mejor higiene y limpieza en los espacios públicos, por la planeación funcionalista/racionalista hasta llegar a nuestros días con algunas tendencias emergentes.

Dentro de ese devenir histórico hace referencia a cuatro elementos que han sido testigos de la intervención del hombre en el espacio urbano: el plano irregular, el plano ortogonal, la construcción de murallas y el debate higienista.

También nos recuerda la etapa post-industrial en la segunda mitad del siglo XIX, cuando surgían posturas críticas, enfocadas principalmente a la situación de las clases obreras que habían migrado del campo a la ciudad en busca de trabajo en las fábricas. De manera particular, resalta las condiciones inhumanas y las características que hacían ver a la ciudad como lúgubre y hasta indeseable para vivir. Esta situación llevó al urbanismo y, como dice el autor, a mejorar las condiciones urbanas surgiendo los movimientos de la “Ciudad Bella” y luego de la “Ciudad Jardín”; esta última como una alternativa verde a la concentración de la población en grandes asentamientos proponiendo un verdadero cambio en la forma que guardaban las ciudades hasta ese entonces.

Posteriormente, el texto hace referencia a la postura de los arquitectos acerca de las ciudades, quienes con base en criterios físico-espaciales centraban sus propuestas en las actividades que los habitantes hacen en la ciudad: habitación, esparcimiento, trabajo y circulación. En sus planteamientos, contenidos en la “Carta de Atenas”, se advertía la idea de hacer de la ciudad una máquina de relojería que posibilitara realizar esas actividades; resalta el uso de la zonificación para la organización de las actividades urbanas. Esta Carta se convertiría en la base para el movimiento funcionalista/racionalista que prevalecería hasta la década de 1960 y que se concentraba en un enfoque físico espacial contenido en planes en los que se definían los lineamientos para el futuro de desarrollo de la ciudad desde la perspectiva de los expertos de la planeación.

El modelo racional derivaría –conforme a la descripción del autor– en un enfoque de sistemas que pretendía entender la función de la ciudad a partir de considerar las interrelaciones entre sus partes; finalmente, en el texto se describe la perspectiva posmoderna y el cambio de paradigma teórico propuesto por Habermas de la “planeación comunicativa” a la que el autor dedica una buena parte del texto, considerándola como una alternativa a la planeación tradicional en la que debería fundamentarse el profesional de la

planeación urbana y que se fundamenta en la deliberación por encima del contenido. Gutiérrez Chaparro se refiere a la planeación comunicativa como:

... una tendencia reconocida en compilaciones recientes sobre las nuevas direcciones de la teoría de planeación, que señala que desde finales del siglo XX el campo de la teoría de la planeación ha estado dominado por el paradigma emergente de la planeación comunicativa como una alternativa para superar las debilidades heredadas de los anteriores, e incluso vigentes paradigmas que han dominado nuestro campo del conocimiento.

El autor también hace referencia a las exigencias actuales que las políticas internacionales hacen a la planeación urbana mediante la “Nueva Agenda Urbana” (NAU) impulsada por el Programa Hábitat de las Naciones Unidas y publicada a finales del año 2016 en la cumbre de las ciudades “Hábitat III” en la ciudad de Quito, Ecuador. Esta parte del texto incorpora las necesidades actuales de la realidad urbana y le permite al autor confrontar la teoría con la práctica de la planeación urbana, mediante una discusión crítica pero de fácil lectura.

Entre los planteamientos de la NAU, se destaca la necesidad de incluir en los procesos de elaboración de políticas de planeación urbana a los diferentes grupos de la sociedad organizada, en lugar de dejar las decisiones exclusivamente en manos de los gobiernos locales. El texto refiere a tres ejes fundamentales en los que se debe trabajar para la puesta en marcha de la NAU: a) la construcción de una estructura de gobernanza urbana y su respectivo marco normativo, b) la planeación y gestión propiamente del desarrollo de las ciudades, y c) el camino para la implementación.

Al finalizar la discusión sobre las teorías de la planeación urbana, se establece de forma clara que existe una razón de peso que ha venido postergando la construcción de una teoría mexicana: la implementación en el periodo post revolucionario de un nuevo modelo de desarrollo económico basado en la sustitución de importaciones. Este modelo en conjunto con la centralización de las instituciones y la poca transparencia de éstas provocó un aislamiento en nuestro país de la evolución que ha tenido la disciplina a partir de 1960 en el exterior. Este aislamiento no ha permitido un cambio real del paradigma funcional/racional a uno de deliberación en el que los actores de la sociedad organizada discutan y busquen llegar a acuerdos en la toma de decisiones con respecto de la planeación de nuestras ciudades. Debido a esta situación –asegura el autor–, los planes implementados no han cumplido con las necesidades del desarrollo urbano y más bien han quedado fuera de cualquier posibilidad de innovación.

La planeación urbana en México: evolución y crisis del modelo. Bases para la experiencia en el Estado de México

En la segunda parte del libro, Gutiérrez Chaparro se refiere al desarrollo de las ciudades en nuestro país desde un aspecto morfológico que fue inducido por eventos específicos; comienza con la llegada de los conquistadores y con ellos los lineamientos establecidos por la corona española en las Leyes de Indias que colocaban a la plaza como el elemento espacial y monumental más importante de las ciudades. En otro momento y con el objetivo de lograr una mejor funcionalidad de la ciudad, se incluyeron en la Ciudad de México algunas propuestas de integración por vialidades propuestas por el arquitecto Castera en la segunda mitad del siglo XVIII. Porfirio Díaz en el siglo XIX trajo a la Ciudad de México rasgos del urbanismo francés, yuxtaponiendo en el modelo colonial elementos como glorietas, numerosas estatuas y monumentos rodeados de jardines.

Posteriormente, en el periodo posrevolucionario –establece el autor– emerge la planeación urbana moderna destacando el pensamiento del arquitecto Carlos Contreras, egresado de la Universidad de Columbia en Nueva York, quien en su trabajo “La planificación de la República Mexicana” definía cuatro propósitos principales para una planeación urbana en México: a) el establecimiento de un departamento de planeación de la República, b) la organización de grupos regionales para elaborar planos de las ciudades, c) el impulso de la planeación con la participación de profesionales, y d) la preparación de un proyecto de ley federal en materia de planeación.

Según referencias de Gutiérrez Chaparro –obtenidas en documentación secundaria sobre la historia de la planeación urbana–, con fundamento en esos preceptos del arquitecto Contreras, en 1933 se elaboró el primer plano regulador para la ciudad de México, al que precedió la celebración del Primero Congreso Nacional de Planeación a principios de 1930. Este Congreso fue precedido por la creación de la “Asociación Nacional para la Planificación de la República Mexicana” en 1926 y la fundación de la revista “Planificación” en 1927 como su medio de divulgación. El libro consigna que la asociación fue presidida por el propio Carlos Contreras y, además de contar con la membresía de distinguidos profesionales de la época, incluía un conjunto de miembros honorarios extranjeros, como los reconocidos urbanistas Ebenezer Howard, Raymond Unwin y Arturo Soria.

A lo largo de su investigación, el autor nos comparte algunos hitos poco conocidos en la historia de la planeación urbana en nuestro país, entre los que destaca el “XVI Congreso Internacional de Planificación y de la Habitación”, organizado en 1938 por Carlos Contreras con la asistencia de 500 delegados. Este encuentro motivó a algunos profesionales a promover la creación del “Instituto Superior de Planificación y Urbanismo dependiente del Instituto Politécnico Nacional”, iniciativa que desafortunadamente no prosperó pero que es importante conocer.

Gutiérrez Chaparro destaca que, a pesar del proceso de industrialización que experimentó el país, los cuidados para ordenar las ciudades no fueron acordes con el crecimiento económico que generó la migración de la población del campo a las ciudades donde se concentraba la producción fabril, particularmente durante 1940-1950. Entre los escasos esfuerzos realizados en ese tiempo, merece especial mención para el autor la cuestión de la planeación regional, considerando como unidades de análisis a las cuencas hidrológicas.

En el ámbito académico, en el texto se desatacan dos publicaciones que han tenido gran influencia en estudiantes de posgrado: la obra “Iniciación al Urbanismo” de Domingo García Ramos y el trabajo liderado por Luis Unikel denominado “El desarrollo urbano en México”. De igual forma, se hace referencia a una institución destacada en el ámbito de la planeación urbana: la “Sociedad Mexicana de Planificación”, fundada en 1961, que conjuntaba a profesionales de diversas disciplinas, quienes participaban en la elaboración de trabajos de planeación, y que se caracterizaba por ser crítica del modelo desarrollista impulsado por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en el país desde 1970.

Además de los instrumentos generados por Contreras –incluido el primer plano regulador de la Ciudad de México–, se destaca la creación de planos reguladores para ciudades fronterizas y portuarias por Enrique Cervantes en los primeros años de la década de 1970.

Con la promulgación de la Ley General de Asentamientos Humanos en 1976 –señala el autor–, se vinieron en cascada la elaboración de instrumentos de planeación como el primer Plan Nacional de Desarrollo Urbano en 1978; así como 2,377 planes municipales de desarrollo urbano (1981). Posteriormente, en 1982 se genera el “Manual para la elaboración de planes de desarrollo urbano de centros de población” que sentaría las bases para la elaboración de planes bajo el modelo clásico de la planeación funcionalista/racionalista. En torno a este acontecimiento, el autor lamenta la aplicación del manual sin ningún tipo de evolución y crítica por lo que establece lo siguiente:

El plan y la zonificación –fundamentos del modelo SAHOP– han prevalecido por décadas teniendo aceptación institucional como instrumentos normativos y de control para la ocupación, evidentemente superados por la dinámica urbana contemporánea y por los desarrollos recientes de nuestro campo disciplinario aun cuando en numerosos foros se ha advertido la obsolescencia del modelo de planeación urbana en nuestro país.

Para ejemplificar el estado que guarda la planeación urbana en México, Gutiérrez Chaparro toma como caso de estudio al Estado de México y a su capital Toluca –la quinta zona metropolitana con mayor población en el país. En su discurso histórico se resaltan tres momentos coyunturales: a) la creación del Instituto AURIS a finales de la década de 1960, como una institución pionera en el país –antecedente importante de la futura SAHOP–; b)

la institucionalización de la planeación urbana a principios de la década de 1980 con la Secretaría de Desarrollo Urbano y Obras Públicas (SEDUOP) como una instancia a semejanza de la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas (SAHOP) a nivel federal; y c) el notable adelgazamiento del sector desarrollo urbano en el Estado de México a principios del siglo XXI.

En el Estado de México –define el texto– los planes de desarrollo urbano se elaboraban conforme a lo establecido en la Guía de SAHOP, creada 18 años antes hasta que en el 2001 se formulara el libro V del *Código Administrativo del Estado de México* “Del Ordenamiento Territorial de las Asentamientos Humanos y el Desarrollo Urbano de los Centros de Población”. Sin embargo, este nuevo formato no consideró en el proceso propuesto la participación y corresponsabilidad sectorial, la participación de la sociedad civil, los acuerdos de colaboración para el financiamiento al desarrollo, la transferencia de funciones al gobierno local, la profesionalización de cuadros técnicos, el cuidado al medio ambiente y la atención a los riesgos urbanos. Esta situación, para el autor, establece un marco débil para la implementación de la Nueva Agenda Urbana en el Estado de México y en su capital, siendo necesario el robustecimiento del marco normativo pero, sobre todo, el de las instituciones en el Estado.

Gutiérrez Chaparro determina la existencia de una brecha entre la planeación urbana en México y el potencial de implementar las premisas fundamentales de la Nueva Agenda Urbana también en el ámbito nacional.

En consecuencia, hace un llamado a la discusión entre académicos, profesionistas y funcionarios públicos para modificar el paradigma de la planeación urbana racional/comprehensiva –aun prevaleciente en nuestro país–, y con fundamento en conceptos de la década de 1960; y nos propone transitar hacia modelos que privilegien los procesos deliberativos, es decir, la teoría de la planeación comunicativa.

Finalmente, recomiendo el libro del doctor Juan José Gutiérrez Chaparro para ser utilizado como un texto en los cursos de planeación urbana que se imparten en las instituciones de enseñanza del urbanismo y de la planeación urbana en nuestro país, aunque por su redacción también puede servir como referencia para un lector principiante en el tema.